

EL
GERARDI
QUE
CONOCÍ



ODHAG

Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala
Dirección: 6ª calle 7-70, zona 1, puerta # 2. Guatemala, Guatemala, C.A. 01001
PBX: (502) 2256-7400.
www.odhag.org.gt – ddhh@odhag.org.gt

Arzobispo Metropolitano:	Monseñor Gonzalo de Villa y Vásquez
Delegado Arzobispal para ODHAG:	Pbro. José Luis Colmenares Samayoa
Director Ejecutivo:	Nery Estuardo Rodenas
Coordinador Cultura de Paz:	Carlos Alarcón Novoa
Responsable Memoria Histórica:	Patricia Ogaldes
Investigación:	Hno. Santiago Otero
Revisión:	Patricia Ogaldes
	Carlos Alarcón Novoa
Colaboradores:	Carolina Rendón
	Brenda Pineda
Diseño y diagramación:	Carlos Hun

Fotografía de portada: Prensa Libre. "Gerardi: La paz fue su cruz"
Fotografía de contraportada: Daniel Hernandez-Salazar, "Esclarecimiento"

Nueva Guatemala de la Asunción, 2024, Primera edición
Copyright Iglesia Católica Arquidiócesis de Guatemala

"Se permite la reproducción del contenido de este trabajo, citando la fuente"

Índice

El Gerardi que conocí	5
Monseñor Gerardo Flores	11
Monseñor Rodolfo Valenzuela	15
Carlos Aldana	31
Alfonso Huet	51
Monseñor Julio Cabrera	59
Padre Jesús Tapuerca	77
Padre Ángel García Zamorano	85
Juan Vandevaire	103
Ronalth Ochaeta	121
Oscar Enríquez	151
Padre Prudencio Rodríguez	169
Sor Ana María Hernández	185
María Bonifacia Damian Chito	199
Padre Cirilo Santamaría	205

El Gerardi que conocí

Así se ha titulado el primer volumen de entrevistas realizadas en el año 2022 en Guatemala, con ocasión de recordar los cien años del nacimiento de Monseñor Juan José Gerardi Conedera; a este aniversario se une el 26 aniversario de su muerte martirial el día 26 de abril del año 1998. Una persona y dos acontecimientos que colocan de cara a la historia, la verdad y la justicia. Recordar, hacer memoria, volver a recorrer caminos de esperanza, han sido los motivos que han llevado a la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, a rescatar testimonios sobre la vida y obra del obispo mártir.

Esta labor ha sido programada en todos sus detalles por El Centro de la Memoria Monseñor Gerardi de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, con el fin de entrevistar a todas aquellas personas que conocieron personalmente a Monseñor Juan Gerardi en circunstancias de vida, que ofrecen momentos singulares de su personalidad.

Al planificar este trabajo en el año 2021 y poderlo realizar con la celeridad que exigían las circunstancias, todavía en los tiempos de la pandemia del COVID-19, se tuvo en cuenta entrevistar a personas que compartieron retazos de vida con Monseñor Gerardi, que acercaran más a sus raíces, a sus días familiares, de estudiante, seminarista, sacerdote, obispo en varias diócesis, La Verapaz, Quiché y la Arquidiócesis de Guatemala, hasta que fue víctima de la injusticia mayor de quienes se arrogaron el atrevimiento criminal de terminar violentamente con su vida.

La obra realizada por un hombre de bien, por un obispo identificado con el caminar del pueblo, por pastor humilde y valiente que fue mostrando el camino de la verdad y de la paz al pueblo, es un motivo suficiente para recordarlo cada día con mayor gratitud. Esta publicación es un gesto de reconocimiento a quien lo entregó todo por el pueblo pobre que luchaba por la construcción de un país distinto.

Monseñor Juan Gerardi fundó con Monseñor Próspero Penados del Barrio las oficinas de servicio social del Arzobispado de Guatemala de mayor incidencia en los años del enfrentamiento armado interno; su dirección fue encomendada a Monseñor Gerardi; en medio de muchas limitaciones de

espacio, de recursos y medios para iniciar la defensa de los perseguidos, amenazados, atropellados por los poderes establecidos de la época, Monseñor Gerardi puso manos a la obra con un pequeño equipo de colaboradores que se encargaron de la defensa, promoción, tutela legal de tantas personas que llegaban a la puerta del Arzobispado de Guatemala pidiendo ayuda en medio de la persecución; así nació la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, que complementaba la Oficina de Pastoral Social, que atendía necesidades de personas que vivían en el olvido y la indigencia.

Defender los Derechos Humanos en años de guerra, era un grave atrevimiento que colocaba al obispo y sus colaboradores en medio del conflicto diario de mucha gente que no tenía dónde recurrir para defender su propia vida ante los criminales de turno de los aparatos del Estado que se dedicaban a sembrar terror y muerte en todos los ámbitos de la sociedad guatemalteca; como el mismo Monseñor Gerardi reconocía, ellos decidían quién debía morir y quién podía todavía seguir vivo.

Ante este marco histórico, el Centro de la Memoria Monseñor Gerardi de la ODHAG, emprende un proyecto de gratitud, como se ha señalado; había que diseñar el proyecto para una publicación que rescatara los testimonios que quedaban tatuados en muchas vidas, en muchos corazones, que conocieron al Obispo Juan Gerardi de carne y hueso, el del día a día, el amigo en momentos de trabajo y de la acción pastoral, el ser humano y el hombre de Dios, que dejaba traslucir su fe, la transparencia de su amistad, y la lucha por construir el reino de Dios.

Este esfuerzo se programó con mucha esperanza; había que contratar un equipo técnico que pudiera grabar las entrevistas, filmadas en directo, de la manera más espontánea posible, que trasladaran al día a día de la vida de Monseñor Gerardi; se pensaba en muchas facetas que podían ofrecer una imagen nueva del obispo que se atrevió a romper el silencio y defender los Derechos Humanos de los perseguidos.

Se elaboró una lista de nombres de personas que no solo lo conocieron en algunos momentos, sino que lo conocieron en situaciones prolongadas de servicio y trabajo compartido; la lista se hizo muy larga; sobresalían personas de edad ya avanzada, en las que el recuerdo del obispo mártir, brotaba con frescor del manantial de una memoria siempre agradecida. Una

dificultad fue cómo contactar a estas personas, y trasladarse hasta su lugar de misión. Se fueron venciendo los obstáculos; se pidió al H. Santiago Otero, que colaborara en el proyecto como entrevistador, tanto por su conocimiento de la vida de Monseñor Gerardi, como de muchas de las personas de iban a ser entrevistadas.

Una primera parte de ese trabajo que duró varios meses, es el que se presenta en este volumen de entrevistas, que permite que la vida y obra del obispo mártir siga resonando en muchos corazones; alguna persona que nos ofreció su palabra, ya ha fallecido, para ella nuestro recuerdo agradecido; otros han dejado Guatemala por otro tipo de misión, y a otros los podemos encontrar por la calle y rogarles que sigan completando los renglones de estas entrevistas. Para todos ellos nuestra profunda gratitud, tanto por su palabra, como por regalarnos los recuerdos que permanecen vivos en sus corazones por la amistad tan cercana que compartieron con Monseñor Gerardi.

La lectura de estas páginas, de los testimonios transcritos, será un modo de fortalecer las luchas que Monseñor Gerardi, vivió junto a otros tantos amigos en la promoción y defensa de los Derechos Humanos; tarea siempre nueva y actual ante situaciones que siguen criminalizando a personas inocentes que luchan por la justicia, aún desde espacios institucionales, que han asumido como servidores del derecho, los ideales por los que luchó y murió Monseñor Gerardi; con el fin de dejar en el pasado la impunidad, la corrupción y el poder criminal, muchos profesionales del derecho, siguen siendo víctimas de la persecución más despiadada.

Que el testimonio y el legado de vida de Monseñor Gerardi, plasmado en estas páginas anime la lucha por una Guatemala distinta, donde la justicia y el derecho sean el reflejo de la verdad por la que Monseñor Gerardi luchó hasta derramar su sangre.

Con amor agradecido a esta sangre derramada y al sacrificio de tantos defensores de la justicia, la paz y los Derechos Humanos, les saludamos y animamos a mantener la memoria viva del obispo de la verdad y de la paz.

Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.

GER

CONO

EI GER

Gerardi

CÍ

EL
GERARDI
QUE
CONOCÍ

Gerardi



Monseñor Gerardo Flores

La entrevista a Monseñor Gerardo Flores se realizó poco antes de su muerte, en febrero del 2022. Su estado de salud no le permitió conversar con soltura, aceptó ser entrevistado, sin embargo, se intentó no hacerlo hablar mucho respetando su situación.

Compartimos una breve reseña de lo más destacado de su vida religiosa para comprender la afinidad y cercanía con Monseñor Juan Gerardi.

Mons. Gerardo Flores fue ordenando como sacerdote a los 23 años, el 17 de diciembre de 1949 en Quetzaltenango y como obispo, en 1966. En ese mismo año lo nombran obispo auxiliar de la misma Diócesis. Tres años más tarde en 1969, lo trasladan a Izabal inicialmente como administrador apostólico y luego como Vicario Apostólico, región donde fue muy querido.

En 1977 asume como obispo de La Verapaz, donde sucedió a Mons. Gerardi y en 2001 fue nombrado obispo emérito de La Verapaz. Fue conocido como “El Obispo de los Pobres” por su servicio a los más necesitados.

En su trayectoria obtiene logros significativos. Creó la figura de delegados de la palabra, tomando el modelo que se llevaba a cabo en Choluteca, Honduras. Fue presidente de diversas instituciones de Iglesia como, la Pastoral de movilidad humana y Cáritas Nacional.

Durante el Conflicto Armado Interno se resalta su valentía y solidaridad, como cuando salió en búsqueda de seis comunidades que habían huido a refugiarse a las montañas por miedo a morir. Las rescató y trasladó al convento de Santo Domingo de Guzmán en Cobán. Fueron tiempos difíciles, en 1980 Mons. Flores creó Radio Tezulutlán con transmisión en el idioma local q'eqch'i. Con el apoyo de la ACNUR creó la Oficina técnica de atención a los desplazados y refugiados, uno de los logros destacados fue otorgar terrenos a los campesinos refugiados en otros países y en Guatemala. Encabezó el diálogo y mediaciones para la

reinserción de comunidades perseguidas en Guatemala, afectadas por el Conflicto Armado Interno. En ese mismo tiempo Mons. Gerardi se encontraba en el exilio. Más adelante, fue presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala de 1992 a 1994 y durante su período se construye el edificio de esta institución.

Mons. Flores fue una pieza importante para materializar el Proyecto de la creación de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, estuvo apoyando fuertemente. Fue amigo cercano de Mons. Juan Gerardi, durante la homilía de su funeral en 1998 ofrece unas conmovedoras palabras, "Nosotros sabemos que el que da su vida aquí en la tierra, la gana, nos decía Jesucristo, en la Eternidad. "... Pero, unidos, sobrepasando las barreras de ideologías políticas, de ideas religiosas incluso; unidos, respetando esa realidad hermosa de nuestra Guatemala pluriétnica, multicultural y multilingüe, tenemos la seguridad de que la verdad vencerá a la mentira y que la vida vencerá a la muerte...

El 17 de febrero falleció Mons. Gerardo Humberto Flores Reyes en San Cristóbal Verapaz, a los 96 años dejando grandes aportes y un importante legado.

Hso. Monseñor Gerardo Flores Reyes. Usted fue discípulo de Monseñor Gerardi, aquí en la diócesis de la Verapaz...

Sí, yo lo reemplacé y luego coincidimos en la Conferencia Episcopal.

¿Cómo era Monseñor Gerardi?

Muy bueno verdaderamente. Y muy responsable. Para mí, fue un hombre que me señaló el camino.

Y le dio las líneas por dónde trabajar. No sólo le señaló el camino...

Sí, ciertamente. Seguí su ejemplo. Gerardi fue ejemplar.

Pues yo me imagino que más de alguna vez se reunieron

¿Cómo no? Varias veces... no puedo fijarme cuántas veces exactas.

¿Se puede decir que fue Gerardi uno de sus mejores amigos?

Pues sí. Yo era muy buen amigo. Buen amigo. Un buen ejemplo

Usted lo tiene aquí en una foto... ¿Ese es Gerardi...?

Ese es Gerardi... lo tengo siempre en la mente. Sentí mucho cuando nos separamos. Fue verdaderamente un hombre espiritual...

Amaba a la gente más humilde y fue defensor de los Derechos Humanos. ¿Usted recuerda eso?

Sí. Para mí fue un hombre de pasión.

Esta es una foto bonita de Monseñor Romero...

Qué bonita foto, maravillosa foto.

Le vamos a agradecer mucho este ratito que nos permitió estar con usted.

Yo también, les agradezco. Para usted y para quienes lo acompañan, reciban una verdadera bendición.



Monseñor Rodolfo Valenzuela

Hso. Nos encontramos en el obispado de la Diócesis de la Verapaz, una diócesis tan antigua como propositiva. Tenemos el gran gusto de estar en un lugar que también fue la residencia, por así decir, del Obispo Monseñor Gerardi. Hoy, después de tantos años, otro sucesor muy a su medida está en esta sede. Así que, nos encontramos con alegría aquí en este lugar, en el lugar de la memoria también, por la que tanto trabajó Monseñor Gerardi.

Saludos cordiales. Soy Rodolfo Valenzuela, obispo de la Diócesis de la Verapaz y estoy aquí desde hace unos 21 años como obispo titular. Yo sucedí a Monseñor Gerardo Flores y él había sucedido a su vez a Monseñor Juan Gerardi en esta misma área.

Me parece que Monseñor Gerardi estuvo de 1968 a 1972 en esta diócesis de la Verapaz. Una diócesis muy amplia, caracterizada por aquellos hermosos ciclos de la primera evangelización con los dominicos y las políticas evangelizadoras de Fray Bartolomé de las Casas, lo cual permanece a lo largo de los siglos.

Y sin duda, hablar de Monseñor Gerardi, pues es ocasión también para ver cómo este pastor conectó muy bien con la mente pastoral de Fray Bartolomé de las Casas y con todo este mundo, mayoritariamente q'eqchi' y poqomchí de Alta Verapaz y luego de etnia achí en la Baja Verapaz, una diócesis muy amplia que en tiempos anteriores fue incluso más amplia.

¿Cómo conoció usted a Monseñor Gerardi?

Yo conocí a Monseñor Gerardi sobre todo cuando era rector en el Seminario Mayor de la Asunción, en Guatemala. Estuve ahí más o menos de 1987 a 1997, años en los que coincidimos cuando él era obispo auxiliar en la Arquidiócesis de Santiago en Guatemala, y tenía un cierto contacto y presencias en el seminario, nos celebraba a veces la Eucaristía.

Siempre impresionaba mucho a los jóvenes y a la comunidad del Seminario, la cercanía, el buen humor que tenía y la experiencia con que hablaba del

sacerdocio y de la realidad guatemalteca. Fue sobre todo en esa circunstancia, cuando yo tuve, digamos, un contacto un poco más personal con él y justamente fueron también los últimos años de su ministerio episcopal.

Yo fui nombrado para venir a esta diócesis como coadjutor en el 1997 justamente fue el último año también en el que Monseñor Gerardi estaba como miembro de la Conferencia Episcopal antes de su martirio y, por lo tanto, también lo vi de cerca en esos últimos tiempos, trabajando muy de cerca con la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala; conociendo su cercanía, su sensibilidad hacia toda esa situación tan difícil.

Desde la diócesis de la Verapaz, le conocí también porque tuvimos un contacto con el proyecto que Monseñor Gerardi estaba promoviendo, la Recuperación de la Memoria Histórica y en esta diócesis también, con la madre Rosario Celis y con varios agentes de pastoral, se trabajaba en el proceso de restauración y de escucha de las víctimas y de presencia en varias comunidades. Y sin duda, era siempre un momento de contacto con Monseñor Gerardi en algunas reuniones y en algunos encuentros.

Aparte de eso, recuerdo como impresión personal, el muy buen humor que tenía en la Conferencia Episcopal, sus chistes y sus sonrisas y la cercanía o la fraternidad que mostraba en ese contexto de la Conferencia.

¿Cómo era Monseñor Gerardi, dentro del ámbito de la colegialidad de la Conferencia Episcopal?

Bueno, Monseñor Juan Gerardi pertenecía, digamos, a esta generación de obispos formados en varios lugares, porque entonces el Seminario Mayor no estaba funcionando en Guatemala, pero, de esa época, hubo obispos que se conocieron ya desde el Seminario Menor, allá en la zona 2 en Guatemala y con quienes había una relación de fraternidad y luego de ministerio sacerdotal y episcopal de muchos años. Entonces, lo primero, puedo decir que era parte de ese grupo de obispos al que nosotros encontramos cuando llegamos a la Conferencia Episcopal como obispos nuevos a inicios del siglo XXI, pero que habían estado en la brecha ya desde hacía muchos años, que se conocían desde el Seminario Menor en San Salvador, con los Padres Jesuitas, aquel Seminario San José que todos recordaban; recuerdo fotos de estos seminaristas con sus sotanas y con Gerardo Flores, que era unos cuatro años menor que Monseñor Gerardi, y le decía Juanito.

Un hombre del grupo fraterno y del grupo cercano de aquellos obispos, fue Monseñor Próspero Penados, también Monseñor Ríos Montt aunque no era exactamente del grupo primero, pero que se unió a aquellos, Monseñor José Ramiro Pellecer Samayoa, en fin, este grupo que trabajaba en mucha sintonía,

había un ambiente fraterno y un ambiente de mucha confianza y de diálogo en la Conferencia Episcopal, y me llamaba muy en particular la atención, esta fraternidad o este estilo también de hacerse bromas, de ponerse apodos, de contar chistes, de tomarse un whisky juntos, que tenían estos obispos y que para nosotros los nuevos que nos íbamos integrando era un ambiente muy propicio.

Luego en la Conferencia Episcopal, sin duda, en esos años difíciles, de confrontación, de tensiones, estos obispos y Monseñor Gerardi en particular, eran una referencia en cuanto a decir el tema del compromiso social de la Iglesia, el tema de la sensibilidad frente a la gente que sufre o que ha sufrido la violencia, la pobreza, no es un tema para nada ajeno a la acción de la Iglesia, y eso estaba muy claro y no solamente porque fuese un discurso o un discurso novedoso, sino porque estos obispos y Monseñor Gerardi eran realmente gente comprometida también con esta dimensión de la pastoral. Y eso es algo que yo he aprendido también de esta generación de obispos y esperamos que también las nuevas generaciones vayamos caminando en esa línea.

Monseñor Gerardo Flores le habrá dicho muchas veces cómo actuó él desde que llegó a la Verapaz. Pero en algún momento ¿usted habló con Monseñor Gerardi de su experiencia de iglesia en la Verapaz?

No. Directamente con él, no. Sin embargo, al venir acá, sí que tuve referencia de su actividad aquí. Él estuvo aquí en el Centro y comenzó a darse cuenta de que había toda esa cantidad de fieles q'eqchi, poqomchí, achi, alejados, en cierto modo excluidos de una pastoral más del centro y entonces fue de los que ideó también aquellos primeros encuentros de formación de catequistas, de encuentro con la gente. Se ve que su énfasis principal no estaba en el centro, sino que estaba en la periferia, diríamos, hablando ahora, en los marcos de comprensión que estamos entendiendo con el Papa Francisco. Eso me parece a mí que es algo importante.

No era un obispo, digamos, demasiado interesado por la curia eclesiástica, por la organización propia de aquí, sino por la gente y se acercaba y tenía también el buen humor de vestirse de payaso, de ir con los padres benedictinos, a los salesianos, a las comunidades. Entonces no había aquí clero secular local, fueron unos años en los que me parece que había uno o dos sacerdotes diocesanos locales, y más bien a él le vinieron a ayudar compañeros sacerdotes de la Arquidiócesis de Guatemala o de otras partes.

En sus años, también se comenzó una nueva parroquia en la ciudad de Cobán, porque antes era solo la catedral y luego Monseñor Gerardi juntamente con

la comunidad de los benedictinos comenzaron también la Parroquia de San Marcos, en donde tienen ahí un recuerdo muy bueno de él. Luego, en estas instalaciones antiguas del Convento Santo Domingo funcionaba un colegio, que tal vez era un poco elitista.

En este local funcionaba el colegio Fray Bartolomé de las Casas, que Monseñor siguió en un primer momento, pero después se dieron cuenta que no estaba respondiendo de verdad a lo que se esperaba y fue clausurado. También a veces se le recuerda a Gerardi como "el que cerró el colegio", yo no sé exactamente cuáles eran las circunstancias, pero, en fin, son cosas que he sabido de su experiencia, de su camino por esta inmensa diócesis.

Es interesante ver estos perfiles tan distintos ¿él no vino por aquí en alguna ocasión cuando usted tomó posesión?

Sí, estuvo en mi ordenación episcopal, que fue, por cierto, una celebración muy popular, muy grande y muy bien hecha.

Fue en lo que era antes las instalaciones del Instituto Nacional de la Juventud, era un gran gimnasio aquí en Cobán, que todavía se utiliza, ahora no se usa mucho para cuestiones públicas, pero sí, allí fue esta celebración muy bien preparada, con mucho entusiasmo; yo simplemente vine, disfruté del momento y de la presencia de los obispos, dentro de los cuales sin duda estuvo Monseñor Gerardi.

Tenemos las grabaciones de aquellos momentos tan interesantes y del acta que firmó en ese momento. Fue una de sus últimas apariciones públicas por estos lados.

Monseñor Gerardi empieza en la Verapaz un ritmo eclesial nuevo a la luz del Concilio Vaticano Segundo, posiblemente esta diócesis no ha tenido cortes así en cambios de los obispos, ha sido una continuidad. ¿Se puede decir que lo que sembró Monseñor Gerardi está germinando?

Sin duda, como yo decía, entre Monseñor Gerardo Flores y él había una sintonía muy grande. Monseñor Gerardo estaba ya en Izabal y él comenzó allá la obra de formación de celebradores de la palabra, catequistas en sintonía con el proyecto hondureño y Monseñor Gerardo lo trajo también aquí en principio, y después cuando vino Gerardi lo siguió motivando. Es decir, el papel del laicado, esa presencia en la formación de la gente, se ha mantenido, esta diócesis en su segunda etapa del año 1935 hasta ahora, ha tenido seis obispos y yo creo que ha habido una continuidad de la primera evangelización de los dominicos, el criterio de la orden religiosa fue precisamente el respeto

a la dignidad de las personas, a la identidad de los pueblos, se usaron las lenguas propias, el q'eqchi podemos decir que es uno de los idiomas mayas en Guatemala más puramente conservado. Y lo habla la gente. ¿Por qué? Porque también esta zona ha sido bastante excluida, bastante aislada, y desde el 1935 en adelante, los obispos fueron más bien aquí locales, tenían suficiente que hacer por estas tareas, incluso en un determinado momento atendían parte de Izabal, atendían el Petén, o sea, esto era enorme y esto se mantuvo también en una línea de respeto a la gente, de conservación de las lenguas y las tradiciones, con menos conexión con otras áreas urbanas o comerciales en el país.

Entonces, para bien y para mal, La Verapaz ha estado excluida porque también es de las zonas más pobres, de mayor monolingüismo; pero del lado positivo, la gente ha mantenido su dignidad, su idioma, y Monseñor Flores decía incluso muchas veces "aquí ha habido una pobreza muy grande, pero es una pobreza digna". Era un modo de vida de la gente en sus contextos, sin avance material muy grande, pero muy seguro de su dignidad y de su identidad q'eqchi y poqomchí y yo creo que Monseñor Gerardi entendió muy bien que ha sido en continuidad con los anteriores signos en esta diócesis.

Esta diócesis ha sido de alguna manera marcada por la presencia de congregaciones religiosas. Ahora está en un ámbito de sacerdotes diocesanos que la atienden. Monseñor Gerardi ¿Cuántos sacerdotes diocesanos pudo haber ordenado en su tiempo que todavía restan o que hayan podido pasar, pero que fueron fruto también de su trabajo?

No tengo el dato exacto, pero así de primas a primeras creo que solamente uno. El padre Raúl Soria Wilhem, que era originario de aquí, de la Verapaz y que fue el único sacerdote diocesano local, nacido y ordenado aquí durante muchos años.

O sea que la cosecha no fue tanta en ese sentido, ¿verdad? Le sucedió lo mismo después en Quiché, pero algo importante es la preocupación de Monseñor Gerardi por las vocaciones locales. ¿Será que su trabajo, a pesar de que sólo ordenó a una persona, pudo dar frutos más adelante, más tarde?

Yo creo que la inquietud quedó sembrada, en esta Verapaz. Sin embargo, hay que reconocer que durante muchos años la principal dificultad para que los jóvenes fuesen al seminario y promovieran vocaciones era simple y sencillamente la pobreza en la educación. Había muchachos que tal vez, después de acercarse a la comunidad, de crecer cristianamente hablando,

sentían la vocación, sin embargo, tenían ya 18, 20, 22 años y no tenían ni la primaria, ni tenían tercer o segundo grado en alguna pobre escuela de área rural. De manera que eso fue durante muchísimos años, una dificultad muy seria que únicamente se comenzó a superar, diría yo, después de los años 80, cuando los padres italianos de las misiones extranjeras que estuvieron por acá promovieron un Seminario Menor, que por otra parte era única oportunidad de estudios para muchos muchachos; al final, acabó fomentando la educación.

Últimamente la situación ha mejorado relativamente, hay ya el 50% del clero diocesano secular local y ya solo un 50% de comunidades religiosas, pero estos son cambios que provienen de hace 30 años para ahora, no más.

Uno de los aspectos que ha señalado es la parte lingüística. Se recuerda que Monseñor Gerardi inició con el Padre Jeserín lecciones de q'eqchi, pero al parecer no es que él hablara o pudiera expresarse en q'eqchi ¿cómo lo hace el Obispo actual de la Diócesis de la Verapaz? ¿Qué significó el signo en sí de que un obispo entrara a la comprensión de la lengua local?

Yo lo veo en la línea de lo que se comentaba con respecto a la continuidad. Aquí ha habido ya desde los siglos de evangelización, una continuidad en ese punto que no ha habido en otros lugares. Cuando Gerardi vino a esta diócesis, el padre Jecerin, los Salesianos con el Padre Alfonso Friso y algunas otras comunidades, también con el padre Marcelo Dovel, habían hecho ya, todo un trabajo de valoración de las lenguas, que no es una cosa aquí, como diría yo, tangencial, sino que es realmente algo que está y que es propio en La Verapaz. Yo me di cuenta de esto al venir y por eso, menos mal, estuve un tiempo como coadjutor que no tenía tantas tareas sacramentales ni administrativas, sí pude aprender un poco más. Monseñor Gerardo Flores también hizo un esfuerzo de aprendizaje, pero dijo que era demasiado maestro para el pobre alumno que él era y avanzó algo, pero yo tuve una oportunidad de avanzar un poquito más.

Sí considero que un elemento importante es que esto ha sido aquí muy propio de la región, estuvo muy aislado durante siglos y luego vinieron en el siglo XIX é inicio del XX, los alemanes con sus fincas y con las concesiones que les dio el gobierno, pero estos alemanes aprendieron el q'eqchi, tal vez también por interés local de trabajadores y de mozos en las fincas. Pero la gente aquí se dio cuenta que no les imponían otra lengua, sino que quienes venían, aprendían lo suyo. Los dominicos antiguos, los alemanes con sus fincas y luego los salesianos, otras comunidades y Monseñor Gerardi entendió eso y yo lo aprendí también, que eso era aquí indispensable y realmente único.

Posiblemente esa sea una de las raíces de las opciones de Monseñor Gerardi, que fue la Pastoral Indígena, que también usted ha continuado y que sin duda ha dado frutos importantes en esta diócesis.

En nuestra diócesis, la Pastoral Indígena no es una Pastoral aparte, no es un sector de la Pastoral, aquí la Pastoral es indígena, lo que nos cuesta es hacer una Pastoral urbana y para el mundo ladino, porque lo que se ha hecho es Pastoral indígena en la Diócesis entera, de manera que ni siquiera tenemos una comisión. Toda la gente sabe que hay que entrar en las comunidades, las comunidades han asumido el mensaje cristiano y lo inculturaron en su propio modo de celebración.

La Biblia q'eqchi se ha ido mejorando en sus sucesivas ediciones, la última muy interesante del padre Enio Bossú, apoyado muchísimo ya por Monseñor Gerardo Flores en la misma línea. Y eso pega y se nos acaban las biblias, porque la gente ha aprendido a leer y a escribir leyendo la Biblia, no en las escuelas bilingües, que no las hay. Y la gente aprecia lo suyo y celebra en lo suyo y nosotros que somos agentes, que venimos de otras latitudes u otros espacios, entramos en eso de manera que sucede, sin duda, es una fortaleza muy grande en la iglesia local.

Usted me decía también que Monseñor Gerardi había iniciado este proyecto que tenemos como fondo de nuestra conversación, del proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica REMHI, y que ahí usted lo pudo conocer también en otra de sus facetas y dimensiones.

Esos años fueron muy difíciles. Monseñor Gerardi tenía muy claro el camino que había que hacer en cuanto a dar voz a la gente. Y sin duda en esta Verapaz cuando yo vine se estaba aún implementando todo ese Proyecto en una serie de comunidades en las cuales había la oportunidad de hablar y la oportunidad de reconciliarse mutuamente, porque si bien no toda la Verapaz se vio afectada de la misma manera por el Conflicto Armado Interno, sí que algunas zonas, sobre todo la zona occidental de la Verapaz que colinda con el Quiché y la zona sur, la Baja Verapaz también en su colindancia con toda esa parte, fueron fuertemente golpeadas.

Hubo comunidades muy divididas también y entonces ese Proyecto promovido por Monseñor Gerardi y la ODHAG, yo sí vi que estaba rindiendo frutos, es decir, estaba incluso logrando reconciliación entre exguerrilleros y ex militares o judiciales o policías. Es decir, ese Proyecto yo creo que era la continuación del Proyecto de recuperación de la Memoria Histórica, que tengo la sensación de que se vio un tanto truncado con la muerte de Monseñor Gerardi, porque era un camino que estaba avanzando, pero luego se cortó. Yo sí creo que es

un desafío aún presente, porque las heridas de nuestros pueblos no están del todo sanadas y porque aún es necesario retomar esta temática.

En ese sentido, habría que aludir que aún dentro de la misma asamblea de la Conferencia Episcopal de Obispos, había pareceres distintos, no digo enfrentados, pero distintos. Sin embargo, Monseñor Gerardi supo conducir y convencer a otros Obispos para realizar este Proyecto.

Sí, y en esta diócesis no hubo resistencia. Es decir, algunas diócesis, sobre todo con una población más ladina o menos indígena o con otras circunstancias, el proyecto lo veía alguno de los hermanos obispos arriesgado en el sentido de decir que no estábamos suficientemente maduros para asumir esto en una determinada zona. En esta diócesis yo creo que no había resistencia y que, al contrario, se iba trabajando, lentamente, pero se iba trabajando.

En ese sentido, Monseñor Gerardi, dentro del seno de la Conferencia Episcopal, era una voz propositiva.

Evidentemente. La manera de actuar de Monseñor Gerardi no era únicamente el comunicado de denuncia, sino era la propuesta de un Proyecto. Primero, el proyecto de permitir a la gente hablar y luego el proyecto que a mí me parece riquísimo, de recuperación y de restauración del tejido social roto, a través de ese proyecto de las pequeñas comunidades de diálogo y de reconciliación.

Yo pienso que eso a mí me llamó mucho la atención y sí me dolió después el hecho de que el Proyecto, como tal, haya perdido fuerza porque era una propuesta sanadora.

Decía que pudo haber perdido fuerza por la muerte de Monseñor Gerardi, una muerte tan dura. ¿Cómo recibió usted desde la Verapaz la noticia de la muerte de Monseñor Gerardi en el año 1998?

Pues habíamos estado dos días antes en la Catedral Metropolitana y yo había notado en Monseñor Gerardi la tensión que el momento significaba para él, y era la tensión de lanzar una voz de ese tipo, de esa categoría en ese momento. Debo decir eso porque para mí fue una impresión muy particular quizá, pero muy vívida.

Monseñor Gerardi estaba un tanto nervioso, cuando otras veces en sus manifestaciones o expresiones públicas, se le veía sereno y hasta con un cierto sentido del humor, el día de la presentación del REMHI yo percibí una cierta presión o una cierta dificultad en él y que, sin embargo, siguió adelante y expresó su discurso.

Vine de regreso a Cobán un poco con esa sensación, con la alegría de que se hubiese hecho público el Informe, pero también con la inquietud de "¿qué irá a pasar?". De manera que, en la mañana siguiente a su asesinato, recibí esa noticia y me dejó frío. Pero hago referencia a lo anterior porque yo creo que él estaba consciente del riesgo que estaba corriendo y lo percibimos en cierto modo, quienes estuvimos más de cerca en esa noche de la presentación del REMHI, no fue una mera presentación triunfalista, tenía el tono del drama. Yo podría, quizá, parangonarlo un poquito a la noche de la oración en Getsemaní, que se sabe que se va a tener que enfrentar a una situación complicadísima y difícil. Por eso, para mí el contraste entre ese último momento con Gerardi en la Catedral Metropolitana y luego la noticia de su muerte, hicieron un click en cuanto a algo que era muy propio de él, que no sé hasta qué punto cuántos más habrán percibido. Yo sí lo percibí personalmente.

Ese momento fue un momento difícil para la Iglesia entera de Guatemala. Tuvo resonancia mundial, pero sin embargo usted decía que posiblemente cortó, no sé si los brazos, pero sí una buena parte de la iniciativa de llevar adelante todo lo que significaba haber realizado el Informe de Recuperación de la Memoria Histórica. ¿Es posiblemente esta, la explicación?

Yo creo que sí. Las heridas y el miedo en nuestras comunidades y en la gente que sufrió más de cerca la violencia, no habían sido superadas en el 98 y por lo tanto aquel miedo, aquella resistencia, con la que ya se había encontrado la gente, pero que iba superándola poco a poco, creo que lo que se había logrado, no resistió, desde mi lectura, delante del tema, el embate de un golpe tan fuerte. Es lo que yo percibí en esta zona. Daba un poco de miedo seguir reuniéndose con el mismo tema.

Sin embargo, ustedes han colocado -no solamente aquí- la fotografía que recuerda a Monseñor Gerardi, lo que quiere decir que, para ustedes, el Informe REMHI de alguna manera está plasmado aquí como el trasfondo de una tarea eclesial, no solamente de tipo social, sino de tipo de evangelización. Porque recuperar esta memoria es sembrar el evangelio también.

Sí, sin duda. Aquí el pueblo percibe que quien ha escuchado y quien ha apoyado ha sido la Iglesia, no otras instancias, eso lo tiene claro la gente. Yo creo que es algo a lo que debemos volver, porque francamente pienso y percibo que, en el tono actual de nuestra pastoral, debe renovarse, me parece muy bien retomar la figura de Monseñor Gerardi y sus opciones claras, para volver a echar una sacudida sobre toda esa dimensión profética y de compromiso en el campo de lo social que la Iglesia debe tener.

Hay ahora otras tendencias, hay otras dimensiones e incluso a veces algunos en el clero miran estos compromisos de lo social como propios de padres o

de obispos medio comunistas del pasado que ya está superado, cuando, al contrario, la dimensión social de la evangelización, y en esta diócesis, una de nuestras prioridades es pastoral social, es una dimensión constitutiva del evangelio.

Y usted decía muy bien -remarcando esto y citando también al Papa Francisco- que Monseñor Gerardi no era muy dado a dar indicaciones, a ofrecer qué sé yo "hagan esto"; sino que permitía, abría puertas, abría caminos. El Papa Francisco tampoco es muy dado a condenar, sino a abrir caminos ¿se parecen en algo?

Yo creo que sí. La cercanía, sobre todo que tuvo Monseñor Gerardi a trabajar con laicos, hombres y mujeres y dejarles un espacio de compromiso y de palabra, yo pienso que es una semejanza con la actitud actual de Francisco que, por otra parte, también está teniendo resistencias y dificultades, pero que está allí y que para muchos es iluminador, inspirador.

Resistencias aún en el mismo episcopado. Pareciera una contradicción y en ese sentido empalmo, algunos percibieron en la sociedad como una actitud un tanto temerosa de la Conferencia Episcopal a la hora de condenar contundentemente el asesinato de Monseñor Gerardi y en reconocerlo inmediatamente en la calidad de lo que significaba su muerte en ese momento. ¿Usted dónde estaba en ese momento?

Yo estaba recién ingresado con un año en la Conferencia cuando se dieron aquellos acontecimientos. No creo que se haya tratado de una polémica o de una oposición fuerte al interno de la Conferencia, sino más bien de un cierto ir con pies de plomo ante la incertidumbre de qué podría pasar en aquel momento político y social.

¿Había miedo entre los obispos?

Yo creo que el miedo normal, sí.

Y en ese sentido, posiblemente no se impidió las realizaciones inmediatas del proyecto REMHI como exhumaciones, pero ¿se asumió una actitud de prudencia temerosa?

Yo creo que un poco, sí. Y fue, no solamente por supuesto, una reacción de la Conferencia, yo pienso que había también comunidades que estaban en un plan de temor y de dificultad y que por lo tanto veían como riesgoso volver a un enfrentamiento, que recién se habían firmado unos acuerdos de paz y que tal vez no era el momento propicio para volver a algo muy confrontativo.

En el discurso, Monseñor Gerardi habló de dos cosas, de la opción por los pobres y de la Guatemala distinta. ¿Qué comentario le merece ese recuerdo de ese discurso que fue intenso, muy del momento, muy emotivo también?

Bueno, mi comentario sería que la opción por los pobres es parte del magisterio de la tradición eclesial latinoamericana, muy especialmente desde 1968 en la Conferencia de Medellín. Y no hay duda que eso es algo asumido como algo propio de nuestra identidad en América latina, otra cosa es que todo mundo, sobre todo el grueso del laicado y de la Iglesia, haya hecho de veras una opción por los pobres. Sin embargo, es algo que está y que lo tenemos claro y simplemente me parecía lo más normal en el discurso de Monseñor Gerardi.

Lo que era novedoso y pienso que debe seguir siendo un desafío, es una Guatemala distinta porque tantos años después, aún reconocemos que la Guatemala no es tan distinta, que las desigualdades, que las opresiones son aún presentes, que la exclusión de tanta gente, de los beneficios básicos, de los derechos humanos, de la salud, de la educación, aún son presentes, como en esta diócesis; pero requerimos volver a soñar con una Guatemala distinta. Y yo pienso que eso sí, la figura de Monseñor debe ayudarnos a empujar, a soñar y proponer algo nuevo.

En el Magisterio de Juan Pablo Segundo de aquellos años, el tema de los derechos humanos, el tema de la paz y la reconciliación eran reiterativos, constantes en diversos momentos. Monseñor Gerardi ¿se puede decir que sea el obispo de los Derechos Humanos y el Obispo de la Paz en Guatemala?

Creo que sí. Lo del Obispo de la Paz suena también muy bien, solo que de manera oficial, digamos el que sonaba más como obispo de la Paz era Monseñor Quezada Toruño, en el sentido de que él participó de manera más oficial y más directa en la firma de los Acuerdos de Paz y en los arreglos con el Estado, el ejército y la guerrilla, pero que sin duda el obispo que quiso hacer la paz no solamente por una firma, sino por reivindicar los derechos y la voz de la gente, eso se lo merece en primer lugar, Monseñor Gerardi.

Creo que en algunos círculos él decía que había que ir más allá de la firma de los Acuerdos de Paz.

Sin duda, es que lo que se veía de inmediato y en el momento, digamos, el movimiento político que había que hacer en ese momento requería una firma oficial. Sin embargo, Gerardi tenía muy claro que la reconstrucción de la paz auténtica tenía que ver, con acabar con las raíces de la violencia y del

enfrentamiento y eso es lo que aún es tarea pendiente. Se trató de reflejar en los papeles de los Acuerdos de Paz, pero del dicho al hecho, todavía hay un trecho.

¿Pero, sí podemos decir con seguridad que era el Obispo de los Derechos Humanos?

Sin duda, sobre todo del derecho a la dignidad humana, del derecho a la expresión, el respeto a la dignidad humana fundamental de la persona. Porque justamente lo que el REMHI trabajó, era aquello, gente que sentía también la carga o la incertidumbre de no saber por qué habían sido matados, la falta de valoración de su propia humanidad y dignidad.

El gobierno que firmó los Acuerdos de Paz, en un momento dado, tuvo algunas dificultades. Ciertamente ese gobierno recibió por segunda vez al Papa Juan Pablo Segundo, pero también hubo un momento en que se interpretó una especie de accidente como un atentado al Presidente de la República de ese momento y como resultado, fue asesinada una persona en La Antigua. Y el caso lo llevó la Oficina de Derechos Humanos de la Arquidiócesis y Monseñor Gerardi fue el que empujó adelante ese caso para hacer justicia a una persona humilde y sencilla, como es el lechero que fue asesinado. Monseñor Gerardi estuvo ahí, fue el que impulsó eso, significa también enfrentar de alguna manera no solo al poder, sino al poder mismo del Estado.

Sí, creo que era una consecuencia de sus convicciones, el valor de la persona como tal, independientemente de su situación cultural o social. Me acuerdo muy bien del caso de Sas Rompich y era justamente eso, volver a poner la atención en alguien por quien nadie va a meter las manos al fuego, tratándose de un atentado o una acusación venida del mismo Estado.

Sí. En ese sentido, ¿qué nos deja el testimonio de Monseñor Gerardi? Posiblemente muchas personas no pensamos que ese final tuviera un desenlace de un asesinato, de un martirio. ¿Cómo reconocer hoy a Monseñor Gerardi como un verdadero mártir de la Iglesia?

Yo creo que la puerta se abre, sobre todo con la propuesta de Francisco, en el sentido de que el concepto de martirio, de dar la vida por una causa, sobre todo por la dignidad humana, por el trabajo, por la paz, por la libertad humana de fondo, es motivo suficiente para declarar a alguien mártir. Es decir, los procesos de canonización en décadas anteriores veían también mucho más otras dimensiones de la piedad, de la espiritualidad, de otra serie de características que se consideraban propias también de la santidad. La canonización de Monseñor Romero en El Salvador y la de tantos otros que

son testigos de la opción de fe, pero en esa dimensión concreta de dar la vida por el ser humano, por la dignidad, yo pienso que eso ha abierto la puerta para considerar, según la práctica actual de la Iglesia, la muerte de Monseñor Gerardi verdaderamente como un martirio.

Y en ese sentido la Iglesia, no sé si la Arquidiócesis o la Conferencia Episcopal, ¿debería ser el ámbito promotor de una causa más de martirio en Guatemala?

Las causas se promueven principalmente desde la propia Diócesis, de manera que ahí está la primera responsabilidad. Sin embargo, la Conferencia Episcopal va en esa línea de un apoyo a recuperar estas figuras que alientan nuestra propia identidad como Iglesia y nuestro compromiso.

En abril del 2021 se celebró con mucha alegría en medio de la pandemia, la beatificación de los Mártires de Quiché. Casi todos ellos son en torno al año 1980, ¿se puede decir que son fruto en una parte del ministerio de Monseñor Gerardi? ¿se puede hablar de un obispo mártir en una Iglesia mártir?

Sin duda. Creo yo, que necesita mayor atención justamente a esta dimensión, y no perdernos en decir que no hay ahora un culto público, una devoción popular. Son otras dimensiones que hoy nos están ayudando a ver nuevos modelos, nuevas dimensiones del martirio y de la santidad, sin incluir otros que en el pasado eran más importantes.

En la celebración de las exequias de Monseñor Gerardi, la persona que levantó los corazones en medio de aquella tristeza y aquel sentimiento de dolor, de abatimiento que teníamos como Iglesia, fue la homilía de Monseñor Flores, un Obispo que también usted se ha referido reiteradamente, pero de esta Diócesis, un amigo de Monseñor Gerardi y habló, lo llamó Juanito. Posiblemente fue un discurso o una homilía de gran denuncia. ¿Cree que hemos seguido ese estilo de tener la palabra adecuada para poder denunciar, seguir denunciando los asesinatos, las muertes de inocentes?

Personalmente, creo que las circunstancias, tanto de país, como de Iglesia, han cambiado un tanto y que no tenemos, hay que reconocerlo, el estilo de denuncia clara y directa que tuvieron estos hermanos obispos de los años 80 en toda América Latina. Eran años en los que, francamente, la libertad de expresión estaba gravemente golpeada y restringida, de manera que aquellas eran verdaderas palabras únicas y valientes. Por eso digo, la situación ha cambiado un tanto, hoy hay muchas otras instancias que denuncian la situación política, social. La situación eclesial debe siempre seguir siendo

clara frente a la dignidad y a los atropellos, de eso sí estoy yo convencido y deberíamos fortalecerlo, pero reconozco que no estamos en la misma tónica de aquellos años.

Para terminar, volvemos sobre un tema que usted ha mencionado y es que le llamó poderosamente la atención el día de la presentación de REMHI, usted estaba allí cercano a Monseñor Gerardi, pero le voy a recordar también otro hecho, el día que se presentó el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico en el Teatro Nacional, y que cuando se nombró a Monseñor Gerardi, todos de pie dieron un aplauso largo y cerrado. Esos dos momentos ¿qué significarían para el Obispo de La Verapaz?

Yo creo que ese aplauso reflejó lo que significa este valor humano profundo que independientemente de la opción religiosa o de la denominación católica o no católica, o lo que fuese, es valioso. Es decir, Gerardi es testigo del amor a la dignidad humana hasta dar la vida. Y eso es profundamente humano y no es exclusivamente católico ni cristiano. De manera que yo pienso que esos gestos, por decirlo así, civiles o amplios de aprecio de una figura de la altura de Gerardi, nos hablan de eso, de que se trata de valores profundos del ser humano, que el cristianismo está comprometido a defender y promover.

Usted es posiblemente el que más ha trabajado en el área ecuménica. ¿Cómo se mira toda esta labor de trabajo por los derechos humanos en el área ecuménica?

El ecumenismo, poco pero importante, que se ha dado en Guatemala, tiene justamente esa característica. El ecumenismo comenzó en Guatemala de una manera un poco más visible con las jornadas por la vida y por la paz en los años 70 y con las otras comunidades u organismos que surgieron a partir de esto, justamente por la comunión, por la común preocupación sobre el tema de lo social, de la injusticia del pobre. Porque ahí no hay barreras de denominación, sino que estamos en algo que a todos nos toca. Por lo tanto, el mismo Monseñor Gerardi, me consta, fue un hombre de mucha aceptación entre los grupos del ecumenismo y precisamente en esta línea, como lo fue también y lo sigue siendo Monseñor Romero y yo personalmente en la experiencia que tengo, creo que comenzar, no por lo polémico, por lo doctrinal, por las dificultades, por las desuniones que tenemos, sino comenzar por lo que nos une y lo que nos une es la vida de cada día y son las circunstancias de cada día, como alguna vez parece que dijo Martin Luther King: "Estamos unidos en todas las cosas, de todas las preocupaciones y de la vida y de toda la semana, excepto el domingo a las 10:00 de la mañana, donde cada uno está en lo suyo", por esto deberíamos estar juntos.

Al final de todo esto tan interesante con lo que usted nos ha iluminado la figura de Monseñor Gerardi, ¿con qué se quedaría? si hay que poner una o dos palabras que resuman todo esto, mirando al rostro de Monseñor Gerardi, que lo tenemos aquí enfrente, aunque la cámara no lo pueda enfocar. Pero dice "Gerardi vive".

Sí, yo diría Gerardi vive, porque vive en lo más hondo de la dignidad del ser humano en Guatemala, en una circunstancia difícil.

Muchas gracias Monseñor Rodolfo Valenzuela, le deseamos que esta Diócesis siga el trayecto de Fray Bartolomé de las Casas, como usted bien lo representa. Y desde esta experiencia de caminar buscando las huellas de Monseñor Gerardi, te agradecemos de corazón.

Y gracias a usted y a la ODHAG también por el trabajo.



| Carlos Aldana

Hso: Nos encontramos en el Centro de Investigación para la Prevención de la Violencia en Centroamérica y tenemos con nosotros a un amigo que conoció a Gerardi, tanto por fuera y por dentro, en su trabajo, como en su espiritualidad. Entonces, queremos que en esta entrevista nos pueda ofrecer también una faceta de vida de Monseñor Gerardi. Que nos lleve al trabajo específico que él realizó, tanto en Pastoral Social como en la Oficina de Derechos Humanos...

Soy Carlos Aldana Mendoza, ex miembro del Arzobispado. Benditamente fui parte de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado y también parte de la Pastoral Social. Ahora aquí en CIPREVICA y, bueno, también compartiendo mi esfuerzo de profesor en la Universidad de San Carlos de Guatemala y agradecido porque aquí hay dos amigos, una amiga y un amigo a los que aprecio desde hace muchísimos años: Paty Ogaldes y el Hermano Santiago. Y estoy muy feliz de que el tema de Gerardi nos convoque esta reunión.

Carlos, ¿cómo lo conociste? ¿Cuál fue tu primer encuentro con Monseñor Gerardi?

Me invitaron a ser el creador o director o jefe -no me acuerdo cuál es el concepto- del Departamento de Educación en la ODHAG. La ODHAG acababa de empezar, tenía un poco menos de un año.

Sólo estaba Ronalth, Fernando Penados, un grupito de cinco personas y me invitaron a crear el Departamento de Educación. Entonces, Ronalth Ochaeta me pidió que fuera a entrevistarme con Monseñor Gerardi. Ahí conocimos a Gerardi, en la antigua oficina de Monseñor Gerardi, que está ahora en el Palacio Arzobispal, que estaba contiguo, pegada a donde estaba la ODHAG. Ahí me entrevistó y fue para mí emocionante, porque me preguntó a qué me dedicaba.

Cuando tú lo viste, ¿qué sensación tuviste? ¿una sensación de trabajo?

Una sensación de un Obispo. Entendí lo que era un Obispo. Sentí lo que era un Obispo. Porque su presencia en el lugar me hizo sentir que estaba frente a un Obispo. Pero con un Obispo que me generó mucha confianza de entrada y eso me gustó mucho.

Pero era un Obispo en el sentido bueno de la palabra: autoridad, presencia; pero también mucha confianza. A partir de ahí empezó nuestra relación, que tuvo cosas muy lindas y también tuvo cosas duras, es decir, tuvimos situaciones que yo jamás negaré, aunque después contaré... el gesto que para mí cierra todo ese ciclo de tener mucho amor, mucho cariño, mucha amistad, mucho respeto, pero también tener nuestras diferencias y planteárselas a un Obispo, que además respetaba las diferencias internas

Si algo me emociona y yo extraño mucho, es el respeto a las diferencias y el respeto al laico, porque con Monseñor Gerardi eso fue así, el respeto a la figura del laico, el aporte del laico, a la diversidad que pueden darnos en una Iglesia viva, unos y otros.

¿Allí mismo sin duda alguna conociste a Monseñor Próspero?, que trabajaban más o menos en equipo...

Sí, a los dos Monseñores, con Monseñor Próspero Penados, tuvimos una relación muy linda también. Son esos Obispos que uno ve como amigos, y que los extraña, porque algo me pasa con Monseñor Gerardi, y varias veces lo he dicho, hay gente que uno extraña en esta vida, hay gente que se va y la respeta. Hay gente que extrañas oírlos, extrañas su llamada de atención, los intercambios y las cosas lindas, de esas personas sinceras. Se extrañan muchas cosas maravillosas. Pasaron los años, 25 años.

Empezaste tu trabajo para crear ese departamento de educación y seguiste hablando, conociendo, tratando a Monseñor Gerardi y al mismo tiempo tomando decisiones dedicadas a esto, que estabas haciendo en la Oficina de Derechos Humanos. Y en este proceso, ¿qué aspectos sobresalientes destacas de tu relación personal? No de la institucional, sino de tu relación personal con Monseñor Gerardi.

Bueno, lo que acabo de mencionar. El respeto, el respeto a la diversidad, a las opiniones. Yo creo que fue un poco... a veces y ahora lo digo con mucha paz en mi corazón, no fui tan obediente. A veces yo tenía posturas y a veces Monseñor me tenía que llamar la atención. Recuerdo una vez que di una declaración sobre el presidente de ese tiempo y no quiero mencionar su apellido para no ofender a nadie; pero llegó a regañarme, porque "hay que ser más elegante". Y tenía razón, tendría que haberlo sido en mi forma, porque la di pelada. Y entonces me planteaba, sí hay que hacer las cosas con elegancia, bueno, hay que aprender.

Yo rescato mucho ese respeto a que tenemos opiniones diferentes. Pero estoy seguro, si otro Obispo hubiera sido u otra autoridad, así, a la primera diferencia de opiniones o de visiones, yo hubiera dejado el puesto. Pero él no,

él respetaba eso, diciéndole a uno lo que tenía, lo que él creía. Pero dándole ese aire, esas alas. Si no hubiera sido por él, la Oficina de Derechos Humanos no despegaba. Porque él permitió que le crecieran alas a esa Oficina.

Has sido de los pocos laicos, casi el único, que ha sido vocero del Arzobispado de Guatemala. Se puede decir... no sé si te lo ganaste por tu carácter, por tu forma de ser o te lo pidieron... O fue porque las circunstancias se dieron así...

O las dos cosas que usted menciona. Lo de bocón, no puedo negar eso. Pero sí se dieron las circunstancias y fue un honor y fue difícil. Fue un papel de los más raros que he hecho en mi vida, porque era vocero de Monseñor Penados, era el vocero del Arzobispo. Y un laico... siendo vocero... uno aprende. Y sí algo rescato de Monseñor Penados, esa ternura que educaba, su maravilla, su alegría de sentirse cercano a nosotros, pero Monseñor Gerardi, era igual. Lo que hay que aprender de esa experiencia es que éramos muy jóvenes, o bastante más jóvenes de lo que somos ahora, era un aprendizaje de estos dos grandes pastores. Nos permitieron a un montón de laicos.

Y la obra está ahí. Está ahí, entre nosotros, como Paty Ogaldes y otros. Y esa obra quedó. Pero ¿por qué quedó? Porque había dos mentores que tenían estilos distintos, pero que se complementaban, se respetaban entre ellos y nos permitían a nosotros crecer. Porque metimos las cuatro; no quiero decir abiertamente la cantidad de errores que nosotros cometimos en aquel tiempo, es exageradamente grande. Cometimos errores políticos, errores en la forma de hablar, de expresarnos, de ver las cosas como hicimos.

Independientemente de eso, la gente posiblemente no lo veía así. Los veían a ustedes así de cerca, porque analizaban. Pero ustedes sacaron muchas veces las castañas, así calientes, de la vida de la Iglesia. Que no tuvieron que dar la cara ni Monseñor Gerardi, ni Monseñor Próspero. Y entonces, tú, sobre todo, y Ronal, también hicieron un trabajo difícil. Creo que es único, ninguna Diócesis tiene ese trabajo. Y yo creo que la Arquidiócesis lo perdió, lo perdió de alguna manera porque ya no hay ningún vocero del Arzobispo. Y en ese sentido ustedes fueron privilegiados...

Muy privilegiados, porque la circunstancia nos permitió hacer eso. Porque nuestros mentores nos lo permitieron y nos dieron alas y nos dieron la posibilidad, nos abrieron la escuela. Nos enseñaron en la escuela y el mundo se nos abrió, pero yo creo que había otro detalle que muchos compañeros teníamos mucho amor por la gente. Porque cuando... yo insisto en que cometimos muchos errores, incluso errores de ego, como decía hace un ratito,

hubo errores o luchas internas de poder, entonces las cosas ocurrieron como humanos que somos. Incluso yo lo digo abiertamente hubo un momento en que las cámaras de la televisión y los micrófonos de las radios, la prensa, nos hacían pensar más en la opinión que íbamos a dar, que en el trabajo que estábamos haciendo. Y se nos fue metiendo, no tengo ninguna pena en reconocerlo hoy. Vi que hubo un momento en que el ego se apoderó de nosotros y era más importante la imagen, que lo que hacíamos.

Como yo venía de ser misionero católico, en un grupo juvenil de vicentinos, con esas cosas de la opción por los pobres y me había formado de chiquito en eso. Cuando entramos en el Arzobispado, era como que aquella opción la teníamos, teníamos recursos, compañeros, para hacer la opción. Entonces aquello era el amor abierto a las posibilidades diversas.

Te sentías en tu casa...

Es que cuando pienso en el Arzobispado, pienso en el Proyecto más pleno que yo tenía en mi vida. Porque era mucha gente buena, compañeros, compañeras, haciendo... haciendo... haciendo. Y era mucho basado en el amor. Eso sí, yo reconozco un montón de errores, pero en el centro estaba el amor por la gente.

Pero dejemos los errores, más bien fijémonos en los aportes. Yo creo que lo importante es que eran jóvenes en formación y tanto Monseñor Gerardi, como Monseñor Prospero, los aceptaron así. En tu relación con Monseñor Gerardi ya se ha hablado de que, bueno, que llegó y te dijo: "Carlos, está mal, hay que cambiar de opinión". ¿Cómo era el tono?

Linda pregunta. ¿Cómo era el tono cuando regañaba? Había un momento en que se molestaba y se le notaba que uno estaba haciendo algo que no le parecía y se le miraba la cara. Pero jamás pasó la raya al irrespeto. Jamás.

Es decir, podía ser muy duro, pero nunca hubo una sensación de irrespeto. Eso es para mí importante, porque podía estar muy enojado y a veces se distanciaba y no le hablaba a uno, en el caso mío, pero nunca me sentí irrespetado. Nunca sentí que él me quisiera poner la bota de la autoridad, por decirlo así, porque no, él era... tenía una capacidad... él era muy inteligente como para saber hacer bien las cosas.

Entre los trabajos en este ámbito del Departamento de Educación, ¿qué puedes recordar que te tocó trabajar con él?

Primero, llevamos la educación popular a la Iglesia, porque veníamos de

la formación de la educación popular de los años 60, 70. Se había hecho en América Latina con una total orientación de transformación social y la llevamos a la Iglesia. Y la Iglesia pudo, desde el Departamento de Educación, empezar a hacer esa conexión entre los Derechos Humanos, la educación popular, la doctrina social de la Iglesia.

Combinar eso es súper poderoso, porque es el pueblo de la Iglesia juntos en procesos educativos. Creamos un libro que va más hay a la medida de los niños, se llama "Una milpa llamada Esperanza", no sé si todavía lo tienen por ahí, es de educación popular en Derechos Humanos.

Empezamos a crear las bases de cómo educar en Derechos Humanos. Y nos puso a la ODHAG, al Arzobispado, enfrentada en metodologías y misiones con la Oficina del Procurador de Derechos Humanos que, en ese momento, también estaba en sus procesos educativos. Y cabalmente el director del Departamento de Educación de allá, era bastante amigo mío y su subalterno también, eran amigos, pero con visiones... Uno de ellos había sido sacerdote, Vicente Arranz y el otro era René Linares. Bueno, había compañeros y teníamos visiones distintas porque nosotros íbamos por la línea de la transformación, de la lucha, y ellos con una visión más tecnócrata de la educación en Derechos Humanos, que era educar, enseñar Derechos Humanos. Pero no ir más allá de eso. De hecho, nos criticaron bastante en su momento. Pero eso nos lo permitió Monseñor Gerardi y él sabía por dónde íbamos, él estaba en esa línea muy progresista.

Ustedes estaban, con ese trabajo, en el anuncio y en la denuncia, porque a fin de cuentas llevaba la exigencia social de la Iglesia. Y al mismo tiempo, veían la realidad que se estaba generando en ese momento y respondían...

Es decir, buscábamos en el proceso formas creativas y escribimos un libro que se llama "Parábolas para educar". Desde la visión teológica y desde la visión pedagógica. La idea era: ¿por qué no desde la doctrina de la Iglesia?, ¿desde las propias parábolas bíblicas? Generamos también reflexiones críticas que puedan permitir a la gente descubrir, de otro modo, los valores para la denuncia, para el anuncio, para la lucha, para la organización.

Monseñor Gerardi, si no me equivoco, fue párroco, iba mucho a una aldea que se llamaba "Las Culebras", que no me acuerdo exactamente si es por Chinautla o por Palencia. Y algunas veces nos fuimos con Monseñor Gerardi ahí y lo recordaban. Le hicieron unas canciones, ahí estaba yo cuando le estaban cantando la canción en una aldeíta...

Él fue párroco de Palencia..

Entonces por eso, porque él fue párroco de Palencia. Él iba a las aldeas y una vez fuimos nosotros con él, viajamos bien lejos, bueno, bastante... Y le cantaron. Recuerdo ese detalle que una vez se pusieron con las guitarras y le cantaron un corrido. Vamos a hacer esas cosas, hay que respetarlas, había que valorarlas, hacer que la gente se organizara.

De entrada, cuando uno conocía a Monseñor Gerardi, daba la impresión de ser una persona seria y hasta cierto punto lejana. Pero, sin embargo, guardaba también en su interior una fase de humor, de ayuda a los que trabajaban, de distensión, de ánimo.

Monseñor era bastante serio, pero con los amigos era otra cosa. Al principio no. No era el clásico hombre con una sonrisa abierta por todos lados. Sabía uno que cuando se acercaba, iba a encontrar un hombre bueno, pero pasando algunas distancias, era muy molestón, muy bromista, con una creatividad que tenía... Yo le dije a Monseñor Gerardi: "un día vamos a hacer un libro con lo que tiene", porque él usaba mucho los refranes, tenía refranes por todos lados, para todo.

También un humor muy fino, tenía una capacidad extraordinaria, tuve la oportunidad de hacer un viaje con él a Ginebra, a Naciones Unidas, fue el primer Obispo que habló en la Asamblea de Naciones Unidas de Derechos Humanos, fue el primer Obispo en la historia que le dieron minutos para que hablara y preparamos el discurso entre todos acá en Guatemala, que tuvimos que cambiar luego allá, agregarle cosas y bueno, en eso tuvimos una oportunidad de viajar con él a París... yo no conocía en ese momento.

Nos fuimos en un tren de Ginebra a París, teníamos todo el día y regresamos la otra noche. Vi a un Monseñor Gerardi, a un Juan Gerardi distinto. Paseamos, hablamos, queríamos tomar algo y buscamos ahí en París. Tuvimos que ir al baño, un baño raro allá en París, era un baño público, pero bien feo, todo abierto, esa siempre fue una anécdota. Y así fuimos con Monseñor. Nos la pasamos muy bien. Regresamos y sentí esa calidez personal.

Dos defensores de los Derechos Humanos en Paris...

Sí. Paseando, sí. Comiendo en Burger King, por ejemplo, valga el anuncio, porque era lo más barato y no había de otra. Paseamos y regresamos el mismo día. De hecho, tengo unas fotos tomadas por él. Es un honor que yo tengo, tomadas por Monseñor en la Plaza de los Derechos Humanos, a la cual me vinculo ahora. Porque allí en la Plaza que está enfrente de la torre, está la Plaza de los Derechos Humanos. Yo soy parte de un movimiento que se

llama "Cuarto Mundo"; que tiene una placa allí y las cosas de la vida, cuando fui, ya estaba la placa, que es la única organización del mundo que tiene placa allí y caminé creo que hasta encima de ella, cuando ya después me vinculo y descubro que ahí estuve yo antes. Digo, aquí hay unas conexiones: Monseñor Gerardi, la placa, el movimiento Cuarto Mundo, Museo de la placa, es una maravilla porque todo se conecta al final. Y lo digo con alegría, con un recuerdo emocionante para mí.

Pero ahora, para regresar a la pregunta, era un hombre muy molestón y la gente no creería que tuviera sus bromas, bien interesantes, picantes, tenía bastantes chistes. Entre chistes y refranes, era un hombre súper agradable, de momentos familiares. Casi se le olvida a uno que era un Obispo. Era un amigo más. No lo sé. Él tenía una cualidad en el humor, pero muy fino.

Señalaste que cuando llegaron a Ginebra tuvieron que cambiar un poco el discurso. ¿Quiere decir que tenían otros?

Sí, así es. Si no me equivoco, era por extensiones, por los minutos y cosas así, tuvimos que recortar. Allí era muy importante la figura de Ronalth y se acomodó para que pudiera alcanzar el tiempo. Y como tienen que hacerse las traducciones, era eso. Se tenía que trabajar a marchas forzadas para que estuviera bien y él leyó el discurso.

El hecho de ser un Obispo en Ginebra, en un ámbito muy laico y tal vez a veces muy donde las fuerzas pro y contra se enfrentan ahí. ¿El cómo manejaba ese mundo?

Ahí le viene una cualidad especial de Monseñor, que puede ser tan amigo y cercano, pero también puede ser tan diplomático como sea necesario, para mí, es la definición de inteligencia. Pasa por ahí. Era tan aquí como tan allá. Era capaz de ponerse y de hablar, de dialogar, de disentir. Ahí había un diplomático, un hombre que podía hablar de cualquier tema con cualquiera, en cualquier parte del mundo, leyó el discurso en español, creo que en 4 minutos.

Tenía que ser cortito y él no era de lectura rápida

No, pero se calculó y se ajustó para que alcanzara el tiempo, porque son muy estrictos con el tema, allí sí tienen tiempos. Pero de eso hace muchísimos años. Yo creo que es importante esto de cómo se manejaba él, tenía porte para hacer un diplomático, un político o también estar con los equipos.

En los viajes ¿de qué hablaban? porque eran largos

Algunas veces hablamos poco de Quiché, pero no mucho. De la familia. Y mucho de la cultura política, que le gustaba a él hablar de eso. Una vez le dije

yo: es que aquí hay muchos chismes, está bonito, y él me dijo: "No... no, ¿a ti te gustan los chismes?" Como que la palabra chismes a él no le gustaba mucho, no le gustaba el chismorreo.

Con Monseñor Próspero. Yo creo que coincidieron dos constelaciones que se complementaron. De otra manera no hubiera podido surgir ese Proyecto tan interesante en un momento difícil de Guatemala. ¿Cómo él veía la política de Guatemala en ese momento, estamos antes de la firma de los Acuerdos de Paz?

Recuerdo una expresión sobre la política muy clara de Monseñor: "puede meterse en la política, pero no ahorita, no, ahora no hay condiciones". Y la otra cosa era: "recuerden que lo que hagan acá es de naturaleza más larga en el tiempo, tiene más efectos que la propia actividad político-partidaria". Recuerdo que nos decía eso porque yo tuve que dejar un poco el Arzobispado, porque fui candidato a decano de la Facultad de Humanidades derivado de un montón de fuerzas que había en ese momento y nos decía eso, "lo que hagan ahora, políticamente, es de corta duración. Lo que hagan en la Iglesia y en los proyectos sociales, es de más larga duración, por lo tanto, pueden tener más impacto que en política". Y bueno, la vida nos ha demostrado que tenía razón.

¿Eso quiere decir que no se quedaba en la coyuntura?

No. Y nos lo dijo abiertamente porque tuve que solicitar permiso para participar en ese proceso electoral en la Universidad de San Carlos. "Y piensen un poco hacia dónde quieren ir en su vida de verdad. Piensen largo". Y de verdad te digo, siempre lo he dicho, en mi casa y mi familia, que fue lo que perdí en las elecciones.

Casi un año o dos después, daba las gracias por haber perdido, porque si no, me hubiera quedado concentrado en un pequeño pedacito de la realidad de la Universidad San Carlos y no hubiera podido aprender lo otro, lo grande y lo más complicado, que es en las relaciones con el mundo social, el mundo político.

Me he puesto a pensar que es una lección de vida de Monseñor Gerardi que, hoy por hoy, la tengo muy clara, la veo. Regresando a lo que usted decía de los dos Obispos, Monseñor Penados aportaba una cosa y Monseñor Gerardi, otra. Por supuesto, la conducción, el liderazgo auténtico lo tenía Monseñor Gerardi. Monseñor Penados era el soporte, el corazón. Y entre los dos, se complementaban.

Cuando Monseñor Gerardi tiene que pronunciarse sobre la Ley de Amnistía, en el ámbito de los Acuerdos de Paz y después, cuando tiene que tomar la decisión de defender la realización del proyecto REMHI en el seno de la Conferencia Episcopal, donde hubo muchos pros y contras, y él luchó para que REMHI se realizara. Algún obispo le dijo: REMHI te puede llevar la muerte. Pero él luchó por la verdad de las víctimas...

Adentro, no hubo factor más inspirador, no sólo dentro de nosotros en el Arzobispado, sino dentro de la Iglesia Católica en Guatemala, no hubo un factor más inspirador como Monseñor Gerardi. Él era el factor, el clave, porque, seamos sinceros, hubo gente que generó muchas iniciativas intelectuales para hacer REMHI, como Edgar y otras personas. Hubo mucha gente que vino de afuera apuntaló aquello. Pero el factor más inspirador, el factor clave para inspirar, era Monseñor Gerardi, porque, además, de una u otra forma, él era parte de lo que REMHI tuvo que revelar o develar, porque había sido víctima también de la violencia y había sido parte de esa historia dura, aunque se le criticara o se le dijera lo que fuera, pero era parte de eso. Aunque no lo hiciera todo claro, él revisaba cosas, pero, en realidad él es el que inspiró que todos lo hicieran. Y estoy seguro, segurísimo, que, si no hubiera estado él en esa coyuntura, en esa circunstancia, otro Obispo no lo hubiera hecho. Para nada.

Y es curioso porque, que yo conozca, en ningún lugar del mundo, la Iglesia se arrobó un privilegio de constituir una comisión de la verdad. Sí, no la llamábamos así, pero era eso... en realidad era eso. Los Acuerdos de Paz contaban con eso. La Comisión de la Verdad de El Salvador fue muy restringida y yo creo que eso influyó mucho en un Monseñor Gerardi para decir: tenemos que decir una palabra más adecuada, más apegada a la verdad...

Sí. También creo, si no me equivoco, que la Vicaría de Santiago de Chile tenía en ese momento un trabajo muy parecido, fueron referentes.

¿Alguna vez él viajó a Chile?

A Chile... no recuerdo, no. Hubo relaciones con la gente de la Vicaría de Chile, es lo que recuerdo. Ahora que él haya viajado, no creo. No recuerdo si viajó o no, o si vinieron, pero sí hubo intercambio de información y cosas por el estilo con los chilenos, pero muy poco. Yo sí creo, como usted, que ningún informe de la comisión de la verdad está acuerpado o complementado por otro informe como el tema de Guatemala, que tiene la Comisión para el Esclarecimiento Histórico: La Memoria, del Silencio y REMHI. Y entre los dos tenemos dos fuentes de memoria histórica muy ricas e importantes. Y bueno, por alguna razón, en los gobiernos actuales, estoy hablando de

los dos gobiernos anteriores, más el gobierno actual, está un retroceso impresionante en materia de memoria histórica, de justicia transicional y de reparaciones a las víctimas. Todo ese retroceso puesto allí, concretamente, en la destrucción de la institucionalidad de la paz el año pasado, que se destruyen las instituciones dedicadas la paz y se confluyen en una sola. Y eso, eso es señal de que la Memoria Histórica es importante y que les duele o que les preocupa, o que les ponen nerviosos a los sectores de poder, incluyendo la sociedad en general, porque está tocada por esta idiosincrasia, esta mentalidad “¿para qué ver el pasado, el presente, el futuro?”. Como que si ver el pasado era sólo quedarnos en el pasado.

Sí creo que el aporte de REMHI es crucial para que la gente entienda y comprenda que, si queremos un presente y un futuro mejor, de alguna manera hay que reparar el pasado y hay que curar heridas y hay que pasar esa historia negra. Porque la gente tranquilamente en la ciudad dice: para qué regresar al pasado. Vaya a preguntarle a las señoras, a los hombres que eran niños y vieron cómo se mataba: ¿Cómo se sienten hoy? ¿Cómo están hoy? ¿Qué luchas tienen? ¿Qué efectos tienen de aquel pasado? O preguntarles, al contrario, a las personas a las que se les hizo justicia gracias a REMHI, porque recuperó la verdad o a la Comisión del Esclarecimiento Histórico y se les hizo justicia: ¿Cómo se sienten hoy comparado con los que no les han hecho nada de reparación? Y la gente tal vez descubrirá qué importante es para el país, el REMHI y lo que hicimos acá.

Cuando uno visita Quiché o ha vivido allá y hablas con la gente, ellos se refieren al tiempo de la violencia como “la enfermedad”. Y ahora tenemos a la enfermedad. O sea, son dos enfermedades. La enfermedad en aquel tiempo era el silencio. ¿Cómo se educa para la palabra, para ser sujetos de su propia historia?

Pregunta maravillosa. Yo creo que, para ser sujetos de su propia historia, ¿cómo educar para la palabra? Primero hay que educar desde la escucha. Y nosotros, los universitarios, la gente de la ciudad, tenemos que reconocerlo: a veces padecemos de una enfermedad, que es la de creer que nuestra palabra, nuestra forma de ver el mundo, las orientaciones, nuestra ciencia, es la que tiene que ayudar al pueblo a que descubra su verdad. Mentira, es el pueblo el que primero tiene que expresarse, es la voz del pueblo la primera que tiene que ser escuchada. Y nosotros, humildemente, desde esa palabra, construir lo que podamos junto al pueblo. Si algo he aprendido yo, es que nosotros los universitarios, podemos llegar a tener soberbia; de creer que nuestra ciencia y nuestros conocimientos son más elevados, que son los que tienen que dar la luz al pueblo. Y se nos ha olvidado que es el pueblo el que nos educa, como decíamos hace un rato, es el pueblo el que nos catequiza,

que nos alfabetiza. ¿Y eso que significa? Que le demos tiempo a la escucha, más de lo que le damos a la palabra nuestra. Porque la escucha significa recuperar la palabra de aquellos a los que han acallado.

Cuando llegaba la gente al Arzobispado, personas vulneradas, personas violadas en sus derechos, ¿Monseñor Gerardi se las pasaba a ustedes o él trataba de escuchar primeramente?

Una de las dos. O las dos. Generalmente éramos nosotros, a veces la gente llegaba antes y nos pasaba Monseñor, de hecho, se quedaba en la mayoría de las veces porque atendíamos, nosotros escuchábamos. Monseñor sí fue clave en casos muy paradigmáticos, podemos decirlo ahora, donde era necesaria una escucha de alguien para que la gente sintiera que la cosa iba caminando y donde él tiraba líneas.

Algún ejemplo en particular...

Por ejemplo, el de la hermana Diana Ortiz. Allí Monseñor Gerardi y también Monseñor Penados, supo de eso, Monseñor Gerardi tuvo papel en ese caso. Y también tuvo papel en el caso de Maritza Urrutia.

En el caso de Diana, Monseñor Penados me contaba que él pudo ver la espalda de Diana Ortiz quemada. Yo no sé si Monseñor Gerardi también participó en eso...

Sí, él estuvo en el diálogo. Sí podemos hablar de alguna debilidad que tuvimos en un momento, pero basada en nuestra inexperiencia, porque todos empezábamos, nosotros éramos más de trabajar la parte jurídica y la parte educativa, digamos, para la prevención y todo lo demás. Pero en ese momento no supimos. Pues no tuvimos la visión de que había que apoyar psicosocialmente a las víctimas o no teníamos recursos. Esto va caminando lentamente después. Entonces en la Pastoral Social sí tuvimos algunas cuestiones, algunos acercamientos a la atención psicosocial de víctimas, pero en ese momento no, en este caso no. Ella fue apoyada por su propio instituto, su propia congregación en Estados Unidos.

Has hablado de recursos cuéntanos más de eso

Los grandes casos requerían de muchos esfuerzos económicos y no había para eso. Entonces la Iglesia misma era el recurso, era un edificio y todos los recursos estaban al servicio y eso contribuía a aminorar la necesidad de recursos financieros. Pero sí hubo de las dos, hubo austeridad y hubo también posibilidades de recursos gracias a la solidaridad de Iglesia Católica en el mundo, o de la Unión Europea. Hubo casos en los que el dinero venía

de organizaciones solidarias con las luchas latinoamericanas. Y esto es muy importante. Gracias a Monseñor Gerardi y a la visión de Monseñor Penados, juntos, como usted dice, para crear la Oficina de Derechos Humanos, también la cooperación vio posibilidades porque vieron una nueva forma, un nuevo aire en la construcción de luchas sociales a través de la Iglesia Católica. Y la miraban con mucha transparencia, la miraban como un lugar muy honrado, muy comprometido. Y eso nos ayudó.

En este sentido. Yo tengo la certeza que las iglesias nórdicas luteranas contribuyeron, por ejemplo, para el proyecto REMHI, o sea que tenía también un cariz ecuménico

Sí, se tuvo una linda relación con los luteranos, sobre todo, y era un ecumenismo muy vivo porque era muy práctico, era muy de la vida, con la gente, un ecumenismo que a todos nos enriqueció. De hecho, adentro del Arzobispado, teníamos gente hasta no creyentes. Había una diversidad, había un amigo cantante nada creyente y le decían monseñor. También otro amigo, Daniel Saxon, a él también le decían monseñor y no era cristiano. Como ven, había una diversidad, un ecumenismo práctico, vivo.

Esa era otra idea de Monseñor Gerardi, porque otro hubiera escogido sólo católicos. Y Monseñor Gerardi quería, realmente, resolver situaciones de la vida de la gente y buscaba a las personas más adecuadas

Yo creo que Monseñor era tan inteligente, que sabía que, como Obispo, él no podía hacerlo todo. Pero sabía que los laicos, por la diversidad y la interdisciplinaria, podíamos construir ese proyecto que él tenía en mente. Y esa es la gran sabiduría de Monseñor, lo que dije anteriormente, respetó la diversidad y se apoyó mucho en los laicos. Creía mucho en los laicos, sin dejar de ser un hombre de Iglesia, porque ante sus colegas era muy respetuoso, trabajaba para dentro de la Iglesia, pero nunca dejó de trabajar hacia afuera. Y cuando digo hacia afuera, es hacia la gente de otras diócesis y hacia los laicos. No hay que negar que el respeto a la diversidad del laicado para él no era discurso, era muy práctico.

En algún momento ustedes en la ODHAG tomaron decisiones como el comunicado... Me parece que era del 10 de enero del año 94, en la que ustedes, después del golpe de estado de Serrano Elías, aceptaban la mediación de las Naciones Unidas. Y ahí fue un momento muy difícil dentro de la Iglesia. Porque Monseñor Quezada se sentía desplazado y sin embargo Gerardi aceptó una propuesta nueva. Es decir, esto lo tiene que hacer las Naciones Unidas, porque la Iglesia se va a quedar atrapada

con las manos en la puerta. ¿Cómo llegaron a tal situación?

La presencia y el posicionamiento de la Iglesia Católica era tan fuerte que no sólo por demanda, sino también por oferta, es que pudimos tener esa presencia, es decir, por demanda significa que vinieron a la Iglesia a pedir el apoyo, pero también la Iglesia a través de su presencia era una oferta permanente de mediación, de apoyo. Yo recuerdo eso y lo que recuerdo de esa época es que hubo momentos muy difíciles, con Monseñor Quezada, emitimos una opinión y él se ofendió, llegó incluso a interpelar a la oficina. Y había un papel distinto entre Monseñor Quezada y Monseñor Gerardi, porque recordemos que Monseñor Gerardi, y ese es otro papel que tienen que tomar en cuenta mucho en la historia, estuvo en los diálogos entre las partes. Y el recuerdo de un compañero de la parte de la guerrilla, de la URNG, es que me decía que Monseñor Gerardi facilitaba las cosas, les ayudaba a dialogar, porque creaba un clima más distendido, más tranquilo, con más posibilidad de diálogo y menos showman, porque Monseñor Gerardi no era un showman. Eso también es otra característica que hay que recordar. Él no era un showman.

No era alguien que le gustara llamar la atención, como otros personajes; Monseñor Gerardi por atrás creaba condiciones para el diálogo. Diálogos difíciles entre gobierno y URNG, tuvo un papel, no fue el que apareció públicamente, no fue él el que se llevó los focos, ni el que se llevó las cámaras. Pero él era el que propiciaba y lo digo porque me lo dijo gente del lado de la guerrilla, que nos planteaba: En realidad ayuda mucho al diálogo. Él es facilitador.

De hecho, en el año 95, se escribió una Carta por la Conferencia Episcopal: "Urge la verdadera paz", en donde uno de los puntos era cabalmente REMHI. Monseñor Gerardi defendía la validez de REMHI y Monseñor Quezada defendía que ese ámbito estaba contemplado en los Acuerdos de Paz y que la Iglesia no debería, que no era conveniente entrar en ese ámbito. ¿Gerardi cómo vivió eso? ¿Con alguna angustia, con alguna desazón? Como diciendo: no sé si estaremos haciendo las cosas bien. ¿O él seguía adelante con su proyecto?

Yo tengo la impresión que a veces él se preocupaba por la impulsividad, por la falta de visión que podíamos tener un montón de laicos con los que él trabajaba, porque a él parecía bien sólo con laicos, pero sí tenía su trabajo de Iglesia. Entonces, yo siento que hubo un momento en que le preocupaba que esa impulsividad llevara a la mezcla o llevara a la Iglesia a una participación explícita y bastante inadecuada para la Iglesia, en circuitos o en dinámicas políticas que no tenían por qué meterse.

Yo siempre creo que Monseñor Gerardi tuvo presente la necesidad de no mezclar, lo cual me parece, en un momento creímos que no, que la Iglesia debía meterse y participar. Pero viéndolo después, ya en retrospectiva, creo que era más sano para la Iglesia mantener esas distancias o no distancias, esas separaciones entre el Estado y la Iglesia. Porque ejemplos posteriores nos demuestran que la conexión y la mezcla de las cosas siempre van en contra de la Iglesia, en el sentido de que, a veces el papel de humanos en la política al primer momento ya está desacreditado y se desacredita los demás procesos.

Yo creo hoy, que los procesos históricos de una Iglesia, pero una Iglesia comprometida, no hablo de una Iglesia en neutro, da para un proceso más largo que el proceso político electoral. Creo que el papel de una Iglesia comprometida da para muchos más efectos de construcción y de transformación del país, que si esa Iglesia se mete a un proceso electoral y a los cuatro años puede habersele acabado la fuerza. Entonces yo creo que Monseñor sí tenía esa preocupación, que no se mezclaran las cosas y así se mantuvo. Por lo menos en vida, así se mantuvo.

La conclusión de REMHI llevaba el nombre del documento y llevaba también la presentación del documento. Fueron dos ámbitos, que me imagino que Gerardi tuvo que ver mucho y que algunos otros obispos, que también lo leyeron antes de que se mandara a la imprenta, pero, a fin de cuentas, Monseñor Gerardi, en ese momento, ¿qué palabra tuvo para decir? ¡bueno, esto está ya!

Yo ahí no estuve. Entonces no puedo hablar mucho de eso. No sabría decirle cómo. Solo sé lo que adentro, como diálogos, era que no se iba a ir sin su autorización. Eso es lo que sabíamos los demás. Pero sí sé, no se iba, si él no lo aprobaba. Era responsabilidad de él. Incluso recuerdo que tenía preocupación por algunos pasajes y se revisaban, porque él sí, él era un intelectual, él era un hombre de lecturas. Y él leía todo y a eso le puso una atención muy importante. Sé eso, que no se pudo ir sin su aprobación.

A veces utilizamos esta expresión: los que se comprometen, lo hacen pase lo que pase. ¿Tú crees que Monseñor Gerardi previó que podía llevarle a la muerte este proyecto?

Sí, creo que sí. Porque algunas veces hablaba de eso. Pero tenía una forma de hablar de eso, relajada. Sí, yo creo que sí. Sabía que aquello podía tener consecuencias muy graves en su vida, en su integridad. Creo que sabía que aquello era muy riesgoso, pero al mismo tiempo era muy relajado en eso, porque hablaba con mucha tranquilidad, con mucha paz.

No era solo lo que está en los papeles, sino que cuando nos hablaba, lo hacía muy tranquilo. Siento que sí sabía, que sí creía. Tampoco dejaba de ver el panorama tan duro en ese tiempo. Pero lo hacía con tranquilidad. O por lo menos, una tranquilidad que nos expresaba. No nos contagiaba de esa psicosis que se mete mucha gente, que hubo después, sino muy relajado, muy tranquilo.

Siendo así que era un obispo conciliador, ecuánime, él arrastró, desde que dejó la Diócesis de Quiché en el año 80, eso de ser un obispo cercano a la subversión. Siempre fue acusado, es decir, Gerardi nunca fue visto en su dimensión de lo que realmente era, sino que siempre aparecía como... no diríamos el obispo rojo, pero casi siempre tuvo esa prensa no favorable. Y yo no sé si él era consciente de esto y si él se cuidaba o sencillamente decía "vamos adelante, digan lo que digan"

Si, su actitud de vida y su visión política le hacían reconocer la necesidad de dialogar con todos los sectores, pero, sobre todo, lo hacía ver la necesidad de trabajar por los más oprimidos, los excluidos. Eso no era solo discurso, era también una actitud de vida. Por lo tanto, tarde o temprano esa visión lo tenía que acercar a las expresiones organizadas del pueblo, léase como se lea. Pero no hay que olvidar que esa opción que hizo, esa cercanía que él tenía, tampoco lo desbalanceaba plenamente, de la Iglesia o de otros sectores, porque él era muy ecuánime, podía dialogar con cualquier sector y lo hacía con mucho respeto y con mucha soltura. Era muy suelto para hablar con cualquiera.

Y quizá sí lo vieron así. Creo que la creación de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, del REMHI y su muerte, terminaron de consolidar esa visión que tenían algunos sectores y que no se lo perdonaron nunca, sobre todo un sector de la Iglesia.

Tú has trabajado en educación, ¿por qué hasta el día de hoy la gente piensa que hablar de Derechos Humanos es hablar de cuestiones de los guerrilleros? Yo así lo vi, en Quiché. No hablar de Derechos Humanos significaba no haber leído la Constitución de la República de Guatemala, que está puesto en el primer artículo de la Constitución guatemalteca, no hace falta ir a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Sin embargo, hasta el día de hoy, mucha gente tiene esa percepción sobre las personas que trabajan en la defensa, tutela y promoción de los Derechos Humanos.

Son dos estigmas, dos paradigmas que hay. Pero es que eso viene desde la creación de la Declaración, cuando los países en el Este y el Oeste se

distribuyen los Derechos Humanos, por decirlo así, entonces, unos, los derechos individuales, y los otros, los derechos colectivos. Viene de esa época, esa geopolítica global, y para ello hay que crear mentalidades y eso ha permeado y es duro, es fuerte. Los dos estigmas son: “eso viene de guerrilleros”; o “es defensa de delincuentes” que es lo que siempre ha estado.

De hecho, cuando yo estaba en la ODHAG, nos tocó ver un caso donde descubrí por qué la gente nos dice eso, porque yo no soy abogado, pero estaba en los casos jurídicos y me tocó atender casos en Pavón, de violación de la integridad de presos, de privados de libertad, en torturas terribles; entonces, cuando uno venía a defender el debido proceso, que es en cualquier parte del mundo un derecho humano básico de la persona, no es que nosotros queramos que a los delincuentes no se les meta presos, sí se quiere eso, pero con el debido proceso; cuando eso ocurría y nosotros defendíamos el debido proceso, a la gente no le parecía pero no de forma espontánea, es que es parte de esta visión educativa dominante en la que se crean estereotipos y cosas así. Se exageran para que la gente lo siga creyendo. Hasta el día de hoy, no sé si lo de los derechos humanos vinculados a guerrilleros es lo más fuerte, o lo de los delincuentes. Creo que es más esta segunda, es una forma de socavar el trabajo que hacemos las organizaciones de derechos humanos, es una forma muy cotidiana, muy doméstica, de destruir el trabajo por los derechos humanos.

El 27 de diciembre de 2022, Monseñor Gerardi cumplió 100 años. Yo siempre hablo de él como que estuviera vivo, porque el martirio le dio vida y se cumplieron los 25 años de su martirio. Son dos fechas importantes que recordar. Para ti, el momento de la muerte, ¿qué significó ese momento? ¿Pensabas que eso tenía que venir, que podía suceder?

Yo, no. Nunca lo esperaba. A la una de la mañana, más o menos, me llama Don Julio Penados y me dice: “Carlos Juanito, mataron a Juanito”. Yo estaba dormido, tal vez por eso no entendía ¿qué pasó aquí! Y dije: “¿Juanito... qué Juanito?”. “A Juan Gerardi”, me dice. Ahí se me vino el mundo encima. Y entonces nos desplazamos. Fue algo bien duro, porque era desplazarse a esas horas hacia la casa sabiendo un poco el entorno. Era muy duro para mí.

Es un corte en la historia, es un bloque que se nos plantó en la historia. Porque para mí lo que ocurre es que se derrumba, o se quiere derrumbar, después el REMHI se hace y lo recuperan los compañeros, están en ese esfuerzo, pero, de una u otra manera, ese es un golpe muy duro, muy central en la lucha social. Es vinculada hacia la Iglesia, por el miedo, o por la falta de participación, por la desorganización que se crea, por las fracturas que se montan. REMHI se recupera y hace el esfuerzo, pero el golpe está dado.

No lo esperábamos. Yo no, jamás lo esperaba y dolió tanto, tanto, que para mucha gente el dolor se convirtió en inmovilidad, en otros, a lo mejor pudo crear una gana de no sé.

Yo quiero confesar algo, el día que estábamos en San Sebastián, con el féretro, antes del entierro de Monseñor, nos dieron una instrucción recuerdo esa parte, fue Edgar o fue Ronalht, no recuerdo quién, era una marcha y que tenía que ser silenciosa. Y yo recuerdo que me tocó tomar el micrófono, recuerdo que no quise ser silencioso. A mí me indignó tanto, que yo no acepté la directriz de que fuera silenciosa, sino que dije unas cosas muy duras, muy duras. Y aunque yo mantenía la ecuanimidad en ese momento, porque eran menos de 48 horas, no sabíamos las causas, pero me salió la indignación del corazón, sin saber y sin decir quiénes habían sido, porque eran las primeras horas, uno no puede decir "fueron tales", porque me parece muy poco profesional o muy poco ético. Pero sí fue duro, la indignación era muy dura. Entonces yo recuerdo ese gesto. No quise ser parte del silencio, sino que más fui del grito de la indignación. Y de decir las cosas.

Y creo que eso es lo que refleja lo que sentí en ese momento, se había roto algo. Y alguien tan vulnerable como Monseñor Gerardi, que podía llegar solito en su carro a su casa me parece que es un símbolo.

Y que muchas veces caminaba por la calle.

Todo el tiempo. Él pasó al medio día cerca, yo vivía cerca de donde él estaba ese domingo, en la casa de Don Julio. Y pasaron el domingo ese y solo él, solito andaba siempre, a pie, o, de hecho, si iba de su casa, pasaba por la pastoral y luego al Arzobispado. Yo creo que es un gesto es de todo, hay un montón de símbolos allí. Alguien tan vulnerable como Monseñor que no iba acompañado. No sé, es indignante la forma, pero también es un ejemplo de que el poder es fuerte.

Por ahí, ese libro que te dejo de los mártires de Quiché quiere simbolizar a un obispo mártir en una Iglesia mártir. ¿A ti te gustaría que algún día la Iglesia lo considerara entre los beatos santos mártires?

Sí. Él dio su vida por una concepción de una Iglesia viva, comprometida, luchadora. De una manera es parte de todo esto, es parte de esta galería de hombres y mujeres que dieron su vida y que merecen un sitio histórico importante. Porque, además, yo siento que a Monseñor Gerardi no se le dio todavía, a pesar de los esfuerzos, un sitio un lugar como Monseñor Romero, por ejemplo. Son diferentes realidades, son diferentes estilos, pero siento que lo necesitamos y por eso me alegra muchísimo esto, que es necesario. Y por eso, en cuanto a la pregunta, por supuesto que sí. La respuesta es que sí.

En cuanto a los jóvenes que hoy, 25 años después los jóvenes ya no conocieron hechos, sino conocen recuerdos o no tienen memoria histórica.

Yo creo, como ha sido mi experiencia con estudiantes de la Universidad de San Carlos, que el hecho de que no estén viviendo la historia como se vivió hace 25 años, no significa que no sean parte de esa historia. Y ¿cómo pueden ser parte de esa historia? Generando diálogos, escuchando a testigos o sobrevivientes que son los que nos permiten enriquecer esa parte a los jóvenes. Yo he conocido jóvenes, mis estudiantes en la universidad, que decían “esto no ocurrió aquí en Guatemala, esto se lo inventaron, lo del Conflicto Armado Interno” y conozco otros que sí decían “si le pasó a mi abuela, mi abuelo, mi papá” he sido testigo de esos diálogos, porque cuando teníamos la universidad presencial, unos a otros jóvenes se educan entre sí. Incluso me tocó vivir la experiencia en un grupo de trabajo, se conocían, se querían, pero no sabían que una era nieta de un militar y la otra era sobrina de guerrilleros. Y cuando se conocen en el momento del diálogo, porque hablamos de eso con los jóvenes, se conocen que eran amigas y no sabían de historia. A mí lo que me maravilló fue el encuentro de dos orígenes distintos, pero con mucho respeto. Y empezaron a hablar y empezaron a reconocer lo que había ocurrido, dialogando unos con otros. Yo creo que los jóvenes tienen derecho y obligación de saber de su historia, de la historia de su país, porque tarde o temprano se hacen búsquedas de repente tienen algún pariente, un amigo, vinculado o afectado o víctima o sobreviviente. Y eso le va a hacer familiarizarse con esta historia.

¿Eso sería parte de la Guatemala Distinta que quería Monseñor Gerardi?

Una Guatemala Distinta pasa por la educación que genera pensamiento crítico, diálogo, escucha. Insisto con esto: escucha, escucha, escucha. Es un diálogo intergeneracional urgentísimo, porque los que tenemos estas edades, tenemos que saber escuchar cómo están las inquietudes, las intenciones y las ideas de los jóvenes; y los jóvenes también tienen que escucharnos. Pero romper la idea o el concepto de que nosotros tenemos que hacernos escuchar por los jóvenes, dar nuestra palabra porque somos los que sabemos de la historia. Es un diálogo intergeneracional lo que urge.

Una palabra que te recuerde a Monseñor Gerardi

¿Puedo decir más que una palabra? ¿Un gesto? Un gesto profundísimo que llevo en el corazón: La última vez que lo vi. A ver, él murió un domingo. Esto ocurrió un martes o miércoles de esa misma semana o una semana antes. No recuerdo por qué tuve un encontrón con él, yo sé que habíamos tenido una diferencia. Quizás alguna cosa de Derechos Humanos. Entonces no nos

habíamos hablado en una semana, pero no es que peleáramos, sino que tenemos una diferencia. La última vez que lo vi, pasó él porque venía del Palacio Arzobispal e iba para San Sebastián y pasó por Pastoral Social, allí en la séptima avenida. Tocó el timbre y me dijo una señorita que allí estaba Monseñor Gerardi, que me quería hablar. Yo estaba adentro en una reunión con los compañeros y le dije "que entre". Y me dijo: "no, no es algo rapidito". Entonces salí yo a la calle. Y el gesto es que me dijo: "¿Cómo estás? ¿Bien?". Todo bien, le dije yo, ya sabes. "Seguí adelante" me dijo y me abrazó. "Seguí adelante" y se fue. Y yo pensé: "¿y aquí qué pasó?". Y bueno, regresé con los compañeros a la reunión y les conté: miren, Monseñor Gerardi solo vino a saludarme, a darme un abrazo y a decirme "seguí adelante". Esa fue la última vez que yo vi a Monseñor Gerardi y jamás olvido el gesto. Fue como un acto, un gesto espiritual de encuentro entre él y yo que me lo llevo, lo llevo conmigo porque me ha servido siempre para recordarlo como ese hombre cálido, que, a pesar de todo, me dijo: "seguí adelante".

Gracias Carlos. Gracias por este momento tan bello que nos has permitido compartir. Siempre para hacer posible la vitalidad de la memoria de Monseñor Gerardi. Yo creo que, sin esa vitalidad, Guatemala no puede vivir. Y si hubiéramos cumplido la herencia de Monseñor Gerardi, creo que estaríamos en otra dimensión...

La principal herencia de él era la vitalidad como usted dice, la vida, la vida plena, la vida gozosa, la vida completa que todos merecemos y que todos tenemos que anhelar en este nuestro trayecto en este mundo.



| Alfonso Huet

Hso. Alfonso cuéntanos un poco de tu vida, ¿cómo llegaste a las Verapaces?

Mucho gusto, mi nombre es Alfonso Huet, soy originario de Bélgica. En el año 73, cuando terminé mis estudios, vine a trabajar aquí, era misionero laico, no conseguía trabajo y fui a otra parte, hasta que en el año 80 encontré trabajo con la Congregación del Inmaculado Corazón de María, CICM. Y vine a trabajar aquí a Cobán a finales del año 80.

¿Cómo te has sentido desde entonces?

Desde siempre, mi opción era querer trabajar con los pueblos indígenas. Bueno, también eran años sumamente difíciles, de la plena guerra en el 80, cuando varios –religiosos- de esta congregación habían salido, varios habían sido asesinados también. Nunca me arrepentí porque fue una experiencia muy buena, primero en parroquia, luego en pastoral social, en otros trabajos y siempre he estado trabajado en Alta Verapaz.

Has tenido una amplia experiencia. Me dices que conociste a los mártires del CICM de Escuintla y ¿cómo conociste a Monseñor Gerardi?

Él había estado aquí como Obispo, escuchaba comentarios de él, de su gran trabajo. Algunas veces él venía de visita, pero donde más lo vi, lo que fue para mí más interesante es en lo que llamamos la Comisión Nacional de Pastoral Social. Fue una iniciativa que nació a finales de los años 80 y principios de los años 90. Yo, como Secretario ejecutivo de Pastoral Social, como Coordinador, nos convocaron a una asamblea en febrero del 89, convocada por Monseñor Gerardi, porque él era el presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social Caritas.

¿Esa asamblea fue en Guatemala?

Creo que fue en Panajachel, no lo recuerdo muy bien porque hubo varias asambleas. Pero es muy importante porque ahí se tomó la decisión de conformar una Comisión Nacional de Pastoral Social, de tener un equipo de animación y coordinación y también de lograr mayor integración entre los

proyectos de Pastoral Social y de Cáritas. Eso era sobre todo la inquietud de Monseñor Gerardi.

Tuvimos muchos sueños, teníamos una reunión mensual con las distintas diócesis; no siempre, pero muchas veces con Monseñor Gerardi. Y allí reflexionábamos sobre cuál es el papel de la Pastoral Social en la coyuntura bastante difícil de esos años, en plena guerra todavía. Entonces estaban los desafíos de las graves violaciones a los Derechos Humanos, las muchas víctimas de esta guerra fratricida, de la represión fuerte, sobre todo, aquí, y a nivel nacional también, las decenas de miles de población desplazada interna, los refugiados que estaban en México y querían regresar, las Comunidades de Población en Resistencia (CPR) en Quiché y Petén.

En aquel tiempo, las CPR lanzaron su primer comunicado, siendo Myrna Mack la primera que sacó a luz todo esto en el año 90. Luego, ya acercándonos al año 1992, vinieron las organizaciones de pueblos Indígenas que lanzaban sus reclamos y demandas, también nacen muchas nuevas organizaciones populares que demandaban el acceso a tierra y justicia. Por el año 88, habían lanzado los Obispos la carta pastoral: "Clamor por la Tierra"¹. Entonces Monseñor Gerardi nos animaba y orientaba en estas discusiones, sobre todo con su buena intuición e inteligencia para análisis y sobre todo con su gran corazón identificado con las víctimas, con la gente.

En medio de todo esto, Monseñor Gerardi venía de una situación difícil, de haber dejado la Diócesis de Quiché y además haber coordinado la Pastoral en la Arquidiócesis, ¿cómo notabas la relación personal? ¿Cómo era la relación persona a persona con Monseñor Gerardi?

Para nosotros de mucho ánimo, de mucho apoyo. Porque teníamos discusiones sobre qué hacer y otras cosas, y a veces íbamos soñando mucho y Monseñor nos bajaba siempre a la tierra, con su sentido crítico que tenía, pero también con su actitud práctica y con su sentido de humor, tiraba sus buenos chistes. Yo siempre lo vi bastante animado.

Más tarde él va a ser coordinador de la Oficina de Derechos Humanos, ¿en ese momento él insistía en el tema de Derechos Humanos?

En aquel tiempo, hablamos de Derechos Humanos, sí, eran los desafíos de pastoral social. Se vio la importancia de más formación en el campo de Derechos Humanos, los Derechos de los Pueblos Indígenas, la promoción de la justicia y la paz, recuérdense que era el tiempo también de la Comisión Nacional de Reconciliación.

¹ Nota: "El Clamor por la Tierra", es una carta pastoral colectiva del Episcopado de Guatemala de 1988.

Algo que yo quiero contar, como un recuerdo muy vivo que yo tengo de él, en una de esas reuniones, habíamos ya acordado la necesidad de más formación, habíamos organizado bastantes talleres, foros y seminarios sobre distintos temas de Derechos Humanos y en una de estas reuniones, había a veces momentos de tensión y de fuerte discusión; por un lado estaba Monseñor Gerardi como Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, Cáritas y él quería sobre todo una renovación de la Pastoral Social, ese era su desafío que nos lanzaba... pero quería involucrar a Cáritas Nacional, porque era el Presidente; y por otro lado, estábamos nosotros, de las diferentes Diócesis, que queríamos más bien distanciarnos de todo asistencialismo, nuestro enfoque era la formación, la promoción integral y la participación de los laicos. Entonces, en un momento dado, hubo una fuerte crítica de nosotros respecto al asistencialismo y la repartición de la leche de algunas instancias de Cáritas, que se había prolongado mucho más que los momentos de emergencia y se había creado un sentido de dependencia. Eso era lo que sentíamos nosotros. Entonces Monseñor se quedó un momento así (contemplando) y nos dijo: "Tengan mucho cuidado ustedes, como agentes de la Pastoral Social, de no cometer el mismo error, pero con los proyectos". Y se nos quedaba viendo a todos nosotros, con esa mirada un poco pícaro, provocadora. Y yo recuerdo esto como una voz muy profética.

¿Y cuál sería el error?

El error fue la dependencia, como Cáritas lo hacía, en nuestra opinión, con la gente. Y luego hubo toda esta experiencia de dependencia, no solo de Pastoral Social, sino de ONGs... o sea, la dependencia de los proyectos, que trastocaba toda la visión de los Pueblos Indígenas que es dar y recibir, siempre la reciprocidad. Y recuerdo, después de la guerra, de la violencia siempre venía la cooperación internacional a dar, siempre a dar. Y la gente solo recibía. Allí se trastornó, se destruyó ese equilibrio entre dar y recibir. Entonces, mucha de la gente ya empezó a hablar de sus derechos, pero no de sus obligaciones.

En ese contexto tan interesante, ¿cómo entendía Monseñor Gerardi a los Pueblos Indígenas?

Ese es el otro recuerdo muy bueno que tengo de Monseñor Gerardi. Había nacido dentro de un grupo de laicos, religiosos y sacerdotes también, la inquietud de trabajar en Pastoral Indígena, no recuerdo en qué año. Nos juntamos este grupo y nos delegamos tareas, a mí me encargaron ir a hablar con Monseñor Gerardi, más bien a informarlo y pedir su opinión, y le dije nuestra inquietud. Y me dijo: "Mira, cuánto me alegra que ustedes están con esa inquietud, con ese interés, porque esto para mí siempre ha sido un desafío, un interés muy

grande de promover y de iniciar una pastoral indígena. Y eso lo traigo desde mi experiencia en Cobán por el "Centro de formación San Benito". Pero también porque él estimaba mucho al Padre Esteban Haesslerin, que había hecho el diccionario q'eqchi, que eran promotores de la pastoral indígena.

Digamos que Monseñor Gerardi formó, pero él se formó también, porque él venía de un mundo citadino en su formación y esa es su primera Diócesis: ¿qué más dejaba él traslucir de ese encuentro con una diócesis indígena...?

Se recordaba mucho de Cobán y de su experiencia en Verapaz. Creo que algo parecido pasó después y que nos ayudó muchísimo con la pastoral indígena, porque tuvimos muchos encuentros sobre todo con jóvenes sacerdotes indígenas, y todo eso fue con Monseñor Cabrera. Porque él tuvo una experiencia parecida, él era de la ciudad, o tenía mucho trabajo en la ciudad, y se trasladó a Quiché como sucesor de Monseñor Gerardi, y él nos contaba, después, que esto lo había interpretado mucho. Yo pienso que algo parecido debe haber ocurrido con Monseñor Gerardi, pero eso a mí no me consta.

Tenía lecciones de q'eqchi' copiadas en su cuaderno.

Si, él era un poco desafiante, criticaba a las monjitas, a los padres: "ustedes siempre están hablando en otro idioma que la gente no entiende, ¿qué van a hacer?"

Si, Monseñor hizo esfuerzos, pero no sé si él avanzó mucho en su dominio de q'eqchi'.

Después del terremoto en el año 76, la iglesia publicó algunos documentos en donde Gerardi fue uno de los impulsores: "Carta Pastoral El Clamor por la Tierra" "Gerardi, la tierra y el mundo indígena" ¿Cómo podríamos evaluar ese aspecto?

Fue muy profético, él era muy buen observador, visitaba mucho a las parroquias. Y fue dándose cuenta de la realidad y que para poder trabajar en la diócesis debes partir de la realidad de la gente, de su realidad lingüística, social, cultural, todo eso. Él tuvo la suerte de encontrarse con Haesslerin, con el Padre Hildebrandt con los Benedictinos y también con algunos de los Salesianos, un núcleo de gente que estaban ya en la misma línea, de dar mucha importancia al idioma q'eqchi y poqomchí.

Me decías que recorría las parroquias, ahora ¿qué aspectos la gente recuerda de Monseñor Gerardi? Porque ya son muchos años, pero ¿existen personas que recuerden el trabajo pastoral que hacía él aquí en Cobán?

De la gente de las comunidades no puedo contestar. No sé. Pero de aquí del pueblo sí. Algunos como el Dr. Juan José Guerrero y otras personas, aunque muchos ya han fallecido. O bien algunos sacerdotes que lo hayan conocido todavía en aquel tiempo.

¿Él se relacionaba mucho con el que dirigía Radio Tezulutlán?

Sí, Macario el campesino. Él era la principal voz de la radio y el principal traductor también, hacía las traducciones simultáneas, Enrique Oxom, era su nombre, muy conocido y apreciado por la gente. Cuando él falleció, su entierro fue grande, de varias cuadras la gente que caminaba atrás de su féretro, falleció hace unos seis o siete años por lo menos.

¿Cómo era la relación de él con los laicos? ¿Y con el clero, con las religiosas o religiosos? Pero primero con el laicado, su cercanía: ¿dónde vivía él en ese momento aquí en Cobán?

No tengo mucha información de eso, lo que yo recuerdo es que con nosotros fue siempre muy respetuoso, muy cercano.

¿No era una persona de cerrar puertas, de poner bloqueos... más bien de apertura?

Él sí expresaba también su crítica. Yo me acuerdo, en toda esta experiencia de la Comisión Nacional de Pastoral Social, se formó una instancia, y la persona que estaba a cargo de esto era laico.

Con los sacerdotes también tenían una buena relación, siempre muy cordial. Claro, no era una persona ¿cómo decirlo? él no era una persona de fácil comunicación al inicio, ni de la sonrisa, los abrazos y todo esto.

En el contexto de esta primera asamblea eclesial, que se acaba de terminar la semana pasada y tanta plática sobre sinodalidad, creo que es oportuno recordar que hubo muchos intentos de formar una iglesia como Pueblo de Dios en camino, Iglesia en salida, como la Pastoral Social, también la Pastoral de la Tierra. Monseñor nos animaba a esa mediación entre el "Clamor por la Tierra" de los Obispos, y las parroquias, las diócesis y también los movimientos campesinos. Entonces, en mi opinión, había varios esfuerzos y él nos animaba y orientaba, con su mente lúcida, su corazón de mucha solidaridad, sobre todo con los excluidos, con los Pueblos Indígenas, con las víctimas del conflicto y también con su voz profética, con su fe inquebrantable de que "Nunca Más" debe pasar esto.

En ese sentido-antes que tú llegarás acá en el año 75, él tuvo que firmar un documento por el hecho de que se dio una masacre en Alta Verapaz. ¿Eso significa que a él se le despertó la voz profética de denuncia o ya era así?

No tengo mucha información de eso, quizás otras personas puedan opinar más sobre esto. Pero, sin duda que así fue. Porque ya después, cuando él ya no estaba aquí, en el 79, para la masacre de Panzós, allí sí la Diócesis reaccionó mucho más organizada y es que fue la primer gran masacre y ahí si había una voz de mucha denuncia, muy clara y no sé si en la primera se tuvo mucha resonancia en los medios de comunicación. Pero sí, hubo una voz de denuncia, eso sí.

Gerardi termina sus años queriendo vivirlos en paz, pero se compromete en el proyecto REMHI, que también ustedes asumieron y fue martirizado: ¿cómo evalúas este final de la vida de Monseñor Gerardi?

Se puede ver en el propio trabajo que usted escribió sobre la vida de Monseñor Gerardi y en otras publicaciones, que después de su gran trabajo en el Quiché y su gesto profético de salir de allí, con todas sus implicaciones, luego con su exilio, y siempre con esa apertura. Creo que luego fue comprendiendo, con Monseñor Penados cuando entró como Arzobispo y con la Pastoral Social, una Pastoral más organizada, más coordinada y después de todo eso ya fue un paso más, ya fue específico con los Derechos Humanos, con una oficina especial de Derechos Humanos. Por cierto, que aquí en Alta Verapaz, ya teníamos, unos años antes, una oficina de asesoría legal, pero no se tenía tan claro el concepto de Derechos Humanos. Entonces él hizo su gran avance con esto y todavía después, hizo otro paso más adelante, siendo más específico todavía con los derechos de las víctimas, a que se reconozca su memoria. Toda su lucha por la recuperación de la memoria y luchó por ello, tuvo el gusto de trabajar tanto aquí como a nivel nacional. Monseñor no iba mucho a las reuniones, más eran con Edgar Gutiérrez, pero fue claramente su visión. Y fue una gran sorpresa para todos que aquellos atrevieran a hacer eso con un Obispo, porque estuvimos todos presentes en ese momento tan significativo, pero dos días después, también estuvimos en su entierro. Oí decir a alguna gente: "si esto se atrevieron a hacerle a un Obispo, ¿qué nos va a pasar a nosotros?". Eso fue increíble, pero Dios hace historia de una forma que nosotros no comprendemos.

En este sentido, ¿a ti te parecería que podría ser introducida su causa de beatificación, que pudiéramos dar un paso más para reconocer su memoria?

No sé a qué se está esperando realmente. ¿Se tiene que esperar tanto tiempo como con Monseñor Romero? Bueno, el pueblo ya lo tenía declarado: San

Romero. Por cierto, que tuve la dicha de estar en la última homilía de Monseñor Romero. Yo buscando caminos de poder trabajar aquí, había hecho una visita allá en marzo del 80 luego tuve una plática con él, pero evidentemente era un Santo.

Monseñor Gerardi para mí es del mismo valor, su testimonio, su lucidez y ojalá que lo más pronto posible se adelante con ese proceso.

Si tuvieras que decir tres palabras que definen a Monseñor Gerardi ¿cuáles son las primeras que vienen a tu mente?

Su análisis lúcido, pero también su corazón, porque hay gente que son buenos analistas y se quedan allí. Pero Monseñor, de su análisis, buscaba cómo aterrizar y cómo realizar pasos concretos para realizar esto o aquello.

Muchas gracias Alfonso...

Espero les haya servido de algo.



Monseñor Julio Cabrera

Hso. En la ciudad de Santa Cruz del Quiché, de gran trascendencia histórica para los pueblos mayas de esta región, nos encontramos en la casa de alguien que conoció muy de cerca y muy vivamente a Monseñor Juan Gerardi. El testimonio que, en esta ocasión, nos va a tocar, escuchar, contemplar, es uno de los más importantes que nosotros podemos obtener hoy en Guatemala, dado que la persona con la que nos encontramos estuvo muy cercana, no solamente siendo sacerdote, sino ya después en sus años de obispo.

Soy Julio Cabrera Ovalle. Fui obispo varios años de Quiché, 16 años para ser preciso. Después fui obispo de Jalapa, Jutiapa y El Progreso; llegué como Obispo hasta 80 años y pasé todavía un poco más, pues ya fui sustituido y desde entonces soy obispo emérito de Jalapa.

En total, Monseñor Julio, fueron 32 años de obispo, de gran trabajo, tanto en la diócesis de Quiché, como en la diócesis de Jalapa. Y eso, la Iglesia de Guatemala se lo reconoce, se lo agradece y yo creo que ha marcado un itinerario con su presencia en estas diócesis.

Pero, el objetivo nuestro, de acuerdo con el querer del Centro de la Memoria de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, es recorrer tras las huellas de Monseñor Gerardi, y en ese sentido, usted ha sido una persona especialmente muy vinculada a Monseñor Gerardi. Y la pregunta fundamental para empezar nuestro diálogo es, ¿cómo conoció usted y dónde lo conoció a Monseñor Gerardi?

Bueno, ahora que me hablas de conocer, es algo más que haberlo saludado una vez y, tal vez, intercambiado dos palabras. Yo me voy a referir a un conocer más profundo. Y esa oportunidad la tuve cuando trabajé en la Curia de Guatemala en tiempo de Monseñor Casariego. Entonces Monseñor Gerardi era Vicario General del Arzobispado y yo era el Canciller. Nos separaba una puerta nada más. Nuestras oficinas estaban contiguas. De manera que, en la Curia de Guatemala, siendo él Vicario General de la Arquidiócesis y yo

Canciller, tuvimos oportunidad de conocernos más. Yo era un joven sacerdote comparado con él, un Obispo ya con mucha experiencia, y yo aprendí mucho de él, sobre todo, en la manera de tratar a las personas. Monseñor Gerardi era una persona muy respetuosa y también admiré, desde el primer momento, la fina visión que tenía de las cosas, de la realidad, de los acontecimientos. Él iba al fondo de las cosas. Encontré en él un hombre muy amable, amigo de los chistes. Monseñor no podía vivir sin tener que contar unos cuantos chistes al día. Un hombre con humor, pero un hombre que sabía siempre ir a lo esencial.

Es importante lo que usted nos dice: ir a lo esencial. Y, esa parte, la vamos a trasladar inmediatamente a cómo lo conoció usted, ya dentro de la Conferencia Episcopal. Porque me imagino que cuando él fue obispo de la Verapaz y de El Quiché, usted seguía siendo sacerdote, Rector del Seminario en la Arquidiócesis y, en ese ámbito, también debió haber momentos de encuentro mutuo, por ese vínculo con el Seminario.

Sí. En realidad, nuestros contactos en ese tiempo fueron pocos, pero él siempre se interesaba por la vida del seminario y, sobre todo, me llamaba la atención que él se interesara mucho en cómo trabajábamos en el seminario, cómo era la relación entre nosotros como formadores. Es decir, qué ejemplo estábamos dando nosotros ante los alumnos, si nosotros como formadores estábamos a gusto ahí, estábamos contentos, si dábamos un buen testimonio de alegría, si tomábamos en serio la formación de los jóvenes, tanto la parte académica, que estaba vinculada con los padres Salesianos, en el Teologado como en el Filosofado y, también, cómo era la vida del seminario, sobre todo, cómo llevábamos la parte espiritual para los jóvenes seminaristas.

Monseñor Gerardi tuvo la oportunidad de participar, por ejemplo, en el Sínodo de los Obispos del año 74 sobre la evangelización y, después, tuvo la oportunidad de participar en Puebla, donde usted también estuvo. Él participó como obispo y usted como presbítero. ¿Algún recuerdo de estos momentos importantes juntos? Podríamos añadir también Santo Domingo...

Bien, lo que puedo decir que percibía yo, a través de Monseñor Gerardi, era algo que no se puede describir fácilmente, pero se comprende. Para él, esas reuniones, digamos Sinodales, en el sentido de que convocaban a obispos de muchos lugares, en este caso, de América Latina, él tenía mucha confianza en el resultado, en el fruto que saldría de conversaciones, de encuentros, de conferencias, de experiencias también espirituales, porque las reuniones de obispos, en estos ámbitos, no es sólo el estudio, el trabajo, sino que juega un papel muy importante la oración hecha en común. Imagínate tú, estar en un lugar orando juntos, todos los obispos o gran parte de los obispos de

los países representados, orando en serio, reflexionando la Palabra de Dios, pensando en lo que se iba a sacar de fruto, como fruto de estas reuniones para llevarlas a nuestros pueblos. Gerardi tenía esa intuición muy fina de saber cómo sacar el mayor provecho de esas reuniones y él creía en que un encuentro de esta naturaleza daría mucho fruto a América Latina como efectivamente sucedía.

Usted, andando el tiempo, iba a ser nombrado obispo de la diócesis que Monseñor Gerardi tuvo que dejar con dolor, con tristeza, por la situación de violencia. Y usted llegó en enero del año 1987. ¿Qué le dijo Monseñor Gerardi? Yo he podido ver una fotografía donde están ustedes dos: el obispo que fue y el obispo que llega. ¿Qué le dijo Monseñor Gerardi cuando usted fue nombrado y dice “vas a ir a la Diócesis donde yo estuve”?

No, no me habló mucho, es decir, me dijo mucho con su actitud. Las palabras tal vez fueron menos, pero sabía que, siendo su sucesor, que yo iba a encontrar muchas dificultades. Pero él no me advirtió o me previno para decir “ten cuidado” o algo así. No, al contrario, vas a ser ahora pastor de una diócesis muy difícil. Eso sí me lo dijo: una diócesis muy difícil. Y yo, pues conocía muy bien la historia de Quiché, porque siendo Rector del Seminario tratamos de estar siempre presentes cuando asesinaron a los tres sacerdotes y pedimos siempre acompañarlos. Es decir, nosotros, en ese caso, yo como Rector del Seminario, sentía la obligación de que el Seminario, a través de nosotros, vibrara; es decir, los seminaristas captaran el mensaje que daban los mártires de Quiché. Y, en ese sentido, nuestra cercanía con el obispo de Quiché era para nosotros importantísima. Además, aunque estuviéramos trabajando en Guatemala, después de haber compartido tantos años en la curia, una amistad profunda nos unía. Y yo me sentí realmente muy feliz, muy indigno, porque yo no tenía la altura espiritual, humana, académica que tenía Monseñor Gerardi. Pero, sencillamente, yo podía seguir sus huellas, como efectivamente traté de hacerlo los más de 15 años que estuve aquí.

Nos recuerda la memoria de los sacerdotes que fueron asesinados aquí en Quiché, empezando por José María Gran, después Faustino Villanueva y luego Juan Alonso y múltiples catequistas. ¿Usted vino a esos funerales? Y en dos de ellos, o en uno al menos, estuvo Monseñor Gerardi y pronunció una homilía muy importante.

Sí, exactamente. Es decir, nosotros desde el seminario sentíamos la obligación. Sobre todo, era yo el Rector y, quiero decir, tenía bastante sensibilidad para valorar lo que estábamos viviendo. Era un verdadero martirio. Y entonces tratamos de estar siempre presentes porque, probablemente, los sacerdotes

mártires con su testimonio martirial, hablaban más fuerte a los seminaristas de lo que nosotros podríamos hablar, de lo que significaba seguir a Jesucristo hasta dar la vida. Por eso queríamos que los seminaristas estuvieran presentes, era mucho más valioso que recibir un gran discurso académico. El martirio de los sacerdotes de Quiché marcó a los seminaristas del Seminario Mayor Nacional de la Asunción. Los marcó.

Yo, a Monseñor Gerardi, lo conocía de nombrado, pero no hasta que usted me dijo: "tienes que ir a hablar con Monseñor Gerardi" en el año 92. Recordando estas memorias, usted ya celebra, en el año 1992, los 25 años de la Diócesis de Quiché y, en ese momento, no estuvo presente Monseñor Gerardi. Le costaba, después de haber regresado del exilio, venir a Quiché, y usted lo trajo para la Misa Crismal del año 1997. He hecho un recorrido para situar ahí. En este tiempo ya usted lo conoció como Obispo.

Claro, sí. Es decir, él quedó muy contento cuando supo que yo lo iba a suceder. Nos conocíamos de antes, como le decía, desde la Curia. Pero había algo más, ¿verdad? Yo creo que pensábamos de manera muy semejante. Teníamos, por decirlo así, los mismos amores pastorales, refiriéndome: amor al pueblo, preocupación por los sacerdotes, el momento histórico que estábamos viviendo, que se convertía, prácticamente, en Quiché, en un lugar de enfrentamiento. Todo esto hacía que la figura de Monseñor Gerardi jamás se apartara de mi corazón y que siempre me sirviera de inspiración. Porque yo puedo decir, sucesor de él aquí, que admiro, admiré desde el primer momento su trabajo y traté de seguirlo lo más de cerca posible, sabiendo que yo también tenía desafíos que se me presentaban en ese momento. Como fue uno de tantos, la fuga de los refugiados hacia México, el descubrir en la diócesis la importancia del Ixcán, porque era selva, estaba por allá, pero ahora no, ahora tenía que ser un lugar que tenía que atender la diócesis. Todo esto yo lo quería continuar haciendo como lo hacía Monseñor Gerardi. Cada quien, con sus características, porque yo no puedo compararme con él en muchas cosas y, en otras cosas, tal vez pude haber sido yo futbolista, porque lo hago notar. Fui futbolista hasta el último momento, pero el fútbol me enseñó muchas cosas, también para mi trabajo pastoral. Entre otras, no hubiese tenido la energía física que se requería en el Quiché de ese tiempo, si no hubiese estado bien entrenado en el fútbol.

Y cuando usted llegó a Quiché, los agentes de pastoral le dijeron: uno de los objetivos es recuperar la memoria de tantos mártires que la violencia, la enfermedad, como se decía a veces, quedó en esta Diócesis en aquellos años...

Sí, claro. Yo en ese sentido tomé la opción de seguir, lo más fielmente posible, el camino marcado por Monseñor Gerardi, consciente de que yo no era como él. Pero él dejó caminos bastante claros. Por ejemplo, el principal que yo encontré fue el desafío del norte. Es decir, antes la parte de la Diócesis de Quiché parecía que llegara hasta Chajul como pueblo. Llegar a Chajul entonces costaba bastante. La carretera no era una carretera asfaltada, ni mucho menos, pero la guerra nos obligó a ir, siempre en el Ixcán, pero ir hasta la frontera con México, porque toda aquella región nos estaba clamando a gritos ¿verdad? Clamaba la presencia de la Iglesia, porque era la única institución que podía ayudar a tanta gente que iba huyendo de Guatemala rumbo a México. Y también eso nos permitió establecer inmediatamente un vínculo fraterno con el obispo de San Cristóbal las Casas; nuestro querido Monseñor Samuel Ruiz, que fue un verdadero padre, protector y testigo de muchos hechos vividos en Guatemala, en la parte de Guatemala, pero atendidos desde la Diócesis de Chiapas.

En ese sentido, ambos, tanto Monseñor Gerardi como usted, tuvieron cometidos diferentes, pero sumamente importantes, en el proceso de paz; desde el inicio de la Comisión Nacional de Reconciliación y después en el proceso de paz. Usted, en una realidad muy local, pero muy dura, como era el departamento del Quiché todavía en guerra, y Monseñor Gerardi, desde la Oficina de Derechos Humanos, promoviendo la paz y la reconciliación. Esto sería importante también recordarlo.

Muy bien. Es decir, para mí, en ese tiempo, el momento que estamos hablando, me pareció providencial que Monseñor Gerardi hubiese sido obispo de Quiché, porque él conocía la realidad que se vivía aquí y no tenía una visión de esta región desde la capital, sino que él la conocía porque la había recorrido personalmente. Y esa es una de las características que yo encontré que iba a ser obligada para mí como obispo: tenía que conocer personalmente y tratar a los grupos humanos que había en el norte. ¿Por qué hablo en estos términos? Porque ya no se trataba de llegar a las poblaciones de Nebaj, de Chajul, de sus aldeas a la frontera con México, de llegar a una visita de cortesía. ¡No! Sino que allá estaba aquella región llena de refugiados, de gente que iba desplazándose buscando seguridad al pasar la frontera de México. Entonces, para mí como obispo, fue un desafío muy grande, pero que me permitió conocer de cerca el estar en aquellas regiones. Bien, personalmente como obispo, y también muchas veces acompañado de algún sacerdote, y darme cuenta de lo que sucedía y qué había que hacer, qué le correspondía a la Iglesia hacer en esas circunstancias.

En esos años, después del año 87 que usted llega a Quiché, hay muchos ámbitos y procesos que podrían ser interesantes, pero, yo diría que, si a Monseñor Gerardi lo reconocemos como el Obispo de la Paz y la Verdad, había un gran equipo de obispos de la Conferencia Episcopal, y entre ellos están Monseñor Julio Cabrera, Monseñor Flores, Monseñor Ramazzini, un poco tiempo después, que apoyaron los procesos de paz, de reconciliación, de perdón, en lugares como Quiché.

Sí, yo puedo decir que, en ese sentido, todos los obispos nos apoyaron muy claramente, muy explícitamente. Algunas veces el apoyo, por ejemplo, en los más intelectuales, podía venir con una carta pastoral, lo cual era maravilloso. O también en el trato personal conmigo mismo. Siempre los obispos hermanos me dieron ánimo sabiendo que cada día aquí, uno se jugaba el cuello, porque la situación era sumamente difícil. Y también tengo que decir, en ese contexto, la ayuda tan grande que me dio el Arzobispado de Guatemala, a través de la Oficina de los Derechos Humanos y, concretamente, con personas que fueron para mí, como obispo, un apoyo increíble en la parte jurídica. Recuerdo ahorita a Carmencita Bejarano, por ejemplo, en la gran ayuda que nos dieron, escriturando todo lo que se tuvo que hacer en el Norte, buscando una solución a toda la gente refugiada que estaba allá. Y, en ese sentido, también quiero pasar la frontera. Fue ejemplar, fue maravilloso el ejemplo de Monseñor, Samuel Ruiz, fue ejemplar. Incluso lo visitamos en su casa, por lo menos, tres veces. Y ahora, incluso, me estoy enterando de apoyos fuertes que él daba a la gente de Guatemala. Él fue un Obispo que creo que trabajó en México más que nosotros, los obispos de Guatemala, con los refugiados. Cuánto le deben los refugiados a esa puerta amplia que abrió Monseñor Samuel Ruiz desde Chiapas y que fue tan fraterno con la diócesis. Recuerdo, por ejemplo, cuando celebramos aquí los 25 años de la diócesis; el primero que estuvo aquí presente, Monseñor Samuel Ruiz, con conocimiento de los hechos y, desde luego, más que conocimiento, total empatía, deseó ayudar en todo lo que se pudiera a los refugiados. Aquí, Quiché, le debe mucho a Don Samuel Ruiz.

Usted habló de los 25 años, ahora mismo, y yo creo que vamos a seguirlo recordando. Esa celebración fue trascendental para la diócesis de Quiché y fue un 25 aniversario de la creación jurídica de la diócesis. Es muy importante. Cuéntenos algo de eso.

Bueno, en fin. Queríamos, precisamente, aprovechar ese momento; en primer lugar, para darle sinceramente gracias a Dios por lo que había significado la creación de la Diócesis de Quiché. Creo yo que fue un paso importantísimo que dio la Iglesia de Guatemala y, claro, que desde Roma se aprobó creando

esta diócesis, con lo que comenzó con tan poco clero, apenas unos cuantos sacerdotes. Ahí están los mártires, por ejemplo. Pero el trabajo que había que hacer era inmenso. Entonces, esa fecha fue una ocasión para darle a conocer al mundo entero, porque ahí sí que gracias a los medios de comunicación se pudo hacer llegar al mundo entero, un mensaje. Yo agradezco mucho a los obispos que vinieron de Sudamérica, del Brasil, por ejemplo. Concretamente Brasil se mostraba muy solidario con nosotros, obispos desde luego de Centroamérica, obispos de Norte América que vinieron, obispos de México que también se hicieron presentes. ¿Por qué? Porque querían ellos que el mundo supiera lo que pasaba en Quiché: la represión que se estaba dando al pueblo, que supieran lo que sufrían los habitantes, sobre todo indígenas de esta diócesis, de este Departamento y, también, para que, teniendo los ojos puestos en este lugar, se trataran de evitar mayores problemas, sobre todo con el ejército.

En esa gran celebración, sin duda, la figura de Monseñor Samuel Ruiz fue muy importante. También, la de un hombre chiquito, Obispo de Sao Félix, Monseñor Pedro Casaldáliga.

¡Pedro Casaldáliga! Claro. ¿Cómo no recordar con especial cariño a Don Pedro? Así le llamábamos: Don Pedro. El "Don" es forma, como decimos nosotros "Monseñor"; en otros lugares al obispo se le dice "Don"; ¡Don Pedro! Un hombre que vibraba con Quiché. Conocía. Él no conocía físicamente hasta entonces Quiché, pero él, su pensamiento, su corazón, su oración, todo estaba en apoyo nuestro, aquí en Quiché. Claro, un hombre de la sensibilidad de él, ¿cómo no iba a comprender lo que pasaba en Quiché? Y, por eso, ellos, estos obispos, eran los que nos hablaban con más claridad de que era verdadera persecución la que estábamos viviendo y que, en ese sentido, el Quiché, en pleno Siglo XX, estábamos viviendo lo que había vivido la Iglesia en el primer siglo de su nacimiento.

En ese sentido, alguien que también les ayudó a ustedes a recuperar la memoria de los mártires fue Juan Pablo II. Usted recordará tanto su primera visita como en la segunda, y la participación, en la segunda visita y tercera de la Diócesis del Quiché y, sobre todo, recordar a Dionisio entregándole aquella maravillosa estola. Cuéntenos cómo esa estola llegó a los hombros del Papa Juan Pablo II en la segunda visita.

En la segunda visita del Papa Juan Pablo II a Guatemala, desde luego, yo me moví, porque creía que había que aprovechar ese momento para bien de esta Diócesis. No por publicidad, sino que era conveniente que el Papa conociera más de cerca lo que pasaba en Quiché. Y por eso, de parte de la Diócesis, se

preparó un pequeño grupo que era, precisamente, de la gente que más había sufrido en el norte. Ellos fueron los representantes. Y, se nos ocurrió, que lo que podía ser más fácilmente transportado e, incluso, ser entregado al Papa, era una bella estola tejida por manos de mujeres que estaban viviendo una verdadera persecución. Y en ese sentido, pues la presencia de Dionisio y su esposa, que les permitió llegar hasta donde estaba el Papa y hacerle entrega personal de esa estola. ¿Me explico? En ese gesto tan sencillo estaban los refugiados, estaban los desplazados, estaba, sobre todo, la CPR; y Dionisio era uno de ellos, diciéndole al Papa: "Queremos la paz, queremos vivir una vida más digna, queremos que Guatemala sea distinta". Y el Papa comprendió perfectamente el mensaje.

Fueron momentos importantes y, yo creo, que en alguna visita ad limina, el Papa les dijo a ustedes, como obispos, allí en torno al sucesor de Pedro: ¿Cómo va el proceso de los mártires? Y recuerda después que se le envió una gran lista para el año 2000...

Sí, efectivamente. Sabíamos que el Papa, proveniente de Polonia, era la persona más indicada para comprender lo que pasaba en Guatemala, y era el que mejor también podía comprender lo que significaba el martirio en Guatemala, obviamente. En Guatemala, en sus contextos propios: comunidades rurales, de montaña, como nuestras comunidades indígenas, personas de una gran fe, siendo perseguidos especialmente por el ejército y que mantenían su fe y que huían y mantenían su fe e incluso, algunos hasta hablaban de Dios; a los lugares donde llegaba, porque siempre esta gente se presentó como católicos, como creyentes, como personas que confiaban mucho en Dios, a pesar de lo que estaban sufriendo en ese momento.

Hay algo muy importante que le une también a Monseñor Gerardi. Usted habló de cartas pastorales muy determinantes. Sin duda que una de las cartas pastorales en las que ya usted estuvo fue el "Clamor por la Tierra", después "500 años sembrando el Evangelio". Y, seguidamente, "Urge la verdadera paz" donde Monseñor Gerardi defendió el Proyecto REMHI, de una manera, podríamos decir, vehemente. ¿Se podría decir así?

Sí, claro. Claro que sí. Mira, lo que pasa es que, quien conocía la realidad de Guatemala, como la conocía Monseñor Gerardi que, entre los obispos, era el único que podía hablar de eso. El que conocía también la realidad latinoamericana, era él. Él leía mucho. Creo que él era el que mejor podía comprender la importancia que tendría una visita del Papa a Guatemala. Porque entonces, esto que nosotros vivíamos como país pequeño, sin que se conociera mucho, nuestras realidades aquí de montaña, de selva, incluso

quien va actualmente al Ixcán y todavía se comunica con México, podrá dar razón de las dificultades para poder vivir en estas regiones y, a eso, añadirle una persecución de carácter religiosa que incidió tan fuertemente en la población indígena, que lo era por ser católicos. Esto no podía pasar desapercibido, ni mucho menos ante el Papa Juan Pablo II. Y, creo yo, que la Diócesis de Quiché le permitió al Papa conocer más profundamente esa realidad que se vive o se vivía en Guatemala en ese tiempo.

La Diócesis de Quiché, con Monseñor Julio Cabrera al frente, apoyó determinantemente el Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica. Usted recordará que en la publicación de la carta “Urge la verdadera paz”, Monseñor Gerardi fue decisivo para que este proyecto pudiera ser avalado por los obispos como único proyecto en el mundo, donde una Iglesia se compromete en hacer claridad sobre los acontecimientos de guerra y los crímenes del pasado.

Sí, más aún, diría yo, creo que los obispos, en ese momento, consideramos que era un deber nuestro poder lanzar la voz al mundo para que supieran lo que pasaba acá. Porque por los medios de comunicación social no iban a obtener la información verídica de lo que sucedía. Entonces, en ese sentido, todo, es decir, la realidad de la Iglesia, digamos, la Iglesia en Guatemala, el hecho de que el Papa viniera a visitar esta Iglesia marcada por el sufrimiento y, diríamos ya en términos más nuestros, por el martirio, a un Papa de Polonia no le iba a parecer algo raro, sino al contrario, iba a poner mucho interés como efectivamente lo puso.

Entonces, en ese sentido, también el Quiché en ese tiempo lanzó un mensaje al mundo, un mensaje donde se hablaba de justicia, donde se hablaba de paz, donde se hablaba también de perdón e incluso, de la necesidad que iba a tener este pueblo de trabajar fuertemente en la reconciliación, porque el pueblo quedaba fuertemente dividido.

No hubo ningún tipo de indiferencia en la Conferencia Episcopal y en el Papa. Eso es importante resaltarlo...

Absolutamente no. Más aún, estando frente a frente con el Papa Juan Pablo II, se veía el gran interés en lo que pasaba en Guatemala y, entonces, creo yo que podemos decir que, de parte del Santo Padre, hubo un total apoyo; no solo en Quiché, a toda la Iglesia en Guatemala.

Y, en este sentido, yo quiero refrescar la memoria anterior, de que vamos y venimos en los acontecimientos. Usted fue ordenado obispo por el Papa y, en ese momento, algo le dijo el Papa con relación a la Diócesis de Quiché.

No abundó en palabras. Me tomó la mano y me dijo: "Ánimo. Hay mucho que hacer". No se necesitaba más, evidentemente que yo me levanté de estar arrodillado en frente de él, y cuando terminó la ordenación de obispo, yo me sentía un obispo muy fortalecido, y no solo acompañado por mi pueblo, por el pueblo de Guatemala, sino sabiendo que el Santo Padre me pedía ser un buen obispo de este lugar que vivía un martirio, vivía el martirio, como yo sabía que él lo había vivido en Polonia. ¿Cómo no me iba a sentir yo lleno de fuerza, lleno de espíritu, para venir aquí a trabajar lo mejor que se podía? Y yo así lo traté de hacer. Y más que las palabras, los gestos del Papa Juan Pablo II, pues no se pueden olvidar.

Es muy interesante todo esto que nos está contando y, por supuesto, que usted fue el gestor de una primera confección de lista de mártires de toda Guatemala que se le entregó, así como se le entregó la estola en el año 96, se le entregó esta lista al Papa y, después, usted también fue el promotor de una segunda lista que se envió, todavía más amplia, de mártires que se envió a Roma para la celebración del Año Santo del 2000.

Correcto. Sí. Bueno, creo yo que el haber estudiado en Roma, el haber tenido experiencias de otro nivel de lo que sucedía o de cómo reaccionaban en países que habían sido perseguidos. Todo esto a nosotros nos infundía ánimo y nos decía también cómo teníamos que reaccionar. Y por eso, creo yo, que aprendimos dos cosas fundamentales por todas estas riquísimas relaciones tenidas a nivel nacional, a nivel regional, centroamericano, a nivel del CELAM en toda Latinoamérica y, después, ya a un nivel más amplio en nuestra relación con Roma. Todo esto nos enseñó que era un momento de gran fidelidad a Dios y al pueblo y, en ese sentido, nos sentíamos fortalecidos para trabajar con nuestros hermanos y echar adelante el proyecto, pues era, como diríamos: renovar, restaurar, volver a darle más vida a la Iglesia Católica en nuestro país.

Usted hablaba, muchas veces, que cortaron nuestros árboles, nuestras ramas, pero no pudieron arrancar las raíces...

Bueno, es una imagen que sirve para expresar que, a pesar de la persecución, de la muerte, persecución que eliminó a tantas personas y que causó tanto dolor en Quiché. Hablo en este momento de Quiché. Pues todo esto gracias a la presencia de Dios, tan cercana, gracias al Espíritu que se infundió en la Diócesis. Y no hablo, en estos momentos, solo de sacerdotes, religiosas,

incluso de sacerdotes que vinieron de otros países para apoyarnos. No. Yo hablo también, sobre todo, del pueblo de Dios que se sintió fortalecido y con ganas de seguir adelante, a pesar de las dificultades. Esto, sin una ayuda especial de Dios, no es posible. Y también, quiero decir, que en ese sentido fue ejemplar la actitud del presbiterio de Quiché que, no hubo nunca un sacerdote que, por miedo, se fuera a trabajar a otro lugar. Aquí hubo una gran comunión entre el presbiterio para afrontar juntos las dificultades. Y esto fortaleció mucho a la gente.

Decimos de Gerardi que él fue el obispo que rompió el silencio con REMHI, pero a usted le tocó romper ese silencio con los catequistas que usted heredó de la labor pastoral de Monseñor Gerardi. Concretamente, a mí me gustaría que nos recordara aquella experiencia que usted tuvo con los catequistas de San Andrés Sajcabajá, cuando ellos, frente a la guerra, tenían que decidir entre lo que pide Dios y lo que están imponiendo los poderes de este mundo.

Bueno, tú mencionas a San Andrés como un ejemplo, pero, en realidad, esto puedo decir que lo vivimos en toda la Diócesis de Quiché. El pueblo de Dios, sobre todo indígena, tenía una conciencia tan clara de ser fieles a Dios, practicando su religión con lo que hacían, su pertenencia a la iglesia, su oración en casa o en la iglesia, o también yendo al campo para hacer oración. Ese contacto con Dios que se tiene a través de la naturaleza. Bueno, todo esto fue sumamente vivo en este departamento o en esta diócesis; hablando de diócesis, yo en ningún momento sentí que la gente tuviera miedo. Quizá ese miedo se mostrará en otra forma, pero el contacto que yo tuve, hablo de comunidades rurales, hablo de aldeas, hablo de pueblos y hablo del norte, hablo del centro, puedo hablar de todo el Quiché, especialmente indígena. Eso sí, hago la aclaración: especialmente indígena. Su fidelidad a Dios y a la religión católica, era una cosa impresionante.

Un tránsito difícil, duro, de la labor episcopal de Monseñor Gerardi en Quiché. Y su llegada hay que situarla en la recuperación de tantos espacios de la iglesia que habían sido, arbitrariamente, tomados por el ejército. Y a usted le tocó recuperar esos espacios.

Mira, yo creo que, en algunos casos, en el mismo ejército. Hago una aclaración: siendo obispo de Quiché, yo traté de tener el mayor contacto posible con el comandante de la base del Quiché. Eso, tal vez al comienzo fue más difícil, pero puedo decir que después tuve, realmente, el apoyo y eso a mí me permitió que, cuando veía excesos o veía algo irregular, yo podía venir e ir al destacamento o a la base militar y hablar directamente con el

comandante: "Mira, esto y esto está pasando aquí, ¿qué es lo que pasa aquí?" Y puedo decir que fuera de un caso, siempre tuve una buena respuesta.

Fueron dejando los conventos libres, porque muchos de esos conventos fueron tomados por el ejército, las iglesias.

Y fíjate que es bueno tocar este tema en este momento, por esa cercanía obligada. Yo no fui a chaquetear al comandante de acá. ¡No! Yo fui a exponerle los problemas y a decirle cómo estábamos trabajando y que yo necesitaba respeto y que el ejército de algunos lugares tenía que retirarse. Y te digo, gracias a Dios creo que respetaron eso. Y si había algún problema, le decía: "Dígame si hay algún problema. Dígamelo a mí, que soy el obispo. Yo puedo responder". Y yo tuve buena acogida en ese sentido. Eso sirvió mucho: el diálogo directo, personal. Otra cosa era, ya en los lugares, la actitud del oficial, de quien estuviera en el lugar que ahí podía haber berrinches, podía haber reacciones más personales. Que las hubo, desde luego.

Recuerdo bien que participé con usted en Chajul, cuando llegó el Presidente de la República, después de que usted abrió el camino para la salida de las CPR. Era Ramiro de León Carpio. La reunión fue allí, delante de la torre de la Iglesia de Chajul. Ese fue también un momento importante.

Sí. Bueno, los temas relacionados con la tierra, el retorno de personas, de refugiados, pues fue otro capítulo. Cada caso regional tenía sus propias características. Y, en ese sentido, todavía el día de hoy, me vienen a visitar personas que participaron de esos movimientos. Al llegar aquí recibí un regalo de una señora de Chajul, que está más allá de la cabecera en Chajul, y que me mandó hasta un regalo económico, diciéndome: "Gracias porque nos sacaste de allá de la montaña y pudimos de nuevo volver a la vida de nuestro pueblo". Esto fue una labor constante nuestra, con grandes dificultades, porque para el ejército, todo el que estaba de aquel lado, geográficamente hablando, eran guerrilleros. Y muchos, era gente que había huido, que no tenía nada que ver con la guerrilla.

Fueron momentos difíciles, pero fueron retos que la Diócesis fue, a veces, con un paso más lento, otras veces más rápido, pero fue logrando. ¿Qué significó, para el obispo de Quiché, el momento en que se enteró de que, después de la presentación de REMHI donde usted también participó, habían dado muerte a Monseñor Gerardi?

Bueno, me dolió profundamente... me dolió profundamente. Además, yo sabía que iba a ser el compañero de Gerardi y que solo Dios sabe por qué no lo fui.

¿Por qué eligieron a uno y no al otro?

No, la elección de Gerardi estaba dada, pero como los dos habíamos presentado, unos días antes, el Informe. Recuérdate que es dos días después. Yo en esto de fechas no estoy tan exacto, pero son dos días después o un día después de la presentación, que esto sucede. Es decir, el trabajo de la Iglesia lo vieron, no entendieron el mensaje. Y la reacción, evidentemente, era eliminar a la cabeza, al que dirigió todo ese proceso.

No entendieron el mensaje o tal vez lo entendieron demasiado bien, y era un reto que no querían asumir.

Claro, no querían asumir. Y, presentaron ante la historia. Es decir, era la respuesta al trabajo hecho por la Iglesia. Aquí hablo del REMHI, como tal, con todo su trabajo. Esa es la respuesta.

Y Quiché fue el gran aporte de REMHI.

Claro que sí. Y el gran inspirador, porque Monseñor Gerardi, si no hubiera estado aquí, no hubiese hecho todo el proceso que hizo. Yo creo que, desde el comienzo hasta el final, Monseñor Gerardi tuvo, en primer lugar, a Quiché ante sus ojos y en su corazón. Eso me lo decía.

Se necesita mucha energía para defender y estar al frente de un proyecto como REMHI, donde Monseñor Gerardi pensaba que, tal vez, los señalados iban a ser los que estaban en el campo de trabajo.

Sí, seguramente, pero lógicamente que había personas también pensantes que sabían que lo que había que eliminar era a las cabezas y a los que tenían un liderazgo. Incluso, en ese sentido, en la Conferencia Episcopal no hubo dos Gerardi. Hubo quienes vibraron con él más de cerca. Tú lo acabas de mencionar, Monseñor Flores, por ejemplo, porque ellos vieron lo que pasaba. ¿Yo cómo no iba a estar ahí con todo lo que conocía de Quiché?

¿Era silenciar a la Iglesia ese crimen tan horrendo?

Claro, el mensaje era claro, ese era el fin. Y tener el temor de que “nos van a matar y por eso no vamos a continuar”. Pero, dentro de la Iglesia, esos golpes no producen ese efecto sino, creo yo, que producen un efecto contrario. “¡Aquí estamos! Si quieren seguir con otro, aquí estamos”. Que fue lo que yo escuché de tantos hermanos y de tantos sacerdotes y hasta de laicos. Aquí estamos. Morimos por una causa.

Es importante: morimos por una causa. Y Gerardi murió por una causa, a pesar de que quisieron enlodar su testimonio.

Sí, pero el testimonio de Monseñor Gerardi es un testimonio tan limpio, tan claro, a favor de los últimos, a favor de los pueblos indígenas, a favor de aquellos perseguidos por estas circunstancias en las que se les atribuyen a los pueblos indígenas, pecados que no han cometido, porque son los que causaron muchos problemas. Todo esto quedó muy claro.

Monseñor Gerardi: mártir de la verdad y de la paz, le decimos. Pero podríamos también señalar algo que ya hemos repetido: obispo mártir también en una Iglesia mártir de Quiché, pero también Guatemala.

Guatemala. Sí, sí, porque esta realidad del martirio igualmente la encuentras en Izabal. Ahí están unos ejemplos ya con los beatos. Esto lo encuentras en Petén, lo encuentras en cualquier otra diócesis de Guatemala. Es decir, personas que fueron conscientes de su fe, de que también eran conscientes de que podían dar la vida por su fe. Estaban dispuestos a morir, pero sabían que no morían por cualquier cosa, sino morían por una causa justa.

Y era la causa también del evangelio.

Lógicamente, el motor de todo eso es Jesús. La fidelidad a Jesús. Que en el pueblo fue clarísima y explícita.

Usted, aquel día, 24 de abril, en la presentación, estaba muy cerquita de Monseñor Gerardi.

¡Tenía que estar! Tenía que estar, porque los dos encabezamos eso, él lógicamente era la cabeza y el motor de todo, pero por la importancia que tuvo los testimonios y todo lo que se recogió en Quiché, también yo formé parte de ese grupo. O sea, estuve con Monseñor Gerardi, lo recuerdo perfecto. Recuerdo perfectamente esa noche.

Fueron los dos discursos de obispos, en esa entrega. Primero Julio Cabrera y después Monseñor Gerardi.

Claro. Así fue. Conscientes de lo que nos pasaba. Y a mí también me pudo haber pasado porque lo pensaron. Pero valía la pena.

Había un arzobispo en ese tiempo que, con su silencio, no era cómplice, sino que era apoyo: Monseñor Próspero Penados del Barrio y que formaba a un equipo de primera línea con Monseñor Gerardi.

Sí. Bueno, me tocas a Monseñor Próspero Penados, a quien yo le tengo un cariño muy especial. Primero, porque yo lo conocí desde seminarista. Él fue nuestro profesor un tiempo. Yo lo quise mucho, pero después lo admiré siempre como sacerdote y, como obispo, no digamos. Y, además, me tocó trabajar cerca de él y pude saber qué calidad de obispo era. Él, personalmente, me nombró Párroco de la Villa de Guadalupe, allá en Guatemala y me aprobó que hiciéramos la iglesia de la Villa de Guadalupe. Con él tuve una confianza muy grande. Además, él fue nuestro profesor desde que éramos seminaristas. Es decir, le teníamos cariño, confianza, lo conocíamos y él nos conocía, porque nos conoció patojitos de diablo; yo de 13, 14 años, cuando él fue nuestro profesor y fue un sacerdote que inmediatamente nos cautivó el corazón.

Y, para terminar, volvemos a Monseñor Gerardi, porque él ha sido nuestro hilo conductor y nuestra preocupación en esta entrevista. Y, bueno, todo el tiempo que usted pasó en Jalapa, se dieron los procesos judiciales para esclarecer la muerte de Monseñor Gerardi. Nosotros pedíamos justicia para un hombre justo. Y usted apoyó también ese proceso.

Claro, ¿Cómo no lo iba a apoyar sabiendo quién era Monseñor Gerardi? Y también porque creía que es conveniente que, en Guatemala, se sepan las cosas como son, y todo lo que sea a favor de la verdad y la justicia, hay que apoyarlo.

¿Cómo podríamos recordar a Monseñor Gerardi, con una palabra, con una frase o con un gesto?

Mira, con un gesto comienzo. Con un gesto: el saludo. A mí me decía Julito. -Hola Julito-. Ya, solo eso, a ti te indica la disponibilidad, la apertura del corazón de la persona que te habla. Y así era Monseñor Gerardi: un hombre sincero, que intuía inmediatamente casi lo que tú pensabas y que le gustaba trabajar en comunión. Monseñor Gerardi no llevó ni un solo proyecto solo. Fíjate cómo hizo trabajar y a cuántos hizo trabajar y en qué forma tan ordenada realizó Monseñor Gerardi todo lo que estuvo bajo su responsabilidad. Un hombre de comunión y con una visión clarísima de la realidad.

¿Y la memoria?

La memoria. Bueno, es que aquí la memoria juega un papel tan importante en lugares y países como los nuestros donde hoy, hay más medios de comunicación. Hoy están instrumentos modernos donde la comunicación es facilísima. Pero recordemos que no siempre fue así. Entonces, Monseñor Gerardi, él era de intuición inmediata y justa, sabía que solos no podíamos

caminar. Entonces, por eso, había que hacer estas cosas de una forma coordinada. La comunión entre nosotros.

La Iglesia en Guatemala ha tenido una especial preocupación por la defensa, promoción y tutela de los derechos humanos y, bueno, Monseñor Gerardi y Monseñor Julio, en eso, fueron grandes defensores de los derechos humanos y de lo que significa promover una oficina que, está responsabilizada de este ministerio, digámoslo así.

Bueno, yo creo que los obispos, de una manera especial, también todo sacerdote, pero de una manera especial, los obispos, tienen que tener una intuición muy fuerte para darse cuenta de cuáles son los problemas nucleares, los problemas más fuertes que existe en una realidad que se les encomienda, ya sea una parroquia o una diócesis o, hablando a nivel de Conferencia Episcopal, a nivel de un país. ¿Qué es lo que este país necesita en este momento? ¿Qué es lo que se puede hacer aquí en estas circunstancias? Y echar a andar, pero trabajar en comunión.

Y, en ese sentido, los derechos humanos, la promoción, ¿siguen teniendo vigencia?

Siguen teniendo vigencia y, diría yo, han cambiado las circunstancias, han cambiado las motivaciones, pero, dime tú: ¿Cómo estamos? Yo leo aquí el periódico y me asusto, donde la misma capital, pero no es solo la capital, es todo el país el que vive en una inseguridad. Ya nadie respeta nada, y donde los gobernantes hacen sus caprichos.

Monseñor Gerardi, como decía Monseñor Flores, nos trazó el camino.

Sí, nos trazó el camino. Ahora también viene el desafío para los obispos de hoy.

Gracias, monseñor Julio, por este rato, que nos fuimos más allá del tiempo, pero creo que era necesario.

Muy bien, gracias.

Porque hablar de Monseñor Gerardi siempre debe ser actual.

Debe ser actual. Además, siempre es inspirador, él lo motiva a uno. Su recuerdo lo motiva a uno.

Pues le agradecemos.

Gracias, Hermano.

Y pedimos a Dios que le siga dando esa fortaleza que tiene, para que le siga dando salud. La alegría. Como dice el Papa Francisco: "Que jamás le roben la esperanza, que no le roben la alegría y que no le roben esa capacidad de multiplicarse por el Reino de Dios".

Gracias hermano Santiago. Agradezco mucho a ti esta entrevista, así como le agradezco a quienes te acompañan. De verdad, para mí, un momento en que menos lo esperaba, este encuentro ha sido una verdadera bendición de Dios. Y gracias a Dios que nos dio un obispo como Monseñor Gerardi.

Me parece muy bien y los felicito por lo que están haciendo. De verdad, vale la pena. Y Monseñor Gerardi lo merece. Su memoria es muy grande.

Gracias, Monseñor Julio.

Gracias, hermano Santiago. Muchas gracias a ustedes. De verdad. Dios se los pague.



| Padre Jesús Tapuerca

Hso. Desde el Centro Ak'Kután de los padres Dominicos en Cobán, queremos hacer memoria y recordar a Monseñor Gerardi y estamos con alguien que lo conoció personalmente y, de alguna manera, queremos acercarnos a su figura con todas esas personas que lo conocieron y lo llevan en el corazón.

Buenos días, mi nombre es Jesús Tapuerca, yo soy sacerdote Dominicano y llevo ya casi 50 años aquí, porque llegué en el año de 1972 a Guatemala y he pasado por las parroquias de Salamá, Rabinal, La Tinta en el Polochic y ahora aquí en Cobán.

¿Cómo conociste a Monseñor Gerardi?

Bueno yo al llegar aquí en el año 1972, Monseñor Gerardi llevaba ya cuatro o cinco años como obispo titular de La Verapaz y me tocó lógicamente venir a la primera asamblea diocesana. En aquel momento era un grupo muy pequeño de sacerdotes, apenas 25, y muy pocas religiosas. Se estaba iniciando en ese momento en el Centro San Benito, todo el programa de los delegados de la palabra. Todavía tuve oportunidad desde el mismo año 72 de conocer a Monseñor Gerardi y luego yo fui parte de una comisión, representando a Baja Verapaz en la dinámica de la programación y desarrollo del Centro San Benito.

¿Cómo era la relación de ustedes, religiosos, religiosas, en este caso con Monseñor Gerardi? ¿Qué ambiente percibiste de la gente que trabajaba más directamente en los ámbitos de pastoral hacia su obispo?

Monseñor Gerardi era un hombre muy cordial y abierto, generaba cercanía hacia él muy rápidamente. Era un hombre de diálogo, de mucha conversación, era muy cercano en ese sentido. Su casa siempre estaba abierta y cuando estaba yo en Rabinal a él le gustaba, cada cierto tiempo, visitarnos y pasar una tarde o una noche para platicar, eso me facilitó un conocimiento de monseñor. Luego, cuando ya se fue para Quiché y después cuando estuvo en Guatemala como obispo auxiliar, recuerdo que yo, cuando podía iba, a REMHI a platicar con él porque me agradaba, o sea, era realmente un hombre de una gran versatilidad en la comunicación.

En ese momento que llegaste, me dices, estaban promoviendo a los delegados de la palabra, que han sido parte, en algunos lugares de Guatemala, como el signo más evidente del deseo de evangelizar a partir de las fuerzas vivas laicales de una diócesis. ¿Cómo estaba en ese momento el tema de los delegados de la palabra y cómo lo asumió Monseñor Gerardi?

Bien, los delegados de la palabra, todos sabemos tienen su origen a nivel urbano en el barrio o la zona de San Miguelito de Panamá y en Choluteca para el área rural en el sur de Honduras. De ahí se viene para Guatemala, bueno no solo para Guatemala, entiendo que vienen también para Nicaragua y El Salvador de alguna forma, pero en Guatemala, en Huehuetenango y en la Verapaz, los Benedictinos habían iniciado a finales de la década de los 60. Habían iniciado con la Universidad Rafael Landívar un proceso de promotores sociales; a partir de ahí nace la idea de traer para acá en el año 70, el programa de los delegados de la palabra. A partir del 70 ó 71 comienzan los cursos. Hay un equipo en donde estaba Esteban Pop, Don Hermógenes Ball y otros que no me recuerdo en este momento, que ya fallecieron. Llevaban todo un programa de una semana, tres días de formación, mejoramiento agrícola y lectura de la realidad de Guatemala; y tres días de iniciación a la misión y al servicio o al ministerio, llamémoslo así, de los delegados de la palabra. Entonces, cuando viene Monseñor Gerardi es cuando se inicia.

Para entonces no había nacido el Centro San Benito, este se va construyendo a finales de la década de los 60 y se establece, ya como programa, a finales del 70 ó 71. Entonces él es parte fundamental. Él también fue parte fundamental del proceso de aplicación de una asamblea sacerdotal en todo Guatemala a finales de la década de los 60. Eso lo digo yo, aunque no estaba porque me lo contó mi compañero Padre Nelson, que estuvo entonces cuando inicio esto. Otra cosa que inicia Monseñor Gerardi es el tema de la pastoral indígena, tuvimos en el año 1973 una gran reunión donde él estaba, el obispo de Quiché, el obispo de Izabal, Monseñor Flores y otro obispo que no recuerdo, cuatro obispos representando. Él dinamizó mucho todo el tema de la pastoral indígena y a partir de ahí hay un proceso es decir "siempre se puede". Yo he visto a Monseñor Gerardi cómo un hombre que abre rutas, que abre camino, hacía análisis muy serios, muy críticos y muy acertados.

Has hablado, has aludido, a tres personas, voy a empezar con la última a la que te has referido, el padre Melchor. El padre Melchor en los años de la violencia, quedo aquí ¿podríamos hablar del padre Melchor? ¿Qué relación podríamos hacer entre el padre Melchor y Monseñor Gerardi? Descríbenos un poquito la vida del padre Melchor.

Melchor vino aquí entiendo que cuando tenía entre 25 y 30 años. Murió a los 60. Es decir, estuvo alrededor de 25 años, casi 30 en la Verapaz, estuvo en el Calvario 10 años y nos unimos en el año 1973 en Rabinal con otro compañero que estaba en El Salvador, Gregorio Ramírez. Estuvimos los tres hasta el año 79 que yo fui a México a estudiar, luego se quedó solo durante dos años en el momento más crudo de la violencia armada contra el pueblo de Rabinal. Entonces Melchor era un hombre muy discreto, conservador de mentalidad, un hombre tranquilo, muy moderado en su hablar, en sus gestos, pero él fue haciendo un proceso muy rico de aprendizaje y de conciencia de lo que estaba pasando y tratando de entrar, poco a poco, pero con mucha seriedad y fortaleza en el proceso de solidaridad y acompañamiento con las víctimas

¿Fue alguien que conoció personalmente a Monseñor Gerardi?

Por supuesto. Como te decía, varias veces venía Gerardi a charlar con Melchor, con Gregorio y conmigo. Así, a charlar. No venía a ningún compromiso, solo a charlar como un hermano que viene a conversar y explicitar un poquito. Entonces, lógicamente Monseñor Gerardi era un hombre con un sentido muy agudo, crítico, analista de la situación de la vida. Melchor fue aprendiendo, desde su discreción, fue aprendiendo el proceso de ir entrando en la vida, en el corazón de la gente y de la gente que más sufría en ese sentido. A Melchor le tocó enfrentar la violencia cuando Gerardi no estaba, pero Melchor, cuando venía una actividad nueva, era discreto. No era impulsivo en ese sentido. Monseñor Gerardi era un hombre entusiasta que llevaba adelante los proyectos y los procesos. Comprensivo también, porque a veces me decía: "es que este ganado cuesta manejarlo".

Otras dos personas que has nombrado, que sin duda fueron sus colaboradores y también los que le ayudaron, porque yo creo que Gerardi iba aprendiendo, son estos grandes catequistas como Esteban y Hermógenes. La relación de estas personas con Gerardi ¿cómo era?

Pues fue a través del proyecto del Centro San Benito, fundado por los Benedictinos y muy especialmente por el padre Javier, que ha sido reconocido como un gran misionero y que murió acá y está enterrado. Yo creo que Monseñor Gerardi vio en el proyecto de los delegados de la palabra una luz de darle a los laicos un protagonismo en el caminar de la Iglesia. En el centro de San Benito él abrió un proceso nuevo a esta diócesis. El Centro San Benito fue un detonante para un proceso nuevo. Un nuevo modo digamos de caminar en la diócesis y de enfrentar la misión. Él fue aprendiendo, pero, lógicamente, también era muy lúcido y digamos intuía el futuro, así: intuía el futuro.

¿Quiénes eran Esteban Pop y Hermógenes? ¿Cómo eran ellos?

Esteban había sido maestro, profesor, catedrático en el instituto. Un hombre muy reconocido, de una familia muy cristiana. Desde joven con los padres Benedictinos y con los padres Dominicos, con el padre Vicente Peña, es decir, estamos hablando de los años 50 y 60. Ya Esteban trabajaba como catequista, como animador, pero se fue por ser maestro. Y por tener un poquito de conocimiento fue avanzando en su proceso de compromiso y los Benedictinos lo incluyeron como coordinador, de alguna manera, del equipo del Centro San Benito. ¿Cuánto tiempo estuvo? Yo no estoy seguro, pero yo entiendo que, si esto comienza a finales del 70, al menos hasta que estuvo Monseñor Gerardi hasta el 76, él fue liderando eso. Él fue un hombre, es un hombre empoderado.

¿Y Hermógenes?

Yo lo conocí menos. Hermógenes vivía en el Cantón Las Casas. Era un hombre también con un gran historial de servicio a nivel de la Diócesis. Los Benedictinos, cuando entran en el año 75, en Cantón Las Casas, además tenía la Parroquia en San Marcos, él fue un baluarte muy fuerte y muy firme para el inicio de la misión en Cantón Las Casas.

¿Se puede decir que Monseñor Gerardi vino a una diócesis muy humilde y muy grande? y que él adoptó también una vida o un tono de vida sencillo, porque él no vivía en un palacio episcopal si no vivía en una casa particular.

Si, grande en territorio, así es. Eso hay que reconocerlo, bueno al hombre le gustaba, cómo a todo ser humano, comer bien y echarse su bebidita, pero es evidente que él también quería mostrar un estilo de vida que no contrastara frente a la pobreza de este mundo, de La Verapaz, sino con sencillez. No puedo decir cómo era su presencia en las comunidades porque cuando ya me incorporo a la Alta Verapaz, él ya había salido. Pero yo he oído que era un hombre cercano a las comunidades. Claro, la cantidad de comunidades que hay ahora no las había en ese entonces, casi 50 años verdad, pero si es un hombre que trataba de entrar en una comunicación vivencial y experiencial con la gente, siempre muy crítico, solidario y consciente de lo que estaba pasando.

Monseñor Gerardi no participó en Medellín, sin embargo, mientras se desarrollaba en Medellín, él estaba en una conferencia también eclesial en ese lugar ¿Cómo vivió Monseñor Gerardi el fruto de estos ámbitos, digamos, de la opción por los pobres ¿Qué significaba eso para Monseñor Gerardi?

Bueno, yo creo primero desde la palabra, desde el discurso, la predicción de Monseñor Gerardi siempre fue una palabra incisiva, crítica, a veces con ironía,

pero incisiva y crítica. A nosotros nos ha tocado, luego, tener a Monseñor Flores, también un hombre crítico frente a la realidad. Entonces, ante la situación de los pueblos indígenas, q'eqchi, poqomchí, achi los pueblos mayoritarios indígenas de la Verapaz. Él también era un hombre abierto y si no, el hecho de dar puerta abierta al tema de la pastoral indígena, que en este tiempo todavía no había, a nivel de América Latina, un cambio de una pastoral que se llamara indigenista. Una pastoral indígena, es decir, donde el indígena empieza a ser protagonista y no simplemente receptor, en ese sentido Monseñor Gerardi vislumbra esa nueva ruta que hay que abrir en el proceso de acompañamiento.

Monseñor Gerardi era un obispo diocesano y llega a una diócesis de religiosos ¿Qué impacto percibían ustedes, porque lógicamente creo que los obispos sacerdotes diocesanos era muy pocos?

Muy pocos, muy pocos, prácticamente uno, dos o tres. No había más porque en aquel momento estábamos CICM, Salesianos...

Definamos un poquito cada una de estas congregaciones

Bueno: CICM, Salesianos, Dominicos y Benedictinos. Religiosas no había más que Dominicas del Rosario que tenían el Colegio "La Inmaculada"; Hijas de la Caridad que impulsaron un poquito el proceso de la congregación de las "Hermanas de la Resurrección" del Padre Jorge Puthenpura (Salesiano) como una congregación nacida en La Verapaz, con jóvenes q'eqchi. Eso también lo aprueba Monseñor Gerardi.

Entonces los Salesianos tienen toda la veta de la educación, de los jóvenes y muy bien organizados bueno, por su naturaleza. Los benedictinos no ha sido una orden encerrada sobre sí misma, como una antigua abadía, un monasterio. Su trabajo fundamental era la pastoral en la parroquia San Marcos y después en el cantón Las Casas donde estuvieron cerca de 40 años atendiéndolo, entonces, en ese sentido aportaron muchísimo con el Centro San Benito y con su modo muy cercano y muy solidario con las comunidades. Los CICM son... otro capítulo precioso que esta diócesis tiene, porque ha habido gente muy valiosa como el padre Tebajancil, que estuvo en Purulhá, en Tac Tic y aquí en Chamelco dónde murió. Con su experiencia en China, abrió todo el proceso de conciencia de la identidad en la cultura, el valor de la cultura q'eqchi, la filosofía, el aprendizaje de la lengua. Él fue que impulsó, fue el maestro de muchos sacerdotes.

¿Y Monseñor Gerardi entró en el aprendizaje de la lengua?

Yo creo que no tanto, más chapurreado, pero bueno, tampoco eso lo veo yo como una profunda exigencia. Quizá el obispo que mejor maneja el q'qechi es Monseñor Rodolfo, porque Monseñor Flores tampoco, además del padre Lens, que estuvo en Tac Tic, era dentista, era un hombre mayor y sumamente entregado. Ha habido otros, entonces generan una ilusión muy grande y abren puertas. Luego nosotros aquí abrimos Ak'Kután en el año 91, a finales, como un paso adelante ante la realidad multicultural, pluricultural de La Verapaz. Cómo responder desde la misión y desde la estructura de la Iglesia y desde la atención pastoral a este desafío, entonces, digamos que cada una de las congregaciones ha tenido una respuesta.

¿Monseñor Gerardi era un vínculo Inter congregacional aquí?

Si era, indudablemente. Era un hombre que tendría sus ironías, sus pequeñas pitas, que "mira esto, que mira aquello", pero más allá de eso, él era un hombre de unidad y lógicamente, como decía al principio, el número de agentes de pastoral era pequeño, nos reuníamos cada año de 25 a 30 personas en la asamblea o en la semana diocesana.

Una última pregunta: ¿cómo podemos vincular este Cristo que tienen aquí en la capilla, metálico que se le puede llamar el Cristo de Rabinal con la muerte de Monseñor Gerardi? ¿Qué sentiste tú en ese momento y su trabajo en favor de las víctimas qué es el proyecto REMHI?

Bueno, ese Cristo lo hizo un fraile Dominicano, Pedro de Saca, de trozos de hierro. Pedro es el artista y logró ese hermosísimo Cristo. Un día llegó el doctor Juan José Guerrero y dijo: "¿quién ha hecho esto?, el que hizo este Cristo, sabía de anatomía humana, es que está perfecto, como una fotografía de lo que es la anatomía humana". Bien representa en lo negro, en esa hechura de trozos, el dolor realmente de las situaciones de Guatemala. Pedro tuvo un taller para el aprendizaje de manejo de los hierros que le llamaba "el Piñuelar" y lo hace como una muestra del dolor de este pueblo, del dolor que vivía la población. Pero yo entiendo que Monseñor Gerardi ya no lo vio, este Cristo no lo vio. Porque este Cristo fue hecho en los años 70, finales del 70, después del terremoto, y él ya no estaba acá. Pero si significa entender esa preocupación de Monseñor Gerardi por un pueblo que está soterrado en la pobreza, en la violencia y en el desamparo, la marginalidad y en la victimización que vendría después con el conflicto armado interno.

De todas las maneras, él tiene otro cristo precioso, en una casa en Cubulco, el hijo de un gran catequista de Cubulco en la que Pedro, pasaban muchos

días practicando. Es un rostro de hierro, así de pedazo de hierro, de Cristo sufriente. Es una maravilla.

A la luz de la muerte de Gerardi, ¿qué podemos decir para el futuro de la Iglesia en Guatemala?

Voy a decir una brutalidad, pero Monseñor Romero se comió el mandado de Monseñor Gerardi, yo no voy a desestimar a Monseñor Romero, lo valoro como un hombre que hizo una conversión, de una persona, quizá, tradicional, pasa a ser una persona muy sensible, muy valiente, muy profeta. Pero bueno, yo creo que a Monseñor Gerardi lo hemos silenciado, no le hemos dado realmente el relieve, la reciedumbre que nos puede dar desde su profetismo, desde su lineamiento para la Iglesia de Guatemala. O sea, siento que tenemos un deber con Monseñor Gerardi.

Falta una tarea que cumplir con Monseñor Gerardi. Pues te agradecemos Jesús este momento que nos has permitido compartir, sin duda que nos ayudará a entender mejor la vida de Monseñor Gerardi y todas sus opciones vividas aquí desde la Verapaz. Muchas gracias

Muchas gracias a ustedes.



Padre Ángel García Zamorano

Hso. Nos encontramos este día en la casa de los Misioneros del Sagrado Corazón, en el Molino de las Flores, Guatemala. Y, esta casa tiene mucha historia y, sin duda, que para el trabajo que estamos cumpliendo, pues hoy tenemos una persona que nos va a hablar de Monseñor Gerardi, de una manera muy especial, Padre Ángel.

Bueno, yo soy Ángel García Zamorano, misionero del Sagrado Corazón, que llevo en Guatemala ya 57 años. Llegué a Guatemala el 16 de julio, día la Virgen del Carmen, hacia las 03:00 de la tarde. Ese momento nunca se me olvida, como cuando los apóstoles, digamos que Jesús, tuvo que ir a las 16:00 de la tarde, pues llegué como a las tres, al aeropuerto antiguo y sencillo que había entonces. Y, desde el aeropuerto, me fui directamente al Quiché. En concreto, a Chicamán, que entonces no había absolutamente nada. Recuerdo que ahí me dieron una champita para poder meterme, sin luz, sin agua, que tenía que arreglármelas, saber cómo, agenciármelas. Y allí, pues estuve contento, feliz, y creo que, gracias a uno de los mártires, el Padre Villanueva y a otro, a otra grandísima persona, también de la comunidad, el Padre Pedro. Pero gracias a ellos aguanté ese cambio tan grande, tan drástico, porque de España y Madrid aquí al Quiché. Pero allí estuve feliz y contento.

Allí tuve un percance muy grave con una mula. Cuando me trasladaba desde Chicamán a los pajales, a Río Blanco, me botó y me hizo un gran daño en la columna, pero, gracias a Dios, pude recuperarme y regresé de nuevo al Quiché, pero ya no fue a Chicamán sino que a San Pedro Jocopilas. Y allí, en este lugar, desde el año 1967, 68, estuve 15 años, y fue por donde tuve la suerte de conocer cómo la Diócesis del Quiché fue haciéndose, por decirlo así. Recuerdo cuando Monseñor Lara llegó como primer Obispo del Quiché, un hombre bueno y que murió de una forma, también tan, tan rara y tan providencial, se podía decir. Pero bueno, no es el momento de hablar de esto, sino de Monseñor Gerardi. Y después de Monseñor Lara, vino monseñor Julio Aguilar, que estaba en Escuintla, luego vino al Quiché. Y después, en el año 1974, fue cuando monseñor Gerardi hizo su entrada en el Quiché como tercer Obispo de la diócesis.

Y yo tuve la suerte de conocer a Monseñor Gerardi personalmente, en cierta forma, también intimar un poquito con él. Recuerdo que, cuando estaba en el Quiché, vivió primero, en la catedral, antes de hacer la casa actual, siempre que iba desde San Pedro al Quiché, pasaba a visitarle y hablarle. Él siempre tan acogedor, amable y también observador, porque le gustaba y creo que todos lo recordamos precisamente por esa cualidad suya, que podemos decir analítica, que veía con una perspectiva especial y sabía también el porqué de las cosas en aquellos años convulsos...

Pero, antes de eso, quisiera hacerte una pregunta: ¿Cómo recibió la gente, el pueblo, ustedes mismos, a Monseñor Gerardi después de lo sucedido con Monseñor Julio Aguilar?

Pues yo creo que lo recibió con mucho entusiasmo. Yo tengo aquí presente, como que fuera una fotografía, la entrada de Monseñor Gerardi al Quiché, que ha venido desde Chichicastenango y, a la entrada de Santa Cruz del Quiché, se bajó del carro. Allí salimos a esperarle los sacerdotes y también bastantes personas y, desde la entrada del Quiché, que ha cambiado muchísimo todo aquello y ahora casi no se parece, pero desde allí lo fuimos acompañando, caminando, hasta la catedral donde él saludó al pueblo y también ofreció su primera misa. Pero yo tengo la imagen clara de la entrada en el Quiché. Allí iba él con todos sus aperos episcopales, que entonces se estilaba más que ahora, pero también con mucha ilusión, con mucho entusiasmo, con el espíritu que siempre le caracterizaba. Y así fue la entrada de Monseñor Gerardi, creo que, con una gran esperanza, no solamente para el clero, que entonces formábamos la Diócesis, sino también para todo el pueblo del Quiché.

En aquel tiempo, algunos le aconsejaron "No te vayas a Quiché porque estás empezando en la diócesis de la Verapaz y, sería mejor, que siguieras aquí en la diócesis de Verapaz. En Quiché, pueden nombrar otro obispo". Sin embargo, él aceptó el reto de ir a Quiché en unas circunstancias que ya se miraban un poco difíciles.

Bueno, Monseñor Gerardi fue una persona que le gustaba, ¿no?, hacer frente a las dificultades y a los peligros que encontraba. Y él era perfectamente consciente de todo aquello que pasaba y de la situación triste del Quiché. Tan perseguida por todos: por el ejército, la guerrilla y también por muchas personas que no comulgaban ni con una cosa ni con otra. Da la impresión de que, con perspicacia y con la inteligencia como él tenía, decidió hacer frente a ese reto que se le presentaba, y no le temió. Es cierto que, precisamente por eso, fue nombrado obispo del Quiché, pero siguió también, por un tiempo, de administrador de Las Verapaces. Y allí iba de vez en cuando. Él supo conjugar esas dos situaciones, que no eran fáciles, pero lo supo hacer

con inteligencia, como él siempre la tuvo, ver la realidad también, desde una perspectiva muy particular, no solamente ver los hechos, sino también dar razón del porqué de las cosas.

Una pregunta más sobre este sentido: Llegaba a una diócesis configurada y hecha por los Misioneros del Sagrado Corazón. No era una diócesis del clero diocesano. ¿Cómo se conjugó esa relación: Gerardi y Misioneros del Sagrado Corazón?

Bueno, yo creo que, realmente quien hizo la diócesis, éramos nosotros, que llegamos a ser en un tiempo, un poquito antes de Monseñor Gerardi, 33 en el Quiché. Después, por las diferentes circunstancias, fueron disminuyendo; como sabemos, a causa de la gran persecución que se sufrió. Y también, los que creíamos oportuno que la diócesis dejara de formar parte de la diócesis de Sololá, en la que estaba Monseñor Angélico Beloto, y que se hiciera aparte. Y creo que lo recibimos muy bien.

Y, por otra parte, el carácter de Monseñor Gerardi, pues era una persona muy campechana, muy amigable, muy cercana, creo que todo eso contribuyó a que Monseñor Gerardi fuera bienvenido, también con alegría de todos nosotros que comenzábamos un camino nuevo y esperábamos que ese camino fuera exitoso, que fuera lo mejor para la pastoral de la recién estrenada diócesis del Quiché.

Monseñor Gerardi siempre viajaba con su mamá. ¿Ustedes conocieron a la mamá de Monseñor Gerardi?

Yo la conocí, ¿cómo no? Pues una persona sencilla, buena y parece que Monseñor Gerardi como que heredó las cualidades y el carácter de su mamá. Era una persona muy tranquila, amable, no se quejaba por nada y yo lo recuerdo muy bien. Y cuando acompañábamos a Gerardi, siempre allí estaba ella atenta a darnos un cafetito y una champurrada, una persona muy amable que creo que incluso ayudó a Monseñor Gerardi a situarse en la realidad del Quiché.

Monseñor Gerardi viajaba, en aquellos tiempos, los caminos que eran de tierra. ¡Todos! Él tenía su vehículo, viajaba a las parroquias. ¿Cómo se empezó a comunicar con el pueblo?

Bueno, Monseñor Gerardi, tenía un vehículo pequeño, con el cual se trasladaba, por decirlo a las cabeceras municipales, que eran las únicas que entonces tenían acceso por carro, la carretera pues era de terracería. Sin embargo, desde las cabeceras municipales a los cantones, que también iba, pues a base de lomo de mulas, como íbamos todos.

Tú llegaste a San Pedro Jocopilas. ¿Cómo encontraste esa parroquia y cómo se la presentaste a Monseñor Gerardi?

Bueno, pues la parroquia a la que yo fui también era una parroquia un poquito convulsa, porque allí... San Pedro Jocopilas siempre tuvo un poquito mala fama, porque hacía años que allí mataron a un sacerdote en tiempos de Justo Rufino Barrios. Un sacerdote que era español y, parece, que alguien –no sé si Justo Rufino Barrios o alguien allí con él– habló mal de la Virgen María y el padre salió en su defensa, y entonces allí mandaron fusilar al padre. Y, en esa crucecita que hay en la plaza enfrente de la iglesia, pues ahí dice que es donde está enterrado el padre.

Cuando tú estuviste en San Pedro Jocopilas, ¿llegó Monseñor de visita pastoral?

Bueno, yo creo que Monseñor Gerardi... todas estas distinciones que hacemos ahora: que si pastoral, lo que sea, no existía. Para él, lo que existía, era una persona, un amigo que iba a visitar; y que, si visita canónica o visita pastoral, yo tampoco lo entiendo. Pero creo que él no hacía estas distinciones. Iba, simplemente, como un compañero o un amigo, pues a observar cómo iba la parroquia, a animar y para orientar. A eso iba. Yo recuerdo que, ahí en San Pedro, también hacía mis pinitos para aprender el quiché y, gracias a Dios, logré defenderme bastante bien. Y le dije a Monseñor Gerardi que iba a traducir el rito; bueno la misa, primero, y después el rito del bautismo y del matrimonio, pues son los sacramentos que más frecuentaba la gente. Y él me dijo que lo hiciera, que no tuviera pena. Y yo recuerdo que, cuando lo terminé con la ayuda de la gente –se entiende–, y después estas traducciones que hice yo, sin duda las mejoraron muchísimo porque ya hubo sacerdotes nativos, indígenas, que conocían la lengua que era su lengua materna.

Recuerdo cuando se lo presenté, y me dijeron que en Alta Verapaz los padres Dominicos también estaban traduciendo al q'eqchi la misa en los sacramentos y que lo habían mandado a Roma para aprobarlo. El caso es que ya llevaba a saber cuánto tiempo y no daba señales de vida. Y yo creo que es lógico porque, ¿quién sabe, allí en Roma, de estas lenguas? ¡Absolutamente nadie! Ahí estaba y no terminaban de darles la respuesta. Y por eso los dominicos no se atrevían a iniciar en las lenguas. Recuerdo que, cuando se terminó y se presentó, Monseñor Gerardi dijo: -Bueno, ¿y esto necesita alguna aprobación? -Esto no necesita nada. Si la gente lo entiende, mejor, siga adelante y déjelo tranquilo-. Y así era Monseñor Gerardi: una persona comprensible, cerca del pueblo, sin muchas reglas y normas que nosotros tenemos y que impiden a veces la comunicación. Así era Monseñor Gerardi. A mí lo que más me llama la atención de Monseñor Gerardi, aparte de mantener su espíritu pastoral,

era su carácter profundamente humano. Monseñor Gerardi, ante todo, era una persona humana, que le gustaba tratar a los demás, no en plan de superioridad y decir: "Bueno, yo aquí por ser el obispo", sino en plan de compañero y de trabajadores en la misma viña del Señor. Así era Monseñor Gerardi, no se hacía grandes problemas de que "si yo soy el obispo y ustedes son el clero y pues no son nada". Yo creo que esas distinciones nunca se las hizo, más bien presentarse como un compañero más.

En todos esos años que estuviste en esa parroquia, lograste una parroquia muy bonita en un espacio difícil y donde formaste catequistas de mucha calidad. ¿Cómo veía eso Monseñor Gerardi?

Bueno, a la parroquia de San Pedro Jocopilas la tengo, por así decir, muy dentro del corazón, porque ahí fue donde pasé los años de mi juventud, por así decirlo. Y visité, muchísimas veces, todos los cantones, todas las aldeas. Gracias a Dios me pude comunicar bastante bien con la lengua quiché y, en esa situación, yo logré formar una parroquia. Bendito sea Dios que, a pesar de los años que van pasando, pues ahí me recuerdan. Y, muchas veces, todavía, me ponen como referencia. "Y es que, en el tiempo cuando estaba el Padre Ángel", a mí eso me da una gran satisfacción de que haya dejado una huella, que me recuerdan y yo también los recuerdo a ellos con mucho cariño y recuerdo a personas que, como dice el Papa Francisco, pues son los santos de la puerta de atrás, y ahí conocí a verdaderos santos, en el sentido pleno de la palabra y en el sentido cristiano y canónico, o como quieran llamarlo. Personas realmente entregadas y que han sido siempre un grandísimo ejemplo y los sigo recordando y ellos a mí también, eso es para mí una gran satisfacción.

Recuerdo cuando en el año 2014, celebré las Bodas de Oro, fui también a San Pedro y me admiré del gentío que se juntó para la misa, que yo dije con ocasión de mis Bodas de Oro Sacerdotales. Allí en San Pedro Jocopilas, yo ya no estaba allí, naturalmente. Pero, para mí, fue una grandísima satisfacción. Todavía lo recuerdo con mucha alegría.

Uno de los acontecimientos difíciles que tocó pasar a los misioneros, no a todos, pero algunos, fue el sufrimiento por el terremoto. Y lógicamente Monseñor Gerardi, y ustedes, quisieron dar una respuesta a la gente...

Bueno, yo recuerdo muy bien aquél amanecer del 3 al 4 de febrero del año 1976. Pues yo estaba, ese día, en la parroquia descansando y fue como hacia las tres de la mañana del día cuatro. Y, claro, estaba absolutamente solo, las grandísimas sacudidas que daba el terremoto. Yo salí y veía cómo la torre de la Iglesia se caía y el tejado de la Iglesia también. Estaba solo, sin poder

comunicarme con nadie. Entonces pues los teléfonos celulares no existían. Y ahí nomás esperando que amaneciera. Por la radio, me enteré que en zonas como Joyabaj y Patzicía, etcétera, había sido mucho mayor y había muchos muertos. En San Pedro, donde estaba yo, no había.

El daño mayor lo sufrió la Iglesia, por parte de Monseñor Gerardi, tuvimos toda la ayuda y todo el apoyo para poder rehacer el desastre y la tragedia causada por el terremoto. Primero atendiendo a la gente que habían sido damnificados, ayudándoles a levantar sus casas—era una cosa sencilla— pero que pudieran estar tranquilos. Y después, cuando se atendió esta emergencia de las personas, poder también rehacer la Iglesia que, gracias a Dios, se pudo. De la original solo quedó la fachada, aunque muy maltrecha, pero después el padre Juan Vázquez la logró terminar y muy bien, gracias a Dios, todo lo que es la nave del interior, lo hice con la aprobación del obispo, con su ayuda y con sus palabras de ánimo. Y ahí poquito a poco fuimos levantando cabeza.

Monseñor Gerardi era, en ese tiempo, después de la muerte de Monseñor Humberto Lara Mejía, el Presidente de la Conferencia Episcopal y, sin duda, que le tocaba una mediación un poco difícil en tiempos del Cardenal Casariego, por un lado, de Monseñor Luis Manresa, por otro. ¿Cómo era el carácter conciliatorio de Monseñor Gerardi dentro de la Conferencia Episcopal? ¿Les hablaba de esto a ustedes?

El carácter de Monseñor Gerardi, yo creo que en todas partes él era igual. Y él tenía, ya lo dije antes, un carácter muy conciliador. Trataba de limar asperezas, de acortar distancias, de que las relaciones fueran más estrechas y más humanas. Y eso lo mantuvo en la Conferencia Episcopal, como en la forma que trató —en el tiempo que estuvo en el Quiché— al clero, que entonces estábamos allí, como él trataba también a todas las personas. Pero había algo que siempre también le caracterizó, y que fue por la causa que le llevó también a la muerte. Y es que, cuando se trataba de algo que afectaba a las personas o al pueblo, que les dañaba, él siempre como que tenía un resorte nuevo, distinto, que le decía siempre salir en defensa de los damnificados, hablar de la realidad y también de tales personas que, desgraciadamente, estaban provocando todos aquellos conflictos. Y eso sí que es algo especial de Monseñor Gerardi que conviene que no lo perdamos de vista: Un carácter muy amable, muy ameno, muy cercano. Era así. Pero, cuando se trataba de las personas que hicieron tanto mal a este pueblo, ahí sí que siempre él se ponía y salía con todas sus cualidades y resortes en favor de todas las personas que fueron tan salvajemente sacrificadas y tan salvajemente condenadas, por así decirlo, en vida.

Cuando tú estuviste en San Pedro, te tocaba también atender San Bartolo, imagino...

Y, estos dos municipios, eran mano de obra barata para la costa. ¿Cómo veías tú ese trabajo de la gente sencilla, que eran encaminados a trabajar a las costas de Guatemala?

Si. Bueno, yo recuerdo que, cuando llegaba la época de la zafra, de la caña, también del café, que había estos contratistas que van por ahí en camiones y trasladaban a la gente como que fueran animales, sin ningún cuidado, sin buscar un poquito de seguridad del transporte, etcétera. Yo recuerdo que también, no solo San Bartolo, sino en San Pedro, todos los años, por esa época, pues iban camionadas enteras de personas a la costa. Yo siempre vi este hecho, como un gran dolor por la forma como trataban a las personas, y por la vida que allí llevaban. A muchos de ellos les hablaba, cuando regresaban, les decía cómo había sido su estancia, cómo los trataban y demás y, realmente, era una situación esclava la que vivían. Ahorita, gracias a Dios, parece que todo eso ha mejorado, por lo menos un poco. Pero, en aquel entonces, era una situación que se acercaba más a la esclavitud que al de personas libres e iguales, aunque iguales nunca hemos sido.

En este sentido, los misioneros hicieron un trabajo fuerte de ayudar a las comunidades a poderse defender por sí mismas en la producción agrícola, en las cooperativas, en aquellos espacios donde ellos podían tener una vida más digna. Se hablaba de subir el nivel de vida de la gente. Esa era una palabra importante.

Sí. Yo recuerdo muy bien lo que tú dices ahora Santiago, que una de las mayores preocupaciones fue, precisamente, tratar de dar a las personas una vida un poquito más digna. No tuvieran que ir a la costa a padecer tantas penas como de hecho estaban padeciendo y, de hecho, ahí en el Quiché, ahí empezó el padre Guerrea con las cooperativas, una cooperativa de ahorro y crédito que tuvo, a Dios gracias, mucho éxito y, después, también comenzó la parcelación del Ixcán, lo que ahora ya es una zona totalmente distinta y...

...Es Santa María Tzejá

Bueno, Santa María del Tzejá compone toda aquella zona. Yo también fui muchas veces porque el padre Luis, tú recordarás, que varias veces le echaron de Guatemala y yo, en el tiempo en que a él lo echaron de Guatemala, yo estuve yendo al Ixcán, pero entonces no había ningún camino. Ahora hay carreteras y bastante buenas, y era todo pura selva. Yo recuerdo haber ido por esa zona del Ixcán, a las 12 del día, con un sol espléndido y no ver absolutamente nada por la gran vegetación que había. Y ahora, por desgracia, todo eso va desapareciendo. Recuerdo también que, con el propósito de lo que tú dices,

se puso mucho empeño en dar a las comunidades medios de subsistencia para que no tuvieran que migrar a la costa y, por ejemplo, crearon, yo recuerdo en San Pedro, con la ayuda de los Cuerpos de Paz de Estados Unidos, se creó la crianza de cerdos, la crianza también de otros animales domésticos, de ovejas, etcétera, para que la gente pudiera ayudarse. Y creo que eso les favoreció bastante y, por otra parte, era lo que venían a traer, pues era una forma muy generosa, sin poner ninguna condición, nada más, con la finalidad de poder ayudar a la gente a levantar un poquito su nivel de vida.

Pero eso fue realidad. En San Pedro también se comenzó, a medio tiempo, por la situación política que se estaba viviendo. Cerca de la Iglesia, que es donde viven ahora las Hermanas de la Providencia, pues ese terreno, que es bastante grande, yo lo compré para formar una cooperativa, ahí en San Pedro Jocopilas y lo puse a nombre de la diócesis, naturalmente, y recuerdo que me costó \$17,000. Pues ahí me los mandaron entonces, se pagó y quedó todo escriturado y bien hecho.

¡\$17,000! ¿Cuánto terreno era? ¿Bastante? ¿Cuántas manzanas?

Pues yo qué sé, no te sé decir, pero era y es un terreno grande porque ahí está todavía, ahí están las hermanas y, creo que, aparte del espacio donde viven las hermanas, hay otro espacio grande que siguen cultivando, para bien de las personas y del pueblo, sobre todo, de los que tienen mayor necesidad.

¿Y todo eso fue en tiempos de monseñor Gerardi? ¿Él qué te decía cuando tú apareciste ahí?

Sí. Pues él feliz, dice: "Bueno, qué bonito que a la gente se le vaya ayudando y se le vaya abriendo espacios donde puedan encontrar mejor nivel de vida que el que actualmente tienen". Yo, de parte de Monseñor Gerardi, siempre, siempre, siempre conté con un grandísimo apoyo. ¡Siempre! Yo recuerdo que, también -ya lo dije antes- cuando se hizo esa primera traducción, y mal hecha, naturalmente, como yo podía, de la misa y de los sacramentos que, cuando se lo pregunté al obispo, que ni caso me hizo. "Si entienden algo más, pues bendito sea Dios". Y así era siempre. Yo nunca encontré o nunca dije: "Bueno, hay que invitar, vamos a ver". ¡Nunca! Siempre facilitar las cosas. Y creo que es otra gran característica también de Monseñor Gerardi: el facilitar. Que sea de más provecho y que sea de más sentido, que entienda un poquito más la gente, no diciendo todo en castellano que, la mayor parte, yo creo que el 99%, no entendían absolutamente nada.

En un momento dado, Monseñor Gerardi, al ver que también ustedes como misioneros iban dejando algunos espacios, él buscó en España, con otros

obispos, clero secular. ¿Ustedes hablaron con él de ese tema? ¿Él se lo comunicó? ¿Cómo fue ese paso?

Sí. Teníamos todos los meses una reunión del clero ahí, en lo que era entonces la casa social. Y él siempre iba ahí, es donde se exponían todas las cosas y todos los problemas y, cuando estaba disminuyendo los sacerdotes, por parte nuestra, que no podían venir más de España, vinieron tres sacerdotes de la Diócesis de Oviedo y se les encargó, por parte de algunas parroquias, no recuerdo yo ahora exactamente cuáles eran.

¿Cunén, Uspantán, Chicamán?

¡Uspantán y Chicamán! Y por ahí comenzaron. Pero nosotros lo veíamos bien, como una forma para que la diócesis y para que la gente pudiera ser atendida y pudiéramos prestarle todas las atenciones, servicios, que podíamos.

Vamos a hacer un salto, antes de entrar en la relación que tú pudiste tener con él, al momento de 1980. El tema de que él había estado en Puebla. Me imagino que, después de Puebla, él les comunicó cómo había sido. Pero, en el año 1980, que él quería empezar a hacer el Plan de la Diócesis, lo que resultó fue la situación de violencia insoportable. ¿Cómo compaginaron, misioneros, obispos, catequistas, toda esta emergencia tan dura y tan terrible?

Yo creo que, por la situación que veíamos, como tú dices, era una situación realmente dura y difícil, eso fue lo que más ayudó a que, entre todos, tuviéramos más unidad, más comprensión y más ayuda. Fue una causa, no de división sino, por el contrario, fue una causa de mayor comprensión y de mayor ayuda mutua de parte de todos. Y, por eso, cuando se ponían las cosas, que se veía venir tan difíciles, Monseñor Gerardi, él también se daba cuenta, porque para las cuestiones sociopolíticas, Monseñor tenía un ojo agudo, sabía ver las cosas. Siempre hubo una grandísima comunicación y siempre con ese carácter de él, que a mí es lo que más me llama la atención: cercano, amigable, sin protocolos. Cosas tan difíciles de ver, hoy día. Como que desapareció esa generación. Hoy, como que el obispo se le mira, no sé, la figura lejana con todos sus ornamentos y el báculo y la mitra, todo eso como que le separa de la gente. Monseñor Gerardi no fue así nunca. Era otro estilo que, desgraciadamente, ha desaparecido y que el Papa, ahora Francisco, quiere recuperar. Pero yo lo veo no difícil, sino imposible.

¿Quiere decir que monseñor Gerardi era un verdadero hijo del Concilio Vaticano Segundo?

Bueno, pues era hijo de Concilio Vaticano Segundo. Yo creo que era hijo del sentido común. Que, el sentido común, desgraciadamente es el menos

común de los sentidos. Monseñor Gerardi, si podemos decir, era más que obispo en el sentido que entendemos ahora, era un compañero que tenía la responsabilidad, claro que sí, y él la sentía. Pero, que no la tenía y no quería hacer todo, sino que la compartía, que pedía ayuda, consejo, y trataba también resolver todos los problemas, no solo sino por eso que se habla tanto ahora, con el espíritu sinodal.

Y a ver qué es lo que logra el Papa Francisco, que yo lo veo sumamente difícil. Lo veo por las circunstancias que estamos viviendo. Era otro estilo esa generación que ya pasó. Y lo mismo podemos decir de los obispos de aquel entonces: era Monseñor Manresa, Monseñor Angélico Bellotto también, Próspero Penados. Era otra generación que, desgraciadamente, desapareció. Ahorita, como que se fueron agrandando las distancias y Monseñor Gerardi nunca agrandó distancias, sino que, al contrario, las disminuyó.

Yo cuando iba de visita, nunca recuerdo que Monseñor Gerardi dijera: "Pues yo voy de visita canónica, voy a ir a hacer una visita de amigo, de compañero". Nunca le oí esas distinciones. Él iba, preguntaba y, cuando iba, pues ahí platicábamos tomando un café y él tomando una copita, que le gustaba, y tranquilo. Esa era la forma de actuar de él. Cosa que ahora tan difícil y creo, imposible, a pesar de que se habla tanto de eso. Entonces no se hablaba de todas estas palabrotas, con perdón, que sinodalidad. ¡No se hablaban, pero se vivían! Y ahorita pues se habla, pero no se vive.

No se vive. Tú tuviste la experiencia de ver partir a tus compañeros mártires. Entre ellos a José María Gran con su sacristán, al padre Faustino y después al Padre Juan. Bueno, ¿eso qué significaba para el corazón de Ángel García Zamorano y qué significaba para el corazón de Gerardi?

Bueno, yo creo que aquella situación ciertamente muy dolorosa para todos, pero se vivió también con una grandísima esperanza. Monseñor Gerardi se daba cuenta que, si él no llega a decidir que lo mejor era retirarse de la diócesis, hubiera seguido o saber hasta dónde. Pero, yo recuerdo que, con la actitud de Monseñor Gerardi, que se preocupaba, porque le dolían estos tres casos y de tantos catequistas. Yo recuerdo en San Pedro, era una nube ingente, como dice el libro del Apocalipsis, de personas que fueron mortificadas y masacradas a causa de su fe. Pues Monseñor Gerardi lo sabía y veía que había que hacer algo. Y llegó un momento en que la única solución que vio, fue clausurar la diócesis. Y ahí se quedó el padre Axel Mencos, fue el único que se quedó y aguantó, el pobre, todo lo que pudo. Pero los tres casos de los tres mártires, que fueron beatificados el 23 de abril, yo creo que se dio en medio del dolor, fue como una gran esperanza y, que eso no nos echó para atrás, sino que, por el contrario, nos animaba más adelante,

sobre todo viendo los ejemplos de la gente, tan admirables ejemplos que, realmente, podían estar escritos en el Martirologio Romano como aquellas persecuciones de los primeros siglos del cristianismo, que podían seguir exactamente igual. De hombres, mujeres, niños, etcétera.

Y Monseñor Gerardi en medio del dolor y de la pena, pero siempre también ayudando y animando y tratando de ser fieles en la situación que veíamos. Como ya dije antes, él no se dejaba tampoco engañar, porque sabía decir las cosas claras y cómo el ejército estaba actuando y cómo no había que fiarse por la buena cara que a veces a uno ponía.

En la diócesis de Quiché, hizo un comunicado cuando fue asesinado el Padre Hermógenes. Lógicamente, cuando se dieron las injusticias con los campesinos, el secuestro de los campesinos, cuando se quemó la Embajada de España, siempre había un comunicado de la diócesis que, lógicamente, el último responsable era Monseñor Gerardi. ¿Cómo, Monseñor llegaba a esa conclusión de pronunciarse públicamente de la mano de su clero?

Bueno, pues yo creo que eso era porque había muchísima comunicación entre Monseñor Gerardi y el clero que entonces éramos, había mucha comunicación. Yo creo que nunca quiso resolver los problemas solo y, siempre, para cualquier circunstancia, sobre todo estas difíciles que tú acabas de enumerar, siempre convocaba a una reunión, a platicar y ver la mejor forma de poder buscar una solución. Y ese era el estilo de Monseñor Gerardi.

Por otra parte, no solamente de unos cuantos, sino que era por parte de todos, ya que el principio que tenían los primeros cristianos, de que "lo que compete a todos, debe ser tratado por todos". Y ese principio, que es tan viejo, que desgraciadamente se ha olvidado, ¿no?, y ahorita nada más es un grupito que decide y que claro, por eso el Papa Francisco está diciendo, está repitiendo, que esto no es cuestión de participar, sino que cambien las estructuras. Pero cambiar las estructuras es como tratar de empujar a la Catedral y que camine medio metro. Es algo que está tan arraigado, tan fuerte y tan pesado, que puede con nosotros.

¿Cómo sentiste tú el momento en que Monseñor Gerardi manda reunir a los Superiores Mayores, algunos de ustedes, allá en la casa de las Hermanas Esclavas del Sagrado Corazón en Guatemala, y les plantea que hay que dejar la Diócesis?

Pues yo qué sé, fue un momento muy doloroso, pero también comprensible. Y, por otra parte, ahí se veía que Monseñor Gerardi también tenía un gran amor por todo el clero, que todos estábamos, que no quería que siguiera esa

racha de tres sacerdotes y de tantos cientos, yo creo que miles de mártires, de catequistas y de personas entregadas. ¡Que no siguiera!

Yo creo que, por el bien de la diócesis, por el bien del clero, etcétera, fue que tomó esa decisión, aunque esa decisión ya, a nivel personal, tuvo consecuencias muy difíciles que todavía están presentes. Por ejemplo, al decir Monseñor Gerardi que se cerraba la diócesis, unos optaron por regresar a España, otros por tomar otro camino. Y, total, que nos quedamos ya con la mínima expresión. Pero yo creo que lo que animó a Monseñor Gerardi a tomar esa decisión, fue buscar el bien de todos y que no siguiera esa racha que estaba viniendo de violencia, sobre todo, en contra de la Iglesia Católica y, particularmente, de los sacerdotes y también de los catequistas.

Es que yo me libré por diez minutos, porque yo estaba ahí en San Pedro. Entonces, un domingo, después de la misa de 11, dije que iba a ir a ver a Chichicastenango al padre Juan Blanes, que entonces era el párroco de allí, y cogí el carro y me fui. Y, cuando estaba allí, llegó Juan Pu. Lo recuerdo muy bien, un catequista de Chitucur y muy buena persona, a decirme que no regresara a San Pedro, porque diez minutos después de salir yo, llegaron los soldados a buscarme. Y entonces, por esos 10 minutos, ahora, ¿para qué sigo aquí? ¡Pues no sé, ahí sí que solo Dios!

¿Y qué fue de Juan Pu? ¿Él se ha salvado?

Ahí está, ahí está, ahí está. Sí, y ahí está, en Chitucur. Y llegó, desde San Pedro a Chichicastenango, para avisarme. Pues no fue por el camino y por la carretera o en carro, fue por el monte a avisarme. Y eso siempre lo recordaré, para decirme que no regresara.

¿Pero hay varias personas de San Pedro que fueron mártires?

¡Muchas, muchas! No varias, ¡muchas! Ahora, últimamente, pues Monseñor Rosolino, tiene una lista, creo que de unas 100 ó 110 personas que ha propuesto y, realmente, merece la pena. Yo creo que sí, que es una opción muy bien hecha y, ojalá, que absolutamente todos los que pertenecen a San Pedro. Todos los conocía, ojalá que salga adelante y que un día veamos también, en los altares, como hemos visto a los padres y a estos catequistas.

Cuando tú dejaste la diócesis en aquel momento, ¿dónde fuiste?

Pues yo, como ya no podía regresar a San Pedro, por lo que me había dicho Juan Pu, me vine aquí, fui al Tesoro. Ahí me escondí y llegaron varias personas a decirme que estaban los soldados buscándome, ahí por el Quiché. Que dónde estaba. Y entonces yo allí, en la casa del Tesoro, ahí callado y escondido. Ahí estuve varios años.

...Varios años...

Así hasta que pasó la tormenta. Estuve como dos o tres años, sí, porque llegaba mucha gente a decirme, a avisarme de cómo estaba la situación allá.

Hubo relación personal, íntima, con Monseñor Gerardi. Me imagino que varias veces lo trataste así, de tú a tú, "face to face":

Con Monseñor Gerardi yo tuve un trato, una relación muy cercana. Yo recuerdo que, cuando iba al Quiché, siempre lo visitaba en su casa, cuando estaba, claro está. Que tenía pues a Tono, que era el sacristán y ahí estaba él. Y también la secretaria. Y, por otra parte, él también me visitó y, cuando ya después no pudo regresar al Quiché, que estuvo en Costa Rica, después regresó y le nombraron obispo auxiliar de Guatemala, yo también muchas veces fui a visitarle en la Casa Episcopal aquí en Guatemala, y puedo decir que siempre acogido con cariño, con fraternidad. Él tenía un tipo muy especial, muy preguntón, que siempre fue, preguntaba y hablaba y conversaba y no sé, un carácter muy especial, en el buen sentido de la palabra. Muy bueno, muy cercano, muy amigable, cosa que, pues ahora, tanto se echa en falta.

¿Por qué no quiso él regresar a Quiché y tardó de renunciar?

Bueno, creo que por la situación política que entonces se estaba viviendo. Y, por otra parte, él también sentía que todos los esfuerzos que él había hecho, como que no tenían respuesta por parte de las personas que él esperaba que tuviesen respuesta y que, en cierta forma, un poquito decepcionado. Y, por otra parte, él también, teniendo en cuenta la situación en que había quedado en Quiché, él veía también que su presencia allí no iba a ser positiva, sino negativa. Puede ser la causa también de que se envalentonaran, en el buen sentido de la palabra, y que se animara la gente. Yo creo que eso fue principalmente la causa, que no fue negativa sino positiva, porque a él le gustaba mirar mucho también por las consecuencias de su actuación y la actuación de la gente.

En ese sentido, Padre Ángel, ustedes como misioneros y Gerardi, como obispo del Quiché, no dejaron de ser señalados, calumniados, yo diría hasta que perseguidos. Y, Monseñor Gerardi, fue perseguido siempre, calumniado siempre, hasta el día de su muerte. ¿Piensas tú que fue así?

Yo creo que, la mejor respuesta a eso que tú dices es la muerte cruel y martirial que tuvo. Que sí, Monseñor Gerardi su presencia, fue realmente como un reto ante la sociedad, frente a las autoridades, etcétera. Fue un reto y, a ese reto, supo él presentar, o sea, dar una respuesta.

Pues, en este sentido, cuando tú te enteras de su muerte martirial, ¿qué te vino a ti, a tu mente, de toda la historia de Gerardi?

¿A mí, qué me vino a la cabeza? Primero, es hasta dónde puede llegar el salvajismo de la gente. ¿Hasta dónde puede llegar la criminalidad? ¿De qué ropaje se puede revestir y cómo puede hacer? Tiene una frase el Papa Francisco, en uno de sus documentos, que dice que a veces la verdad se presenta revestida de ropajes falsos para aparentar y después, ahí ya dentro, mirar a ver qué destrozos puede hacer. Y monseñor Gerardi, fue primero un shock grande. ¿Cómo es posible, cómo es posible?

Pero, también, dándose cuenta de que Monseñor Gerardi era una persona pensante, la mejor forma fue aplastarle la cabeza. Un signo realmente de quién era Monseñor Gerardi. Y fue, para mí, un shock muy grande: primero, por ser la persona que era, una persona realmente digna, una persona que supo estar al nivel de las circunstancias, que supo enfrentar también todas las dificultades con energía, con ánimo y que, realmente, pues fue, no sé, muy doloroso para mí y me hizo recordar toda la trayectoria de aquellos 6 años que estuve con él en el Quiché, de cómo era la forma como nos trataba y la cercanía especial que yo personalmente tuve con él, que tanto me agradó y que la tuve hasta el último momento. Monseñor Gerardi era una persona excepcional y yo, si tuviera que decir con una palabra, definir a Monseñor Gerardi, primero una persona humana como Jesús, ¿no? Y, precisamente por ser humano, curaba, estaba cerca de la gente, rezaba, y por eso hacía lo que hacía. Yo creo que es lo que le define mejor a Monseñor Gerardi, que era una persona humana.

Yo recuerdo haber visto varias fotos tuyas con monseñor Gerardi, aquí en este templo, cuando te visitó.

Sí. Yo recuerdo que le llamamos para inaugurar el templo, que llevamos también para celebrar algunas fiestas. Y él siempre vino con mucha alegría y también con mucha cercanía, él con mucho gusto siempre accedía y venía aquí.

¿Se puede decir que Gerardi es un mártir como Faustino, como José María Gran, como Juan Alonso?

Yo creo que no se puede decir, sino que lo es, realmente. Si uno dice "Bueno, ¿cuáles son las causas que le llevaron a Monseñor Gerardi a entregar su vida?" Bueno, pues fue la causa de la verdad, el REMHI, el ventilar y publicar al mundo entero la situación que aquí estábamos viviendo. Y eso, claro está, al poder le dolió, les coció, y dicen: "Bueno, lo mejor para esto es quitarle de en medio". Yo creo que se puede decir, que cuando se trata de mártires, yo creo que esa distinción, de más o menos, no se puede hacer; y Monseñor

Gerardi, sí, fue un mártir auténtico que dio la vida por una causa, por la causa, por el Reino y también por el bien de la gente, que supo, tenía voz y tenía autoridad para que el mundo lo escuchara. Lo hizo, y que eso le acarreo una muerte, pues sí, y que él también lo comprendió y lo aceptó, que fue consciente también.

La última pregunta. Para ti, la palabra que lo define es el hecho del ser humano, de ser humano, de arriba a abajo. ¿Por qué, al clero, en general- habrá excepciones de sacerdotes- pero, esa dimensión de lo humano, no la imitan tan fácilmente?

Pues yo creo que se debe, primero, a la formación. Que ya, la formación, uno con el texto de la Carta a los Hebreos que "se os ha escogido entre los hombres para..." Como esa segregación. Yo creo que ha sido mal entendida y, entonces, esa segregación lleva a que el clero general se considere más. Y de ahí viene lo que tantas veces ha denunciado el Papa Francisco, a propósito del clericalismo, que por más que lo repite, tampoco nadie le hace caso.

Y esa fue la realidad. Y yo creo que Monseñor Gerardi, pues esa segregación, la entendió bien. Segregado, sí, pero con una finalidad. Y la finalidad es, precisamente, esa: ser servidores del Reino. Monseñor Girardi lo aceptó y creo que así. Pero ahora, con esa mentalidad que se tiene, ¿dónde se quiere formar?, ¿a quién se quiere formar?, ¿para qué se quiere formar? Pues ahí está el gran interrogante que hay.

Esa cita de los hebreos era el lema de Monseñor Gerardi.

Bueno, pues parece que sí, que él realmente fue segregado, pero en el buen sentido de la palabra. En el sentido correcto.

¿No separado, para...?

Para encumbrarse, sino como Jesús, que fue escogido también, pero para vivir entre nosotros, para encarnarse entre nosotros.

¿Cómo vivir el legado de Monseñor Gerardi hoy, en esta Iglesia que, a lo mejor, hay sectores, que ya pasó tanto tiempo? Ya vamos para más de 25 años de su muerte, de su martirio. En el 2023 se cumplieron 25 años. Y en el 2022 se celebraron 100 años de vida, pero hay gente que no se enteró de su muerte porque ya nacieron después. Y aún los sacerdotes. ¿Qué mensaje nos deja Gerardi?

Yo creo que Monseñor Gerardi, el principal mensaje que nos deja, ahora que estamos en el Sínodo, es poner como ejemplo lo que es y lo que significa

Sinodalidad. Ese es el reto. Y ahora, tanto se habla de esto y muy pocos lo entienden, hablan de la Sinodalidad, pero ni saben lo que dicen.

Yo he oído a muchas personas y he escuchado y hablan de la Sinodalidad como las nubes, ¿no? Eso que tiene ahora el teléfono, del cloud, que ahí está, que hay que bajar del cloud. Pues así yo creo considerar esto de la Sinodalidad. Y creo que Monseñor Gerardi podía ponerse en nuestra querida Guatemala, como ejemplo de lo que significa Sinodalidad. Que no es apartarse de nadie, sino al revés, es acercarse y todas las cualidades que el Papa Francisco pone de la Sinodalidad: escuchar, dialogar, acercarse, etcétera. Creo que ahí la tenemos, en este hombre.

Hay dos cosas: sería que tiene que haber obispos como Monseñor Gerardi. Y una segunda: ¿los Derechos Humanos que él defendió han pasado de moda o siguen vigentes?

Bueno, los Derechos Humanos nunca van a pasar de moda. Yo creo que siempre han estado vigentes y, lo que habría que hacer, es que estos Derechos Humanos se vayan afinando, comprendiendo y que la gente los vaya entendiendo y quiera hacerlo realidad. Creo que por ahí tiene que ver los Derechos Humanos porque, al fin y al cabo, los Derechos Humanos, ¿qué son? Pues es tratar de captar lo que yo digo cerca también de la Sinodalidad. ¿Qué es la Sinodalidad? Aprender a vivir. Dejémonos de tantos discursos. ¡Qué no! Es aprender a vivir. Una cosa tan sencilla.

Y, en ese sentido, ¿los obispos tendrían que imitar algo a monseñor Gerardi?

Que realmente supieran convivir con sus sacerdotes y que también hubiera ese ambiente de Sinodalidad que nos dio Monseñor Gerardi.

Padre Ángel: ya tienes más de 70 años. Conociste a Gerardi, a tus compañeros mártires, a muchos mártires más y, ¿qué les dirías, a la luz de Monseñor Gerardi, a los jóvenes que no conocieron a Monseñor Gerardi?

Yo les diría que recuerden, que rescaten la vida, los hechos de Monseñor Gerardi, y que traten de hacer realidad lo que él vivió, el mensaje y el legado que nos dejó. Yo eso les diría, que siempre, cuando se trata de acontecimientos, hay una persona que lo guarde y que diga "yo creo". Pues eso ayuda. Y entonces ahora, con esto del Sínodo, presentar esa figura de Monseñor Gerardi, creo que podría ser un recurso muy bueno para Guatemala y, para todo el país, pero particularmente para la Arquidiócesis, para El Quiché.

Para indicar qué significa la Sinodalidad y cómo tenemos que vivirla, creo que por ahí tenemos que ir. Hay discursos, pláticas de horas y horas. Era una

expresión: aprender a vivir. Eso. Bien sencillo, bien claro. Que no lo vas a encontrar en ningún sitio. Pero recuerda que yo te lo dije hoy.

Termina con alguna cosa que tú quieras decir de la herencia de Monseñor Gerardi

Pues una cosa: tantas veces cuando vino aquí, siempre le gustaba también de la misa a la mesa. Yo le recuerdo que venía aquí y después se ponía a comer con su copita de vino, que le gustaba y de ahí a platicar. A Monseñor Gerardi, pues esa cercanía, eso de querer acortar distancias, de hablar como él hablaba, sin prejuicios y también prescindiendo un poquito de toda esta parafernalia que nosotros tenemos. Pues eso es para mí la herencia que Monseñor Gerardi ha dejado, por la que más le recuerdo y creo que sería una figura hermosa para celebrar el año, para celebrar el Sínodo de la Sinodalidad: como un buen ejemplo, un modelo, un paradigma, por así decirlo.

Te agradecemos padre Ángel este rato tan agradable que nos has permitido pasar recordando la memoria de Monseñor Gerardi. La memoria de él y la memoria tuya: porque la de él sin la tuya no funciona. Yo creo que tu vida, su vida, tienen mucho de común. Algún día tendrías que escribir algo, porque tienes esa facilidad de no hacer cinco páginas, sino de hacer 12, 14, 15, 18 para un artículo.

Pues ahorita, por ocasión, ya que tú lo dices, con ocasión de estos cien años de su nacimiento, de los 25 de su martirio, yo creo que ahí me voy a animar. Primero voy a salir de un retiro sobre la Sinodalidad que voy a dar. Y después lo voy a pensar. Eso, creo que sí, me voy a animar.

No solo piénsalo... ¡hazlo! Y te lo vamos a agradecer.

Lo voy a hacer, está bueno. Y gracias a vosotros también por venir y por tenerme en cuenta.

Muchas gracias, padre Ángel. Que tengas mucha salud.

Bueno, gracias a todos. Muchas gracias.



| Juan Vandevaire

Hso. Hoy tenemos la suerte de encontrarnos aquí en Mixco, Guatemala, con una persona que tuvo la oportunidad de conocer y tratar a Monseñor Gerardi personalmente. Con frecuencia no es fácil encontrarnos con aquellas personas que pudieron tener una confianza especial o al menos trabajar por su memoria y en este sentido, hoy tenemos esta posibilidad dada.

Soy Juan Vandevaire, soy belga. Vine a Guatemala en el año 1964, cuando la ciudad de Guatemala tenía otro tamaño del que tiene ahora. Yo ciertamente conocí a Juan Gerardi desde el primer año cuando estuve acá y hasta su muerte, porque yo trabajaba en ese momento enfrente de la iglesia de la parroquia de San Sebastián.

¿Tú trabajabas en AVANCSO? Entonces, en este sentido. ¿Cómo conociste a Gerardi? ¿En qué contextos lo conociste en ese primer año?

Bueno, en el primer año fue en el ámbito de la pastoral, porque yo vine como novato y no conocía el español, entonces tuve que aprender el español.

¿Y dónde aprendiste el español?

Lo aprendí en una parroquia que se llama del Buen Pastor, en la zona 12.

Y tuviste un buen profesor porque lo hablas tan correctamente y con tan buen acento.

Bueno, eso sí no lo sé, pero sí tuve un buen profesor que fue un maestro de primaria, pero que también estaba estudiando economía en las tardes, estaba dando clases en la mañana y en las tardes nos daba clases a nosotros porque estaba yo con otro compañero que también le tocaba aprender el idioma. Y en la noche se fue a la San Carlos a estudiar economía y después se hizo una persona de muy alto rango en el banco, el Banco de Guatemala.

Tú me decías que con alguna frecuencia se cruzaban en la celebración de misas en la Catedral.

¿Cómo no? ¿Cómo no? Porque fue de lo poquito que se podía hacer en esos primeros meses. Ya había escasez de sacerdotes en la catedral. Y allí muchas veces yo encontraba y podía saludar a Monseñor Gerardi, que todavía no era monseñor, aún no era obispo.

Tú creciste en la vida eclesial de Guatemala, sobre todo en Escuintla. Ese traslado a Escuintla nunca te impidió seguir tratando posiblemente a monseñor Gerardi cuando pertenecían a la misma arquidiócesis, las dos parcelas de la Iglesia.

Sí, pero no, no nos veíamos tanto. Pero sí me lo encontré porque a mí me tocó estudiar también, después, en el año 67, un curso de catequesis en Manizales, Colombia. Y ahí había, entre otras personas, un joven padre Maryknoll de la diócesis de Huehuetenango y me acuerdo de que una vez lo visité allí, coincidí allí con Monseñor Gerardi.

Cuando él aún no era obispo. No recuerdo bien esa situación, pero sí he leído, porque de esa reunión salió una publicación importante sobre la catequesis y sale tu nombre como representante de Guatemala que ibas a ese encuentro.

Sí, hubo un encuentro en el año de Medellín, el famoso año 68, quince días antes o una semana antes, no me acuerdo bien, de esa gran reunión de obispos, había un congreso de catequesis.

¿Cómo redunda Medellín en Guatemala? ¿Tú tienes la impresión de cómo fue recibido ese acontecimiento por monseñor Gerardi?

Sí, yo creo que Gerardi era un entusiasta de Medellín y era un entusiasta del Concilio Vaticano Segundo, porque el Concilio terminó en el 65 y la reunión de los obispos del CELAM se dio en el 68, a los tres años y creo que, si no mal recuerdo, él fue ordenado obispo en el año 67, fue enviado a Verapaz, él fue el único en Guatemala que escribió una carta pastoral sobre el Concilio.

El único. ¿Cómo era la pastoral en Guatemala en aquellos años en torno al Concilio Medellín? Se notaba un entusiasmo del clero por el Concilio, por Medellín, en Guatemala, entre el clero, digamos, los obispos, sacerdotes, congregaciones religiosas. ¿Qué recuerdas?

Yo creo que era bastante desconocido y los textos llegaron también poco a poco. El tipo de pastoral que se practicaba era el sacramentalismo y lo decíamos nosotros. Quiere decir, bautizar y hacer misas, lo cual tenía mucha demanda, entonces uno de sacerdote podía llenar su tiempo con bautizar

y con celebrar misas. Es un poco exagerado, pero sí había una exagerada práctica sacramentalista, que no daba suficiente atención a la evangelización, a la preparación de las personas que demandaban los sacramentos.

Sin embargo, en aquel tiempo, de alguna manera se hacían cosas ya que se fundamentaban plenamente en el Concilio, fuera que los obispos o la Conferencia lo promoviera, pero sí entre el clero había un deseo de impulsar el Concilio y los documentos de Medellín.

Sí, por ejemplo, eso de la lengua vernácula, la lengua del que se habla. Eso fue, creo, bastante inmediato después para la liturgia porque antes si era en latín todo y en ese momento esas eran las cosas que se ponían en práctica. No recuerdo la fecha, pero creo que fue muy rápido después de terminar el Concilio.

¿En qué año pasaste a Escuintla?

En el 66, o sea, a los dos años.

¿Cómo era la vida en Escuintla en aquellos años en el lugar donde tú te situaste?

Bueno, Escuintla es una zona de fincas diversa altura, café en lo alto, en las faldas del Volcán de Agua, por ejemplo, había una finca y un ingenio incluso. Yo estaba en la ciudad, Escuintla, o sea, la cabecera, pero todo el departamento, era un departamento de fincas. 80% de las tierras son fincas en Escuintla. Casi no hay lugar para otras cosas.

¿Y ustedes se daban cuenta de la gente que llegaba como trabajadores del altiplano?

También de los que estaban como colonos, mozos colonos, pero también de los que eran cuadrilleros que venían de tierra fría en tiempos de la cosecha para cortar la caña y que estaban nada más para un mes, dos meses o un poco más, pero estaban en el tiempo de entre noviembre y mayo, en la estación seca, cuando se da la zafra. Nosotros nos dimos cuenta de la explotación que sufrían los campesinos y de los malos tratos.

Ustedes toman conciencia de esta realidad, siendo así que ustedes eran misioneros venidos del exterior. Sin embargo, había muchas diócesis que tenían esta misma atención pastoral de misioneros. ¿Cómo resolvieron situarse ante esta situación?

Bueno, fue una búsqueda. Nosotros no lo sabíamos desde un inicio cómo teníamos que practicar en la pastoral, la verdad, pero entre los que estábamos, porque nos habían nombrado en Escuintla a cuatro bastante recién llegados, jóvenes.

¿Recuerdas los nombres?

Sí, claro, sobre todo a uno que fue un gran amigo mío, se llamaba Marcelo Roodsardt que ya falleció. Quiero hablar sobre él, porque él nos ayudó a encontrar el camino, él fue lo que se llamaba una vocación tardía, y de joven había trabajado en una imprenta y era de la JOC, la Juventud Obrera Católica. Entonces tenía una sensibilidad social muy desarrollada, muy refinada, digamos. Entonces dijo que debíamos hacer algo en la línea social.

¿Y en el resto estaba ya Walter Voordeckers?

Walter estuvo también un tiempo, pero no al principio, unos años después, sí.

¿Y Conrado de la Cruz?

Nunca estuvo en la parroquia de Escuintla, pero estuvo en la del Puerto de San José y después en Tiquisate.

¿Pero los conociste bien?

Los conocí re bien. Muy bien.

¿Qué significó para ti la muerte martirial, diría yo, de estos dos compañeros?

Lo martirial con toda seguridad, porque es gente que fue asesinada porque estaban con la gente pobre, con los campesinos, con los que sufrían y también denunciaban las injusticias y apoyaban. Por ejemplo, en las actividades que había, porque con esto estamos hablando de otro momento en la historia, cuando se fundó el CUC, Comité de Unidad Campesina, y el CUC que estuvo en la costa sur también, no solamente en el altiplano y mucha gente del CUC que organizó la famosa huelga del año 80, creo que, en febrero o marzo, durante 15 días. Hubo una huelga y dicen que cerca de noventa mil trabajadores no sólo desde de las fincas de caña, sino también del café y del algodón estaban en ese momento en Guatemala.

Ustedes a partir del Concilio y de Medellín, empezaron a ayudar a la gente a tomar conciencia de la realidad y hacían ciertas publicaciones también importantes.

Sí, hacíamos publicaciones, pero digamos, el punto nodal de nuestro trabajo eran las comunidades eclesiales de base que se llamaban allá en ese tiempo “familias de Dios”, ese fue un nombre que se adoptó de un intento de comunidades en Panamá; también se hablaba ahí de “familias de Dios”, incluso cuando comenzamos nosotros con ese tipo de trabajo, invitamos a la hermana Maura, que fue una del equipo de la familia de Dios de Panamá, para explicarnos un poco cómo trabajaban ellos.

¿Tenía alguna relación ese trabajo con los delegados de la palabra?

Directamente en ese momento no creo, pero en la línea del tipo de trabajo, sí. Después se vio que los delegados de la palabra eran como coordinadores de la familia de Dios, de grupos de comunidades de base.

Lógicamente la parcela de Iglesia de Escuintla fue elevada a Prelatura primero.

Prelatura primero y el que vino como Prelado fue Monseñor Ríos Montt.

¿Qué tal fue ese encuentro de ustedes? Ya separándose de Guatemala con Monseñor Ríos. ¿Cómo fue el encuentro de decir “ya tenemos nuestro propio obispo, qué hacemos ahora con nuestro obispo”?

Bueno, nosotros estábamos ya en esa línea de las comunidades y lo primero que hicimos fue invitar a Monseñor Ríos a las comunidades de base, ya que para él era una cosa nueva, lo desconocía.

¿Pero la aceptó?

La aceptó, él iba con toda la mejor voluntad del mundo. Pero él pensaba que más tenía que dirigir en la línea pastoral, porque yo soy el responsable dice, como el Obispo es el responsable. Entonces le costaba al principio llegar a una reunión y para escuchar, porque él no fue preparado para este tipo de pastoral. Entonces él hizo lo que pudo y fue bastante, conociendo poco a poco después.

Coincide la huelga de la costa sur con la realidad triste de la Embajada de España, donde un buen grupo de campesinos eran todos del Quiché, cuando Monseñor Gerardi era obispo de Quiché en ese momento donde él se pronunció condenando esos hechos. Ustedes ¿cómo observaban desde Escuintla a la Diócesis del Quiché, sabiendo que muchos de los trabajadores que llegaban a Escuintla eran de Quiché?

Sí, pues nosotros no hicimos el link inmediatamente. Ahora sí sabemos que el 31 de enero fue la quema de la Embajada de España y creo que en menos de tres semanas después fue cuando estalló la huelga.

¿Y esa huelga fue reprimida?

Esa huelga fue fuertemente reprimida. Tampoco lo vi inmediatamente, pero en los meses y años después fueron reprimiendo sobre todo a la gente del CUC que estuvo detrás de la huelga y que fue recién fundada, fue una novedad también.

¿En ese contexto, fue el martirio de Conrado y de Walter?

Exactamente. El primer mártir de la huelga, creo yo, es Walter.

¿No fue Conrado?

No Conrado. Conrado a lo mejor también, pero él no estaba en el lugar de los hechos. Él estaba en el puerto, en Tiquisate, que también es el lugar de los hechos porque algunos dicen que probablemente Conrado había hecho como un servicio al CUC, posiblemente imprimía algún material del CUC, pero yo no lo vi, no puedo asegurarlo y nadie me lo dijo así contundentemente. Pero no sería raro, porque estábamos trabajando en la misma línea de las comunidades de base, concientizando y evangelizando. Pero también la gente tenía que hacer algo después y entonces el recién fundado CUC fue como una respuesta.

En aquel tiempo se publicaba allí un catecismo o unas hojas sueltas ¿Cuál era la publicación que ustedes hacían para ayudar a la gente a reflexionar?

Eran sobre todo los temas de las reuniones de familia de Dios. Eso fue lo que publicamos, pero no fue una publicación masiva, era para los coordinadores.

¿Pero esto podía llegar a personas que lo interpretaban mal?

Exactamente, que lo interpretaban como algo en lo que no debe meterse la Iglesia. ¿Por qué? Porque habla de la realidad, habla de denuncias, habla de la injusticia, etc.

Retomando ese punto, ustedes de alguna manera daban su mensaje como una propuesta de evangelización, pero también una denuncia.

Denuncia y también, digamos, la dimensión política de la fe. Porque no podemos desentendernos de esta situación de injusticia y de violación de los derechos humanos de la gente pobre.

Siendo así que Escuintla era una zona de fincas. ¿Quiénes llevaban la voz de liderazgo ante esta situación? o ¿todo esto llegaba al gobierno y el gobierno respondía?

Sí, era el gobierno, pero también los finqueros tenían su forma de actuar colectivamente.

¿Cuál fue tu itinerario de vida después de la muerte de Walter Voordeckers?

Bueno, trabajé como sacerdote hasta el año 80 y fue el año de la muerte de Walter, entonces yo me retiré, pero por otras razones, porque no pude con el celibato por lo que opté por casarme.

¿Allí está María?

Allí está María, que también la conocía de los trabajos, porque ella era del Comité Pro Justicia y Paz. Eso también era para las iglesias porque ya era ecuménico este grupo, pero era también trabajar en la concientización del pueblo, pero también en tomar medidas de precaución para enfrentar la represión que se generalizó mucho.

El Comité Pro Justicia y Paz nace como una iniciativa de Pablo VI de crear en Roma la Comisión de Justicia y Paz para el mundo a partir de la Populorum Progressio.

Sí, pero, por ejemplo, los obispos dijeron que no. Iban a desconocer el Comité Pro Justicia y Paz, porque ellos dijeron que sí trabajan por la justicia y la paz, pero no era de la línea del Vaticano, no era una institución eclesial directamente. Pero los obispos conocían a María y nos conocían a nosotros, que también éramos del Comité, ¿verdad?

Aunque el Comité se fundó aquí en la capital, pero tenía sus espacios de proyección en las diócesis.

Exactamente. Y una de las tareas de María era visitar los diferentes grupos y asegurar el funcionamiento del Comité. Ella organizaba las reuniones. Sabía convocar y por eso es que cuando ella invitaba para las reuniones, la gente llegaba, mucha gente llegó, María no dejó que se escapara nadie, pero claro, con mucho modo.

Insistía, persistía y era constante. Cuando sucedieron los hechos de la masacre de los sindicalistas en Emaús. ¿Ustedes cómo visualizaron esa realidad tan dura?

Pues nosotros atónitos, ¿no? Yo no estaba en ese momento en Escuintla, pero conocí a una persona que estaba encargada de Escuintla y que después de unos días, fueron secuestrados, desaparecieron y dos días después regresaron para secuestrar al administrador.

Bueno, ese acontecimiento, sin embargo, va a marcar para la Diócesis de Escuintla un señalamiento directo. De hecho, Monseñor Gerardi, que era en aquel tiempo Presidente de la Conferencia Episcopal, cuando él intervenía ante el ejército para decir: "¡basta ya de tanta represión!". El ejército le pedía que callase a los obispos, a los curas de Escuintla y él quería hacerles entender que él era obispo de Quiché, pero ellos le volvían a repetir: Escuintla. Fue un hecho muy significativo. Después ustedes toman la opción de salir al exilio.

Sí, al exilio y al trabajo para Guatemala desde afuera, a nivel internacional. Es decir, buscando solidaridad.

Entonces pasamos al tiempo en que ya ustedes convocan a Monseñor Gerardi, ¿cuándo regresaron ustedes a Guatemala, en el 91?

Sí, yo creo que fue el 1 de enero del 91, fue un día de elecciones.

Y unos años después empiezan a organizar la revista que tú tienes aquí...

"Voces del Tiempo".

¿Cómo nació esa revista?

Revista de religión y sociedad que nosotros, cuando regresamos en el 91, teníamos ya pensado la posibilidad de sacar una publicación que resultó al final ser esta, porque veíamos que el tema religioso en Guatemala es muy importante, pues el pueblo guatemalteco es un pueblo religioso. Bueno, todos, todos los pueblos y todos los humanos tenemos esa vertiente religiosa, pero aquí sobre todo una fuerza especial. Y también hay muchas experiencias religiosas y pastorales de gran importancia, como por ejemplo las comunidades de base, fue una de las formas y entonces lo que veíamos que no había mucho era reflexión sobre estas realidades y pensábamos que tal vez podría haber un mercado para sacar artículos reflexionando sobre estos temas religiosos y pastorales.

Yo los conocí a ustedes en un encuentro que tuvimos con Enrique Dussel, en el Centro Franciscano sobre CEHILA. Y allí estuvieron ustedes. Pero ese fue ya el encuentro global. Entonces es en ese momento ustedes

estaban volviendo a entrar en Guatemala. Sí, yo recuerdo muy bien esa circunstancia y el nacimiento de la revista.

Sí, yo creo que, al año o año y medio, sacamos el número cero de Voces del Tiempo, pero fue después de haber platicado con muchas personas, por ejemplo, Fernando Antonio Bermúdez, Geraldine Céspedes, Joaquín Garay y otros más.

En ese contexto, años después ustedes piensan dar un salto y era a la formación de laicos.

Nosotros no pensamos dar un salto, pero teníamos la costumbre de preparar cada número a partir de un taller donde algunos posibles articulistas y gente interesada podría ayudarnos a pensar el tema. Por ejemplo, ese tema de espiritualidad maya.

Allí estuve yo.

Sí, claro que sí. Y luego estaba otro tema acerca del poder local, que a veces eran más religiosos y a veces más de la sociedad, porque es de religión y sociedad. Otro tema fue, Dios padre y madre, que es uno de los dibujos más bonitos que he hecho.

El tema de los dibujos también ha sido un éxito de la revista, ¿verdad?

Sí. Creo que en el año 95 se hizo un taller sobre el laicado. El número se llamó "pueblo llamado a ser sujeto". Y entonces eso se hizo en las instalaciones del seminario de aquí cerca. Había entre 80 y 100 personas presentes en ese taller. Había mucha gente.

Convocado por María, por el entusiasmo de María.

Y al terminar, nos despedimos, pero hubo alguien que se levantó y dijo "nosotros no queremos que eso se quede aquí, nosotros queremos formación". No fuimos nosotros que decidimos dar formación, fue la gente que dijo necesitar la formación y comenzamos, aunque rústicamente, una vez al mes y tal vez dos horas. No fue una escuela formal, pero poco a poco se iba formalizando. Ahí entra Gerardi, en el año 98, cuando lo mataron, el 17 de enero él llegó a bendecir la escuela. No fue una bendición formal, pero él llegó a dar el visto bueno: "Está bien que los laicos y las laicas se formen, porque eso es algo que falta aquí en Guatemala".

¿Eso se hizo aquí en las instalaciones del Seminario Menor?

Sí. Y a los tres meses o cuatro meses, lo matan. Y entonces es en ese momento que la escuela adopta el nombre de Monseñor Gerardi. Se llama Escuela de Teología y Pastoral Monseñor Gerardi.

Y no solamente eso, sino que ustedes de una manera muy directa y muy explícita, se constituyen en agentes para mantener la memoria viva de Monseñor Gerardi. Eso se ve a partir de ese momento, no solamente al recordarlo, sino al denunciar su muerte.

Exactamente. Pero ahí es donde entran otros grupos, está la ODHAG, está el Movimiento Monseñor Gerardi que surge de ahí y está también la Escuela Gerardi. Pero son diferentes líneas de trabajo, en torno al Museo Gerardi.

Y con una coordinación compartida también con CONFREGUA, exactamente.

Con CONFREGUA y con otros grupos también, está Amerindia.

También eran los años en que se trabajaba en el marco de los Acuerdos de Paz, hasta la firma de la paz. La escuela nace un poco después, pero se traía todo el bagaje de los años de compromiso.

Y todos estos grupos de alguna manera retoman lo que es el legado de Monseñor Gerardi, lo que él ha dejado, la memoria histórica, por ejemplo.

El legado. Ustedes, tanto con la Escuela, como con la Revista, como con una Publicación monográfica donde ustedes publicaban artículos ya de un nivel teológico un poquito más afinado. Si bien estos artículos tienen una profunda calidad, pero ustedes publicaban otra revista paralela. ¿Todo eso quería de alguna forma reproducir lo que Monseñor Gerardi soñaba?

Exactamente, yo creo que sí. Yo creo que él reconoce desde donde está él ahora, la validez de estos trabajos. Yo pienso que sí.

¿Ustedes apoyaban la defensa y la promoción de los derechos humanos?

Por supuesto que sí. No concebimos una forma de practicar nuestra fe sin practicar los derechos fundamentales de los humanos.

La escuela, en los primeros años, tuvo un grupo de facilitadores también de calidad, porque de hecho de aquí salieron algunos biblistas que ahora están en España, por ejemplo, y en otros lugares que siguen trabajando

y profundizando en esos temas. Y yo creo que su metodología nació en la Escuela Monseñor Gerardi.

Yo creo que sí. Y es que no solamente los laicos y laicas sentían esa necesidad de formación, también varios facilitadores, como tú dices, o sea, formadores o profesores, diríamos, pero nosotros preferimos el nombre de facilitador, porque es un poco más en la línea Freire de la pedagogía, porque nos facilitan dando clase y los otros también opinan dentro de la clase. Es una escuela donde se trata de dar la palabra a todos y la gente participa y toma la palabra.

Y de hecho en esos primeros grupos de la Escuela no se hizo acepción de personas. Concretamente Cesar Javier, que acaba de fallecer, empezó ahí a formarse y llegó a ser un hombre, un facilitador.

Exacto. Y mucha gente llegó desde aquel rumbo, desde lo pentecostal. Pero Cesar Javier, su gran poder, su gran tarea, su gran carisma, era la guitarra, la música.

Sí, es cierto. Era un animador y yo creo que nos corresponde también honrar su memoria.

Por supuesto.

Como la de María y como la de Gerardi. Fueron personas que sin ellas la Escuela no hubiera salido adelante, no hubiera caminado. Pero esa presencia original de Monseñor Gerardi, yo creo que le imprimió un sello como de credibilidad, de seriedad, de respeto también por el mundo clerical.

Sí, por supuesto. Y se llegó a un nivel de colaboración fraternal. Yo creo que estamos un poco en la línea de lo que ahora se llama la "sinodalidad", porque la "sinodalidad" también exige igualdad de niveles, no es que uno esté arriba y otros abajo, no hay superiores e inferiores, no hay jerarquía en el sentido tradicional de la palabra.

¿Cómo definirías tú el martirio de Monseñor Gerardi? Cuando ya pensábamos que nos tocaba vivir los años de la paz, nos tocó el martirio de tener que lidiar pidiendo justicia para un hombre justo.

Sí, hace poco releí aquel artículo que escribió Pablo Richard que también acaba de fallecer, el año pasado. Él escribió en forma de carta dirigida a "querido Monseñor Gerardi, yo veo que tú has muerto como Esteban", porque fue con el cráneo destrozado, fue apedreado Esteban, el protomártir. Y ahí explica él que en "Hechos de los Apóstoles" hay un largo discurso de Esteban

antes de morir, casi un capítulo y entonces dicen que esto los puso rabiosos, porque el discurso de Esteban es igual a leer los libros del REMHI.

¿Estuviste presente el día de la presentación de REMHI cuando pronunció Monseñor Gerardi su discurso de presentación?

Sí, estuve presente en la presentación y después tomamos un vinito con él, incluso en el receso.

Ese discurso realmente es programático.

Sí, y es porque Gerardi era más un hombre de la palabra hablada que de la palabra escrita. A mi modo de ver, no tiene tanto. Tiene cosas, claro, pero no tiene tantas cosas escritas.

No era la elocuencia de Monseñor Romero, pero era la presencia denunciante

Exactamente. Sí, porque para continuar con lo de Richard dice que estaban tan rabiosos que lo apedrearon y entonces fue cuando le destrozaron. Está muy bonito el artículo.

A partir de ese momento, para nosotros, significó una cercanía mayor al Gerardi, no el que caminaba por las calles, pero sí el resucitado.

Sí, yo creo que sí.

Háblanos más de Gerardi

Nosotros fuimos conociendo a Gerardi poco a poco. Por ejemplo, María llegó a apreciar mucho a Gerardi en la parte que él hizo en los últimos años, que era de no solamente acabar con la guerra, sino que llegar a una reconciliación en el pueblo, lo que llamamos reparar el tejido roto que representó la guerra, también estuvieron en reuniones incluso con las Hermanas de Calcuta, de Teresa de Calcuta, y yo me acuerdo que María me contó que vibraban con este tipo de trabajo y que se apreciaba mucho.

¿Eso le tocó hacerlo en vida de Monseñor Gerardi?

En vida de Monseñor Gerardi, sí, porque esas hermanas de Calcuta lo que hacían era atender a los ancianos y ancianas que no tenían a quién por ellos y por ellas, para darles de comer, limpiarles, etc.

¿Y Monseñor Gerardi las tenía en cuenta?

Ah, claro que sí.

¿Cómo podemos definir la personalidad de Monseñor Gerardi después de todo lo que hemos acumulado de conocimiento sobre su vida y persona?

Para mí son los Santos Padres de América Latina, y cabalmente aquí tenemos dos de los Santos Padres: Sergio Méndez Arceo, el ex obispo que ahora ya falleció, de Cuernavaca, México, y que ayudó mucho, que apoyó mucho la solidaridad en Centroamérica, porque él atendió a los salvadoreños y a los curas, a los guatemaltecos, a los nicaragüenses. Y en una de esas oportunidades de solidaridad en México debe haberse tomado esa fotografía y quiere la casualidad que ahora los dos son Santos Padres.

Entre esos Santos Padres esta Romero, está Helder Cámara, Angelelli, Proaño, Pablo Evaristo Armas...

Como el teólogo los compara con la patrística antigua, los que eran los griegos y los latinos en los primeros.

¿Tuviste la oportunidad de conocer a José Comblin?

Sí, gracias a Dios. Varias veces, lo pude conocer en México y también en El Salvador, sobre todo porque en El Salvador cada cinco años del martirio de Romero que hizo y se está haciendo aún un congreso de teología, y las veces que yo y María hemos ido... creo que ha estado presente y siempre con buenos aportes.

Esa generación belga, de Comblin, Mesters, fue una gran generación para Brasil, Chile... y otros países más..

Y también fue perseguido durante la dictadura de Brasil y después también en Chile.

Sí. Al pobre le tocó sufrir.

Pero era un hombre tan libre para dar teología, y criticaba a la Iglesia, pero con un amor increíble, con su libertad total.

Aquí tienes también algo... yo digo que es una tarea de Juanito, pero es una tarea de la Escuela y es una tarea del Movimiento Gerardi. Me gustaría que nos hablaras de este trabajo, porque este es un trabajo en razón de la memoria y entonces yo creo que es bueno recordarlo.

Sí, yo creo que también es bueno recordarlo e insistir en que es un trabajo, porque la memoria no es automática, no pasa de nuestra generación a la siguiente por arte de magia, es que hay que trabajarlo y es por ello que yo

admiro mucho lo que están haciendo ustedes cada año, no olvidan ni una vez el cumpleaños.

Y de hecho este trabajo es del Centro de la Memoria de la Oficina de Derechos Humanos. ¿No?

Exacto.

Y esto es bueno seguirlo manteniendo.

Exactamente. Y también desde la Escuela hacemos nosotros una reflexión teológica, un poco decir: "¿qué diría el Gerardi si todavía viviera? ¿qué diría sobre el momento actual?" Entonces así es como se escriben los comunicados y las reflexiones teológicas.

Ahí había un comunicado por años, no cualquier cosa.

Sí, cada año. Y siempre se logró decir algo que considero que es válido y que resalta la figura de Gerardi.

¿La memoria de Gerardi sigue siendo peligrosa en Guatemala?

Pues yo creo que sí, porque por eso lo mataron ¿no?

Pero hoy también a los 25 años de su martirio es muy importante. Y como también dijiste tú, como el perfil de Gerardi es también doble, es un guatemalteco famoso, es un guatemalteco valioso políticamente y es, como cristiano, también el que mantiene la visión correcta sobre cómo practicar la fe. Porque no podemos separar la realidad sociopolítica de la realidad religiosa o de la práctica religiosa, o de la teología, tenemos que mantener esas dos cosas juntas, porque si no, no somos completos.

Monseñor Flores decía que, con un vasito de whisky, Monseñor Gerardi era el mejor analista que había en todo Centroamérica. Es decir, sabía entender la realidad, interpretarla y decir por dónde iba a ir. De hecho, la Conferencia Episcopal se benefició con su presencia enormemente.

Sí, y en eso se parece mucho a otro Santo Padre, Samuel Ruiz, que también tenía el don de verbalizar, de explicar lo que es la Teología de la Liberación y lo que es la pastoral de la Liberación y la práctica de la liberación, tenía una facilidad increíble. Tú lo conociste también.

También lo conocí, menos que tú, pero sí que lo conocí. ¿Cómo podemos continuar celebrando los 100 años de Monseñor Gerardi? Y los más de 25 años de su pascua. ¿Cómo unir Pascua y martirio?

Pues está unido a la Pascua, es martirio y resurrección.

Ahora ¿la Iglesia en Guatemala sabe valorar la memoria de los mártires?

Algunos más que otros, la verdad. Por ejemplo, yo me maravillo cada año con la cantidad de gente que se junta en San José Pinula, porque ahí sí hay mucha gente y mucho clero, pero en las celebraciones de Monseñor Gerardi es un poco menos, siento yo, y no sé por qué, tal vez algunos piensan que estaba insistiendo mucho en el aspecto, en la dimensión política de la fe. No sé, a pesar de que también Hermógenes tiene esta misma, pero como que vibran más con Hermógenes que con Juan Gerardi.

Posiblemente la dimensión de vida y de trabajo pastoral de Monseñor Gerardi era tan molesta para los poderes establecidos que fue denigrada, fue criticada y fue calumniada, como dice Francisco de Monseñor Romero, calumniados después de muertos, mucho más que antes.

Es cierto.

¿Qué podemos decir para terminar?

Perdón, yo quiero decir algo sobre los laicos, que son la gran mayoría de los muertos, los mártires. Porque ahora, por casualidad, se trata de un obispo, pero es un obispo que es cristiano, es bautizado.

Es primero un laico.

Es primero laico, claro. Todos los clérigos son primeramente laicos, son bautizados. Pero la cantidad de mártires entre los que fueron de las comunidades de base, que fueron del CUC, que fueron de los catequistas, esos hombres y mujeres, muchos anónimos, porque de muchos no se recoge el nombre y hay tantos que cuando usted ve las columnas de la catedral es solo darte una imagen y no son todos.

Recuerdo que cuando se presentó REMHI, vi a Monseñor Gerardi porque le pidieron algunos periodistas sacarse una foto en las columnas y sobre todo con las personas que habían sido símbolo de la lucha por los derechos humanos.

Exactamente. Los emblemáticos.

¿Seguirá Monseñor Gerardi siendo el Obispo de la Paz y la Verdad de la Justicia?

Yo creo que sí y es por eso que no lo podemos soltar, no lo podemos olvidar, porque olvidarlos, dejar de celebrar las memorias es como matarlos otra vez porque se quedan en silencio, fuera. Entonces es una razón por la cual no podemos olvidarlos.

¿Qué les dirías tú a los laicos que siguen frecuentando la Escuela Monseñor Gerardi? Sobre todo, a los jóvenes, sobre Monseñor Gerardi.

Que sigan en la memoria de él, que es la misma de Jesús porque fue un seguidor de Jesús. Y porque si lo olvidamos, estamos olvidando por qué dio su vida, no hemos llegado todavía a dónde querían llegar ellos, los mártires, y por eso hay que mantener la relación esa con el pasado que llamamos la memoria, la memoria histórica y la memoria personal, muy personal de cada uno de los que dieron su vida.

En ese sentido hay un legado, pero hay una utopía de Monseñor Gerardi que no hemos alcanzado.

Exactamente, por eso tenemos que seguir.

Gracias, Juan Vandeveire. Gracias a María también. Y yo creo que tienes tal vez una palabra para terminar contigo, con María, con los tantos que han frecuentado la Escuela de Monseñor Gerardi.

Pues no se me ocurre mayor cosa, pero sí, tal vez insistir en la necesidad, porque hay una tendencia a decir "borrón y cuenta nueva" ¿no? "Hay que olvidar las cosas tristes y las cosas dolorosas del pasado, y pensar en lo bueno que tenemos por delante", es falso, porque estamos olvidando que aquellos también tienen que resucitar.

Gracias, Juan. Que sigas teniendo buena salud y mucha alegría a esta altura que te da el edificio.

Sí, gracias.

Que sigamos recordando a María, que tanto animó esta vida y esta historia.

Sí, porque aquí entre nosotros, me hace falta todos los días.

Si, nos hace falta.

Nos hace falta.

Bueno, muchas gracias y seguimos en este trabajo de conseguir aquellas memorias vivas que todavía resuenan en el corazón y en el alma de tantas personas como las de Juan Vandeveire.

Gracias.



| Ronalth Ochaeta

Hso. Estamos recorriendo las huellas que dejó Monseñor Gerardi a lo largo y ancho de Guatemala y hoy nos encontramos en un lugar que él visitó diariamente, y para nosotros recordar a Monseñor Gerardi significa recordar la dignidad del pueblo de Guatemala y significa volver a los tiempos donde él se comprometió a fortalecer la verdad y la justicia con el Proyecto REMHI.

Al mismo tiempo, nos encontramos con alguien que colaboró con él directamente de forma muy cercana. Por tanto, el hecho mismo de estar hoy aquí, cabalmente en el lugar desde donde se patrocina este programa, el Centro de la Memoria Monseñor Gerardi, en la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, nos da una oportunidad de recordar su memoria y de vivirla con mucha alegría.

Mucho gusto soy Ronalth Ochaeta, cobanero, nací en 1964. Soy abogado y notario de formación, humanista por convicción y trabajé aquí en la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado por espacio de diez años, desde su fundación hasta el año 1999.

Tu familia es de Cobán, pero para llegar a este lugar ¿fuiste recomendado por tu hermano?

No, ciertamente mi familia es de Petén y de Cobán, mi padre es petenero, pero mi madre cobanera. Nací en Cobán, me formé en Cobán hasta los 16 años y salí de Cobán a los 17 para llegar a la universidad. En Cobán mantuve una relación estrecha con la Iglesia desde los 11 años más o menos, y uno de mis mentores fue Monseñor Gerardo Flores Reyes.

Estando en la Universidad yo trabajaba muy cerca con la Pastoral Social, porque como bien dijiste, muchas personas suponen que mi hermano me recomendó, pero en realidad, él era el Director de Pastoral Social de la Diócesis de Verapaz en esos años y eso me facilitó colaborar en el centro de documentación que ellos llevaban, sobre todo con el tema de los refugiados que estaban siendo repatriados hacia Guatemala desde el año 85, hasta el 90. Antes yo era prácticamente un asesor legal más para Monseñor Flores,

fue él quien me recomendó venir al Arzobispado a conversar con Monseñor Penados, porque, en palabras de él, con mucho cariño le decía Popi al Arzobispo, y me dijo un día: "mira, ¿quieres regresar a Guatemala?" Porque yo estaba en Guatemala temporalmente por la represión estudiantil que hubo a finales de los años 80, esto fue por un periodo corto y me dice: "¿quieres volver a Guatemala?" Y yo le dije que ya estaba instalado en Guatemala, a lo que responde "sí, pero creo que te va a gustar este tipo de trabajo". Me explicó de qué se trataba, que estaban buscando abogados jóvenes comprometidos con la Iglesia, laicos que no tuvieran ningún vínculo político, ni partidista, ni ideológico. Así que, me vine a entrevistar con Monseñor Penados; él era el Arzobispo, me recibió muy cálido, me sorprendió realmente la sencillez del Arzobispo y esa calidez humana de él, fue sorprendente cuando él asoció el apellido con mi familia, fue más cercana la conversación.

Él era puro petenero

Totalmente, de la Isla de Flores. Entonces, había puntos en común en esa conversación, de la familia, cómo llegó, cómo regresó a Cobán mi abuela, sobre mi abuelo, la familia de él, los hermanos, etc.; al final me dijo: "bueno, con una plática es suficiente" y se levantó. Cuando se levantó a mí me sorprendió, porque él era así, se sentaba 15 minutos y rápido se levantaba, se desesperaba. Me dijo que hablara con Juanito; pero yo no sabía quién era Juanito, por lo que me dijo "hable con el Obispo Juan Gerardi", yo en ese entonces no sabía que Monseñor Gerardi estaba acá de Obispo Auxiliar y cuando él mencionó el nombre, el corazón se me volteó, porque yo tenía una plática pendiente desde muy niño con Monseñor Gerardi y bueno, pasé a pedir la cita y luego ya me encontré con él.

¿Cómo conociste a Monseñor Juan José Gerardi Conedera?

Bueno, viéndolo retrospectivamente, realmente fue una gran bendición haberlo conocido desde niño. Monseñor Gerardi prácticamente fue mi mentor desde niño. Él era el Obispo de La Verapaz cuando yo estudiaba en el Colegio Padre De Las Casas y él fue quien me dio la confirmación y recibí los cursos con él. Y me acuerdo perfectamente el día de mi confirmación y todo eso, realmente fue muy bonito, el gran patio del colegio también donde nos tomamos unas fotos, pero él naturalmente no se acordaba de mí. Él era muy serio cuando no conocía a las personas y muy formal, realmente tenía una personalidad que inspiraba mucho respeto y a la vez también yo me sentí un poco intimidado de ver el porte de monseñor, la forma en cómo se sentaba, cómo conversaba y dentro de mí decía "Dios mío, ¿me alcanzará una conversación con este obispo?"

¿Saliste de la oficina de Monseñor Próspero y pasaste a la de Monseñor Gerardi?

Exactamente, pedí la cita antes y me dijeron que llegaran al siguiente día. Entonces, él estaba allí. Primero pasé saludando a dos personas que estuvieron también en lo que se conformó como la Oficina de Servicio Social del Arzobispado de Guatemala, que era Sor Ana María Hernández y César Méndez.

¿Te había confirmado y te habría dado un cachete?

Sí, me lo dio y dijo algunas cosas. Pero no le toqué el tema hasta la segunda vez, porque vine dos veces con él. Una vez en la que él conversó bastante y yo lo escuché para luego pedirme que le hablara de mi vida y de lo que hacía, le dije “Monseñor, tengo una pregunta pendiente con usted, de su paso por la Diócesis de La Verapaz” y al parecer fue algo incómodo para él cuando le dije eso, pero solo preguntó “¿Qué pasa?”; “Quiero saber por qué usted cerró mi colegio”, le dije; porque de niño me encantaba ese colegio, era un colegio de varones muy lindo, la maestra que teníamos también, los amigos que hicimos ahí también.

El colegio era parte del convento antiguo

Exactamente, al lado de Catedral. Todo eso era muy bonito, pero me dijo que no recordaba. Yo le mencioné cuando estuvimos bajo la buganvilla ahí en una esquina y fue cuando a él le vino a la mente todo, fue como rompí el hielo y empezamos a conversar en doble vía de muchas cosas, de su paso por La Verapaz, de lo que yo pensaba con lo que estaba ocurriendo, con lo que había ocurrido, me contó porqué él había salido de la diócesis, cómo encontró la diócesis, cómo la dejó, etc. En realidad, fue un obispo muy adelantado en ese momento en La Verapaz, él fue realmente el que en este país construyó la Pastoral Social Indígena y la siguió Monseñor Flores. Entonces, trabajar con indígenas en Alta Verapaz y en Cobán era muy difícil para él, incluso una vez me dijo “yo prefería ver la catedral llena de indígenas que ver a tu mamá o a tu papá”, por ejemplo, yo entendí el mensaje de qué era, lo que él quería decir, él era un obispo del tiempo, pero en ese momento yo creo que él se adelantó mucho a ese tiempo.

Posiblemente no fue él quien motivó el cierre del colegio, al menos por las personas que entrevistamos en Cobán nos lo dejan ver así. Ahora, el último responsable, en ese caso, tendría que llegar hasta su persona, pero ya deberían estar las cosas cocinadas cuando llegaron a él

Sí y me contó las razones por las cuales llegó a ese extremo, era insostenible para él en ese momento, se quedó únicamente porque las hermanas tenían el Colegio de la Inmaculada, que era el otro colegio católico de las niñas. Entonces él siempre siguió muy de cerca en eso, pero bueno, fue algo que yo traía como una espinita en el corazón de niño y eso me ayudó también a romper ese hielo con Monseñor.

¿Quién te impulsó entonces fue Monseñor Gerardo Flores Reyes? ¿Cómo era Monseñor Flores? ¿Por qué te dijo a ti, te conocía? ¿Qué habías estudiado?

Bueno, yo estudié Derecho y ya estaba graduado de abogado y notario. Yo me gradué en junio del año 88 y cerré mi carrera en el año 86, pero yo venía trabajando con la Diócesis, cada fin de semana o cada quince días, iba a Cobán a ver alguna papelería legal de la diócesis, porque había una emergencia local con el tema de los desplazados internos, tanto mi hermano, como Alfonso Huet eran los responsables. En realidad, Alfonso Huet era el Director de Pastoral Social y mi hermano era el Director jurídico de la Pastoral Social. Eran los dos pilares del obispo para trabajar en eso. Entonces yo llegaba a asesorar en ese momento y recuerdo que documenté centenares de personas que no tenían papeles y recuerdo a Monseñor Flores una vez con el Gobernador Departamental, que el ejército o la policía quiso ingresar al convento y cerraron las puertas, a él le avisaron y bajó de su oficina, el Gobernador le puso el brazo junto a otras personas también de Cobán; llegó un oficial, se presentó y solicitó que le permitieran entrar, que querían ver cómo estaban las personas y monseñor, con esa voz aguda y su personalidad fuerte dijo "primero sobre mi cadáver van a entrar ustedes aquí". Y se congeló todo, eso fue impresionante, hay fotografía de eso donde estaba el Gobernador Martínez.

¿Pero el Gobernador estaba apoyando a Monseñor Flores?

Claro, naturalmente. Ese era el gobierno de la Democracia Cristiana, eso fue en el año 87 u 88, fue cuando llegaron los primeros desplazados que buscaron a monseñor repentinamente y directamente en la catedral, entonces, ¿dónde se les colocaba más que en el convento? Y allí estuvieron meses y durante esos meses recibió mucha ayuda de Cáritas, de salud pública, de médicos particulares y a mí me tocaba hacer entrevistas y documentar a las personas porque carecían de documentos. Y cuando el equipo de Freddy iba, recuerdo a Oscar Pacay, ejemplar laico, era él quien recorría prácticamente las municipalidades del área para ir a ver si encontraban los documentos

originales de las personas, pero lastimosamente se habían quemado, la gente decía “vinieron los del monte y pasaron quemando la alcaldía” y en la alcaldía estaban los registros civiles, entonces era muy difícil documentarlos.

Tú en ese tiempo entendiste que Monseñor Flores y Monseñor Gerardi mantenían una amistad, casi era decir que la palabra de uno, era la palabra del otro y la respuesta de uno, era la misma del otro.

Totalmente, pero yo vi que ese liderazgo era colectivo, era la Conferencia Episcopal y casi todos los obispos hablaban la misma voz y me parecía que pensaban lo mismo, y eso lo pudimos ver reflejado en un documento que trabajó en su borrador, mayormente Monseñor Flores que es “El clamor por la tierra”, fue Monseñor Flores, naturalmente con el concurso de sus hermanos en el episcopado; pero recuerdo que trabajaba, se desvelaba mucho y hablaba también. Yo nunca vi el borrador, la verdad, pero hablaba muchísimo sobre eso. Entonces, me consta a mí el trabajo que realizó y ahí uno puede encontrar el lenguaje común de la Conferencia Episcopal de ese entonces.

Posiblemente ese documento que, claro, era apoyado por Gerardi, fue el documento de reconciliación entre la Iglesia y la Universidad de San Carlos, porque fue la Universidad de San Carlos que más promovió ese documento.

Es verdad, porque era un documento realmente histórico y un instrumento para el Gobierno, si lo hubiese querido utilizar de mejor manera. Aunque creo que a través del Doctor De León Slotter quisieron y tuvieron ese impulso, pero como dijo el Presidente Vinicio Cerezo, únicamente tenían el 30% del poder. Entonces, trabajar con un 30% del poder era bastante difícil implementar alguna de esas políticas que salían a la luz de esa carta pastoral.

Bien, y una vez que tú te entrevistaste con Monseñor Gerardi, ya nos has dicho algunos de los aspectos que reconociste en la personalidad de Monseñor Gerardi. ¿Él de inmediato te dijo “vas a trabajar en un proyecto”? ¿O te dijo “Espera”? ¿Cómo fue la segunda entrevista para que tú pudieras desempeñar un cargo especial aquí en el Arzobispado?

Yo le comenté a él qué era lo que yo hacía en la Diócesis de la Verapaz, cómo yo me involucré con Monseñor Flores y entonces me dijo “Y ¿cómo tú piensas que nos puedes ayudar acá? ¿Qué vas a hacer aquí? No tenemos nada, no tenemos dinero, no tenemos espacio, hay una oficinita ahí al lado”, que en efecto fue la primera oficina de la ODHAG y yo le dije “Bueno, no sé, Monseñor, ahorita no sé, deme la oportunidad y le voy a mostrar”; me dijo “el

no ya lo tienes, convénceme con tu trabajo”; fue la primera vez que alguien me dijo “el no ya lo tienes, convénceme” y se me quedó, desde siempre tengo eso grabado. En una conversación, en alguna entrevista o algo que busco, voy con la idea de que el no ya lo tengo y fue un aprendizaje bastante bueno para mi formación. Bueno, en el ínterin yo empecé, fui a hablar con Sor Ana María Hernández, con César Méndez, porque él me pidió que dentro de la estructura de la OSSAG que era la Oficina de Servicio Social del Arzobispado de Guatemala, Medalla Milagrosa, había una oficina jurídica y en esa oficina jurídica yo tenía que trabajar y tenía que ver qué se hacía, junto a Raquel Saravia Mosquera. Ella fue, la cofundadora conmigo, porque yo no fui el único fundador de esa semilla, de lo que fue la ODHAG después.

Situemos esto en la historia, ¿esto sucedió en...?

A ver, yo llego acá en febrero o marzo del año 89. Inmediatamente después de las conversaciones, ocurre un lamentable secuestro de la hermana Diana Ortiz y Monseñor Penados estaba desesperado y me tocó colaborar con Monseñor Penados haciendo llamadas, gestiones, viendo qué se podía hacer, porque fueron unos días muy tremendos para él, estaba muy estresado y Don Julito Penados, su hermano, también. Cuando se dio a conocer que estaba secuestrada, monseñor se movió por todos lados, llamó a autoridades, hizo todo lo humanamente posible para recuperar con vida a Diana Ortiz, que en efecto la soltaron casi de inmediato, y luego ella viene acá al Arzobispado y las monjas Ursulinas también la protegieron y se la llevaron del país. Allí fue la primera emergencia en ese contexto, porque monseñor ya había tenido otros estudiantes desaparecidos, de otros secuestros, antes de que yo llegara, pero cuando yo ya estaba ese es el primer caso.

¿Eso fue en 1989?

Sí, en el 89, donde recuerdo que él me llevó a su cocina, a su comedor, en realidad él tenía un comedor grande, pero comía en la cocina, era un hombre humilde, sencillo, realmente era impresionante monseñor. Me pidió que lo acompañase a comer a la cocina del Arzobispado, ahí estaba Sor Teresa y me empieza a contar por qué quería hacer una Oficina de Derechos Humanos y recuerdo que se agarraba las manos fuerte y decía “Tenemos que hacer una Oficina de Derechos Humanos”. Ahí entendí más qué era lo que ellos estaban buscando, porque nadie me decía, sólo me decían que “había algunas cuestiones por realizar”, “hay personas que vienen a buscar ayuda del Arzobispado”, queremos que tú las atiendas ahí en una oficina jurídica. Después de esa conversación, él me dijo que en el año 87 pidió una consultoría de José “Pepe” Zalaquett, un reconocido defensor de derechos humanos

en Chile. Era democratacristiano y trabajó muy de cerca con la Vicaría de Chile. Él viene a hacer una consultoría para ver la potencialidad de hacer una Vicaría de Solidaridad dentro del Arzobispado, su conclusión fue que no se podía con el grupo que Monseñor Penados tenía en ese momento, eran personas de la Democracia Cristiana y José recomendó que, por la afiliación política con un partido, no era conveniente que trabajaran o asesoraran al arzobispo en la implementación de una Vicaría de la Solidaridad.

Fue una maravillosa intuición de Próspero Penados

Bueno, monseñor tenía el documento que Pepe le dejó y en efecto, después yo conocí a Pepe Zalaquett porque fui a Santiago de Chile, a la Vicaría, me enviaron para allá a ver cómo se trabajaba, cómo se documentaba, y en una, me hizo el mismo comentario de Monseñor Penados, yo ya regresé con otras ideas de qué era lo que podíamos hacer, cuáles eran los alcances y Raquel fue a Tutela Legal de El Salvador con María Julia Hernández y ahí estuvo semanas aprendiendo de como trabajaban en Tutela Legal. y entre Raquel y yo esbozamos un documento que se lo presentamos a Monseñor Gerardi, lo leyó y dijo “Está bien, pero ustedes van a salir de lo que es la estructura de la OSSAG y vamos a hacer una oficina de derechos humanos”.

¿Ese documento se conservará?

No sé, yo no tengo copia por lo menos, pero era un documento que perfilaba lo que era la oficina de unas cuatro o cinco páginas, y luego Monseñor Gerardi le pidió a Cesar Méndez que nos asesorara en el tema del financiamiento, porque nosotros estuvimos acá nueve meses prácticamente ad honorem, sin salario, aunque no era un salario lo que estábamos buscando, queríamos servir a la Iglesia.

Nueve meses es un embarazo

Totalmente y parimos a la ODHAG.

Entonces, Raquel, una chica maravillosa, estudió abogacía y notariado en la Landívar, a través de ella llegó Fernando López, un abogado también de la Universidad Landívar; el único de la San Carlos era yo, los demás eran de la Landívar. Y así se fue formando el equipo, llegó Luis Mario Martínez y luego Jhon Ramírez que había salido del seminario, un costarricense que estuvo muchos años acá, Dominicó que también estuvo en el centro de documentación, también llegó Dan Saxon, un judío practicante, y eso chocaba acá pero tremendo y me decía Monseñor Gerardi, “¿y ese qué hace ahí?” y Monseñor Penados también: “hey y por qué lo tiene ahí?”, y yo les decía “él es abogado de derechos humanos”. No les parecía hasta que lo

conocieron y rompió paradigmas. Dan Saxon es otro nombre que hay que recordar mucho aquí adentro de la ODHAG porque rompió paradigmas, Dani nos ayudó a perfilar lo que la ODHAG llegó a hacer en sus primeros años. Dan Saxon, si no mal recuerdo, estuvo tres años por acá y con una convicción impresionante.

Yo traté siempre a Dan como alguien muy especial en ese ámbito de Derechos Humanos y escribió un libro, que es una memoria...

Sí, ese es un libro muy fascinante desde el punto de vista de la investigación y también es una historia de amor ¿por qué no decirlo así? Es decir, investigó y se casó con la evidencia. Pero sí, él trabajó mucho el caso de Maritza Urrutia, que es otro de los casos emblemáticos que tuvimos aquí en la época del Presidente Serrano, fue un caso muy intenso porque uno de los generales altos era amigo de Monseñor Gerardi, Bota le decían, hasta hoy día está siendo procesado por otros casos.

Sí, en ese sentido casi se puede decir que la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado empieza por casos de emergencia.

Sí, en efecto, otro dato importante es la ofensiva de El Salvador el 11 de noviembre de ese mismo año, porque muchos salvadoreños salieron y cruzaron la frontera y vinieron a buscar el Arzobispado como si fuera el Arzobispado de San Salvador y el nuestro aún no tenía estructura. Nosotros estábamos en ese entonces empezando con un fondo que el Papa Juan Pablo Segundo, el Santo Padre le dio un cheque de cincuenta mil dólares a Monseñor Penados para iniciar la oficina, porque no teníamos fondos. Entonces, a través de la nunciatura llegó ese cheque y recuerdo que Monseñor llegó contentó y me lo mostró.

Interesante también ese dato...

Y eso le dio más compromiso a Monseñor Penados y al resto de sus hermanos en el episcopado, porque ellos fueron a una visita, donde el Santo Padre les pidió a todos que trabajaran por el tema de los Derechos Humanos y la dignidad de las personas. A todos se les pidió, pero en particular le pidió a Monseñor Penados abrir una oficina de Derechos Humanos.

Fue providencial la presencia de Monseñor Próspero Penados y de Monseñor Gerardi en el Arzobispado en ese tiempo, posiblemente de haber estado otro arzobispo no se hubiera dado esto. En ese sentido, para ti, me imagino que una relación con Monseñor Gerardi y con Monseñor Próspero facilitó todo lo que fue la infraestructura, digamos así, de lo que

implicaba organizar una oficina de derechos humanos del calibre que se estaba pidiendo.

La verdad es que yo le doy el mérito a Monseñor Penados y a Monseñor Gerardi. Nosotros únicamente con Raquel fuimos un instrumento circunstancial, cualquier otro pudo haberlo realizado, pero lo que sí es verdad es que ni Raquel ni yo teníamos doble agenda para trabajar adentro del arzobispado y ambos fuimos leales a lo que se nos pidió y, bueno, Raquel después dejó el arzobispado, optó por el matrimonio y se fueron al interior con el esposo, entonces ella ya no continuó, pero seguimos un equipo trabajando dentro de la Oficina y como fue providencial que ellos estuvieran, ciertamente, y también fue circunstancial que nosotros llegásemos, porque cualquiera, como digo, quizá, lo pudo haber hecho y también lo pudo haber hecho mejor, porque nosotros, la experiencia la fuimos obteniendo a través de la observación, de las idas y venidas al El Salvador, de ir a Santiago de Chile, estar un mes allá, regresar, revisar borradores, hacer consultas con los chilenos que en este caso era Carmen Garretón y otras consultas que se le hicieron a Pepe Zalaquett, a una funcionaria de la Fundación Ford, que era de las primeras que nos ayudó también y que ella había estado en Chile en sus años de la universidad y conocía muy bien a Pepe. O sea, todo se fue facilitando a través de ese circuito de personas de iglesia que se conocían, y claro, así fui yo también conociéndolos.

Sí, yo recuerdo esos años que también en Confregua había un deseo, se veía la necesidad, sobre todo por la creación de la Oficina. Recuerdo que en aquellos años se creó el GAM, después CONAVIGUA, después CONDEG de los desplazados... y eran temas que también presionaban en el ámbito del Arzobispado, de CONFREGUA y lógicamente Monseñor Próspero se abrió a esta realidad.

Ciertamente yo diría que CONFREGUA es, dentro de la Iglesia, la madre de muchas organizaciones civiles como las que mencionaste: el Consejo Nacional de Desplazados, CONAVIGUA, CONDEG, etc. Ellos tenían una presencia fuerte, ahí conocí a Normita Cruz, era muy entusiasta; a la hermana Argentina, antes de ella también estaba la hermana Lucía, que, claro, por supuesto que chocaban con Monseñor Gerardi por el tema de la Oficina Derechos Humanos acá porque ellos también la querían, eran situaciones internas que a ese nivel de jerarquías ellos hablaban y discutían sobre la formación y el cómo debía ser esta Oficina, hasta que al final no sé a qué entendido llegaron, pero a un feliz entendido en el que ellos iban a trabajar el espacio que ya habían construido y nosotros

íbamos a trabajar única y exclusivamente temas de defensa y promoción de derechos humanos y educación.

Sí, yo entiendo que en CONFREGUA se llegó a la conclusión, por lo menos con los que llegábamos a las reuniones de directiva, de que esa oficina tenía que seguir los patrones de Santiago de Chile y San Salvador, es decir, desde la máxima autoridad. Y en ese sentido CONFREGUA era una institución supeditada, no pertenecía a la jerarquía y el hecho de que la Oficina de Derechos Humanos perteneciera nada menos que al arzobispado de Guatemala, le daba una fuerza y una calidad moral muy grande. Y, además, no iba a tener problemas con los obispos, porque CONFREGUA siempre ha sido una institución que, por su talante profético, rozaba con algunas personalidades episcopales.

Entonces, en ese tiempo, ¿cuál era la misión de Gerardi respecto a Ronalth y Ronalth respecto a Gerardi?

Era darle cuerpo a esa Institución como lo fue la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, él todos los días llegaba a la oficina a preguntar "¿cómo vas?, ¿cómo están?, ¿qué están haciendo?" Estaba enterado de todo. Entonces creamos una dinámica de conversación de todos los días, él llegaba a las 08:30 a.m. en punto a su oficina y yo tenía que estar a las 08:30 a.m. dándole, como se dice, un parte de las novedades del día anterior, qué era lo que había y todo, ahí él me enseñó a hacer análisis político, nunca lo voy a negar. Pero, digamos, las aristas de distintos contextos, cómo se podían leer y siempre él se adelantaba, siempre nos decía "esto puede ocurrir, prepárense por esto", entonces yo salía y hablaba con los compañeros y les decía "bueno, vamos a hacer esto" y preguntaban por qué, y yo me limitaba a decir "pregúntenle a monseñor si no me creen" porque yo era muy joven, tenía apenas cumplidos 25 años.

Esa fue la gran opción de Próspero y de Gerardi. Lo que tú dijiste antes, es cierto, querían personas disponibles, valientes, sin doble agenda, y eso no lo podían obtener con otras instituciones, aunque tuvieran una trayectoria, pero no de derechos humanos. ¿Cuándo llegaste de Santiago de Chile?, porque no sé en qué año te enviaron...

En 1989 yo fui para el invierno del 89 a Chile, un invierno muy intenso, fue en junio de ese año.

¿Y qué contraste en Santiago de Chile, en la Oficina de la Solidaridad?

Bueno, ya estaban cerrando la Oficina de la Solidaridad, ya había pasado la época de emergencia, estaban en un periodo democrático. Encontré

mucho afecto, mucha disposición de mostrarnos el trabajo que habían realizado y algo que no olvido es a Carmen Garretón, me llevó al Centro de Documentación y me dijo: "Mira Roni, no se te vaya a olvidar documentar todo, no importa que sea un papelito, lo metes en una carpeta porque eso va a servir después para una comisión de la verdad", porque en ese entonces todo ese archivo se había enviado para la Comisión Rettig, o sea, la Comisión de la Verdad en Chile, y ella me decía: "graba si puedes, escribe todo lo que puedas y documenta, documenta, documenta todo", me metió en la cabeza que había que documentar todo.

A Raquel le pasó lo mismo en El Salvador, entonces, dijimos nosotros "bueno, ¿cómo podemos documentar acá para futuro?" y empezamos a ejercitar el derecho porque nadie lo usaba, había un recurso que se llama "recurso exhibición personal" para los detenidos y también para los desaparecidos, nosotros lo empezamos a utilizar con los desaparecidos porque venían denuncias y con vía fax enviábamos a favor de tal persona que presumiblemente podría estar en tal lugar y el juez se tenía que constituir y si no se constituían, nosotros ya teníamos el documento y en efecto, así hicimos, presionamos de tal manera el sistema judicial que empezaron a salir los jueces de su confort y tuvieron que ir a los lugares que nosotros señalábamos. Claro que por ello se enojaban mucho porque decían: "ustedes solo están haciendo esto por fregar", nosotros respondíamos: "pero si esto está en la ley, la ley dice que usted está facultado como juez de la República y juez constitucional a constituirse en el lugar". Y así fue como empezamos nosotros a documentar, nadie creía en el sistema judicial, en los organismos de derechos humanos en ese entonces, y nos decían "¿ustedes para qué están haciendo eso?" y la respuesta era "bueno, algún día va a servir" tenemos que documentar, si queremos ir a una instancia internacional que, además, la ODHAG fue la pionera, la punta de lanza para ir a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos a documentar casos de violaciones de derechos humanos de las personas, ya habían algunos, pero no eran sistematizadas, no le daban seguimiento, en cambio, nosotros empezamos a llevar algunos de esos casos y dentro de los requisitos que nos pedía la Comisión Interamericana, precisamente, era el agotamiento de la vía judicial interna y ¿cómo se podía agotar la vía judicial interna en un caso de desaparecido?, haciendo las búsquedas en la policía, en hospitales con bomberos, registros, etcétera, y la joya de ese expediente tenía que ser el recurso de exhibición personal, porque si ni el recurso exhibición personal, donde habían testigos que se suponía que la persona estaba en tal lugar, para nosotros era suficiente para mandarlo a la Comisión Interamericana. Luego de ello ya venía la Comisión Interamericana a hacerle preguntas o cuestionamientos al Estado guatemalteco sobre ese

caso en particular. Y así fuimos, después tomamos casos judiciales porque nadie tomaba casos judiciales en el país, fuimos los primeros.

¿Podríamos personalizar alguno que tú recuerdes?

Bueno, el caso de Myrna Mack, por ejemplo, ese es un caso que la oficina tomó, en el que participaron, Dan Saxon, Fernando López, participó todo el equipo de la ODHAG, pero a mí me tocó prácticamente llevar toda la etapa inicial de la investigación, me tocó, por ejemplo, llevar a tribunales a un presidente en funciones, que fue el expresidente Vinicio Cerezo; y por una cortesía de él, la juez lo recibió en la SIECA, porque él no quería llegar al Organismo Judicial. Entonces en la SIECA se habilitó una sala para hacer una indagación, o bueno, a él se le recibió testimonio, no fue una indagatoria, fue un testimonio de declaración de testigo; fueron aproximadamente nueve horas sentados. Ahí estuvo él, dando información de cómo funcionaba el Estado Mayor, las operaciones, etc.

¿Tenía buena idea de cómo funcionaba su Estado Mayor?

Bueno, él sí tenía idea. Recuerdo que ahí, en un apartado, nos comentó algunas anécdotas y esta que es muy conocida, la del 30% del poder y lo difícil que era para el gobierno.

Y Monseñor Gerardi, después que ustedes regresaban...

A él siempre se le informaba. Yo tomé la costumbre de verbalmente comunicarme con él y cuando era muy delicada la situación, pasaba a San Sebastián, a su casa, a hablar por la noche y ya me iba para el siguiente día. Yo estaba full time.

Y él, por ejemplo, en estos casos no es que dijera "bueno, es el presidente, mejor maticemos..."

No, Monseñor Gerardi en eso nunca nos privó, fue muy respetuoso, claro, estaba informado, hacía preguntas, nos ponía algunas aristas políticas, decía: "esto no, piénsenlo bien, en qué momento lo van a hacer", cosas así, pero nunca nos dijo: "no, no hagan tal cosa". Por ejemplo, hubo obispos que, en el famoso y lamentable caso del lechero en Antigua Guatemala, que el presidente, Álvaro Arzú, presionó muchísimo aquí al Arzobispado, al arzobispo en particular para que se dejara de investigar y él le dijo que no, pero presionó mucho al extremo de que vino a tocarle la puerta al Arzobispo un día a las 05:30 de la mañana, el Arzobispo lo recibió en playera, textualmente, y le invitó a pasar. Pero otros obispos sí hicieron presión para que nosotros dejáramos el caso.

Hubo mucha polémica alrededor de eso y entonces a mí me estaban presionando de tal manera que yo dije “bueno, yo no puedo seguir acá”, y redacté mi carta, yo creo que ha de estar en los archivos del arzobispado. A Monseñor Gerardi se la presente verbalmente y a Monseñor Prospero si se la presenté por escrito.

Y Gerardi ¿qué te dijo?

Se quedó callado. Sólo recuerdo que hizo una expresión, “¡que vaina! ¿Está seguro? Bueno, ve a hablar con él” me dijo. Fui y regresé y, por supuesto, no aceptó. Y bueno, seguí trabajando.

¿Se ganó ese caso?

Sí, se ganó, fueron condenados.

Pero se condenó a un miembro del Estado Mayor Presidencial, ¿sobre el presidente no...?

No, porque el presidente no tuvo ninguna responsabilidad ahí. En realidad, él lo que estaba haciendo era tratar de proteger a sus guardaespaldas, ya que fueron sus guardaespaldas quienes cometieron, digamos, la ejecución extrajudicial en ese momento.

Yo creo que algunas personas de la alta sociedad lo vieron como una intromisión de la Oficina, pero para otros fue un momento donde se dice “la Oficina de Derechos Humanos realmente está en su lugar”...

No sé en realidad qué dijeron a esos niveles, pero yo lo que te puedo decir es que nosotros trabajamos de una manera ecuánime, ahí está el expediente, están los alegatos, presentamos evidencias de que la persona no tuvo la intención de atropellar al caballo donde iba la primera dama, o intento de atropellarla, porque el caballo se asustó, eso fue, cayó la primera dama, corrieron y antes de cualquier cosa le dispararon a quemarropa al piloto, que resultó que iba en estado de ebriedad, eso lo demostramos también. Y después, con los antecedentes que recogimos, los testimonios de las personas, encontramos que era un jornalero, que fue un mal día, en un mal camino y se topó y se asustó porque vio gente armada, probablemente. Ocurrió lo que ocurrió y después, como te digo, vinieron presiones fuertes. Bueno, esas fueron las primeras, después cuando pasó la emoción de Gerardi, fue mucho mayor.

Pero es interesante que ni Monseñor Gerardi, ni Monseñor Próspero te dijeron: "oye, ten cuidado, porque dentro de dos meses está el Papa en Guatemala y va a venir con todo lo que significa una visita de ese tamaño".

No, quien sí estuvo preocupado, recuerdo, fue el Señor Nuncio, Juan Bautista Morandini, él sí estaba preocupado.

Estaba muy preocupado y al final fue muy grata su despedida con nosotros, porque nos felicitó por el trabajo, mencionó ese caso y lo traigo a colación porque él dijo que había sido uno de los casos que le había tocado. Aunque llegó varias veces a que le pusiéramos freno al caso y yo le dije: "si el Arzobispo me ordena, sí, señor Nuncio, lo voy a hacer".

O sea, hablaban directamente contigo.

El nuncio, sí. O a veces me invitaba a la Nunciatura.

¿Recuerdas cuando le cuestionaron a Gerardi por qué tenían a Julio Aguilar?

Exacto, sí. A Julito. Y le pidieron (a Gerardi) que lo sacara y él no lo sacó. Monseñor lo mantuvo, dijo que no, porque él seguía siendo un hermano del episcopado. Fue donde él me explicó: "mira, eso es como cuando tú eres abogado, nadie va a quitar que eres abogado y si él se ordenó y nadie le va a quitar que es sacerdote, aunque ya no esté dentro de la estructura".

Monseñor Gerardi decía: "es que lo tenemos ahí porque no tiene para comer".

Sí, lo tenía por humanidad, por caridad. Y es que así era monseñor, era tremendamente humano, detrás de esa figura sobria, erguida, seria, tenía un corazón impresionantemente humano. La calidad humana de monseñor, no la he visto en alguien más.

Tal vez porque sufrió más. ¿Él hablaba del pasado?

Sí, me habló mucho de la famosa Iglesia en el exilio. Digo famosa porque a él le hacía ruido todavía, porque lo vinculaban y me decía: "yo jamás tuve que ver con ellos. O sea, me fueron a buscar a Costa Rica para ser su obispo y le dije que ¿cómo iba a ser eso? que eso era una deslealtad para el episcopado", me contó toda la conversación, yo sé toda la conversación, quiénes estuvieron, cómo fue la carta que él tuvo que hacer.

Fue una carta dura para ellos, pero necesitaba hacer esa carta porque estaban "orinando fuera de tiesto" ...

Sí, exactamente. Entonces para él era también comprometedor, porque decía: "yo sigo siendo Presidente de la Conferencia Episcopal", me decía, "porque me fui como Presidente de la Conferencia Episcopal, pero no tenía sustituto todavía". Y bueno, contaba las anécdotas y quiénes llegaron, cómo llegaron, etc. Entonces yo entendí, después, la dinámica de conflicto interno que había con algunos de CONFREGUA, Monseñor Gerardi, o algunas otras personas que habían estado en la iglesia que se retiraron, monjas, sacerdotes. Y entendí todo eso y también me contó cómo fue su salida de Quiché y los antecedentes de esa salida.

¿Cómo recordaba esa salida de Quiché?

Muy triste, eso a él le dolió. A veces él quería que hiciéramos retiros en Sololá y en esas veces cuando pasábamos por los encuentros, él bajaba el rostro y no comentaba nada, era aproximadamente un kilómetro antes hasta que llegáramos a Sololá y nunca volteó a ver el camino hacia El Quiché. Fernando Penados, recuerdo que alguna vez hizo el comentario, porque también lo llevó allí y noto lo mismo. Con René Zamora fue igual, pero Maco Gutiérrez llegó con la novedad de que, por primera vez, él había volteado a ver y había hablado de la diócesis. Eso también expresa el profundo dolor que él llevó por muchos años, él lo reconocía también, pero regresando a Guatemala, se reencontró a él mismo y la oficina fue su motor.

Hablaste antes de que, al estar en la Oficina de la Vicaría de la Solidaridad de Chile, allí no solamente documentaban, te hablaban de la verdad del pasado, ¿será que allí había una semilla de lo que fue después aquí REMHI?

Bueno, de hecho, fue una de las inspiraciones, no del REMHI propiamente porque la historia de la semilla de mostaza fue en la Universidad de Notre Dame, con el Padre Bill Uyers.

¿Quién era este padre Bill Uyers?

Él era el Director del Centro de Derechos Humanos de la Universidad, a la cual yo fui a hacer mi maestría cuando debí salir del país por los señalamientos fuertes que hizo Serrano Elías en contra mía, diciendo que yo era cabeza de playa de la guerrilla y que la oficina estaba infiltrada, etc. Prácticamente me puso una pistola en la cabeza porque lo dijo públicamente, que yo era un enemigo del Estado, tanto así que en esa circunstancia fue la primera vez que yo vi la dimensión de la oficina, porque la Casa Blanca sacó un comunicado sin mencionar mi nombre, pero habló de las fricciones de la Iglesia con el

Gobierno, porque había un proceso de paz. El proceso de paz que estaba llevando Monseñor Quezada. Luego el Vaticano, a los dos días, vino quien era el secretario, el licenciado Juan Alemán, a decir que le bajáramos las tensiones y que ellos iban a bajar las tensiones también y que me invitaban a una reunión con el Presidente, yo le dije que no iba a ir a ninguna reunión porque esto era un tema muy serio.

Situando históricamente, ¿eso pudo haber sido...?

En 1992. Después de lo de Maritza Urrutia, que nosotros sacamos a Maritza Urrutia y ya venía el caso de Myrna Mack también, el caso de Cisneros, el de Hermano Moisés Cisneros, allá en la zona 6, había varios casos fuertes que nosotros estábamos llevando.

¿Quién era el embajador de Guatemala ante la Santa Sede para que el Vaticano tuviera una información que no le provenía ni de Gerardi ni de Prospero?

Creo yo que era de apellido Búcaro, pero no recuerdo el nombre. Y entendería que era amigo de Monseñor Penados o había un nivel de amistad. Bueno, no es raro, un arzobispo tiene amistades por todos lados. Pero el nuncio vino después y dijo: "Prepárese que tiene una reunión el sábado con el presidente", yo me quedé impresionado y me levanté y fui con Gerardi y me dijo "Sí, ya sé, vas a ir con Popi", se refería al arzobispo y fuimos a la reunión que fue impresionante.

¿Dónde fue?

En el despacho presidencial. Estuvo García Samayoa, el entonces Ministro de Defensa; estuvo Perusina, que era el jefe de inteligencia; otros altos mandos del ejército; él y Juan Daniel Alemán, el secretario privado de Serrano. Y fue una reunión de dos horas, terrible y favorable para mí, porque él decía que yo era cabeza de playa de la guerrilla y le dije: "con todo respeto, quiero ver los documentos donde sustenta usted y le pido que los lleve al Ministerio Público para que me procese, porque lo que usted hizo fue un atentado en contra de mi vida". Recuerdo que Serrano dijo: "¡General, tráigale los documentos!" y llevaron dos files llenos, los pusieron sobre la mesa y cuando los vi, dije "¡Dios mío, ¿qué hay acá?!", me asusté, de verdad me asusté, pero no porque yo hubiese hecho algo malo antes, sino que me asusté porque me imaginé todo lo que me inventaron. Y en realidad fue una sorpresa, porque entonces allí Serrano enojado dijo "y usted sigue contestatario como la otra vez" me dijo, porque fuimos a una reunión donde estaba Helen Mack, estaba Claudia Arenas, creo que estuvo el actual Arzobispo Gonzalo De Villa y cuando salimos

al despacho, porque ellos fueron como directiva de AVANCSO y yo era el abogado del caso y fuimos al despacho presidencial a pedirle al Presidente Serrano que colaborara, bueno, que el Estado colaborara en la investigación para determinar cómo había sido, por que probablemente dentro del Estado Mayor estaba el inicio de todo. Y bueno, fue una conversación muy tensa, también larga, pero al final, cuando yo me despedí, yo usé unas palabras del presidente, pero nunca pensé que le iban a caer tan mal porque él decía en la conversación “hay que ver a fondo en este caso, hay que llegar a fondo en este caso”, y cuando salí, le doy la mano y le digo “presidente, gracias por la reunión, vamos a llegar a fondo”, y eso a él lo ofendió porque lo dijo en esa otra reunión.

...Era muy ignorante...

Pero lo dijo y bueno, yo recuerdo que el Nuncio me agarró la mano, dando a entender algo como “no vaya a responder”, y ya no respondí nada. Entonces empezamos a ver el expediente y nada, no había nada, todo eran recortes de periódicos, declaraciones de lo que había dicho de esto, todo, excepto una foto. Una foto que me tomaron desde un helicóptero, porque yo sí recuerdo ese helicóptero y fue cuando tomaron la Universidad de San Carlos. Éramos tres compañeros los que nos quedamos estudiando, estábamos estudiando el privado, pero nunca nos dimos cuenta de qué era lo que ocurría en la Universidad, nosotros estábamos en un aula repasando y recuerdo que estudiábamos los esquemas de los procesos civiles y salimos aproximadamente a las 05:30 p.m. cuando oímos los helicópteros, lo cual nos pareció bastante raro. Cuando salimos, no había ni un alma en la facultad de derecho y salimos a la plaza y tampoco había nadie, entonces empezamos a caminar rápido para ver qué era lo que pasaba y empezamos a ver soldados y el helicóptero que venía. Pero en eso había un cartel ahí en la facultad de derecho, el edificio C, que se estaba cayendo, era un cartel que habían puesto la Asociación de Estudiantes y con otro colega lo pegamos otra vez porque, claro, se estaba cayendo, pero yo recuerdo que la compañera que estaba estudiando el privado con nosotros dijo “agáchense porque les están tomando fotos” y justamente había un helicóptero que sobre voló bajo y estaba fotografiando, pero hasta el momento de ver la foto fue que recordé eso, porque era yo el que estaba, en efecto, porque estaba de espaldas y un poco de lado, me reconocí totalmente. Les conté a ellos qué era lo que había hecho y por qué lo había hecho y qué estaba haciendo antes, pero que eso no me implicaba a mí para ser lo que decían que era.

Un comandante guerrillero...

Y menos. Y si contaran las anécdotas de Gerardi en una entrevista de él en Ginebra con los comandantes guerrilleros, Dios mío... hubieran dicho que era comandante del ejército.

Tenemos que seguir adelante, Ronalth. Y quisiera preguntar, cuando tú regresabas de la Casa Presidencial, ¿ibas con Gerardi?

No, iba con Monseñor Penados.

Sí, pero me imagino que a Monseñor Gerardi ¿quién le informaba? ¿Penados?

No, yo. Eso fue un día sábado, hice una minuta de siete páginas y esa la dejé acá y luego la recibió Gerardi. Y a los cinco días, Monseñor Penados me mandó a Roma para ir a hablar con el Papa y con el secretario de Estado de ese entonces. A Monseñor Penados, después de eso, le pidieron un informe que él debía llevar a Roma, él se negó y me envió a mí. Yo ni sabía a lo que iba, me dijo "le van a pedir un informe de todo lo que ha pasado", me dijo a dónde tenía que ir y yo fui a hablar con el secretario de Estado, presenté el cómo habían ocurrido, esa minuta me ayudó mucho para refrescar y para hacer el informe. Y luego tuvimos una reunión con el Santo Padre, que, dicho sea de paso, fue el general jesuita que me la consiguió.

Hubo un momento dado en que hubo un conflicto jerárquico. Fue cuando ustedes deciden hacer un documento en el cual, después del Golpe de Estado, en el tiempo de Ramiro de León...

Sí, pedimos la intervención de Naciones Unidas.

Sí, y ustedes ahí, digámoslo así, defenestraron a Quezada Toruño.

Eso fue lo que quiso Prensa Libre proyectar, pero no fue eso porque, al contrario, en ese comunicado se respaldaba la labor de Monseñor Quezada Toruño, pero había un estancamiento y un letargo en todo el proceso que ya había, digamos, topado. Y eso lo discutimos con Monseñor Gerardi y el documento se le enseñó a Monseñor Gerardi y a Monseñor Penados antes.

Y lo supo también Monseñor Flores...

También, exactamente, porque se lo llevamos a él, naturalmente, y no sé si a Monseñor Cabrera le consultamos, es que nosotros consultábamos con varios obispos, aunque era una Oficina del Arzobispado, y también a Monseñor Quezada le consultábamos algunas cosas.

Pero esa le causó malestar

¡Ah claro! Naturalmente, con Juanito, como le decía él.

Después ya no era tan Juanito

Bueno, quizás, pero esas palabras ya no las escuché, yo solo escuché Juanito. Pero sí, hubo mucha molestia y fue como Naciones Unidas llegó y entró, MINUGUA se instaló después de ese comunicado. Y qué bueno que lo recuerdas porque Naciones Unidas debería tener su propio registro, es capaz que ni ellos saben cómo llegaron.

Es increíble cómo Gerardi quedaba tan ecuánime tomando una decisión de tal calibre porque a otra persona se le hubiera arrugado el ombligo diciendo lo que ese comunicado expresaba respecto al cambio de quién debía coordinar.

Y fíjate que es interesante porque, primero, el proceso de paz no daba más, alguien tenía que decir la palabra diferente y bueno, fue el Arzobispado de Guatemala. Fue interesante porque se molestaron varios sectores, incluso los comandantes guerrilleros le reclamaron en Ginebra, le reclamaron eso y le reclamaron una masacre, la masacre del Aguacate que nosotros documentamos y dijimos que había sido ORPA antes que el propio Procurador de Derechos Humanos; y la gente de ORPA le reclamaron a Monseñor Gerardi, le dijeron: "Ahora ustedes no vengán a vestirse de niños de primera comunión", no se me olvida eso.

Eso es interesante. Pasemos ahí, a la participación de Monseñor Gerardi en Ginebra.

Bueno, era como la tercera vía, digamos, de la expresión de una situación de derechos humanos en el país, porque estaba muy polarizada como hoy día está el país. En ese entonces, el que hablaba de derechos humanos, era (considerado) de la guerrilla. Era impresionante, porque parecía ser solo para ellos y no para toda la tropa. Y nosotros documentamos casos también del EGP, donde torturaron a tropa y le pusieron EGP en el pecho, por ejemplo, y llevamos esos casos a Naciones Unidas, a la Comisión de Derechos Humanos y eso no nos lo reconocen ¿por qué? Porque entendieron que la Oficina de Derechos Humanos era afín a la guerrilla y nunca fuimos afines. ¿Yo? de lejos, eso lo juro por mi madre que está viva, y hasta por la memoria de Monseñor Gerardi, nunca participé en un movimiento revolucionario alguno, aunque quisieron e hicieron el esfuerzo en inteligencia militar de asociarme,

no pudieron, no lo hicieron. Yo trabajé con la Iglesia, fui leal a la palabra encomendada y a lo que me pidieron, hasta que salí del Arzobispado.

Hablas de esa ocasión en que Monseñor Gerardi tuvo que leerles la cartilla también a los de la URNG.

Eso fue en Ginebra, ellos se molestaron mucho con Monseñor Gerardi.

¿Cambió el documento en algún momento?

No, nunca. Nosotros llevábamos el documento consensuado y él lo leía por los 10 minutos que tardaba. Fuimos por cinco o seis años seguidos y monseñor era escuchado, después las delegaciones lo buscaban a él y eso le pinchaba al gobierno y a la guerrilla, porque antes ellos eran los interlocutores. La guerrilla se hacía presente y bueno, lo hizo bien en su momento hasta que Monseñor Gerardi llegó, porque si no es por ellos tampoco se hubiese conocido algunas de las situaciones que ocurrían en el país, pero, por otro lado, ellos también hacían violaciones al derecho internacional humanitario, particularmente el artículo tres común, y eso no les gustaba, porque decía que eso no era aplicable para ellos. Y entonces Monseñor Gerardi mantenía otra posición, distinta y lo decía, que había violaciones al derecho humanitario y presentábamos los casos, el caso del Aguacate, el caso de esta tropa que, creo, fue en Uspantán.

El caso del Aguacate, ¿se condenó realmente a la persona que era responsable?

Yo no sé porque yo no conocí la estructura de ello, porque era clandestina, aparentemente hay una persona condenada. Pero la responsabilidad de la organización era incuestionable.

El último año, el año que murió Monseñor Gerardi, el año 98, ustedes ya no vieron la conveniencia de ir a Ginebra, ¿por qué?

Y claro, era conveniente, pero después hubo autoridades distintas. La última gira que hicimos fue con Monseñor Flores en el 99. Estuvimos por Europa mencionando el caso de Monseñor Gerardi y toda la situación, también nos preguntaban cómo había surgido el REMHI y les contábamos.

El REMHI también sería otro capítulo muy importante contigo, lógicamente, pero tal vez sería señalar cómo Monseñor Gerardi asume para que él pudiera presentar ante la Conferencia Episcopal la necesidad, que después fue plasmado en la Carta Pastoral "Urge la verdadera paz",

así se llamó, con el título de Monseñor Flores, pero el nombre REMHI fue de Monseñor Gerardi.

Sí, eso fue meses de conversaciones, porque cuando yo regreso de la universidad, bueno, él llega a Washington porque lo invitan para ser parte de la junta directiva de una organización allá de derechos humanos, y él dice: “no, yo no quiero participar porque va a tener conflicto de interés. Mi trabajo está en Guatemala, trabajamos con ODHAG”, yo estaba ahí y me dijo que regresara al país. Yo no estaba muy seguro de regresar y me dijo: “Bueno, Serrano ya no está, está Ramiro de León de presidente, ve y sigue haciendo tu trabajo”, entonces yo le dije “Mire, Monseñor, tengo un proyecto que son unas ideas que quiero conversar con usted, a ver si le parece”, él preguntó de qué se trataba y le comenté que era de la Comisión de la Verdad. Me dijo: “el no ya lo tienes”, su expresión y tenía otra más característica, sacaba la lengua después de decir “el no ya lo tienes”, era como un tic.

Sacaba la lengua a manera de dar a entender “el no ya lo tienes, pero estoy de acuerdo”.

Sí, algo así. Y entonces lo conversamos, pero eso fue el inicio, porque mira, lo de REMHI evolucionó muy rápido, cuando yo vengo, él me dice “mira, la idea como idea está buena, el proyecto no lo veo claro, te aconsejo, ¿por qué no van a las comunidades y socializan primero con la gente? Y ven lo que ellos piensan, porque es con ellos con los que vas a trabajar”, yo acepté el desafío, le hablé a Mercie Mersky, a Madre Rosario, a Edgar Gutiérrez y otras dos personas que no recuerdo. Fuimos a Rabinal y fue el primer balde de agua fría que recibí; después de hacer toda la presentación de lo que queríamos hacer, qué es una violación de derechos humanos, qué es una ejecución extrajudicial, qué es un desaparecimiento, etc., había una señora atrás que levantaba la mano y la madre Rosario me decía que querían hablar, pero yo seguía hablando y hasta el final dejé que hablara, porque ellos quizás entendieron o no entendieron, pero el que no entendía definitivamente era yo, sobre el dolor de esa gente y las emociones que les tocó re vivir cuando nosotros fuimos a hablar sobre lo que queríamos hacer; la señora se levanta y dice: “yo quiero saber ¿qué pasa cuando la cabeza la usan de pelota”, así, literal, “quiero saber qué es eso, porque en lo que tú hablaste, no dijiste sobre la cabeza que usaron como pelota para jugar fútbol”. Yo no tenía idea de lo que ella preguntaba y entonces me explicaron lo que había ocurrido, habían cortado las cabezas a unas personas y la tropa se pusieron a jugar pelota como escarmiento a la comunidad. Eso a mí me paralizó y no lo podía creer. Y luego otro señor dice “Y ¿qué pasa? porque allá en la parroquia, en Rabinal, nos obligaron a meterles el cuchillo después de que estaban muertos. Y

todos los hombres pasamos metiéndoles el cuchillo a los tres ¿eso qué es?" allí entendí que lo que yo había estudiado no había servido para nada, más bien, ahí empezó mi doctorado en humanidad, porque jamás me pude haber imaginado que esos horrores se vivieron en esos pueblos, los horrores de la guerra, que nadie había roto el silencio todavía y ellos empezaban a decirlo a medias gotas. Y entonces les dije: "Si, tienen razón. Pero estos son delitos de lesa humanidad", les salí por el tema de los delitos de lesa humanidad, porque ya no eran violaciones de derechos humanos simples, sino que eran delitos más graves y contra toda la humanidad. Y ellos dijeron "sí, pero eso no es lo que queremos, porque son números, tú quieres números" y era cierto, porque la perspectiva nuestra era un recuento estadístico de lo que había ocurrido, pero ¿y la parte humana?, ¿la parte de las emociones?, ¿cómo las plasmaban?

Regresamos, hicimos dos talleres con Gerardi y me acuerdo que Gerardi dijo: "ya vieron que les dije, hagan lo que la gente les dice, devuélvanle la voz a la gente". Y ahí empezamos, reformulamos el REMHI, en la parte metodológica estuvo Marcie Mersky y Edgar Gutiérrez, Marci después se retiró, llegó Carlos Martín Beristain, que lo había conocido en la Brigada de Paz porque nos venía a dar talleres de salud mental y bueno, vi el potencial que podíamos tener nosotros también acá en un equipo de salud mental y él los formó con otra gente y así se fue acercando a la Oficina y trabajó en lo que él sabe hacer.

Hay tantas cosas, pero ustedes tuvieron un encuentro, en el lago de Atilán con Monseñor Gerardi. Háblanos un poco de ese encuentro con Gerardi. Ustedes escucharon a Gerardi...

Fue muy tremendo, era justamente para ver el tema del REMHI. Fue Gutiérrez, Carlos Beristain, Fernando Suazo, iba yo, creo que también Fernando Penados, no éramos muchos y tuvimos una encerrona de qué era lo que teníamos que hacer. Estuvimos tres días y monseñor habló casi ocho horas o siete horas de todo lo que a él le tocó vivir. Ahí recabamos su testimonio también.

Y ¿cómo sintieron ustedes en ese momento a Monseñor Gerardi? ¿Fue también una terapia para él?

Totalmente, porque yo ahí escuché cosas que nunca había escuchado durante el tiempo que yo lo había conocido. En realidad, fue una catarsis para monseñor ese espacio, y fue la única vez que se abrió de esa manera, porque nunca más se volvió a abrir así. Creo que a él lo tocó mucho también el tema de escuchar los testimonios de la gente, de lo que estaba hablando la

gente en el interior y empezó a dar los lineamientos por donde tenía que ir el REMHI, dio la tríada, le decía yo, porque nos decía “tenemos que trabajar en la reconciliación, no puede haber reconciliación si antes no hay arrepentimiento, para llegar a la reconciliación primero el reconocimiento de la falta, el perdón y la reconciliación”, esa era la tríada en la que nosotros teníamos que trabajar después al devolver el REMHI en las comunidades, esa era la visión, esa fue visión de él, eso fue, digamos, lo que él dijo que se debía de hacer, fue él quien marcó la ruta post REMHI, fue él. Y durante el REMHI también, pero el REMHI tenía más potencial después de la entrega del informe que el hacer el informe mismo, porque íbamos a trabajar en la reconciliación, allí se hizo el proyecto interdiocesano, la Conferencia Episcopal así lo adoptó y Monseñor Gerardi también dijo “yo voy a ir a la Conferencia, vamos a proponer esto, porque esto no puede ser un proyecto, digamos, como Iglesia, porque hay varias Iglesias”, y allí le empecé a explicar a Carlos que no entendía cómo eran las jurisdicciones eclesiales, entonces le dijo: “No, esto va a ser un proyecto interdiocesano” por eso se llama Proyecto Interdiocesano de la Recuperación de la Memoria Histórica y eso de la recuperación de la memoria histórica fue un nombre también que dio Monseñor Gerardi, porque hablábamos y hablábamos y qué vamos a recuperar, y que la historia y con la expresión que ya conocemos que se sacaba la lengua, dijo “muchá, ya tengo el nombre: Recuperación de la Memoria Histórica” y así fue.

Hubo un poquito de problema en el nombre, al final. En el “nunca más”.

No recuerdo que tuviéramos algún problema, porque ese nombre se llevó al Consejo Directivo, digamos. Hubo un debate, quizás, porque el argumento nuestro fue que era una corriente que ya venía desde Sudamérica, desde el informe de Sábado que le puso el informe “Nunca Más”, que se conoce como Informe Sábado. Está antes la de Brasil, en el 60, que le puso “Nunca Mais”, en el 64 Sábado. Y así vinieron otras, la de Chile y nosotros le pusimos “Nunca Más”.

Tendríamos que tener muchas reuniones contigo, estrujarte bien. Realmente fuiste alguien tan propositivo y yo creo que la Iglesia tiene que agradecerte tanto, tú puedes recibirlo o no, pero la Iglesia tiene que agradecerte.

Y en este sentido, cuando tú, el día 26 por la noche, o en la mañana ya del 27, escuchaste que habían matado a Monseñor Gerardi, ¿qué pasó por tu cuerpo?

Fue horrible, porque quien me llamó a media noche, más o menos entre 11:30 pm a 12:00 am, fue Julito Penados, Don Julito, el hermano del Arzobispo y

como nosotros estábamos recibiendo llamadas de amenazas, yo le dije a Sonia, quien era mi esposa en ese entonces, “no contestes”, porque ella era la que se levantaba a contestar y decían cualquier cosa, ella las recibía, pero entonces yo le dije “no, yo voy a ir y lo voy a maltratar”, cuando escucho un “Ronalth, ¿estás ahí?” Me extrañé, en un principio pensé que era mi papá por la voz, fue cuando tuvimos esta conversación:

Te habla Julito

¿Qué Julito?

Julito Penados, me dice, pero se sentía alterado,

Ah, sí. Don Julito ¿Qué pasó?

¿Cómo estás? ¿Dónde estás?

Estoy en la casa

Pero ¿estás sentado o cómo estás?”

No, no, no, ¿Qué pasó?

Mataron a Juanito

¿Mataron a quién?

Mataron a Juanito

¿A monseñor? No, no puede ser ¿cómo?

Entrando a su casa

No, están confundidos, porque yo lo llevé, lo fui a dejar a su casa y entró y hasta que cerró la puerta me fui.

No, no, no, entonces se salió, porque esto acaba de ser.

¿Esto fue antes?

Yo lo dejé a las 05:20 pm. Veníamos de un convivio en la casa de Don Julio Penados y a las 05:20 pm lo dejé en su casa porque, supuestamente, él tenía misa a las 06:00 pm, pero le había pedido a Mario Orantes que diera la misa de las 06:00 pm porque él quería estar en actividad con nosotros, porque se alternaban. Él dio la de las 08:00 pm que le tocaba a Mario Orantes y a Mario lo dejó la de las 06:00 de la tarde, me parece que Mario se quedó muy molesto también. Entonces, él entró y según yo, se fue a descansar, después, con la reconstrucción de los hechos, nos dimos cuenta de que,

en efecto, había ido a cenar donde su hermana, que tradicionalmente iba a cenar donde su hermana. Entonces ocurrió lo que ocurrió y llegamos allí tipo 01:15 de la madrugada, porque Don Julito me pidió que no saliera solo, entonces pasó Fernando Penados, su hijo, por mí a la casa y nos venimos directamente. No me acuerdo cuando dormí porque pasé tres noches en vela, acá en el Arzobispado dormimos algunos, apenas llegamos al funeral de él, nosotros prácticamente no lo velamos, la gente lo veló, pero nosotros seguíamos trabajando aquí en la oficina.

Sí, ese nacimiento de la investigación sobre el crimen cometido contra Monseñor Gerardi empezó casi inmediatamente.

Casi a las 10:00 am del día lunes, la que era la recepcionista, recibió una llamada de una mujer que dijo que investigaran al coronel Lima en el Estado Mayor. Eso fue lo primero que recibimos. Y entonces la recepcionista le dice a Monseñor Penados, me llama y le dice: "Dígale qué fue lo que le dijeron"; entonces me cuenta y en la tarde ya recibimos el testimonio de un sacerdote costarricense que después se tuvo que ir del país también, y a los dos días el reporte del taxista. Entonces todo empezaba a cuajar y lo primero que fuimos a ver, porque era inaccesible llegar a los archivos del Estado Mayor, fuimos a ver las ordenes generales del Ejército en la Tipografía Nacional, porque si o si todas las Ordenes Generales del Ejército se publicaban, entonces alguien, no recuerdo, me dijo: "mira, la única manera es que veamos las ordenes generales del ejército" y entonces fuimos a ver a la tipografía y, en efecto, nos aparecía un coronel de apellido Lima y después nos aparecía un capitán de apellido Lima y ambos con el mismo nombre, decíamos: "pero ¿cómo es esto? ¿por qué nos dicen un coronel? ¿por qué nos dicen Lima?" Pero el coronel ya no está de alta, hay un Lima acá. Y así empezamos a escudriñar todo y después todo se fue dando circunstancialmente. El médico de cabecera de la madre Lima, que es ella la que le dice a su médico lo que había ocurrido y resulta que la sobrina es, bueno, ya todo se sabe no voy a cometer ninguna infidencia, ni poner en peligro a nadie, que no me gustaría tampoco.

Pero fue Darlene Cifuentes la que llamó, prima de Byron Lima Oliva, ella lleva a la tía al médico porque la tía la llama después de un incidente de violencia familiar, que hubo ahí con el padre va y le cuenta a su médico, que por cierto es o fue del Opus Dei- y él se quedó con ese cargo de conciencia porque era un obispo, era, como él dijo, un príncipe de la Iglesia, él rompió su secreto profesional y se lo transmitió a su yerno, después su yerno nos cita a nosotros. Yo voy a esa reunión, no iba solo, nunca fui a reuniones solo, llevaba a otra persona y nos comenta, eso fue un cuatro o cinco de mayo que nos dieron esa información, porque a través de otra persona nos dijo Víctor

Hugo Godoy, fue el que viene y me dice: "mira, alguien quiere hablar con vos de esto y esto". Y bueno, todo fue, como le dicen, un rompecabezas que fue agarrando cuerpo. Y después, al final, yo al año que me voy, Arnold tenía a Darlene Cifuentes en su casa porque entraron a su residencia, de la misma manera que entraron a la mía cuando detuvieron a su hija también.

Cuando recuerdas a Monseñor Gerardi, imagino que lo recuerdas muchas veces. ¿En qué momento te lo recuerdas así con más intensidad?

¿Más feliz? El día de la presentación del REMHI

¿Es el día más feliz de él?

SÍ, se le veía en el rostro.

¿Se sintió realizado con esta presentación?

Sí, hasta más joven se veía. Él irradiaba alegría, tenía luz en el rostro. Sí, no se me olvida eso.

¿El día que lo viste más triste?

Hubo varios. En su oficina, cuando a él le pidieron la renuncia. Sí, a él le dolió mucho eso.

¿El día, tal vez, con más entusiasmo?

En Ginebra. Tal vez la primera vez que fuimos a Ginebra porque era algo desconocido para él. Había escuchado hablar, pero ir a la Comisión de Derechos Humanos a presentar un informe desde la perspectiva de la Iglesia, que se convirtió, como dijeron varias delegaciones diplomáticas allá, la tercera expresión, la tercera vía. Porque había dos visiones de una Guatemala, de lo que estaba ocurriendo. Uno culpaba a la guerrilla y el otro al gobierno a través del ejército. Y nosotros llegábamos a decir una palabra autónoma, una palabra independiente y ahí están los informes. Nadie puede decir que no fue así.

Cuando fue lo de Maritza Urrutia Monseñor Gerardi, ¿cómo veía eso? ¿Él apoyaba?

Sí, naturalmente. Y me preguntaba: "mira y ¿Cómo está? ¿Cómo van? ¿Qué van a hacer?" El día antes de su salida, fue cuando decidimos qué iba a pasar con ella y yo le comuniqué al ex procurador de derechos Humanos, que era entonces Ramiro De León Carpio. Él vino acá y me dijo "Mira, es mucha responsabilidad", me dijo "pensá bien lo que vas a hacer", entonces

yo le dije “no, es el arzobispo quien quiere hacerlo, no yo”, porque pensaban que era cosa mía y yo no hacía nada si los obispos no me avalaban, nunca, nunca hice algo por la libre, algo que yo lo quisiera hacer. Y creo que por eso me gané el respeto de Gerardi y de Penados y de otros obispos que sabían que cuando yo decía algo, detrás estaba el apoyo.

¿Algún momento en que a Monseñor Gerardi lo viste seriamente molesto?

Bueno, es una anécdota personal. Eso fue en Europa. Se molestó mucho conmigo tanto que me quitó el habla dos días, fue una broma muy pesada, se me pasó la mano y no me habló por dos días, porque él me seguía a todos lados y bueno, íbamos caminando -y esto es simpático, porque yo después me enteré que traía chocolate-, miraba que compraba chocolates y más chocolates y yo creía que a él le gustaban mucho los dulces y no, resultó que eran para mis hijos, pero le decía a la mamá que no me dijeran que él los había traído o que se los había dado. No sé por qué, pero él nunca me mostró afectividad directamente, él siempre fue serio conmigo, para mí había una cortina hasta que entré a su habitación por primera y única vez el día en la madrugada que lo mataron, estaba la foto de uno de mis hijos ahí y eso me sorprendió y ahí entendí muchas cosas, pero él jamás fue así afectivo conmigo, era serio. Bueno ahí en Europa él me seguía a todos lados y justo yo salí porque quería comprar regalos y cosas así. Entonces estábamos en Holanda, en una de esas calles, yo que entro a una tienda y era una sex shop y él también entra y cuando se dio cuenta de qué era, da la vuelta para atrás y yo también, salgo rápido, pero él empieza a caminar más rápido y ya no lo alcancé. Entonces llegué donde estábamos hospedados y no me habló más por dos días y ya la última noche, estando allí, porque teníamos que ir para Bruselas, recuerdo que yo estaba preocupadísimo, porque no sabía qué hacer, si me regresaba a Guatemala o si íbamos a seguir allá. Él se acerca, me da una palmada en el hombro, saca la lengua como lo sabía hacer él y me dice “verdad que te jodí, eso te pasa por hacerme esas cosas”, yo en ese momento le pedí perdón, ¿verdad? pero si fue un enfado tremendo, él estaba muy enojado.

Seguimos reclamando justicia para un hombre justo, un Obispo mártir de una iglesia mártir, como la del Quiché y la de Guatemala. ¿Cómo podemos terminar honrando la memoria de Gerardi en este pequeño encuentro que hemos tenido contigo?

La mejor manera de honrarlo es promulgar lo que él nos enseñó. Que la Oficina siga trabajando en lo que sabe hacer, eso es honrar la memoria de un hermano en el episcopado, para el arzobispo y para los obispos. Recuperar

la devolución del REMHI, que ahí hay una riqueza tremenda, esa visión de Gerardi de reconciliar a la sociedad. Hicimos algunos pequeños ejercicios, recuerdo, de reconciliación en las comunidades que fueron exitosas, entre comunidades y patrulleros, pero bueno, todo eso requiere un proceso y requiere esfuerzo y recordarlo siempre, cómo fue, un hombre justo, un hombre que se apegó al evangelio.

Él pensaba en REMHI, defenderlos a ustedes y sin embargo él fue el cordero degollado.

Lastimosamente nunca pensamos en eso. Pensamos que los vulnerables éramos nosotros, cuando en realidad él fue el más vulnerable y él también así lo pensó, cada uno de nosotros tenía un destino casi inmediato después de la presentación del informe, porque ya todo estaba hecho para seguir con las Diócesis, como había una coordinación, esta se iba a hacer cargo de la base de la devolución. Estaba el padre Rigoberto, de Quiché; la madre Rosario; había varios y CONFREGUA también se comprometió, pero bueno, ya no se pudo seguir, es una tristeza. Hubo autoridades que limitaron la fuerza y era comprensible porque era algo que quizás por eso mataron a Monseñor Gerardi, y dirían “¿Por qué nos vamos a comprometer más en esto?”, me refiero a que el miedo es humano y es comprensible, pero pienso que todavía está esa semilla por germinar la reconciliación del país, un país distinto, así como él lo dijo la última noche cuando presentó el informe: “trabajamos para construir un país distinto”

Sin embargo, no es un país tan distinto.

De cuando ocurrieron los hechos, no, quizás sea peor, pero hay que seguir trabajando con esperanza, no porque haya circunstancias en esta coyuntura que siempre se nos va a ver gris el panorama, no quiere decir que al final no hay una luz, hay que buscarla y encontrarla, y eso es posible.

Y yo hablo siempre de su martirio.

Es que es un mártir. Sufrió en vida, dio su vida por la Iglesia, por los más pobres, por los más necesitados, dio su vida para que la gente rompiera el silencio y les devolvió la voz porque fue él, claro, había un equipo, una estructura, pero fue él con el acompañamiento y la bendición del Arzobispo, para eso lo trajo el Arzobispo de Costa Rica y esa es una labor conjunta, es de ambos, no es, digamos, solo la cabeza visible de Monseñor Gerardi, porque sin este Arzobispo no hubiese sido posible.

Gracias, Ronalth. Muchas gracias.

Habría que hacer varios programas sobre muchas otras cosas, pero seguir a Gerardi con ese lema: el Gerardi que yo conocí. Yo creo que, en algunos lugares, aún dentro de la misma iglesia, han olvidado que este Gerardi sigue caminando entre nosotros y entre el clero joven a veces hay cierta ignorancia de estas realidades, porque nacieron mucho después

Lo importante también es que las nuevas generaciones dentro de la Iglesia y también dentro del cuerpo místico de la Iglesia, se conozca que monseñor siempre fue como la vid y el sarmiento, siempre estuvo pegado al evangelio y todo lo que hizo, lo hizo desde el evangelio. Yo recuerdo que él se inspiraba mucho en la parábola del buen samaritano, esa era una de sus inspiraciones cada día, porque también era de oración diaria, cuando yo viajaba con él me daba cuenta, a las cinco de la mañana se levantaba y estaba rezando.

Fue una experiencia muy linda viajar con él, porque espiritualmente yo crecí, también intelectualmente crecí a su lado, fue un mentor para muchos, naturalmente, para mí también. Y bueno, lo recuerdo, con mucho amor, mucho cariño y por primera vez lo digo así, pero es que es así y quiero aprovechar si Freddy, mi hermano, va a haber este programa a decirle unas palabras: Freddy, gracias por tus enseñanzas, por el apoyo que me diste en nuestra juventud, lo que en la ODHAG se logró, indirectamente, vos también fuiste parte de eso, como Monseñor Flores. Ojalá tu salud permita que te abracemos por muchos años más. Te quiero mucho.

Gracias, Ronalth. Gracias de corazón.

Gracias a ustedes.



| Oscar Enríquez

Hso. Hoy nos encontramos en un sector de Ciudad San Cristóbal, la visita es a un gran y buen amigo, un hombre que ha sido un constructor de vida eclesial en Guatemala con gran experiencia de trabajo. Alguien que conoció a muchos obispos personalmente, pues era indispensable. De esas entrevistas que uno dice nos dan grandes líneas de trabajo, de recuerdos, de memoria. Entonces hoy nuestro trabajo va a ser con alguien que conoció perfectamente a Monseñor Gerardi.

Muchas gracias, apreciable Santiago. Es un honor estar reunido contigo para poder tener la oportunidad de intercambiar algunas ideas y contar algunas historias.

Mi nombre es Oscar Humberto Enríquez Guerra. Mis mejores habilidades se sustentan precisamente en el haber tenido una relación con muchos sacerdotes y obispos por ahí de 1964, en la década de los 60, me empecé a vincular con la Familia Salesiana, tuve la oportunidad de ser egresado en mi primera época de estudios con los salesianos. Luego me vinculé con los jesuitas y posteriormente tuve la gran relación con un obispo que dejó marcada mi vida, que es Monseñor Gerardi.

Mi trabajo está relacionado en el campo social. Yo tuve la dicha de entrar al campo social muy joven, soy el fundador de las cooperativas de Guatemala, de las principales cooperativas, y luego me llamaron para trabajar precisamente en el campo de la capacitación de promotores sociales en la Universidad Rafael Landívar, donde conocí también a muchas personas valiosas que están en mi corazón, sacerdotes extraordinarios y gente del campo que venía a recibir sus capacitaciones.

Esa relación me permitió conocer la geografía nacional, porque caminamos por muchas partes, incluso más allá de nuestras fronteras, tuve la dicha de conocer también a los jesuitas de El Salvador, tuve la oportunidad de estrechar la mano de nuestros hermanos mártires de El Salvador, con quienes compartimos varios talleres y tuve también la oportunidad de estrechar la mano de Monseñor Romero. Es decir, mi vida ha estado vinculada en el campo social, en la vida espiritual. En una lucha permanente por crear un mundo mejor, allí está situada mi vida.

Empezaste hablando de tus vínculos con tu tierra natal, sería bueno que nos dijeras a grandes rasgos ese ámbito en el que naciste del altiplano.

Yo nací en la ciudad de Quetzaltenango, esa bella Xelajú. Allí tuve la dicha de tener un gran amigo: Monseñor Manresa y Formosa a quien le debo el poder haber ido a Canadá con una beca de estudios de cooperativismo.

Pero el movimiento cooperativo surge precisamente en un momento dramático de la historia de Guatemala, porque el altiplano era el abastecedor, y aún sigue siendo, de mano de obra barata, los peones, los mozos, colonos, como les llaman en el altiplano, que van a cortar café, que van a exportar algodón. En una oportunidad, las personas eran trasladadas en camión, había surgido el famoso camión diésel, iba una cantidad de familias del altiplano para la costa, el ayudante del camión puso la lona encima de la carrocería y se intoxicaron muchas personas. Un caso insólito en Guatemala que se grabó en la historia, el ayudante iba botando a las personas en el camino. Esa noticia nos impactó bastante a nosotros.

Posteriormente a eso, tuvimos una reunión en el Arzobispado y Monseñor dijo que había que enfrentarlo de alguna manera, que algo se debía hacer. Y entonces se convocó a la Acción Católica, que en aquel tiempo era la línea de acción de la Iglesia Católica para mejorar las condiciones de vida de los campesinos, y se hizo la marcha más grande que en la historia de nuestra vida se ha podido hacer en el altiplano, se convocó a todos los municipios de los departamentos de Quetzaltenango, de Quiché, de Sololá, de Totonicapán por supuesto, centro muy activo, y por primera vez se llenó el estadio Mario Camposeco, estaba completamente lleno. Recuerdo perfectamente que un sacerdote dio el discurso de bienvenida y habló clara y categóricamente que la Iglesia Católica iba enfrentar el problema para evitar que los campesinos fueran a cortar algodón y café porque eran mal pagados, maltratados y regresaban con muchas enfermedades a sus pueblos solo a morir.

Y nació la idea del cooperativismo. Las cooperativas eran el arma poderosa con la que podíamos combatir esa situación. Y entonces fue cuando surgió la idea de que se organizaran las cooperativas en Guatemala y así fue como se fundó, en el año 1964.

En ese contexto, ¿quién toma la decisión de que fueras a estudiar cooperativismo?

Nos llama Monseñor Manresa y Formosa a su despacho, a un periodista que se llamaba Freddy Escobar Gómez y a su servidor nos llaman y nos dice que tiene dos becas para estudiar cooperativismo, quería que fuera gente que vaya a responder y que vaya a organizar las cooperativas. No solo era una

gran oportunidad de poder darle una respuesta categórica al problema, sino también era una oportunidad de vida.

¿Y a dónde llegaron? Allí, en Canadá. ¿Quiénes eran los que impartían esto en Canadá?

Tuvimos la dicha de conocer otros personajes. Había un centro que se llamaba el QUADI, o sea que pertenecía a la Universidad de San Francisco Javier creado por Monseñor Moisés Quadi, que era el apellido de él, aún existe este centro. Ahí recibimos un año completo la capacitación sobre cooperativismo y por supuesto, técnicas de organización comunitaria y motivación para organizar a las comunidades. Un año era suficiente para poder aprender, nos juntamos con personas provenientes del Perú, del Ecuador, de México, incluso me encontré con un sacerdote ecuatoriano que fue un asesor de nosotros, muy bueno también. Había gente de Venezuela, de Honduras, de El Salvador, de Canadá y también de África. Me recuerdo perfectamente de dos de los personajes de África con quienes nos vinculamos y nos entendimos. Había gente de Filipinas, de Asia, o sea, era un centro internacional.

¿Estaba en ese tiempo también el Padre Luis Gurriarán?

También estuvo el padre, posteriormente estuvo en el College International Institute, porque luego nos juntamos en El Quiché, que ese será otro motivo para hablar de la organización aquí en Guatemala.

¿Cómo conociste a Monseñor Gerardi? ¿Fue en este contexto que se dio tu relación con él? ¿Lo conociste de sacerdote o ya de obispo?

Ya lo conocí de obispo. Cuando regresamos nosotros, veíamos que el tema de las ideologías estaba en su mejor momento, se estaba generando, en la Universidad de San Carlos mucha capacitación, formación sobre el materialismo dialéctico y la Doctrina Social de la Iglesia era nuestra pasión. En una oportunidad conocimos a Monseñor Gerardi en un evento que se realizó precisamente en la parroquia de la Iglesia de Guadalupe, en donde él iba a dar una conferencia sobre la Doctrina Social de la Iglesia a un grupo de personas que estaban formando, tenían una canción muy bonita que recuerdo perfectamente que se llama "De Colores", eran los Cursillistas de Cristiandad. Y entonces Monseñor Gerardi, juntamente con otro obispo, les tocó el tema de la Doctrina Social de la Iglesia, hubo una discusión fuerte porque hablar de la Doctrina Social de la Iglesia, incluso superaba las tendencias del materialismo dialéctico, porque el primero que había pensado en los pobres fue Jesús, no fue Marx, y entonces había gente de todas las tendencias, el salón estaba lleno y había gente que se oponía incluso a que

la Doctrina Social de la Iglesia tuviera respuestas para combatir la pobreza, y que se ubicara dentro de un marco político en donde los laicos tenían la oportunidad de crear una sociedad de justicia. Fue un debate fuerte, de gran trascendencia. Pero Monseñor Gerardi tenía una convicción profunda de que la Iglesia podía dar respuestas a los problemas de la pobreza, no solo en Guatemala, sino en el mundo. Era un hombre no simplemente apasionado, sino también capacitado para hablar sobre la Doctrina Social de la Iglesia y ahí nace nuestra amistad, a partir de ahí.

En ese sentido, quiere decir que en Guatemala los cristianos estaban, ciertamente, un tanto equivocados sobre ese tema. No sé si ya había pasado el Concilio o no habían podido recibir todavía el Concilio Vaticano Segundo, porque creo que en la Constitución "Gaudium et Spes" hay una clara referencia a lo que significa el compromiso del cristiano en el mundo.

Correcto. Creo que estábamos en ese período conciliar. Es decir, nos estábamos nutriendo de la "Rerum Novarum", por ejemplo, de León XXIII. Nos estamos nutriendo también ya de la "Madre y Maestra" de Juan XXIII y de la "Pacem in Terris". Entonces, en ese sentido, Monseñor Gerardi tenía un respaldo, llamémosle doctrinal, más que ideológico, de la Doctrina Social de la Iglesia. Las Encíclicas eran la expresión pura y no había para dónde, no había contradicción en eso. Y Monseñor Gerardi tenía una habilidad para explicarlas. Sin embargo, como todos sabemos, había personas pertenecientes a los sectores del capital que se oponían, incluso que no creían que la Iglesia tenía una doctrina tan profunda para entrar a problemas de esa naturaleza, problemas económicos y problemas sociales. Pensaban que la Iglesia únicamente era espiritual y nunca se imaginaron que la Iglesia tenía la respuesta a los problemas del mundo; que la han tratado de ignorar es otra cosa, pero la sustentación existe. Y Monseñor Gerardi era un vocero, por eso, cuando nosotros escuchamos que a Monseñor Gerardi se le acusaba de subversivo, se le acusaba de guerrillero, nos reíamos en los rostros de las personas porque les decíamos: "ustedes están completamente equivocados. La Doctrina Social de la Iglesia es más profunda de lo que ustedes están pensando, también la cubre los mandamientos de la Iglesia porque nosotros los cristianos no podemos matar, nosotros los cristianos luchamos por la vida y porque esa vida sea igualitaria en todos los órdenes económico, social, político". Esa es la tendencia que nos enseñó Monseñor Gerardi, correcta y cabalmente.

Oscar, ¿cómo empezaron las cooperativas? ¿qué cooperativas se adelantaron? Hablamos del Padre Gaitán, de tu amigo, también de su hermano. ¿Cómo empezó a cuajarse la idea de ir creando cooperativas a lo largo del país?

Hay que tomar en cuenta que Quiché fue un ejemplo de la organización de cooperativas, porque antes de que se instituyera la Federación de Cooperativas de Guatemala en Quiché se instituyó la Cooperativa Santa Cruz del Quiché. Cuando nosotros venimos de Canadá, ya había iniciado la Cooperativa de Santa Cruz del Quiché y era un testimonio de organización, incluso había abarcado los municipios del departamento del Quiché. A mí me tocó la suerte de trabajar con los hoy mártires para fortalecer la cooperativa del Quiché. Digamos que mi primera experiencia viniendo de Canadá fue ir al Quiché y ahí me reuní con las personas que estaban trabajando arduamente y que salían a caminar a las comunidades para enseñar cooperativismo, que salían a enseñar la Doctrina Social de la Iglesia y salían naturalmente a dar los sacramentos. Pero la línea era precisamente organizar a la gente para que se pudieran valer por sí mismos, para enfrentar sus propias necesidades.

Había varios tipos de cooperativas. ¿La primera fue la de ahorro y crédito?

Correcto, en el ámbito del movimiento cooperativo había cooperativas de consumo, cooperativas agrícolas que también estaban funcionando en el Quiché, porque de ahí sale otro personaje extraordinario e interesante. Era el padre que tenía una avioneta, el padre Guillermo Woods, ese gran sacerdote, mártir también, porque él es mártir, sin miedo a equivocarme puedo decir que también confundieron su misión. Él estaba en un área compleja, en un área conflictiva, pero él lo que estaba haciendo era ayudando a los campesinos para que su producción pudiera salir, esa era la cooperativa de producción, salir de las áreas difíciles para vender el producto cosechado. Él estaba ayudando al mercadeo de los productos y su avioneta aparentemente fue derribada, con el propósito de quitarle uno de los puntos de apoyo al movimiento cooperativo, que era lo que sostenía a los campesinos que estaban produciendo, porque no podían sacar sus productos, porque no existía carretera.

En ese sentido, tú me hablabas también de las cooperativas de Amatitlán, de la Cooperativa Guadalupana. Háblame un poco de ese ámbito del cooperativismo más cercano.

Nosotros en ese tiempo éramos un pequeño equipo que habíamos sido contratados por una institución que, afortunadamente, tenía el respaldo de la Embajada de los Estados Unidos, porque a nosotros nos empezaron a perseguir desde el Quiché. Nos consideraron que éramos los comunistas, que estábamos yendo a adoctrinar a la gente para que se levantara. Una cosa es que la gente aprenda a pensar, a defender sus derechos y otra es que la gente se levante. Lo que sí es cierto es que era el programa de AID: "America's Credit Unions" o como se dice: la Federación de Cooperativas

de Estados Unidos, apoyó este proyecto y nos contactó a nosotros, los que estábamos trabajando para constituir la Federación de Cooperativas. Y ahí surgió entonces la distribución de los lugares, a mí me tocó un área grandísima, porque me tocaba las cooperativas del departamento de Guatemala, hasta el departamento de Izabal; me tocó también el departamento de Alta Verapaz, porque en Cobán también creamos la cooperativa con los benedictinos que nos abrieron la puerta; en El Progreso constituimos la gran Cooperativa Guayacán, con el sacerdote y con la parroquia de allí, que eran las puertas que nos abrían, porque tocábamos puertas en diferentes iglesias, en diferentes lugares e íbamos a ofrecer el cooperativismo y los sacerdotes nos permitían hablar con la gente desde el salón parroquial, porque afortunadamente habían escuchado que el cooperativismo era una respuesta gracias a la historia del mismo cooperativismo que lo formaron los primeros obreros en Inglaterra, quienes crearon la primera cooperativa y esos siete principios que crearon ellos, eran con los que estábamos trabajando nosotros. Entonces ahí se creó la cooperativa de Esquipulas, es una grandísima, la de Cobán, la del Progreso, y también nos tocó organizar la Cooperativa Parroquial Guadalupana, la hicimos en un salón de la parroquia con una mesita de madera con unas 30 personas y con ellas empezamos la cooperativa, al día de hoy tendrá unos seiscientos mil asociados, es una gran cooperativa. La misma historia de la cooperativa de Amatitlán, empezamos con 15 personas, nos abrieron su casa unos señores de allá, pero el padre Gaytán fue el que, en la celebración eucarística, en la misa dijo: "Miren, tenemos al delegado de las cooperativas, vino a hablar de ello. Los que se quieran quedar, se quedan", y empezamos con 15 personas y ahora es una de las cooperativas más grandes de Guatemala.

El movimiento cooperativo ha crecido mucho. Y yo tengo testimonios de personas a las que la cooperativa los ha salvado, por ejemplo, que tenían su casa con un crédito hipotecario en un banco, la cooperativa les ha dado para pagar el crédito y ellos siguen como socios, son préstamos con menores intereses que los que da el banco. En realidad, es un esfuerzo de muchos años, pero lo clave, lo importante, es que encontramos en cada lugar un sacerdote que nos abría la puerta.

Monseñor Gerardi fue el primer obispo de Cobán y después de Quiché ¿fue uno de los que abrió la puerta para las cooperativas?

Monseñor Gerardi digamos que era el Coordinador General de la formación, porque cuando nosotros necesitábamos que alguien hablara de la Doctrina Social de la Iglesia, nos referíamos a Monseñor Gerardi.

¿Dentro de este ámbito cooperativo?

Dentro del ámbito social, porque en el ámbito social había cooperativas, había formación de promotores comunitarios, que era un programa que había nacido en el seno de la Universidad Rafael Landívar. Y entonces Monseñor Gerardi, por ejemplo, si había una reunión en CENDEC, que era el Centro de Estudios Cooperativos en Chimaltenango, ahí estaba Monseñor, si había una reunión en la Universidad Landívar, ahí estaba Monseñor; nosotros teníamos la oportunidad de convocar muchas personas, por ejemplo, el primer Congreso de Promotores Sociales asistieron alrededor de cinco mil personas y Monseñor Gerardi era el que daba la plática sobre Doctrina Social de la Iglesia. Juntamente, también en ese sentido, hay que ser honestos, Monseñor Flores también contribuyó mucho en eso. Entonces, con Monseñor Gerardi la ventaja fue que hicimos una amistad, llegamos a ser amigos, amigos de visitarnos de casa en casa, los cumpleaños eran maravillosos porque celebramos el cumpleaños de Monseñor Gerardi todos los años. Y el día que Monseñor Gerardi fue asesinado, a mí me correspondía celebrar mi cumpleaños y me dijo: "Mire, Oscarín, fíjese que en esta oportunidad no lo voy a poder atender porque resulta que tengo un compromiso familiar, pero nos juntamos después en mi casa y lo celebramos", cuando yo celebraba mi cumpleaños, lo íbamos a celebrar a un lugar de Parramos en donde tuvimos también capacitación y regresábamos, y yo lo pasaba dejando a él, yo me lo llevaba en mi carro y lo pasaba dejando a su casa. Cuando yo lo pasaba dejando a su casa, aproximadamente a las diez de la noche que regresábamos después de tanto platicar, le decíamos: "Monseñor Gerardi, no siente usted que tanta gente aquí, ¿pueden molestarlo en algún momento?"; él respondía: "No, no me hacen daño, además me cuidan", pero yo no lo sentía así. Cuando yo salía de allí, ya estaba oscuro, ya había penumbra y salía a recoger mi carro, yo sentía que los señores se paraban a ver qué era lo que hacía; ese día que mataron a Monseñor Gerardi, él regresó a su casa solo porque nosotros estábamos en la celebración, o sea, esa noche, después de la reunión que tuvo con su familia, regresó solo porque yo era el encargado de pasarlo a dejar. Entonces él se regresó solo, definitivamente yo hubiera estado con Monseñor Gerardi y probablemente también a mí me hubieran matado, porque el grupo que mató a Monseñor era un grupo pensado, no eran uno ni dos, era un grupo bien organizado que tenían la disponibilidad de asesinarlo con una piedra para no dejar la huella del tipo de armas y el tipo de cascabillos que iban a quedar, el plan fue bien hecho.

Bueno, conociste a Gerardi en otras dimensiones de la vida, tanto en la organización de las cooperativas como de Cáritas. A mí me gustaría también hablar de Cáritas.

Correcto. Bueno, hay un dato muy importante de monseñor donde tuve la dicha de que viajáramos juntos. Cuando se hace un viaje en compañía, creo que se obtiene un conocimiento muy profundo de la persona. Tuvimos la dicha de ir a México después del terremoto de México para visitar algunas áreas y ver en qué podíamos colaborar.

¿Del terremoto de México o de aquí?

Del terremoto de México, recuerdo que tuvimos oportunidad de que nos recibiera el Cardenal de ese momento, de apellido Corripio. Lo recibió en su despacho y tuvimos la oportunidad de ir a Ciudad Guzmán también, era uno de los lugares más afectados y llevamos alguna ayuda que me proporcionaron mis amigos con quienes yo trabajaba, de una fundación del comité de servicio con sede en Boston, Estados Unidos. Pero yo le pedí a Monseñor que me acompañara para ver los daños que se había causado a nivel de las comunidades eclesiales y visitar Cáritas para ver cómo estaban desarrollando su trabajo los de Cáritas de México. Entonces estuvimos alrededor de 15 días platicando, visitando. Visitamos la famosa colonia Tepito que había quedado completamente destruida. Por cierto, recuerdo que nos preguntaron en el hotel que de dónde veníamos, porque fuimos a ver cómo había quedado Tepito, fuimos a platicar con algunos sacerdotes; “¿fueron a Tepito y no los asaltaron?, pues si llevan su cámara, los hubieran asaltado, pero son las primeras personas que van a Tepito, a pie y no los asaltan”, nosotros llevábamos la protección divina y Monseñor solo me miraba y se reía.

Tuvimos la oportunidad de platicar mucho con monseñor, incluso me dijo: “mira, Oscar, yo quisiera platicar con algunos de estos señores que están financiando el movimiento insurgente, si quiero conocer”. Y sí vimos a unos cuantos, Monseñor fue muy categórico con ellos.

Les dijo, categóricamente ante mí: “lo que pasa con ustedes, es que no están conociendo la dimensión de la realidad y de lo que está pasando en Guatemala. Ustedes están utilizando a la gente como cebo, la están utilizando como carnada y la gente está muriendo. Ustedes están teniendo la responsabilidad histórica de las masacres que se están cometiendo con la gente, ustedes se las están patrocinando porque le están dando armas al enemigo ¿Qué es lo que ustedes buscan con eso? ¿Hacer publicidad? ¿Decir

que están matando mucha gente y que les apoyen? o ¿qué?, la gente está muriendo y ustedes deben revisar lo que están haciendo”.

¿En ese momento Monseñor Gerardi era Obispo de Quiché?

No, estaba en Guatemala, era después que regreso del exilio. Lo que quiero dejar claro y categórico es que él les habló muy fuerte a ellos, muy fuerte.

Esa reunión, ¿cómo se concertó?

Había unos guatemaltecos que tenían alguna relación con estas personas, no te puedo decir si eran comandantes, la cosa era que tenían un vínculo, pero era necesario hablarles, que alguien les dijera la verdad de lo que estaba sucediendo en Guatemala, alguien tenía que decirles del desangramiento que se estaba dando como una matanza indiscriminada. Y a Monseñor eso lo tenía muy mal, eso lo tenía incluso muy molesto, se quería desahogar y decirles que ellos estaban siendo cómplices de los crímenes también. Eso debería quedar claro en la historia, que Monseñor Gerardi acusó seriamente a las dos partes en conflicto, ni defendió, ni estuvo a favor de ninguno, sino que los acusó como responsables de las masacres que se estaban cometiendo.

Y eso no se me olvida a mí, por eso yo defiendo con mi vida a Monseñor Gerardi, porque fue un hombre íntegro que quería evitar la mortandad que se estaba dando en Guatemala, porque nadie hablaba nada, ni siquiera Naciones Unidas decía nada en ese tiempo: ¡que se evitara ya! Que se pararan esas matanzas que se daban, que como todos lo sabemos, era algo terrible.

Regresando el tiempo, cuando a Monseñor Gerardi lo expulsan de Guatemala, Oscar Enríquez ¿en qué estaba? Y ¿cómo sintió esa injusticia de que al Obispo de Quiché y Presidente de la Conferencia Episcopal le denegaran la entrada a Guatemala, a su propio país?

Fue un golpe tremendo porque siente uno que se queda huérfano. Monseñor creo que se asiló en Costa Rica y nos comunicábamos permanentemente para poder compartir cómo se estaban dando las cosas en Guatemala. Y Guatemala iba cayendo. Cada vez se hundía más en el desastre porque el conflicto mató mucha más gente inocente, gente comprometida en el conflicto, es decir, se perseguían a los inocentes.

En aquel tiempo era el Presidente Lucas García. Yo creo que era un personaje totalmente nefasto para la historia de Guatemala.

Además de eso, tenía un equipo de gente sumamente asesina. Estaba el que era ministro de Gobernación, Donaldo Álvarez Ruíz, además estaban

también otros policías que sí eran terribles. Cuando en un momento surgió un aviso que nos dieron a nosotros, había un cooperativista que lo tenían en el cuartel de Quetzaltenango y tres de nosotros fuimos a hablar con Donaldo Álvarez y a decirle que había una equivocación, iban a matar a un inocente, él era Gerente de la cooperativa. El delito por el que lo detuvieron era porque decían que era comandante guerrillero, era porque la cooperativa se llamaba Movimiento Campesino en Tejutla, así le pusieron, entonces Donaldo Álvarez nos dijo que eso quedaba fuera de su jurisdicción, pero nos llevó con el general Benedicto Lucas que al parecer lo metió en problemas. Benedicto Lucas nos entró a su despacho y nos dice: “¿con que ustedes vienen a meter las manos al fuego por un comandante guerrillero?”; respondimos: “No, señor Ministro, venimos a meter las manos al fuego por un cooperativista y quisiéramos explicarle lo que es una cooperativa, que el nombre que le pusieron a la cooperativa no tiene nada que ver con la subversión ni con la guerrilla. Es un movimiento campesino de gente que se movilizó para organizar su propia cooperativa”. Estaba empeñado en demostrar que era guerrillero, no fue hasta que amenazamos con que nos metieran a todos si decíamos lo contrario, que nos lo dieron, nos lo entregaron en situaciones terribles. Pero así logramos salvar a más de alguno, pero ya nuestra vida también corría peligro.

Hablaste de tu viaje con Monseñor Gerardi a México. ¿Otros ámbitos donde pudiste compartir con él vida, trabajo, pareceres, opiniones...?

Monseñor Gerardi era una persona muy especial porque era una persona alegre, le gustaba compartir, y los cumpleaños de Monseñor Gerardi eran tan alegres, pero tan alegres, que nos reíamos mucho porque Monseñor Gerardi tenía la dicha de contar chistes, se sabía muchos chistes Monseñor Gerardi. Recuerdo una vez que visitamos una casa de un sacerdote en la colonia Justo Rufino Barrios, que nos invitó porque estábamos precisamente elaborando el Plan Arquidiocesano de Pastoral y fue el cumpleaños de ese sacerdote y nos invitó, al cual también asistió Monseñor Penados, quien también se reía de los chistes de Monseñor Gerardi y se creaba un ambiente tan alegre, porque dentro del marco de los chistes, dentro del marco de la reunión, también se analizaba, se hacía un análisis de coyuntura, un análisis de la realidad. Pero lo que te quiero decir es que el ambiente que se creaba con Monseñor Gerardi era tan agradable. Un hombre de mucho respeto, porque tampoco había palabras soeces, no había cosas vulgares, había un respeto muy agradable con el que se compartía. Pasaban las horas platicando, contando y nosotros nos sentíamos muy bien. Yo siempre asistía con José Miguel Gaytán, otro gran personaje de la historia de Guatemala, porque creamos una comunidad con

Monseñor Gerardi y nos reuníamos en la casa de José Miguel para análisis bíblico, para análisis espiritual, para análisis teológico.

Y allí participaban Gaitán y José Miguel, participaba Oscar Enrique, participaba Monseñor...

Varias personas, había hasta un General, que me reservo el nombre, pero un General convertido que hasta la fecha es una persona de las pocas que pueden salvar la organización; convertido completamente, esta persona llegó a tenerle tanto cariño a Monseñor Gerardi que en una oportunidad tuvieron esta conversación:

Monseñor, ¿usted no tiene pena de que lo puedan matar?

Mire, pena no tengo, miedo tampoco, tengo más pena por la cantidad de muertos guatemaltecos que hay.

¿A usted no le gustaría salir del país por algún tiempo?

No, jamás saldría del país porque me parece inapropiado en mi investidura, luego de haber llegado a ser el Vicario de la Diócesis, dejar abandonado a mi pueblo, ¿cómo irme yo para salvar mi pellejo? Si están matando gente, ¡también que me maten a mí!

Yo quiero morir como están muriendo los guatemaltecos, pero no me voy a ir a ningún lado. Su respuesta nos dejó fríos a todos.

Esos cursos bíblicos, ¿quién los impartía?

Prácticamente eran cursos de conversatorio, las dudas que se podían presentar a cada uno sobre su formación teológica, su formación religiosa, las presentábamos a Monseñor, de allí empezaba la charla. Yo veía, por ejemplo, a Polito Sandoval, creo que lo conociste. Es un ingeniero agrónomo muy bueno, que incluso fue Ministro de Agricultura de Guatemala y que tuvo problemas cuando sacó su documento sobre la importancia de la reforma agraria que le costó el puesto, era poco religioso, él no tenía mucho vínculo con la Iglesia, pero cuando conoció a Monseñor Gerardi dijo: "Yo hasta ahora conocí la verdadera iglesia, y yo ya no me voy a separar de este grupo, yo quiero seguir en este grupo". Así estaba también Rodolfo Martínez Ferraté, otro ingeniero agrónomo muy bueno, que participó en muchas instituciones, fue Director de Desarrollo de la Comunidad en aquel tiempo, después se fue a un puesto al ICA, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas.

Háblame un poquito más de este que me dices Polito, el nombre de él ¿cuál sería?

Leopoldo Sandoval, fue presidente del INTA en el tiempo de Méndez Montenegro.

¿Aún vive?

No, murió ya Polito. Es un vínculo muy interesante porque en ese tiempo logró entregarle una finca que se llamaba Cacahuito a los campesinos. No recuerdo si era en la jurisdicción de Jutiapa o de Jalapa, pero les entregó esa finca. Por supuesto que fue seriamente acusado de que iba por otra línea. Polo Sandoval tenía una capacidad extraordinaria. Fue presidente del INTA y en ese tiempo en que fue presidente, hubo un vínculo muy interesante, porque nosotros formamos a los campesinos como promotores sociales de esa finca para que hubiera productividad. Los formamos en el centro de la Universidad Landívar. Recibieron su capacitación para que, al tener la finca, pudieran generar y fuera productiva.

¿De dónde era natural él? ¿era de Guatemala, del occidente..?

Te digo que eran de Jutiapa. También estaba otro amigo que aún vive, Paco Sandoval que decía "yo soy de la República de Moyuta".

Oscar, ¿Cuál fue tu misión en el tiempo del terremoto?

Estábamos en el año 1976 y yo era parte de Cáritas de Guatemala precisamente en ese momento. Y Cáritas siempre tiene a un Obispo como Presidente y yo era Director Ejecutivo.

El responsable en ese tiempo era Monseñor Flores. Fue precisamente cuando, en esa oportunidad, tuve la dicha de ir a Roma. Pero el terremoto nos dio la gran oportunidad de hacer una buena labor, porque el período de emergencia del terremoto lo cubrimos con Cáritas con toda la ayuda que se pudo brindar, fue justamente cuando entra el movimiento cooperativo, la distribuimos a través de las cooperativas.

¿Dónde tenían las oficinas Cáritas en ese momento?

En ese tiempo estábamos en zona cuatro, en una gran casona que aún existe, cerca del Banco Industrial, lo recuerdo porque yo fui a dormir ahí con toda mi familia, mi casa se había rajado. Entonces tuvimos mucha ayuda de España, vino de inmediato, nos juntamos y la distribuimos; hubo mucho apoyo con Cáritas, el que desempeñó un papel importante también fue Monseñor Flores en ese tiempo por ser el Presidente de Cáritas. Nosotros pasamos

de ahí al Comité de Reconstrucción, porque cuando vieron el trabajo que nosotros habíamos hecho en Cáritas, nos llamó Peralta Méndez para el Comité de Reconstrucción, estuvo integrado por Sherlock Eugenio, que era el Presidente; Ricardo Peralta Méndez, que era el Director ejecutivo; después estaba el Ministro de Finanzas; luego estaba José Miguel, como el Delegado de las organizaciones sociales de Guatemala; y yo, que era el Secretario General. Éramos cinco personajes los que estudiamos la metodología del Comité de Reconstrucción, una metodología que tuvo naturalmente un impacto inmediato y que debía haber quedado como una metodología para todas las instancias o fenómenos naturales que surgieran en Guatemala. Porque, en primer lugar, nosotros no manejábamos ni un centavo, el dinero que venía de parte de los donantes, se estableció, que los mismos donantes fueran embajadas, iglesias o fundaciones, lo iban a manejar ellos. La función del Comité de Reconstrucción era supervisar las obras de la organización comunitaria, de la formación de las personas y se les puso como condición a estas personas que ellos iban a contar con el apoyo de la comunidad y que el Comité de Reconstrucción iba a formar a las comunidades para que contribuyeran con su propia reconstrucción.

De ahí la forma en que se reconstruyó Guatemala en un período y la movilidad económica que se dio, porque como las personas organizadas recibían un salario de las instituciones que estaban apoyando para construir sus propias cosas, sí había movilidad económica. Y creamos el fideicomiso con el banco que en ese entonces se llamaba "Gandesá", de un interés bajísimo, del 2% para los préstamos de reconstrucción. Y entonces hubo productividad, está comprobado que fue cuando más se movilizó la productividad. El banco tenía su propio fideicomiso, el Banco de la Vivienda también, las instituciones de gobierno estaban al servicio del comité y el comité las convocaba para informar, dar a conocer el proceso de cómo se estaba desarrollando. Nosotros éramos los que guiábamos el desarrollo de la reconstrucción, en su primera etapa, el comité fue un éxito total, reconocido por las Naciones Unidas.

Ahora, en ese contexto, el terremoto fue en febrero y los obispos publican una carta pastoral: "Unidos en la Esperanza" en julio, había una denuncia en esa carta pastoral. Con Monseñor Gerardi siendo el Presidente ¿cómo ustedes analizaron en ese momento ese documento?

Debemos tomar en cuenta los diferentes ejes, porque está el terremoto, pero también el conflicto armado que empieza a tener una presencia fuerte, también empieza la persecución a tal punto en que a nosotros nos empezaron a perseguir, y lo hacen en primer lugar porque no nos prestábamos a

ningún negocio ilícito, porque la metodología nos había cerrado la puerta, metodología que nosotros habíamos creado para que no hubieran negocios personales, las ofertas eran a diario, llegaban a ofrecernos lámina, tantos millones, construcción de vivienda, a ofrecernos cemento en donde nos daban opción a ofrecerlo a diferentes entidades y tal, pero la metodología estaba establecida. Esa carta impactó mucho a la sociedad, ¿qué diéramos por tener una carta ahorita?, ahorita sería una carta que podría dar a conocer diez veces más la situación de miseria que está viviendo el pueblo de Guatemala.

Nos reunimos con el comité, con el presidente y pedimos que se diera respuesta, fue precisamente eso lo que obligó al fideicomiso para que se diera más oportunidad, que la gente pudiera reconstruir sus casas, pero con actividades productivas, que no solo se diera dinero para la reconstrucción, sino que pusieran un negocio, una microempresa con el préstamo que se les diera. Fue donde el movimiento cooperativo creció, porque José Miguel, que era el representante de los recursos sociales, daba instrucciones para que el movimiento cooperativo le diera apoyo, el movimiento cooperativo movilizó a su gente, estableció también mecanismos para facilitar préstamos, o sea que sí hubo movilidad. La carta fue fundamental para mejorar las circunstancias, además, esa carta también permitió que no hubiera ningún mínimo de corrupción en el manejo de recursos de Guatemala.

Sin embargo, el Cardenal en ese tiempo, Casariego, no la quiso firmar.

Por supuesto. ¿Cómo la iba a firmar? si él representaba a los sectores tradicionales retrógrados. Recuerdo una vez que tuvimos un diálogo con el cardenal porque nosotros pusimos como lema de nuestro trabajo, como comité de construcción: "La creación de un hombre nuevo", por lo que nos emplazó, dijo que no podíamos estar utilizando términos evangélicos. "¡Claro que sí! -le dijimos- ¡por supuesto, tenemos el derecho! ¿A quién le está pidiendo el Señor hacer el hombre nuevo? ¿a las estructuras jerárquicas de la Iglesia o a los laicos?". Yo creo que nos enfadamos un poco, sí nos llamó la atención por haber puesto ese lema.

Cuando Monseñor Gerardi inicia el proyecto REMHI, Oscar Enríquez ¿en qué momento estaba de su vida?

Monseñor Gerardi estaba muy claro en lo que estaba haciendo, tenía muy claro que el objetivo fundamental de este proyecto era dar cristiana sepultura a los desaparecidos, a los que se habían muerto y no se sabía de ellos. Ese era el objetivo fundamental de Monseñor, pero conforme fue haciéndose

la investigación, se fue dando cuenta de las atrocidades cometidas contra esta gente. Recuerdo la narrativa de los bomberos de Chichicastenango, nos contaron que cuando ellos recibían las llamadas telefónicas, que les avisaban que se presentaran porque iba a haber carne y encontraban a los cuerpos de las personas con la bayoneta ensartada en las madres embarazadas, en el estómago para sacarles al niño, eso nos lo contaron los bomberos de Chichicastenango y nos dijeron que ellos habían tenido que renunciar e ir a tratamiento psicológico por ver esos casos patéticos que encontraban en las comunidades rurales. Monseñor nunca se imaginó que las denuncias iban a ser parecidas, por las formas, por los procedimientos, por los métodos que utilizaron para matar a la gente. Entonces él encontró que había mucho más de fondo que solo dar cristiana sepultura, ya es un legítimo derecho teológico, porque hasta a Jesús le dieron su cristiana sepultura. Es decir, se luchó por eso, pero se encontró con que la cosa era más profunda, más dramática de lo que se imagina.

Para ir concluyendo, Para Oscar Enríquez, ¿cómo ves el martirio dentro de una iglesia martirial como la de Guatemala?

Bueno, Monseñor Gerardi tenía una frase que siempre leemos, decía: "No se olviden que nos pueden eliminar, pero el alma nunca nos la van a poder matar". Y se fue con esa idea de que su alma y que Monseñor vive, es bueno que se den cuenta de que después de la muerte de Monseñor Gerardi, las vocaciones fructificaron mucho en Guatemala y las comunidades eclesiales de base crecieron, lo sé por mis vínculos con la gente en el campo, hay muchas comunidades eclesiales de base en Guatemala que resistieron la agresión cometida contra las comunidades por parte de las Fuerzas Armadas y por parte de las iglesias fundamentalistas que vinieron con el propósito de extinguir a la religión católica. Pero el martirio de Monseñor Gerardi ha sido como una siembra que nos recuerda a cada momento en nuestra vida que, el defender nuestra fe con nuestra propia sangre, es el momento más grande que puede tener un creyente.

Monseñor nos dejó esa siembra en nuestro corazón, la defensa de la fe es en sí misma el defender la fe en Jesucristo y por eso nosotros creemos que mientras viva Jesús en nuestro corazón, nuestra fe la defenderemos con nuestra propia sangre. Esa es, digamos, la enseñanza máxima que nos dejó Monseñor Gerardi y su martirio es una forma de decirnos a nosotros que, todos aquellos mártires que han dado su vida por el Evangelio nos enseñan que, en el momento del martirio, sigamos glorificando al Señor.

¿Cuándo fue la última vez que le estrechaste la mano a Monseñor Gerardi?

Estuvo en la casa de nosotros antes de su martirio. Estábamos preparando una plática que iba a dar en Chimaltenango, en CENDEC, Centro de Estudios Cooperativos, él me dijo que quería reunirse conmigo para que le diera todos los datos, por lo que yo lo invité a almorzar con nosotros. Entonces lo fui a traer y estuvimos platicando sobre la reunión de diferentes grupos que venían y nosotros queríamos que les hablara sobre cooperativismo y la Doctrina Social de la Iglesia, que encaja perfectamente dentro del marco de la obra social de la Iglesia, entonces platicamos. Almorzamos y luego me tocó irlo a dejar a su casa y no le estreché la mano, sino que nos dimos un fuerte abrazo, me dijo: “usted, si este abrazo no es de despedida, hombre, si nos vamos a dar muchos otros”, pero sí fue el último que nos dimos. Fue el último abrazo que le di a Monseñor Gerardi. Esta camisa fue la que me regaló para mi último cumpleaños y la llevo puesta para los acontecimientos importantes. Muchas gracias por la oportunidad de haber hablado de un gran hombre.

Gracias Oscar por este momento que nos has concedido. Porque en ti, en tus capacidades, en tu inteligencia y en tu historia, hay retazos bellísimos de la vida de la Iglesia y del compromiso de la Iglesia que sigue siendo válido. Pero aún en este momento de emoción yo te quería pedir algo, posiblemente los jóvenes de hoy, casi 25 años después de su martirio, poco o nada pueden conocer de la historia que pasó, que queremos que nunca se repita, y de la vida de Monseñor Gerardi. ¿Qué le dice alguien que ha vivido tantas realidades como Oscar Enrique, a los jóvenes de hoy?

Bueno, yo tengo un vínculo muy lindo con jóvenes porque tengo la dicha que, aunque sea una persona mayor, me pongo a jugar fútbol con ellos, vamos a un taller o una reunión y siempre me preguntan que cuál es la receta para mantenerse tan activo, yo les digo que son tres cosas: una, estar siempre tomado de la mano de Dios; dos, tener a Jesús en su corazón; y tres, buscar la protección del Espíritu Santo. Porque yo tuve un problema en mi vida, cuando perdí a mi madre, pasé dos años sin poder superar el duelo por ser lo más grande que tiene un hijo, pero hubo un hombre que me ayudó a superarla, fue Monseñor Gerardi. Al comentárselo me dijo: “Usted es un hombre muy devoto, yo lo he visto cuando ha estado en las celebraciones eucarísticas, cuando usted va a comulgar. A partir de ahora, pídale al Señor que en ese momento de su comunión también pueda estar usted hablando con su madre, hable con ella, dígale todo lo que quiera, que la ama”. A partir de ese momento, yo logré superar esa tristeza de mi madre. Monseñor Gerardi me enseñó que la comunión es para recibir a Jesús y para estar muy cerca de mi madre. Yo les diría a los jóvenes que necesitan del consejo y

testimonio del adulto mayor en materia de espiritualidad. Yo diría que el joven debe conocer a profundidad el valor de su espiritualidad, porque junto a su capacidad, a su ingenio, a su creatividad, la espiritualidad le da esa fuerza para salir adelante. Yo se lo digo a mis nietos, que son patojos egresados de la universidad, algunos médicos, algunos ingenieros. Tengo un muchacho trabajador social que le gusta mucho trabajar en la comunidad y le digo: "tu conocimiento, tu capacidad, todos tus aprendizajes tienen que ir a la par de tu espiritualidad para que seas un hombre íntegro. Tenés que conocer hombres como Monseñor Gerardi, que entregaron su vida para poder superar la tragedia que vive Guatemala, entregaron su vida por amor a Guatemala, por amor a los guatemaltecos, porque él pudo haberse ido de Guatemala y no quiso, se entregó, es esa entrega, lo que necesitamos los seres humanos, especialmente ustedes los jóvenes".

Tú eres un testigo fiel y además andas con una reliquia encima. ¿Qué significa todo eso para ti? Ya nos lo dijiste con tus lágrimas, pero llevar una camisa que regaló Monseñor Gerardi, pocos.

Estando en México vimos las camisas, compró dos, una para él y otra para mí, y a partir de ahí, la cuido mucho, no me la pongo muy seguido, sólo para los acontecimientos muy importantes.

Este acontecimiento de estar contigo creo que es un acontecimiento importante y los que te vean y los que hemos tenido la dicha de estar aquí contigo para darte un abrazo y no arrugarte la camisa es aún mayor. Muchas gracias por concedernos este momento.

Muchas gracias, Santiago y muchas gracias por la oportunidad. También al camarógrafo y a nuestra señorita secretaria Patty que nos ha estado pidiendo la colaboración.

Gracias a ti. Muy amable.



| Padre Prudencio Rodríguez

Hso. Hoy tenemos la alegría de encontrarnos en la Parroquia Santo Hermano Pedro al fondo de Jocotales en Chinautla, una zona de las tradicionalmente marginales de esta gran ciudad de Guatemala. Es un lugar desde donde se vive la fe y desde donde queremos también hoy recordar con alguien a Monseñor Gerardi. De alguna manera, él propició todo el trabajo con las áreas marginales y hoy estamos en una de ellas.

Mi nombre es Prudencio Rodríguez, misionero, sacerdote prestado de una diócesis de España a la Arquidiócesis de Guatemala. Vivo aquí desde hace años, desde los años 70.

Dinos algo de lo que tú recuerdas de tu experiencia y convivencia con Monseñor Gerardi...

Hombre, con Monseñor Gerardi yo le conocí en los últimos días de abril del año 74. Fue un año muy significativo para Monseñor Gerardi y le conocí en algo que abrió el apetito de la acción pastoral, porque yo llevaba muy pocos meses en Guatemala. Él estaba en el Encuentro de Agentes de Pastoral de Pueblos Originarios en Quetzaltenango y convivimos agradablemente con él. Recuerdo un montón de detalles de aquellos días, era el primer encuentro. Meses antes hubo en Cobán, el Encuentro de Pueblos Naturales y el de Quetzaltenango era de agentes, es decir, sacerdotes, religiosas, catequistas que trabajaban en los pueblos originarios de Guatemala.

Antes de eso creo que sería bueno, padre Prudencio, contar algo muy bonito de tu vida que fue el momento de tu llegada a Colombia. Yo creo que eso valdría la pena. ¿Cuál fue tu primera misión apenas llegaste a Colombia desde España?

La primera misión de mi vida sacerdotal fue en el río Magdalena, en el Magdalena Medio, que entonces se estaba haciendo famoso, estamos hablando del año 68. Yo llegué ocho días después que Pablo VI y yo pensé que ya todo estaba hecho, que el Papa ya lo había hecho todo y qué equivocado estaba, porque todavía quedó mucho que hacer. Los días que todavía estuve en Bogotá antes de llegar al Magdalena Medio, bajado del avión, Segundo

Galilea nos pidió a los misioneros que íbamos en aquel momento, que éramos cuatro, que le ayudáramos en el documento de Medellín, porque él era del equipo que llaman Comisión de Estilo. Y entonces es la tarea que a mí me tocó, los señores obispos se habían olvidado de poner las citas bíblicas, me tocó estar con una Biblia buscando qué habían puesto los obispos, en qué parte de la Biblia está y poner las citas.

Llegaste a América amaneciendo con Medellín...

Amaneciendo con Medellín y eso ya no se olvida, queda en el Génesis de uno. Es decir, yo no puedo vivir América sin Medellín, pero Juan Gerardi tampoco pudo vivir después del 74 sin el Sínodo del 74 sobre la evangelización. Es decir, Juan Gerardi manejaba la Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi", del Papa Pablo VI, de una forma extraordinaria. Porque había estado hasta en la redacción e incluso creo que estuvo en el equipo que ayudó a Pablo VI a la redacción de la "Evangelii nuntiandi", que salió el año siguiente el 8 de diciembre del 75.

Saltamos inmediatamente a Guatemala para seguir con lo que nos estabas introduciendo de ese encuentro, que hoy diríamos, de pastoral indígena.

Representando a los q'eqchies. Desde entonces tuvimos mucha cercanía, es verdad que sintonizamos muy bien y hubo mucha empatía entre Juan y mi persona, siempre que nos encontrábamos era como que nos hubiéramos visto constantemente, una vez me dijo "Pero si hace cuatro años que no nos vemos y llevamos media hora platicando de cosas profundas, es que nuestra amistad debe ser seria, eso entiendo".

Después tenían una mediación cercana porque el buen amigo de Gerardi era Luis Manresa, tu obispo.

Claro, allá estaban cuatro obispos, Gerardo Flores, Luis Manresa, Juan Gerardi y Víctor Hugo Martínez, que estaba entonces en Huehuetenango y que justamente se reconoció entonces como feligrés mío, porque había nacido en la parroquia donde yo estaba, Y desde entonces tuvimos relación.

¿En San Felipe Reu?

En San Felipe Retalhuleu, sí. Pero Luis Manresa es el que llevaba la Diócesis de Quetzaltenango de una forma muy corporativa. Es decir, había mucha consulta, sobre todo hubo dos muy serias, una fue para "Unidos en la Esperanza" en que participaron cientos de catequistas y otra consulta fue la del documento de "Trabajo de Puebla", fue estudiado previamente por los

catequistas y por la gente de nuestras comunidades. Todo eso lo manejó muy bien Luis Manresa.

Y, de hecho, tanto Luis Manresa como Gerardi, entre otros, participaron activamente en Puebla

Muy activamente. Fueron un grupo que influyeron mucho en el documento de Puebla. A nosotros nos llevó el documento en papel, todavía no estaba en imprenta y nos hizo fotocopias para toda la diócesis, antes de que saliera en la imprenta.

Antes de ser aprobado en Roma. Sí, yo creo que Monseñor Manresa manifestaba un gran entusiasmo. Sin embargo, fue su último año de Obispo de Quetzaltenango.

Sí, después presentó su renuncia y en Roma la aceptaron.

Siguiendo con Monseñor Gerardi, yo me imagino que te lo pudiste encontrar no solamente en ese momento, sino en otros muchos momentos...

En muchos momentos, puedo recordar alguno de los encuentros de los centros apostólicos o centros de formación de catequistas y delegados de la palabra que se hacían cada año.

Enuméranos un poquito esos centros, porque sería interesante.

Los centros fueron una pastoral de conjunto a nivel nacional y ahí sí nos encontramos con multitud de obispos, vicarios de pastoral, etc. Ministerios que se estaban entonces construyendo, se estaban haciendo y había centros de formación, no sólo en Quetzaltenango, sino en el Quiché; en Huehuetenango; Campos de Dios en Izabal; Poptún en Petén; los benedictinos en Cobán; Escuintla con la Familia de Dios. Es decir, había realidades muy fuertes también, estaba en Zacapa, había también una experiencia ahí en La Unión, Zacapa. Había experiencias que fueron muy coordinadas a nivel nacional y espacios de formación muy ricos en esos encuentros. Ciertamente que entonces Juan Gerardi también apoyó la realización de los encuentros teológico-pastorales del RELAN y lo que llamaban el mini Ipla que se realizó en Emaús, o también se realizó en Panajachel, en el centro que tienen en Panajachel la Diócesis de Sololá.

¿Pudiste participar con él?

Me encontré algunas veces con él. Recuerdo una vez tuve que ir a presentar a Sololá, a Panajachel, un tema al equipo que estaba en ese encuentro. Me tocó trabajar dos días con ellos. Sí, recuerdo eso y Juan Gerardi estuvo presente.

Juan Gerardi era un hombre que a primera vista parecía conciliador, lo era. Parecía una persona seria, hasta podía uno pensar que no era dialogante sino era todos estos calificativos que digo creo que eran al revés en su persona.

Era muy humano, profundamente humano, un hombre de grandes sentimientos. Yo podría contar un detalle que a mí me impactó tremendamente cuando teníamos el equipo de pastoral de la Diócesis en el que éramos 12 personas, cinco laicos, cinco presbíteros, un obispo y una laica que hacía de secretaria, Miriam Hernández. Y en esa época vino Juan a celebrar las confirmaciones aquí a la zona 6, a la Escuela Marista y al día siguiente, el lunes, teníamos reunión con él, todo este equipo. Esa tarde había muerto una familia en un accidente de una camioneta, de un autobús por ahí en la zona uno, había muerto el papá y el niño, Diego. Y Diego había sido monaguillo en la celebración de las confirmaciones. Cuando yo, antes de terminar la reunión, le dije: "Juan, me tengo que ir, porque este niño que ayer te ayudó en las confirmaciones de monaguillo, murió ayer en un accidente". Con qué ternura lo recibió y cuántas veces después me preguntó por ese monaguillo, dije: "¡wow..., qué ternura!". Un hombre que solo se ha encontrado un momento con el monaguillo. Gestos así son muchos. En uno de los viajes a España yo le llevé hasta mi pueblo, para que conociera la parte rural de Castilla y como un kilómetro antes del pueblo, mi padre, que entonces tenía 85 años aproximadamente, estaba dando su paseo diario y entonces yo paré para saludarle, bajó Juan y dije: "Vámonos Juan, vamos adelantando, vamos adelantando porque tenemos que preparar la merienda". Y me dice: "no, yo voy caminando" y se fue caminando con mi padre platicando durante todo ese kilómetro. No se conocían de nada, pero era evidente la ternura de Juan con las personas.

En otra ocasión le invité yo a alguna realización, no recuerdo para qué, en Madrid, y me dijo: "no, yo mañana viajo a Asturias porque no he dado el pésame todavía a los papás de Juan Alonso" y entonces él viajó a Asturias sólo por dar el pésame a los papás de Juan Alonso. Quiere decir que lo grandote que era, sus formas, parece que contradicen su corazón amplio y su ternura, porque Juan era supremamente tierno.

Su estatura pudiera inclinarlo al lado clerical. Sin embargo, era como tú dices, profundamente humano.

En el año 79 yo estaba de vacaciones también en España y no estaba bien, tenía unos problemas de salud. ¿Cómo se enteró Juan que estaba por Madrid? No lo sé, pero una tarde llaman diciendo que iba a ir a cenar un obispo de Guatemala y un sacerdote que estaba estudiando allá. Y sí, era Juan y se fueron a cenar.

Juan, ¿a qué has venido?

Para ver cómo estás, a ver qué es lo que te está pasando.

Y cuando le pedimos que se quedara porque era muy tarde, era la 01:00, este sacerdote dijo que tenía un examen por la mañana, temprano, por lo que le dijimos que se podía ir solo. Juan dijo que no, que le acompañaba él; son detalles de humanidad y eso sí lo tenía muy claro Monseñor Juan Gerardi.

Tú estuviste en algunos de los funerales de los que hoy son “mártires del Quiché”. En el primero Gerardi no pudo estar porque andaba en la “Zona Reina” y en aquel tiempo no había manera de comunicarse. Él vivía muy dolorosamente esos acontecimientos...

Sí, ya te he contado que en España fue a dar el pésame a los papás de Juan Alonso. Yo asistí únicamente al entierro de Faustino y al entierro de Juan. En el entierro de Juan no estuvo él, fue Monseñor Víctor Hugo Martínez el que hizo el elogio.

Monseñor Gerardi, ¿estaba ya exiliado?

Él estaba ya exiliado en Costa Rica, donde también le quisieron bastante. O sea, se dejó querer porque llegó allí y no quiso ser párroco, que le ofreció el obispo de ese entonces, Román Arrieta Villalobos. Le dijo que tomara la parroquia y él dijo: “no, porque soy el Obispo de Quiché y voy a tener que regresar en algún momento, entonces tomo vicaría, pero no parroquia”. Gestos humanos tienen montonera y todos estos eran alimentados por una sana teología. Él era un buen teólogo, él reconocía que no tenía muchos estudios o decía creer eso. Alguna vez nos dijo: “Yo soy el de la docta ignorancia”. ¿Cómo se entiende eso? La docta ignorancia se entiende muy bien, él me decía: “fíjate que yo no leo apenas” y tenía una gran biblioteca, por ejemplo, el Concilium lo tenía íntegro, toda la colección desde el número cero y cuando él murió pasó al Seminario de la Asunción. Pero me explicaba: “hay un sacerdote en mi Diócesis que lee un libro por semana, pero hay un día en semana que va

conmigo para almorzar y él me habla, yo le dejo hablar y me lleno, aprendo. Puedo decir nombres de teólogos que nunca he leído, pero puedo pronunciar bien sus nombres" y él estaba orgulloso porque tenía la docta ignorancia. Es decir, sabía lo que decían los doctos, pero era ignorante.

Él había estudiado teología, pero en la Conferencia lo tenían como especialista en derecho y qué curioso porque todos los problemas de Derecho Canónico: ¡a Gerardi...!

Sí, y el pobre una vez me dice: "oye, ahora que vas a España me tienes que conseguir un libro de un congreso que han hecho en Salamanca todas las facultades de derecho de Europa. Y es sobre la colegialidad de las Conferencias Episcopales, a ver qué capacidades tienen de doctrina y de derecho las Conferencias Episcopales. Lo tienes que conseguir". Me costó bastante encontrarlo en España, pero lo encontré y se lo traje, evidentemente.

Sin duda que sería su alegría. No sé si lo habrá podido leer todo en algún momento dado. Volvamos a sus relaciones, él tenía muy cercano a Monseñor Manresa, a Monseñor Flores, a Próspero y también a Víctor Hugo y yo creo que en aquel tiempo también a Monseñor Quezada. A Quezada, independientemente de que no pensarán igual...

Sí, pero sí se querían. Había otro obispo que era como el alma de ellos, que era Constantino Luna, o sea, Constantino Luna siempre les sacaba la parte espiritual, la parte mariana, y a ellos les satisfacía.

Ellos no tenían una sede de la Conferencia Episcopal y andaban de peregrinos.

Yo creo que hasta en la Casa Central y no sé en cuales otros lugares estuvieron, en Cáritas con los franciscanos en la zona 12. Estaban por varios lugares los pobres.

Con Monseñor Gerardi hubo temas de posición que posiblemente tú pudiste compartir desde Quetzaltenango, como la carta "Unidos en la Esperanza" y después "El clamor por la tierra" y "Urge la verdadera paz" ¿Recuerdas algo de estos acontecimientos?

Sobre todo, con "Unidos en la esperanza", porque no fue del agrado de algunos, incluso parece ser que hubo algunos de los prelados de Guatemala que ni siquiera lo firmaron. Pero lo que Juan entendía, es que sí era la realidad que entendían los catequistas y la gente del pueblo que había trabajado

esa carta, esos conocimientos. La realidad de Guatemala fue analizada ahí por todo el pueblo, no solamente por los obispos y eso Juan lo apreció siempre mucho. Juan tenía un conocimiento y una intuición fuerte sobre el laicado, es decir, y como un dato más claro, puede ser el de la fundación de la ODHAG, eran laicos profesionales y ¿por qué eso? Porque lo primero es que se santifican en la profesión y eso nos lo dijo personalmente, si se santifican, esa es la profesión, entonces lo que necesitamos en la Iglesia son laicos profesionales.

Y jóvenes, porque eran jóvenes.

Eran jóvenes todos los que trabajaron con él y tuvo muy buenas relaciones con ellos, es decir, no había dificultades de relación con ellos, siempre lograron muy buena sintonía.

Era un hombre de jerarquía, pero con los ojos puestos en los de abajo.

Así es, sería una de las cosas más claras de la vida de Juan Gerardi.

Hablábamos con el padre Jesús de la Escuela Monseñor Gerardi. Sin embargo, me gustaría hablar contigo de esa mirada hacia abajo relacionada con la Comisión de Áreas Marginales.

Nunca en la Conferencia Episcopal nos han hecho caso. Nunca han creído que el margen es el centro. Y nunca nos han puesto a alguien que nos acompañe, que acompañe la pastoral de áreas marginales que ya no son solamente de la arquidiócesis, sino que es de todo el país y la marginalidad está creciendo profundamente.

Tú tienes una expresión muy plástica para decir ¿por qué son marginales si son el centro?!

Somos marginales y somos el centro porque, bueno, yo creo que ustedes lo han visto ahora, es decir, por aquí pasan las efes de la ciudad y nosotros hacemos análisis de efes, por tanto, el margen es el que logra tener un diagnóstico de la ciudad. Lo grande no se puede reconocer sino en lo chiquito, solamente en lo chiquito. Juan estuvo siempre con nosotros, en todos los encuentros que tuvimos a nivel diocesano o a nivel nacional, incluso algunos a nivel internacional, sobre pastoral de áreas marginales y comunidades eclesiales de base, siempre estuvo presente. Desde entonces ningún mitrado ha estado presente en esa pastoral. Lógicamente tienen sus razones, o sus opciones, porque no son razones, son opciones. Entonces Juan, incluso la Escuela Monseñor Gerardi, se fundó en enero y él murió en abril.

Y él había estado presente

Él estuvo en la inauguración de la Escuela. Permanece todavía la Escuela y con mucha vitalidad, y no solamente permanece con mucha vitalidad, sino que logró tener el nombre de él, el de Juan, se mantiene en la Escuela y la devoción por Juan también, o sea, el recuerdo de Juan Gerardi también está en la Escuela Monseñor Gerardi.

Es un obispo defensor de los Derechos Humanos. Yo creo que se le conoce internacionalmente como un defensor de los derechos humanos que llevó su compromiso hasta el final...

Hubo una experiencia bastante larga del MIIC, "Movimiento internacional de intelectuales católicos". Y en algún momento MIIC quiso que Guatemala participara, porque estuvimos haciendo algunas experiencias con profesionales para recuperar el MIIC y nos tocó un encuentro internacional en Viena, Austria. Y como justo mis vacaciones en Europa coincidieron, pues me apunté para representar a Guatemala allá. ¡Qué vergüenza pasé! no era muy grande el encuentro, pero sí éramos unas 220 personas de todo el mundo, gente de Tailandia, de Sudáfrica o de Japón te preguntara por Guatemala y conociera a Juan Gerardi y te preguntaba por la muerte de Juan Gerardi, gente con los cuales tú nunca habías conectado, entonces hubo un momento en que el asesor internacional, que era un cura español, me dijo: "hombre, si es que Guatemala nos ha costado dinero. Los informes que ustedes han presentado de Derechos Humanos en la ONU, en la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra, los hemos pagado nosotros porque hemos pagado el viaje de Juan Gerardi y hemos también dado nuestro espacio, el espacio al que nosotros tenemos derecho en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, se lo hemos entregado a ustedes".

Entonces conocían perfectamente a Monseñor Gerardi, su modo de pensar, sus procesos, todo lo conocían muy bien y eso a nivel muy internacional, digamos, puedo hablar de Pablo de Vacies de Paraguay, que estando allá me habló maravillas de Juan. Se encuentra uno en el mundo más resonancia que la misma que nosotros tenemos en nuestro país.

Monseñor Gerardi no era un hombre de los flashes ni un hombre de la visibilidad cinematográfica. De hecho, conservamos pocas imágenes de él. Yo creo que era parte de su personalidad, la discreción. Aún en el hablar...

Hablaba largo, eso sí. Luego otro punto de él es la chispa, es decir, la capacidad de chiste, de gracejo, de lenguaje manejado que él tenía y entonces, eso

mismo yo creo que le ayudó a intuir que había gente que no hablaba, sobre todo el pueblo indígena... y le ayudó a intuir que el proyecto REMHI tenía que ser un hecho pastoral. Y entonces él sí logró por lo menos iniciar ese proceso pastoral del REMHI, yo creo que el REMHI sí es un ejercicio teológicamente sano y pastoralmente perfecto, casi perfecto.

¿Alguna vez viste a Gerardi sufrir o derramar lágrimas?

Fíjate que no, o sea, él era muy crítico, pero tenía confianza en que la gente podía cambiar.

Yo creo que un día, hablando con monseñor Gabino Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo, ya jubilado, le dije que Juan había sido ingenuo porque él me dijo: "¿cómo es posible que Juan Gerardi no se diera cuenta de que le seguían?" Esa era la pregunta de Gabino Díaz Merchán, "¿Cómo es posible que Juan Gerardi no se diera cuenta? con lo inteligente que era". Porque ese era el concepto de Monseñor Gabino.

Me gustaría profundizar en la figura de Don Gabino. Fue un buen amigo de Gerardi, lo vino a visitar, porque fue un arzobispo que en España tuvo una palabra contundente también.

Sí, Gabino Díaz Merchán fue muy sencillo. Era de Toledo. Fue Obispo en Guadix, Baza y ahí es donde le promovieron para Oviedo porque vieron que era la persona indicada para sustituir a Vicente Enrique. Entonces le dieron, aunque estaba en una Diócesis chiquita como la de Guadix-Baza, pero él tiene un gran sentido misionero y quiere mucho a Guatemala desde el viaje que hizo aquí a Guatemala. Es decir, porque habló conmigo, yo estuve en la Casa Sacerdotal de Oviedo, donde él vive y claro, él al ver que yo venía de Guatemala quiso hablar conmigo, lógicamente, por ternura con Guatemala. Entonces sí es un obispo que a mí me dijo eso, que "¿cómo Monseñor Juan Gerardi se había dejado matar?", se había dejado matar para él, a él le dolía mucho esa muerte de Monseñor Gerardi.

Sí, Don Gabino fue un gran personaje junto al Cardenal Tarancón. Él debería haber sido Cardenal en la transición española. Por tanto, era uno de los Obispos que su voz tenía una resonancia fuerte y era, como yo te decía, amigo de Gerardi y sus palabras sobre Guatemala y Quiché tal vez no ha sido suficientemente escuchada.

Posiblemente, es decir, él incluso sacrificó de su Diócesis a sacerdotes para que vinieran a Quiché, y sintió que no había sido reconocido, o sea que no se sabía logrado lo que buscaban al venir al Quiché.

Aún después del hecho de la salida de Quiché de Monseñor Gerardi, regresaba a Oviedo a visitarlo, a visitar a los sacerdotes que le habían acompañado, siempre guardaba un cariño por Asturias.

Claro, ya he contado antes cómo fue a Asturias a dar el pésame a los papás del beato Juan Alonso, yo hablé con él por teléfono cuando él estaba en Asturias, en la casa de la familia de Juan Alonso.

Juan Gerardi, cuando tuvo que dejar la diócesis, también se le pidió la Conferencia, "tienes que ir a Roma a hablar" y coincidía con un Sínodo, el Sínodo de la Familia. Y llegó a Roma y a veces uno puede tener esta sensación con ese dicho muy popular de Guatemala: "No me ayudes, mejor no digas nada..."; no sé exactamente cómo es, pero el Papa quería ayudarlo, Juan Pablo II escribió una carta en favor de Gerardi que aquí fue mal leída por las autoridades y coincide que esa carta fue la que hizo posible la expulsión de Guatemala en el mejor de los casos, aunque yo pienso que en algún momento pensaron en desaparecerlo al llegar al aeropuerto.

Sí, es posible que pensarán en desaparecerlo. La carta ahí está, en el libro de la Conferencia Episcopal, los documentos de la Conferencia Episcopal, ahí está la carta y yo creo que se puede todavía leer. La carta estaba hecha con muy buena voluntad por parte del Papa Juan Pablo, pero fue lo mismo que pasó con lo de la Embajada de España, lo mismo que pasó con otras cosas, no ha sido reconocido por las autoridades de nuestro país.

Sin duda alguna. ¿Cómo viviste la partida de Gerardi? Yo hablo de él como el mártir, no me sale otra expresión después de sellar el compromiso que tuvo, sobre todo con REMHI. Para mí ese compromiso por la verdad, por esclarecer los hechos, por darle la palabra a las víctimas, y lo miro como un mártir. No me hubiera gustado que hubiese terminado así, pero los hechos nos hacen rendirnos a las evidencias.

La ida a Costa Rica fue dura, pero la vuelta fue más dura. Es decir, ahí hay un momento fuerte en la regresada en que sí sufrió Juan Gerardi. Él llegó a decirme en una ocasión: "solo me entiende Juan Pablo", o sea, sólo Juan Pablo lo ha entendido, pero yo creo que no era eso lo que quería decir, sino que sólo Juan Pablo lo ha escuchado. Era lo que Gerardi sintió, es decir, que no hubo solidaridad en la Conferencia Episcopal tampoco.

De hecho, alguna vez me has contado, cuando llegó el papa a Costa Rica en el primer viaje y estaban todos los obispos centroamericanos, en 1983, y que tú marcabas que el Papa enseguida lo localizó...

...A Gerardi, sí. Le llamé por su nombre y le dijo: "¿Todavía no se puede volver al Quiché?"

Pareciera que en un momento dado se pensó en esa visita pasaría por Quiché, que el Papa Juan Pablo II aterrizaría en Santa Cruz del Quiché. No se pudo.

Fueron dos visitas de Tucci, del jesuita que coordinaba los viajes de Juan Pablo. Fueron dos visitas las que hizo a Santa Cruz del Quiché preparando la ida a Quiché, o sea que no fue una cosa ingenua, fue muy bien preparado, pero terminaron entendiendo que no se podía.

Un cura vecino del Quiché, de Santa Lucía la Reforma, Luis Gregorio Bautista, acompañó a Tucci en esas visitas por lo que es todavía un testigo válido de que no se podía.

¿Le podemos dar a Gerardi este título: "El obispo mártir de una iglesia mártir"?

Perfecto. Acepto. Acepto el título. Obispo mártir de una iglesia mártir.

Pero había tantos mártires de catequistas, de laicos, de sacerdotes, religiosos y no habían tocado a un obispo ¿Era tanto el respeto de los sectores poderosos de Guatemala que se resistían a tocar a un obispo?

No, yo creo que no va por ahí, pero si a alguno, no recuerdo quién fue, no sé si fue Eduardo Pironio, cuando hizo el retiro con los obispos del SEDAC en la Posada Belén de Antigua, creo que fue en el 1975, no sé si fue Eduardo el que dijo: "ya que han matado curas, falta que maten un obispo", alguien dijo eso. Es decir, no es algo ajeno a lo que pensamos, sí es posible que algunos pensarán en que lo próximo era un obispo. Ciertamente, cuando mataron a Hermógenes, yo ese día estaba en Chichicastenango y ahí me enteré cuando mataron a Hermógenes, pudimos decir: "se levantó la veda", y eso es lo que posiblemente pasó con Gerardi, se levantó la veda de obispos también.

Gerardi hizo un pronunciamiento serio, muy serio, muy solidario ante la muerte del padre Hermógenes, no se quedó callado porque el cardenal de aquel tiempo, Casariego, hablaba de "sacerdotes, mejor cállense".

Si, pobre Hermógenes ¿verdad? El mártir Hermógenes fue velado en una galera de láminas. Y su obispo dijo: "¿Por qué le tienen aquí?", era el templo parroquial, no sabía que desde el terremoto no tenían templo parroquial en San José Pinula, pero esas cosas pasan.

Hemos tenido beatificaciones desde Monseñor Romero hasta los mártires de Quiché y recientemente los mártires de El Salvador ¿será que, en medio de esta propuesta del Papa Francisco, de una Iglesia sinodal, en una Iglesia martirial?

Juan Gerardi ciertamente es mártir de la fe y claramente mártir de la justicia, porque su defensa es la justicia y no hay fe si no hay justicia, o sea, la fe es nula si no hay justicia, entonces la Iglesia martirial de El Quiché, de Guatemala, de El Salvador, de Centroamérica en general, nos acerca a la primitiva Iglesia que es martirial. Y ciertamente Juan Gerardi tiene categoría de mártir de iglesia y eso sí lo afirmo hoy, él tiene categoría de mártir de Iglesia.

Él estaba posiblemente en ese momento el primero en la lista.

Ciertamente esa fue mi conversación con Gabino Díaz Merchán. Es decir, él no se puso en la lista. Él puso en la lista a quienes trabajaban con él, pero él no se puso en la lista, no entendió que la lista podía ir por él. ¿Verdad?

Se entendió que eso era un gesto no solamente contra sus ayudantes, sino contra la Iglesia entera en Guatemala, que en aquel momento estaba muy viva, defendía los Derechos Humanos, quería hacer luz sobre la verdad de las víctimas y los amigos de la oscuridad no quieren que haya luz.

Claro, evidentemente es eso, el REMHI da la voz, da la palabra y en el pensamiento de Juan, tanto en la pastoral indígena como en la pastoral de laicos, en el sentido de iglesia laical o Iglesia pascual, como les había dicho, Eduardo Pironio, en aquel famoso retiro, Juan Gerardi lo tenía muy claro, entonces la Iglesia sí se convierte en una iglesia de los primeros siglos, que es lo que las Comunidades Eclesiales de Base recuperan.

Una de tus ideas que en algún momento quisimos desarrollar algunas personas era: "Monseñor Romero fue martirizado en la Cuaresma, en el camino hacia la pascua y Gerardi fue martirizado en la Pascua". ¿Te acuerdas de eso?

Lo tengo muy presente. Es decir, Romero tenía 63 años, algo así, era un luchador con la palabra, Juan iba a cumplir los 75 en diciembre. Yo le vi en cierta ocasión un ensayo de carta de renuncia por los 75, me preguntó si tenía que hacerle un anuncio directo al Papa. O sea, la vida de Juan era completa, la vida de Oscar Arnulfo estaba en camino. Entonces por eso yo digo que es el mártir de la Cuaresma, de la lucha del hombre y el mártir de la Pascua, que es Juan Gerardi, con una edad de plenitud y con un tiempo pascual. Y de hecho uno muere en la Cuaresma, en un jueves de dolores y es sepultado un Lunes Santo y el otro muere en una Pascua.

En Centroamérica se han dado los hechos de que algunos de los mártires se les ha asesinado por su capacidad de analizar y de visualizar por dónde debe ir el caminar de los pueblos. Allí está Ellacuría, pero está también Monseñor Gerardi. Yo creo que era un gran analista ¿así lo percibiste tú?

Sí, él tenía un análisis claro de la realidad del país. Es decir, te podías fiar perfectamente porque él conocía muy bien. Y no solamente conocía, es que trataba con los mismos oligarcas.

No sé si recordáis los 50 años de sacerdote en la catedral, cuando se presentó el presidente de la república y se puso en la primera banca de la catedral. ¿Qué hacía allí ese señor?, cuando estaban en un momento prácticamente de persecución a la iglesia. Yo le pregunté a Juan:

“¿Qué hiciste Juan? ¿Por qué le invitaste?”

No le invité yo. Se invitó él, contestó-. Yo fui a desayunar un día con él porque me llamó y lógicamente tenía que responderle.”

Estando desayunando, uno de los edecanes le dijo que monseñor tenía una festividad en esos días, esa festividad eran sus 50 años de sacerdote y el presidente pidió que llevaran la invitación. Juan me comenta que ahí mismo, en la mesa, llevaron la invitación y que el presidente confirmó su asistencia. Pero Juan: ¿y la cena?, le pregunté yo, eso fue Próspero, me dijo: “Al estar en la catedral, como los obispos íbamos a cenar juntos en el obispado, Próspero le dijo que se quedara”. Fue un acontecimiento muy bonito, porque Gerardo Flores, que no se calla, le desafió al Presidente allá y se ganaron varios espacios, con Serrano Elías, en esa conversación en que intervino Gerardo Flores.

Bueno, Gerardo Flores era como el compañero con el que Juan Gerardi se hablaba sin reservas...

Exactamente. Su lenguaje era a calzón quitado. Ellos podían hablar de todo con toda tranquilidad, pero los dos tienen análisis de la realidad sociopolítica muy clara y eso sí es importante porque no se puede uno meter en política si no sabe más que los políticos. Eso es evidente, porque te agarran por cualquier lado. Entonces esos obispos sí fueron gente técnica que estudiaban. Juan sabía de las leyes, manejaba muy bien todos los elementos que los legislativos o los judiciales trabajaban y podían hablar, podían aconsejar al presidente perfectamente. Conocemos de otro obispo de épocas anteriores que iba con el presidente, desayunaba con el Presidente, pero era para contarle los chismes de la Conferencia Episcopal. Tú lo conocerás.

Para terminar, recordar su martirio, recordar su legado. ¿Qué te viene a la mente de cara al legado y martirio, para seguir construyendo el Reino de Dios en esta Iglesia y en este país?

No se puede celebrar los 100 años de Juan, los 25 años de su martirio, si no damos rostro a nuestra Iglesia y un rostro variado, es decir, desde la inculturación del Evangelio, desde los pueblos originarios, desde la historia evangelizadora que tenemos tan rica en Guatemala. Juan Gerardi fue respetuoso con los pueblos y con la gente y sobre todo abrió caminos para que la gente hablara, para que la gente dijera su palabra. Yo por ahí me quedaría en las palabras, es decir, buscar un rostro nuevo de iglesia, evidentemente hoy es la sinodalidad, o sea, no se puede hacer una iglesia individualista, hay que hacerla sinodal, hay que reconocer que todos los bautizados somos iguales, que todos los bautizados tenemos el don del Espíritu que no es algo especial para el clero, sino que es para todos los bautizados y todos.

El Cardenal Bergoglio, Jorge, siendo Arzobispo de Buenos Aires, enterado de la muerte de Monseñor Gerardi, envió una carta a Monseñor Próspero, muy fraterna, muy dolida y muy en consonancia con él, con la tradición de los mártires. ¿Qué significaría hoy tener a Gerardi sabiendo que ese Bergoglio hoy es el Obispo de Roma y está haciendo que la Iglesia camine por los caminos que también soñaba Gerardi?

Gerardi fue un soñador, evidentemente. Y Francisco ha soñado con amor, cuando habla de sueños, habla de amor, "Querida Amazonía", la única carta del Magisterio que es carta de amor, como en el Antiguo Testamento solamente está el Cantar de los Cantares. Pero entonces ese tipo de canto de amor de Francisco, lo puede afirmar perfectamente Juan, porque ya digo, el hecho mismo de estar con nosotros en las reuniones de las Comunidades Eclesiales de Base y donde esté el pueblo, allí está Juan, eso yo creo que es lo que vale, ¿no? Donde esté el pueblo, está Juan.

Sigue siendo como nos decía brevemente Monseñor Flores: "Juanito nos mostró el camino" y esto nos lo dijo hace un mes o dos meses.

Prudencio, te agradecemos este rato que nos has concedido. Yo creo que de cara al futuro son testimonios valiosos que nos ayudarán con esto. Agradecemos tantos años entregados también como misionero a esta Iglesia, que yo creo que Gerardi fue alguien que valoró la misión que ustedes como misioneros han realizado en esta iglesia de Guatemala. Y yo creo que es también un momento como para decirte: gracias Prudencio, porque a pesar de tus achaques sigues donde está el pueblo.

Allí hay que estar, allí hay que estar, Francisco lo dice muy claro: “nada se puede empezar de nuevo si no es desde abajo”, lo dice muy claro. Entonces ahí hay que estar.

Y tú te viniste a esta zona tan marginal, donde las inundaciones los llevan por delante, donde la realidad social es tan difícil. Y bueno, ya tienes una edad donde si estuvieras en España estarías medio jubilado, viviendo bastante bien y sin embargo eres un misionero dando el do de pecho. Gracias Prudencio.

Gracias, Santiago.



| Sor Ana María Hernández

Hso. Buenos días. Hoy estamos en un lugar muy paradigmático y reconocido, relacionado con la vida de Monseñor Juan Gerardi. De niño, él entró a estudiar al entonces llamado "Asilo Santa María de las Hijas de la Caridad". Seguramente que aquí fueron sus tiempos de estudio, y, sobre todo, de participar en la vida espiritual que marcaba el ritmo de educación de las Hijas de la Caridad y, al mismo tiempo, juegos de niños, sus tareas, sus compañeros de estudio y fue un tiempo en el que muchos lo recuerdan feliz. En esta ocasión tenemos también a alguien que lo conoció; no en aquella época, porque es imposible, pero sí lo conoció muchos años después, cuando Monseñor Gerardi, luego de haber regresado del exilio y haber pasado unos años en La curia Metropolitana como Obispo auxiliar, ayudando a Monseñor Próspero, decidió, como dice hoy el Papa Francisco, salir a la calle y empezar a atender a las personas más necesitadas

Buenos días. Mi nombre es Sor Ana María Hernández Escobar. Soy Hermana de la Caridad de San Vicente de Paúl. Estoy actualmente en el "Asilo Santa María", que hoy se llama "Centro Escolar Mixto Santa María". Yo he trabajado muchos años en la pastoral social a nivel comunitario y estoy aquí a la orden para lo que les pueda servir.

Sor Ana María, ¿cuándo y cómo conoció usted a Monseñor Juan Gerardi?

Bueno, es una historia muy linda para mí. Resulta que yo fui secretaria de CONFREGUA durante seis años y tenía mucha relación con Monseñor Penados. Cuando salí de CONFREGUA, Monseñor Penados le dijo a Monseñor Efraín Hernández que me solicitara para trabajar en la Pastoral Social del Arzobispado. Me dio permiso la Superiora Provincial, Sor Griselda Ríos, y empecé el dos de julio de 1989. Cuando llegué al Arzobispado, no había absolutamente nada; todo frívolo. Entonces Monseñor Efraín Hernández me dijo: "El tesorero le va a pasar una cantidad para empezar a trabajar". ¿Cuál fue mi sorpresa? Me dio 30 Quetzales. Con los 30 Quetzales, fui con Monseñor Efraín y le dije: "monseñor, esto es risorio para una hija de la Caridad. Este trabajo no lo puede hacer una hija la Caridad; lo puede hacer cualquier persona seglar. Si usted quiere, yo le monto algo en grande". "Hágalo", me dijo.

En esa época, Vinicio Cerezo era el Presidente de la República y yo tenía cierta amistad con él. Le hablé por teléfono, le expliqué la situación y, al día siguiente, me llamó y me dio la donación de cinco mil quetzales, fui con los cinco mil y se lo enseñé a Monseñor Efraín Hernández y le dije: “Con esto voy a empezar; voy a usar dos mil quinientos para servicio de los pobres y los otros dos mil quinientos para montar la oficina”. Y así empezó la oficina. El 27 de septiembre de 1989 se estaba haciendo la inauguración oficial del Servicio Social del Arzobispado. Yo tenía también cierta amistad con el señor Nuncio Apostólico y se invitó para la inauguración a Monseñor Próspero Penados, Monseñor Gerardi, Monseñor Urizar y Monseñor Rodolfo Mendoza. Y fueron la bendición. Monseñor Gerardi hizo entronización de la Virgen de la Medalla Milagrosa, la que nosotros amamos y a la que le somos devotas.

Y así empezó la oficina. Cuando se inauguró, ya tenía yo montado una clínica, medicina y ya tenía secretaria. En esa época, llegaba la Licenciada Amparo Lizardi Valenzuela, por las tardes, a apoyarme ad honorem. Y así fue como empezó naciendo todo. Se montó la oficina y después esto se hizo grande. Se hicieron proyectos y entonces empezó la ayuda para el Arzobispado, porque era una novedad; abrir un servicio social en el Arzobispado, porque antes no existía.

Después se incorporó César Méndez y me dijo: “Mira, vamos a hacer un programa de proyectos, Programas y Proyectos”. “Magnífico”, le dije, y empezamos a trabajar. Entonces Monseñor Efraín Hernández estaba al tanto de todo con Monseñor Penados. Hicimos la solicitud a las agencias internacionales, se hizo el proyecto y Monseñor Efraín Hernández dijo: “Inviten a Monseñor Gerardi para que forme parte de todo”. Lo fuimos a invitar y le dijimos que él se haría cargo de todo lo de Derechos Humanos. Pero como ya había crecido tanto la oficina, tuvimos que trasladarnos, tanto Programas y Proyectos como el Servicio Social, a la 4ª calle Y 7ª avenida, para dejar el local del arzobispado a la Oficina de Derechos Humanos que era lo más interesante en ese momento. Se hizo el proyecto a las agencias internacionales, lo firmó Monseñor Penados y su servidora, porque yo era la coordinadora del Servicio Social del Arzobispado y empezó a fluir las ayudas. Y así fue como se inició la ODHAG, ahí en el edificio del Palacio Arzobispal.

Hermana, cuando usted habla del Servicio Social, ¿a quiénes se atendían? ¿Quiénes llegaban a la oficina de Pastoral Social? ¿Quiénes eran esas personas que recurrían al Arzobispado para alguna necesidad?

Bueno, como ustedes saben, siempre se piensa en los pobres y en cómo se les puede ayudar. Nuestro carisma es servicio a los pobres. Entonces se montó la clínica médica el hermano Marcelino Mendizábal, quien era jesuita, me

facilitó una doctora. Llegaba a dar consulta allí al Arzobispado, y se atendía cantidad de pobres, enfermos, y se les daba la medicina. Llegaban también a presentar sus casos y, en la medida de lo posible, se les iba resolviendo, dándoles facilidades para poner un negocio. En fin, según la posibilidad que se podía hacer con ellos. La ayuda que teníamos era bastante, y le dedicamos mucho atendiendo toda clase de enfermos, de madres solteras, de hijos desamparados. También se me olvidaba decir algo muy importante: que era la guerra de El Salvador y, por medio de la Oficina del Servicio Social, sacamos mucha gente a Canadá y a Suecia. De salvadoreños que venían también huyendo de la guerra de El Salvador, entonces se hizo mucha actividad, con toda esa situación, antes de fundar la ODHAG.

¿Quién facilitaba esos trámites para poder enviar a estas personas, que salían de El Salvador, y colocarlas en otros países?

Bueno, estaba Lar Franklin, que era de Diaconía, y él nos apoyó muchísimo para sacar toda esa gente a Suecia y a Canadá. Ania Cour, creo que era, no me recuerdo bien del nombre, nos facilitaba todo eso.

¿Y ellos en qué ámbitos trabajaban: en embajadas?

Sí, Lar Franklin no sé si era Secretario de Naciones Unidas. No recuerdo qué puesto tenía, pero él nos ayudó bastante.

En ese ámbito entra Monseñor Gerardi a petición de ustedes, ¿cuál fue la actitud de Monseñor Gerardi después de la bendición de las instalaciones de la Pastoral Social?

Monseñor Gerardi, al ver cómo estaba progresando la oficina, se entusiasmó y dijo que con mucho gusto. Y así se incorporó, él fue parte importante en la ODHAG porque le dio toda su creatividad, su dinamismo y todo lo que había sufrido por el exilio. Él aportó mucho para la Oficina de Derechos Humanos. Cuando estábamos en el Servicio Social, buscábamos un abogado para que se hiciera cargo de la oficina y Monseñor Flores recomendó a Ronalith Ochaeta, que estaba en Cobán; lo mandamos a llamar, se le hizo la presentación del proyecto, y dijo que con mucho gusto. Entonces, en 1990 fue cuando se fundó la ODHAG y Ronalith Ochaeta se hizo cargo de iniciar todos los trámites.

¿Cómo se pasa de los Servicios Sociales a los Derechos Humanos? ¿Quiere decir que llegaba gente que no reclamaba ayudas humanitarias de alimentación, alojamiento, sino que ya era un problema de violaciones a los Derechos Humanos?

Exactamente. Como ya estaba fungiendo la Oficina de Derechos Humanos, yo ya no tenía tanta injerencia. Los casos que se me presentaban, yo los remitía

con Ronalth Ochaeta para que él ya hiciera todo el trabajo con relación a los Derechos Humanos, y las denuncias correspondientes.

Monseñor Gerardi estudió aquí en esta casa en la que estamos. ¿Alguna vez hablaron sobre su niñez, de cómo él recuerda a sus profesoras religiosas, hermanas, alguna vez le recordó él esta casa, cuando era niño?

Exactamente, varias veces. Bueno, con Monseñor Gerardi yo tenía mucha relación. Iba en las tardes, como en la mañana tenía mucho trabajo, por las tardes iba a San Sebastián a presentarle todo el informe de lo que se estaba haciendo. Y nos poníamos a platicar. Él contaba muchas historias: del exilio, de lo que sufrió, de su trabajo en Quiché. Cuando yo le dije que estaba en Santa María, se puso muy contento y me dijo que él había estudiado aquí, que guardaba muchos grandes recuerdos de su niñez y me mencionó a varias Hermanas que estaban en ese entonces, no recuerdo los nombres de las Hermanas que estaban en esa época, pero si se expresaba muy bien de su formación en este centro educativo. Para nosotros ha sido como un estandarte y siempre que hacemos algún proyecto, ponemos como ejemplo a Monseñor Gerardi que estudió aquí, en esta escuela. "Monseñor Gerardi, Mártir de la Paz", ponemos nosotros.

Claro. Si tenemos en cuenta que él nació en el año 1922, podría haber estado aquí estudiando en 1928, 1929 o 1930. Esta institución ¿tendría cuánto tiempo en esos años?, ¿en qué año fue fundada?

Esta institución fue fundada el 29 de noviembre de 1900. Ahorita estamos cumpliendo 122 años de formación de niños y jóvenes, con principios y valores morales y cristianos. Han desfilado por aquí grandes personalidades, como Monseñor Gerardi. Tenemos también a Monseñor Ervin García Arandi, el Cardenal Ramazzini estudió aquí su primaria y, según los datos de los archivos de la escuela, el Premio Nobel de la Paz, Miguel Ángel Asturias aprendió aquí sus primeras letras.

Mire qué coincidencia más interesante, porque esta escuela, o este centro, está situado cabalmente donde vivieron muchas familias italianas, entre ellas "Los Ramazzini, los Vetorazzi, los Gerardi y Conedera", ¿alguna vez Monseñor le recordaba esa etapa de su vida de la infancia?

Pues realmente no recuerdo, como fue hace tantos años. Ya hace 30 años de lo que platicábamos con él. Pero si tengo la idea de que sí me mencionaba mucho de su niñez y su infancia, que había sido muy feliz. Eso sí lo recuerdo.

Bien. Entre lo que usted me decía anteriormente, dice que hablaba mucho de sus años de Quiché, de los sufrimientos que a él le tocó sortear en

Quiché y el exilio. ¿Usted lo veía como un hombre sufrido, como un hombre introvertido? ¿Cómo veía usted el carácter de Monseñor Gerardi?

Yo siempre vi a Monseñor Gerardi cuando tocábamos ese punto, con esa convicción firme, y esa fe y ese amor a Jesús, a su vocación sacerdotal, y siempre lo contaba con mucha naturalidad, pero tenía un dejo como de tristeza, de sufrimiento, al recordar todo lo que había vivido.

¿Podemos decir que el exilio marcó de una manera especial su trabajo posterior?

Yo digo que en parte sí, porque lo hizo más sensible a las necesidades de los pobres, y una de las pruebas más fehacientes que tenemos es el trabajo que dedicó él al proyecto "Guatemala Nunca Más"; donde se establece todo el sufrimiento del pueblo, principalmente al pueblo quiché.

Eso es un momentito posterior, pero incidiendo un poco en sus cualidades humanas y personales: él estudio aquí de niño, pero la gente que lo conoció, sobre todo compañeros de estudio, hablan de una memoria prodigiosa. No tenía exactamente el don de la palabra, pero sí de una memoria prodigiosa, de una capacidad de lectura grande, un hombre que sabía analizar la realidad. ¿Tenían reuniones con él para estas actividades?

Sí, teníamos reuniones casi mensuales, o cada dos meses. Se había establecido la reunión de la Oficina del Arzobispado de Derechos Humanos y de Programas y Proyectos donde planificábamos todo el trabajo y siempre monseñor dirigiendo toda la actividad, porque el 10 de mayo de 1990, Monseñor Penados hace un decreto donde lo nombra Coordinador General de la Oficina de Derechos Humanos, de Programas y Proyectos y del Servicio Social. Ahí tengo yo, si ustedes quieren ver, el documento, y también copia del documento.

Lo vamos a sacar, con las imágenes, para que también pueda constar en esta entrevista que usted tan amablemente nos está concediendo. Es decir que no solamente era un proyecto así espontáneo, sino que había una formalidad, también en el servicio a la gente más humilde, y eso era pretendido no solamente por Monseñor Gerardi, sino que salía también de las manos y de la inteligencia de Monseñor Próspero. Era así como ustedes lo querían...

Así es, así es. Monseñor Próspero Penados, fue una persona muy humana, muy sensible, y yo le agradezco profundamente porque, aunque se menciona mucho a Monseñor Gerardi, pero la cabeza de todo fue Monseñor Próspero Penados, porque si él no hubiera tenido esa iniciativa, creo que no hubiera surgido la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado.

¿Eran dos buenos colaboradores?

Exactamente. Sí. Monseñor Gerardi, antes de formar parte del equipo nuestro, él llegaba todos los días al Palacio Arzobispal. Su oficina estaba a la par de Monseñor Efraín Hernández, y ahí estaba él siempre atento, no sé qué oficio tendría él en esa época, no sé, porque mi relación no era directamente con él, yo me inmiscuía propiamente en mi trabajo, que era atender a los pobres.

Las hijas de la Caridad, ¿cómo veían su trabajo, en un ámbito que, por momentos, tenía como ribetes de compromiso riesgoso?

Pues creo que, hasta la fecha, casi ninguna hija de la caridad sabe que yo soy la Fundadora de la Pastoral Social del Arzobispado, porque yo me entregué de alma, corazón y vida a ese proyecto, atendiendo a los pobres, que para mí fue de mucha satisfacción, de poner en juego mi carisma; pero no creo que las Hermanas se hayan dado cuenta, ni mis superiores. No creo que hayan percibido la grandeza de ese trabajo que se hizo.

Fue un trabajo importante y, de hecho, perdura. Eso quiere decir que está cimentado y con buenas raíces. Y nació, cabalmente, por alguien que tiene el carisma del amor a los pobres, que es una hija de la caridad, como lo es Sor Ana María. ¿Usted dónde se formó?

Yo estudié, a mucha honra, en la Casa Central. Ahí me gradué y ya después trabajé 10 años en Granai&Townson, y los designios de Dios son diferentes, porque me llamó y yo, sin pensarlo, entré a la comunidad y he sido muy feliz. El año pasado cumplí 50 años, mis bodas de oro, de pertenecer a la Congregación de Hijas de la Caridad, y soy tan feliz que, si Dios me llama y yo volviera a nacer, volvería entrar otra vez a la comunidad de Hijas de la Caridad, para servir a los pobres.

¿Entraría primero a Granai&Townson para adquirir la experiencia, la sabiduría o las dotes de alguien que puede manejar fondos encaminados para ayudar a la gente más humilde?

Pues yo creo que eso ya es innato en la persona porque yo he trabajado mucho en administración. Tengo 27 años de estar aquí, en esta casa, llevando la administración de la escuelita.

¿Y usted había nacido aquí en la Ciudad Capital?

Sí, nací aquí en la Ciudad Capital.

¿Sus padres también eran de aquí?

Sí, también. Mi mamá era muy cristiana y mi papá también. Yo creo que, desde muy niña, cuando hice mi primera comunión, sentí el primer llamado del Señor.

Ese es el carisma de las Hijas de la Caridad, y yo entiendo que Monseñor, por haber sido estudiante, alumno, de niño, de este lugar, enseguida hizo empatía con una Hija de la Caridad, como usted. En general con todas, pero, por lo que veo, también otros religiosos estuvieron en este proceso de la creación de la Oficina de Pastoral Social del Arzobispado.

Sí, estuvieron otras personas también.

Amparo era, en aquel momento, como su colaboradora y César era un especialista en Proyectos, ¿o cómo se distribuían ustedes las tareas?

Las tareas las hacíamos: yo me dedicaba propiamente y exclusivamente a la Pastoral Social; César se dedicaba a hacer los Programas y Proyectos y la Oficina de Derechos Humanos, que era trabajar directamente la parte humana de los Derechos Humanos.

Él después fue, junto con Monseñor Gerardi, quienes empezaron a organizar ese ámbito, que creció, tanto o más, que la oficina de Pastoral Social.

Así es. Yo no sé si, a la fecha, todavía funciona la Oficina de Pastoral Social. Lo ignoro, no sé.

Sí, porque hay aspectos que se mezclan de la Pastoral Social con Derechos Humanos. Aunque tengo entendido que algunas cosas están fuera, ya tienen su ámbito propio de canalización de estas tareas y estos compromisos. Ahora, pues la Oficina de Derechos Humanos creció un poco más. Hablemos de cómo usted vivió ese proyecto que, si bien a ustedes no les concernía, pero fue también impulsado por el Arzobispado, por todos los obispos del país, pero coordinado por Monseñor Juan Gerardi, que es la Recuperación de la Memoria Histórica, el REMHI. ¿Cómo ustedes vivían, desde su misión, esa parte?

Bueno, nosotros vivimos un poco, por decir así, ajenas, porque la Oficina de Derechos Humanos estaba en el Palacio Arzobispal, y nosotros estábamos en la 4ª calle y 7ª Avenida. Solo nos reuníamos cada vez que teníamos planificación de trabajo mensual con Monseñor Gerardi o Monseñor Efraín Hernández. Nos reuníamos para planificar el trabajo, para ver problemas, para ver cuáles eran las expectativas que se esperaban y todo lo demás.

O sea que la pastoral social tuvo este momento de independencia, creció las necesidades de la gente, iban afluyendo al arzobispado, ¿por necesidad o por confianza?

Pues yo creo que, más que todo, por necesidad, porque el clamor de los pobres es muy grande. También quería decirles que se contó con una Trabajadora

Social que, antes de aceptar un proyecto de alguna situación difícil, se hacía la visita a los hogares y el análisis socioeconómico de las personas para así ayudarlas. No se daba ayuda a quien llegaba, a cualquier persona. Se hacía un estudio porque la situación de los pobres es muy grande.

Usted trabajó en CONFREGUA. ¿El trabajo de CONFREGUA la preparó para esta actividad o tenía una cierta relación ambas misiones que a usted le tocó desempeñar?

Sí, podría decir que CONFREGUA me preparó para esa misión, porque tuve una vista más grande de la realidad nacional. Nos tocó vivir en CONFREGUA los tiempos álgidos de la guerra interna y se formó un comité en CONFREGUA para los retornados, los desplazados y teníamos las reuniones en el Colegio Belga los martes en la tarde, ahí se presentaban todas las situaciones difíciles de los pobres que se palpaban y se miraba toda la realidad que estaba sufriendo con el Conflicto Armado la gente, eso me ayudó a mí para comprender más la situación que se estaba viviendo en Guatemala en estos momentos.

Monseñor Gerardi, después de la presentación del REMHI, fue brutalmente martirizado, digo yo, porque su vida fue entregada en oblación a este trabajo de denuncia de las atrocidades cometidas en tiempos de la violencia de la guerra, ¿cómo le llegó a usted esa noticia esa noche, o esa mañana del día 27 de abril del año 1998?

Para mí fue motivo de mucha tristeza, mucho dolor, porque después de haber estado con él tan cerca, de ver el sufrimiento de la gente, de haber conocido el sufrimiento de él, me llenó de mucha tristeza, de mucha pena, y hasta cierto punto, de encomendarle el alma a nuestro Señor para que lo recibiera en su seno, después de tanto sacrificio y de tanta obra buena que él hizo.

¿Usted lo considera como un mártir?

Pues hasta cierto punto, sí. Porque todavía no se ha establecido exactamente la realidad de su muerte, pero mientras no se esclarezca, sí ha sido un mártir; "Mártir de la Paz", decimos nosotras aquí, en asilo Santa María.

Mártir de la paz y de la verdad, ¿cierto? "Esclarecer los hechos históricos era un riesgo", dijo él en el discurso, ¿verdad? Yo creo que él nunca pensó que las personas que observaban esas actitudes de trabajo de Monseñor Gerardi, iba a recaer sobre él. Él más bien pensaba en la integridad física y personal de las personas, que realmente habían llevado el peso fuerte de la actividad de REMHI, ¿ustedes estaban en la misma situación, en ese momento?

Yo diría que tal vez sí, estábamos en esa situación, viviendo, realmente, en carne propia, lo que a él le había pasado.

¿Y en algún momento usted sintió miedo y dijo “mejor me retiro de esta actividad”?

En ningún momento he sentido miedo de servir a los pobres. Es un riesgo. Todas dificultades difíciles que se puedan presentar. En ningún momento he sentido miedo.

¿Y servir a los pobres siempre es un privilegio y, más que una necesidad?

Sí, para nosotras las Hijas de la Caridad es un privilegio servir a Jesucristo en la persona de los pobres.

Esa expresión que tienen ustedes, tan bella, que me imagino que la heredan del fundador San Vicente de Paúl: dejar a Dios por Dios. ¿Cómo podríamos explicarla en este contexto de la Pastoral Social?

Bueno, el dejar a Dios por Dios yo lo simplifico de una manera muy fácil: Quizás estamos en un momento de oración y nos busca un pobre que tiene urgente necesidad. Salimos de la actividad espiritual para ir a atender al pobre. Pienso que eso es dejar a Dios por Dios, porque el trabajo es siempre oración, pero tenemos que atender a los pobres en el momento que nos solicite.

¿Cómo recuerda usted hoy a Monseñor Gerardi, o cómo lo han recordado en esta institución en estos casi 25 años después de su partida?

Bueno, para nosotros aquí en la escuela ha sido, hasta cierto punto, de satisfacción, porque él pasó por estas aulas y desde niño, se le infundieron los principios y valores porque él no era sacerdote cuando estudió aquí. Tenemos una fotografía cuando está él de sacerdote, con sus compañeros ex alumnos y con las hermanas de esa época, pero para nosotros es un motivo de orgullo saber que él estudió aquí en este establecimiento.

Algunas veces él recordaba que le encantaba venir a las celebraciones como acólito a la capilla o iglesia que ustedes tienen aquí, que me imagino ha de estar dedicada a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa. ¿Alguna vez le recordó estos pasajes de cuando él era acólito, algo travieso, que se subía a los árboles de guayabas?

Sí, alguna vez lo comentó, que él fue muy feliz. Bueno, cuando estuvo él aquí yo quizás estaba muy chiquita o no había nacido. Pero sí, cuando estábamos en el arzobispado, él comentaba y hablaba de su niñez, que había sido muy feliz, que se subía a los palos de guayaba porque, según dicen, aquí había

muchas frutas, muchos árboles y ellos hacían sus travesuras porque en esa época las hermanas eran muy estrictas. Pero él les jugaba la vuelta para hacer sus travesuras.

Monseñor Gerardi tenía algunas expresiones particulares. Digamos que era, posiblemente, su sentido de humanidad el que prevalecía sobre el sacerdote o sobre de su dimensión espiritual, ¿o las llevaba las dos a la par?

Yo digo que llevaba las dos a la par: su dimensión sacerdotal y su dimensión humana. Porque era muy humano, muy sensible a las necesidades de los demás.

¿Era cercano a ustedes, en lo que trabajaban, o era un hombre exigente, rudo o brusco en la manera de tratar a las personas?

De ninguna manera. Nosotros tuvimos una relación muy buena, porque yo casi cada semana iba a San Sebastián a presentar el plan de trabajo, darle informe de lo que hacíamos, y él estaba muy contento con ese trabajo. Lamentablemente mi superiora -digo lamentablemente porque pude seguir haciendo mucho bien- mi superiora provincial me dio el cambio en enero de 1991 y tuve que entregar todo, pero siempre, como nosotras las Hijas de la Caridad somos tan exactas, llamé a una auditora para que me hiciera el inventario de todo lo que se había logrado hacer, y la licenciada María Luisa Cajas hizo un acta notarial cuando ya entregué el puesto. Entregué las llaves, entregué todo el dinero que al principio yo manejaba los fondos, estaba mi nombre en la cuenta, y después, cuando se centralizó todo, que Monseñor Gerardi fue el Coordinador, se pasó al Arzobispado, los fondos que yo manejaba. Del Arzobispado me pasaban una cantidad mensual, para seguir atendiendo a los pobres.

Recordar a Monseñor Gerardi siempre significa verlo con su sensibilidad cercana a las necesidades de la gente humilde.

Así es. Y ahorita que estamos hablando de él, viene a mi mente cuando llegaba yo a San Sebastián y él sentado en su salita, en su recibidor, contando sus anécdotas, riéndose, y contando sus historias y toda su vida. Era un momento muy feliz cuando nos reuníamos con él.

¿Era un hombre que animaba?

Que animaba a seguir adelante el trabajo. Nunca fue rudo, nunca fue tajante, sino al contrario, muy amable, muy comprensivo y siempre tenía el don de escucha. Cuando yo le presentaba alguna situación difícil que se estaba viviendo, y sabía escuchar, la analizaba y él daba la solución.

Cuando dice, y después lo vamos a ver, que tiene documentado gráficamente todo este trabajo, usted se tomó el cuidado de ir haciendo

este aporte como testimonio de algo que estaba llamado a dar una gran respuesta a muchas necesidades. ¿Por qué se tomó ese trabajo extra, o ese trabajo complementario?

Bueno, yo cuando salí del Arzobispado, tenía copia de algunas cosas y las saqué para guardarlas, personalmente, como testimonio. Dije "Algún día va a servir esto", pero cuando murió Monseñor Gerardi, me aboqué yo a hablar con Monseñor Efraín Hernández, a darle mi sentido pésame y a cambiar impresiones, y me dijo Monseñor Efraín: "Usted tiene que escribir toda la historia para que quede aquí presente" y le dije "Ay monseñor, yo no quisiera". "Lo tiene que hacer", me dijo Monseñor Efraín Hernández, y así fue como escribí algunas anécdotas de cómo surgió la oficina de Servicio Social, de Programas y Proyectos, y de la ODHAG.

¿Y lo fue documentando con fotografías?

Lo fui documentando con fotografías y se las entregué, en esa época, a Ronal Ochaeta, que era de la ODHAG, y de Programas y Proyectos estaba Carlos Aldana; se lo di a él y también a Lupita, y no me recuerdo a quién más, y a Monseñor Efraín Hernández también le di una copia y yo me quedé con una copia.

Cuando la recibía, ¿qué le decía? ¿La trataba de hermana, de Sor; cómo la trataba?

Me trataba muy bien. "Sor Ana María" me dice. "Siéntese, vamos a ver qué trae", y ya le explicaba yo, nos poníamos a platicar, y después, ya que le presentaba las orientaciones de trabajo, se ponía a contar sus anécdotas. Muy cercano.

Era un hombre que sabía mezclar, digamos, toda su sabiduría, práctica e intelectual, con el buen trato a la gente que se acercaba a su persona. Aunque, de entrada, a veces, parecía demasiado serio.

Pues yo nunca lo vi demasiado serio, sino muy fraterno. Yo no conocí a Monseñor Gerardi tratándolo así mucho tiempo, porque él en el Quiché y yo pues en mi ámbito como Hija de la Caridad, hasta que llegué al Arzobispado. Pero nunca lo vi serio, sino al contrario; muy cariñoso, atento, amable, y cuando le fuimos a hablar para que nos acompañara, que íbamos a organizar la ODHAG, que, si podíamos contar con él, se puso muy contento y dio todo su entusiasmo y dijo que sí lo iba a hacer, y ahí fue cuando se empezó a incorporar a todo el trabajo.

De todo esto que usted me habla, han pasado ya más de 30 años. ¿Sigue teniendo validez tanto el trabajo que ustedes realizaron en Pastoral Social como en la Oficina de Derechos Humanos? ¿Guatemala demanda esos

servicios todavía con la fuerza que entonces se necesitaba?

Yo digo que sí. En este tiempo de pandemia surge la necesidad de atender a los pobres más que nunca. Muchos se han quedado sin trabajo, sin comida, y vemos a los migrantes que siempre andan buscando mejores oportunidades de vida para irse al Norte. Creo que sí sería una oportunidad que la Pastoral Social del Arzobispado, con todo su auge, siga trabajando.

Ustedes están aquí frente a la Oficina del Migrante, coincidentemente muchos años después de su presencia aquí, está Oficina del Migrante, dirigida por los misioneros Escalabrinianos. Esta casa ha servido, en varios momentos, para recibir a los migrantes.

Exactamente. En octubre de hace dos años, cuando vino la gran cantidad de migrantes, en esta casa se hospedaron más de 5,000. Invadieron toda la casa. El terreno de aquí es grandísimo y no había ni por dónde pasar. Cerraron toda la calle, como que era manifestación. Miles de gentes. Las Hermanas yendo y viniendo. Fue un día de desvelo, de atención a los migrantes, de ver que venían madres con niños tiernos, señoras embarazadas, personas en silla ruedas. Total, que fue una cosa algo terrible, pero hemos tenido oportunidad de tener migrantes en alguna ocasión, cuando vienen los grupos grandísimos.

Pero eso significa tomar contacto con la realidad más sangrante que vive el mundo de hoy, que el Papa Francisco nos la recuerda con tanta frecuencia.

Así es. Es tomar conciencia de la situación que se está viviendo en todos los países, porque los migrantes son, más que todo, de Honduras, de El Salvador, de Nicaragua; los países que sufren quizás más pobreza que nosotros. Porque Guatemala es rica en producción, pero también es muy explotada, y entonces ahí vienen las dificultades de las faltas de trabajo.

Cuando recordamos a Monseñor Gerardi en estos ámbitos de servicio, pues lo presentamos como un ejemplo para los niños y los jóvenes. ¿Qué les diríamos hoy, a la luz de esta memoria, de este recuerdo? ¿Cómo llevar este mensaje del compromiso de Gerardi a niños y jóvenes? ¿Cómo lo hacen aquí?

Pues ahorita lamentablemente las clases son virtuales. No tenemos contacto con los niños, pero sí siempre se les habla a los niños de la vivencia de Monseñor Gerardi. Pienso que, si las clases algún día son presenciales, que se tenga más contacto con los niños. Siempre se les da clases para ver un poco la realidad nacional, para que vayan siendo sensibles también a las necesidades de los demás.

Cuando nos saludamos esta mañana, al llegar, usted nos hablaba de las dificultades que ustedes tienen ahora en este Centro Educativo para

poder seguir desempeñando su misión. Me gustaría que nos hablara un poquito de esta dificultad, en tiempos de pandemia. Me imagino que esto ha sido el detonante de esa situación.

Sí. Este año cumplimos 122 años de existencia. El Asilo Santa María fue fundado el 29 de noviembre de 1900 y se puso el nombre de "Asilo Santa María" porque se formaban aquí niñas huérfanas. Pobres, demasiado pobres, y aquí se les daba todo. En el año 1972, se tuvo que cambiar por nombre de Escuela Santa María, pero, por problemas económicos, se cambió al nombre de Centro Escolar Mixto Santa María. Lamentablemente, en este tiempo de pandemia, muchos padres de familia se han quedado sin trabajo, otros han fallecido, otros han sido hogares desintegrados. Y entonces ha sido poca la afluencia de niños. Actualmente tenemos 308 niños. Las cuotas que pagan, no voy a decir que son módicas, pero no son accesibles a los padres de familia, porque cobramos cuatrocientos veinticinco quetzales en primaria y quinientos quetzales por servicios de básicos. Ahorita pues, por la falta de niños, tenemos un déficit de más de trescientos mil quetzales que, según los cálculos, no tenemos para pagar los salarios del personal a partir de junio. Pero confiamos en la divina providencia de que tal vez alguna agencia internacional nos pueda apoyar, que estamos solicitando ayudas para becas para otorgarle a los niños que no pueden pagar la colegiatura y que tienen el deseo de seguir estudiando.

Pues ojalá que el recuerdo, la memoria de Monseñor Gerardi, pueda salir al paso de estas carencias que ahora se hacen tan visibles, también en un lugar como este, donde empezó sus estudios Monseñor Gerardi. Así se lo deseo.

Gracias Hermano.

Fue una alegría estar con usted y recordar los momentos en que su trabajo dejó cimientos fuertes para una institución que hoy sigue teniendo tanta urgencia como hace 30, 35 años, y lo mismo, como usted nos decía, el salir al paso de los Derechos Humanos. Gracias por ese servicio, tal vez callado, pero necesario. Ese servicio que, ustedes, con pocos medios, con treinta quetzales iniciaron. Es posible que sea la repetición de aquel momento de Jesús, que, encontrándose frente al templo, vio a una pobre anciana y viuda echar las poquitas monedas que tenía. Y para Jesús, era su gran riqueza.

Así es. Muchas gracias a usted Hermano Santiago por esta entrevista, y que el Señor lo siga bendiciendo a usted, y deseo muchos éxitos para la ODHAG, que siga trabajando con ese entusiasmo y ese cariño con que fue fundada.



María Bonifacia Damian Chito

Hso. San Miguel Uspantán es una de las regiones más bellas que tiene el departamento de Quiché, fue en su tiempo un municipio del que están resultando otros municipios, parte del Ixcán, parte de Chicamán y por supuesto Uspantán. Siempre seguimos las huellas de Monseñor Juan Gerardi y, en ese sentido, él de alguna manera pasó por estos caminos haciendo el bien.

Muy buenas tardes, soy María Bonifacia Damián Chito, soy originaria de Uspantán; hablo tres idiomas, Uspanteco, Quiché y un poco el castellano. Soy víctima del conflicto armado que pasó del 80 a 81 y soy nieta de Don Antonio Chito Vicente, que fue secuestrado en el 81 y por el momento no sabemos de su desaparición, aquí estoy a la orden, también a través de las organizaciones donde yo estoy participando, voy conociendo más sobre las historias de nuestros mártires de la Diócesis del Quiché.

En un momento dado, María Bonifacia, ¿usted entró a formar parte del grupo de jóvenes de la parroquia?

Entré a formar parte del grupo de jóvenes de la parroquia porque me quedé traumada por todo lo que había pasado, aquí en el convento se llenó como un destacamento militar. Nosotros ya no podíamos acercarnos y nos daba miedo al recordar todo lo que había pasado, pero a través de las laicas y laicos y a través de las hermanas que llegaron, nos apoyaron bastante.

Adelantándome un poco, antes de preguntarle sobre Monseñor Gerardi, ¿a usted le tocó vivir de manera muy cruel el conflicto armado y usted quedó con una cicatriz? Muy fuerte en su cabeza. ¿Y hubo alguien que le ayudó a superar ese momento?

Quien me apoyó fue la hermana Bárbara Ford, porque yo saqué un curso de salud mental por seis meses, me quedé herida y muy mal de la salud. Y entonces ella me recomendó, de parte de una organización, que yo estuve sacando un curso por seis meses y conocí en carne propia a la hermana Bárbara Ford, ella misma me recomendó para que el Monseñor Gerardi recogiera el testimonio de lo que viví.

Eso voy a preguntárselo, pero hábleme un poquito más de la hermana Bárbara y de su paso por el grupo de jóvenes

Mi paso por los grupos de jóvenes de aquí, de la Iglesia Católica, como decía, con poco miedo, pero a través de su persona, el hermano Santiago, que nos vino a apoyar bastante y entonces así fue que yo me acerqué más, por todo lo que usted nos vino a enseñar. También saqué, no sé si todavía se recuerda que nos dio unos tres cursos en Chichicastenango, en la Casa Marista, fue muy motivado por usted, me apoyó bastante, poco a poco yo me fui acercando y busqué organizaciones, donde yo me pude desarrollar, por todo lo que había pasado.

Y en ese sentido conectamos con el proyecto de Monseñor Gerardi, que es el REMHI y yo quisiera hacerle esta pregunta: ¿Cómo conoció usted a Monseñor Gerardi?

A través de la hermana Bárbara Ford, yo le comenté la verdad: "yo ya no aguanto porque tengo una cicatriz aquí en la cabeza, yo no puedo porque mi pelo antes era muy grande, pero como me dijo el doctor que yo no puedo crecer mucho el pelo, porque me da muy fuerte dolor de cabeza por la cicatriz que tengo, entonces yo cada dos o tres meses lo tengo que cortar aunque yo no quisiera, pero no puedo llevar así y es más, por eso, me quedé mal de los ojos, porque por esta herida que yo cargo en la cabeza, por los soldados que cuando entraron a secuestrar a mi abuelo, me dejaron medio muerta, pero Dios no sé cómo fue que me devolvió la vida todavía y aquí estoy".

Entonces, a través de eso que yo le estuve contando a la hermana, me dijo que necesitaba hablar con un psicólogo, para que me pudiera ayudar, para que yo me lavara todo lo que tenía en la cabeza, porque yo no puedo ni ver ni hacer carne, mucho menos ver la ropa de los soldados, porque me quedó trauma, porque a mí también me pegaron y me dejaron medio muerta. Entonces a mí no se me quita todo eso, el gran coraje que yo cargo hacia esas personas, pero a través de eso, pues gracias a Dios que la hermana me recomendó en la oficina con los jóvenes de CONAVIGUA, me apoyaron bastante. Entonces a través de esa organización y con la hermana Ford, fue que yo me acerqué más con Monseñor Gerardi.

Cuéntenos ese día que usted llegó a la casa de Monseñor Gerardi

Ese día fue un 20 de abril que estuvimos ahí. Ah, pues él me ayudó bastante cuando me recibió con mucho cariño, con mucha amabilidad y me dijo que recemos un momento en la capilla. Me llevó para rezar y luego yo entregué mi testimonio, me entrevistaron ahí. Y cuando yo entregué mi testimonio, como que todo me vació en el corazón.

¿Él estaba presente?

Él estaba presente ahí y al terminar, terminé de llorar y vino él, me ungió monseñor y después de eso hicimos oración. Al terminar la oración nos invitó a un almuerzo, compartimos ahí, estuvimos con él, como a las 15:00 de la tarde salimos de la oficina, me regresé otra vez a la oficina de CONAVIGUA, porque ahí me tuve que quedar, no tenía fondos para pagar hoteles.

Ya después, a los dos días, cuando yo ya venía de regreso, fue cuando supe que ya lo mataron al Monseñor, sí, pero Monseñor para mí ahí sí que fue una gran persona, fue como un gran doctor para mí, porque desde esa fecha yo ya no necesitaba irme con doctores, Monseñor me lavó toda esa cicatriz, esa herida que yo cargo en la cabeza.

Sí, porque a través de mi testimonio que yo estuve dando a él y también otros apoyos más que él me ha dado, él me animó bastante de estar siguiendo esa lucha, verdad... porque también estar en las organizaciones, por eso yo ahorita busqué organización donde peleamos nuestro derecho, porque a través de Monseñor fue que me ayudó y me dijo ese derecho a través de la sangre de las víctimas que fue derramada, a través de eso ustedes van a seguir dándolo, cultivando que no lo dejen bajo un cajón, donde no se mira el testimonio de ellos, sino que eso hay que cultivar, si para eso los mataron a ellos, por la verdad uno tiene que dar la vida. Y cuando yo supe que lo mataron, ahí está la semilla, por la verdad se murió nuestro Señor Jesucristo dije yo, porque me recuerdo la palabra cuando él dijo: "Bienaventurados los que dieron su vida, por la verdad y sí por la verdad nos matan, nos quieren hacer daño dijo, pues estamos ya en los brazos de nuestro Señor". Entonces para mí Monseñor fue una persona que me apoyó y me ayudó bastante hacia mi persona mía.

Pero la muerte, cuando usted escuchó la noticia de la muerte ¿significó miedo o significó más energía?

Al contrario, más energía hermano, porque no sé cómo me dio esa energía y cada vez que cuando yo voy a las capacitaciones, tengo que prender una vela, porque siento que él ahí está, ahí está a la par mía, ahí está el testimonio, a mí no se me olvida todo el apoyo moral que él me ha dejado.

¿Y dónde coloca esa candelita en honor de Monseñor Gerardi?

Cuando yo viajo a la capital, si tenemos cursos allá en las oficinas o en los grandes hoteles donde vamos, pues hay salones pues ahí lo tenemos presente nosotros, porque yo, donde voy, es con las organizaciones Ajkemab...

Tejedores de Vida y también con el grupo de mujeres de la Defensoría de la Mujer Indígena. Sí, ahí donde participo yo más.

Y usted en este momento, con esa ayuda, ¿cómo se siente?

Me siento más animada, ahí donde me dio más... ¿cómo dijera yo?... Inteligencia, me dio más paciencia, para que yo me pudiera acercar más a la sociedad.

Monseñor Gerardi conocía Uspantán, ¿le dijo algo de Uspantán? ¿Usted le dijo que era de Uspantán?

Yo le dije que era de Uspantán cuando me llevó la primera vez la hermana Bárbara, ella le dijo que es del Quiché, pero yo le dije: "yo soy del municipio de San Miguel Uspantán, si va a llegar un momento a Uspantán, le esperamos Monseñor, claro que sí, sí, usted va a llegar". Pero no iba a venir, como uno no sabe la muerte cuando llega.

Y mi hermano Santos también, como le comentaba, él trabajó en REMHI, trabajó de parte del programa de REMHI, también él llegó, allá con él a entregar los libros históricos, los que fueron documentos.

¿Qué podemos decir, una frase que a usted le salga del corazón, en honor de Monseñor Gerardi, aquel Gerardi que conoció... o aquel santo o aquel mártir?

Mártir, mártir por la verdad. Lo que yo digo ahorita a través de la bendita sangre, de su entrega a nuestros mártires y, más que todo, el mártir Monseñor Gerardi que lo entregó allí. Que por la humanidad y por la verdad sigamos nosotros luchando ahorita, cultivando esta historia que no se queda ahí bajo los zapatos de los poderosos, sino que sigamos dando adelante para no tener impunidad sobre todo lo que había pasado.

Aquel día de su muerte, estábamos tristes, lloramos, sentimos dolor, pero hoy queremos celebrar, ¿Qué le parece?

Me parece bien hermano, claro que sí, aquí estoy yo para apoyarles y para motivarles, para declarar su trabajo, lo que él había hecho a la gente más humilde, a la gente más sencilla, porque él trabajó con la gente más humilde también, según lo que yo vi. Cuando yo me acerqué, realmente hermano, créanme, antes de acercarme y ya su energía de él, como que me jaló verdad, para poderme ayudar, para sanar todas heridas que yo cargo en mi corazón. Sí hermano y yo aquí estoy pues para apoyarles, si Dios así lo quiere, me tiene con vida todavía, yo voy a llegar a testimoniar todo lo que el Padre Gerardi me ha hecho y me ha dicho a mí y me ha recomendado y por el momento que estoy todavía.

Gracias María Bonifacia, gracias a sus mayores, a su abuelito que dio la vida, gracias a usted por su trabajo. Y esto lo vamos a poner en las manos de Monseñor Juan Gerardi, ¿qué le parece?

Gracias, gracias hermano, sí, claro que sí, gracias por su apoyo y ahorita tenemos aquí el espíritu de nuestros mártires, no los vemos, pero los sentimos y creemos que ellos nos están grabando ahorita, más que la cámara, estamos recordando sus testimonios, sus trabajos, sus hechos, entonces aquí los tenemos presentes a ellos y hoy día es nuestro nahual, nos está ayudando con nuestra energía y les ayuda a ustedes en su regreso.

Hoy estamos en el nahual...

En Tzolkin, nahual Tzikin, el pájaro, en español es pájaro, en quiché es en nahual Tzikin.

Qué bonito lo que nos dijo, puede ser que estas cosas las graben las cámaras, están grabando, pero qué bello que esté grabado el nombre de Monseñor Gerardi en nuestro corazón...

Está bien hermano, lo que vamos a grabar y lo vamos a seguir grabando más, porque como yo decía, yo no mucho me estoy desarrollando ahorita aquí en la parroquia, estoy más desarrollando en las comunidades, en las organizaciones donde se declara, donde se dice, donde se protesta más sobre nuestros mártires, sobre el trabajo y sobre nuestro derecho como pueblo indígena, como mayas que somos y aquí estoy yo, y aquí estamos siguiendo, apoyando a través sobre los acuerdos de paz, a través de la bendita sangre que derramaron nuestros mártires y aquí estamos nosotros y aquí están ustedes como trabajadores. Sigamos animando, sigamos luchando, porque esta lucha no se quede, sino que, al contrario, vamos a seguir cultivando.

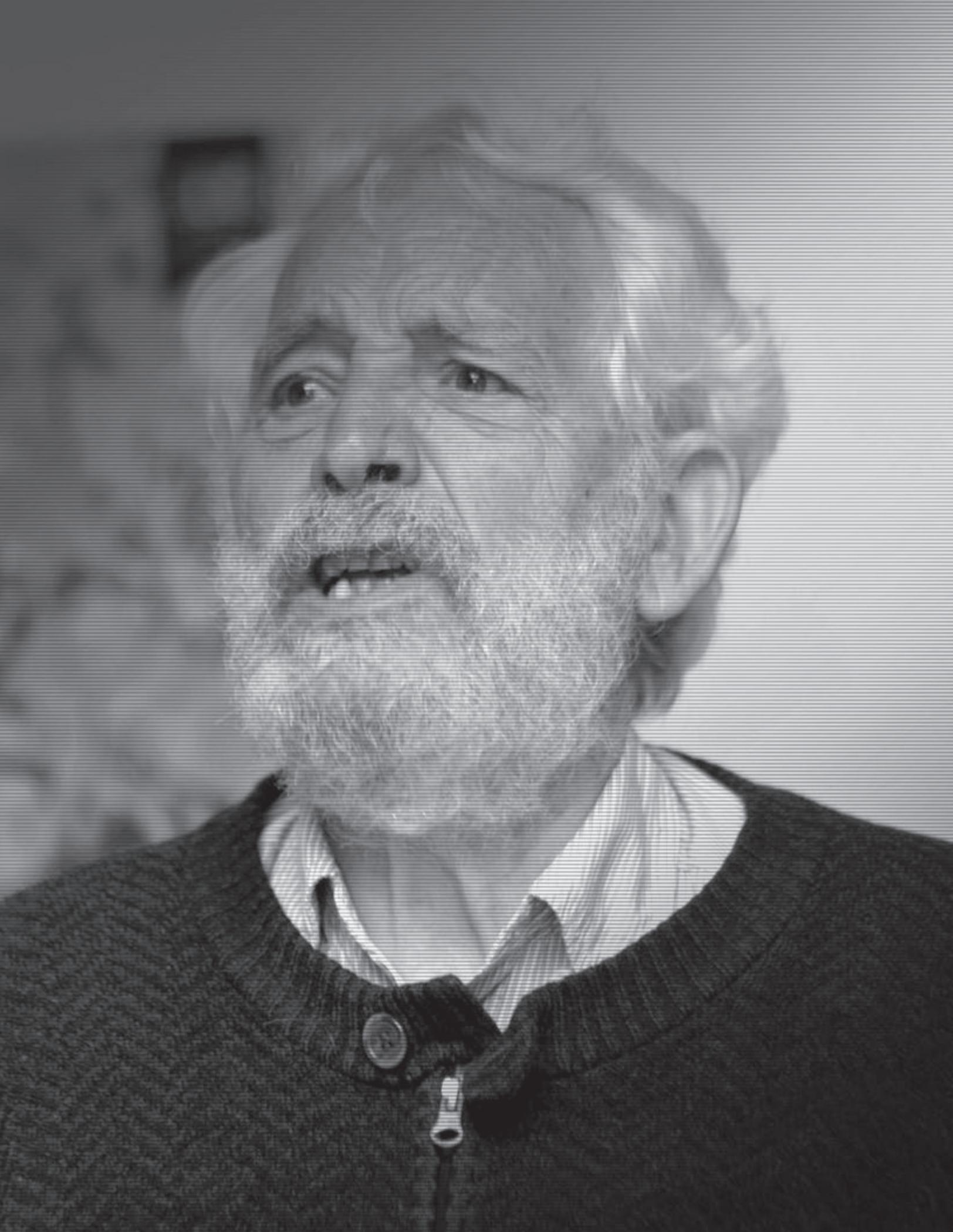
Y que Monseñor Gerardi nos la reciba

Nos reciba todas nuestras peticiones y con la ayuda del espíritu de ellos nos sigue dando paciencia a usted y a los trabajadores suyos, gracias, hermano.

Gracias a usted María Bonifacia, muy amable por darnos este tiempo que, aunque corto es muy sustancial, yo le agradezco de corazón y seguimos en comunicación, muy amable...

Gracias hermano, muy bien, aquí estoy al servicio de ustedes.

Gracias.



| Padre Cirilo Santamaría

Hso. Nos encontramos en la parroquia del Carmelo de Ciudad de Guatemala y seguimos trabajando en la memoria de monseñor Gerardi. Sin duda hemos buscado aquellas personas que trataron, no sólo a monseñor Gerardi, sino que llegaron hasta su corazón y hoy aquí tenemos con nosotros a alguien que lo acompañó, sobre todo en momentos difíciles, como fue la realización de REMHI, el proyecto de recuperación de la memoria histórica, muy especialmente, por tanto, es un encuentro muy particular y que sin duda aporta a este trabajo de la memoria que está llevando adelante la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, un plus de gran calidad.

Soy Cirilo Santamaría, sacerdote español, Carmelita descalzo. Llegué a Guatemala en el año 72, invitado por otros compañeros que en ese momento estaban todos en el departamento de Sololá, en el lago Atitlán, como hace unos días me dijo otra persona por teléfono, que es el lago más bello del mundo que él conoce.

Yo llegué, como digo, en el año 72, pero me mandaron desde el principio a trabajar a la costa del Atlántico, al área de las fincas bananeras, propiedad de la United Fruit Company y allí inicié, diríamos, mi servicio pastoral misionero, muy lejos de la zona indígena en la cual desarrolló su episcopado Monseñor Gerardi, el mártir, del cual todos hacemos memoria, lo lloramos y lo recordamos. Yo estuve en una zona más bien mestiza, ladina, no trabajé tampoco con pueblo indígena, trabajé con pueblo ladino. En todo este tiempo que he estado en Guatemala, he tenido esa fortuna -o desgracia, no lo sé- de haber trabajado siempre con pueblo ladino, primero en Izabal ocho años, hasta que hubo un gobierno que me pagó una beca y me mandó a España de vacaciones.

Es decir, te expulsaron...

Así, dicho en castellano más puro y duro, me expulsaron. Salí del país, de Izabal, que fue la zona castellana en la que había estado trabajando, frontera con Honduras, en la zona Q'eqchi', que es la zona en torno al lago Izabal y estuve en España desde el 81, que salí del país, un año en México, para

dar el salto a España. Estuve hasta el año 86, cinco o seis años en España expulsado y huido de la situación más dura vivida por el país, más violenta. Los años más violentos que fueron los años 80, 85, 86, 87, por lo que tengo leído, escuchado y entendido.

De regreso a Guatemala, como una anécdota, yo venía con mucho miedo, pero era tal el miedo que traía, que de casualidad llegaba conmigo, en ese momento, en ese avión, monseñor Manresa, que fue obispo de Quetzaltenango, y acogido a él, entre al país, con miedo a que en ese momento de entrada me detuvieran. Entonces gracias a Manresa volvía en el año 86 a Guatemala y desde entonces sigo aquí.

Estuve dos años dando unas clases de teología en la Landívar y después pasé 12 años, del 93 al 2005, en Petén, en zona ladina. Había algunas comunidades mixtas Q'eqchi', pero población ladina y marco este aspecto para querer dejar clara la diferencia de la experiencia pastoral que pude tener en aquella época, a la experiencia pastoral que tenía Monseñor Gerardi, que cuando llegué al país estaba de Obispo en Cobán y después fue trasladado de obispo a Quiché.

Y en este sentido podemos empalmar muy bien, ¿en qué momento tú conoces a Monseñor Gerardi, o sea, los primeros momentos en que tú escuchas hablar de él? ¿O tienes, tal vez, que ver algo con él en alguna reunión? ¿En qué momento tú lo saludaste por primera vez?

No quiero pasar este momento sin hacer memoria del gran Obispo que aún vive, Monseñor Gerardo Flores, quien fue mi Obispo en Izabal, quien nos acompañó a una Iglesia nueva, abierta, participativa, laica, diríamos hoy: sinodal, muy comunitaria; que lo conocí por Monseñor Flores y a través de él tuve la oportunidad en una reunión de Cáritas Nacional, de haberle saludado personalmente.

¿En qué lugar?

Aquí, en la capital, en Cáritas, la oficina de Cáritas Nacional. En aquel momento también estaba allí -que fue quien me llevó allí-, una persona que fue muy amigo de Monseñor Gerardi y que voy a hacer memoria a continuación. Es el padre Alfonso Alayo Goycoa y a raíz de eso, fue mi vinculación -digamos- a Gerardi, porque yo seguí trabajando en Izabal, hasta que tuve que salir del país en el año 80, 81 y a raíz de eso tuve la oportunidad de haber casi convivido con él un mes. Monseñor Gerardi lo contaba y está escrito, no sé, saber en dónde, se perdieron esas memorias.

Cuando Gerardi tuvo que salir de Quiché en junio 1980, si no me equivoco, julio de 1980, estaba en Santa Teresa el Padre Alfonso Alayo, que había estado

con él en Izabal y con él fui a trabajar a Izabal. Cuando un día le invitan y esta escena antológica, le invitan un domingo a rezar y dar una bendición en el parque central, que estaba lleno, era una convocatoria a una reunión anticomunista convocada por el Presidente Lucas García y Alfonso Alayo se puso el santo hábito, de uno que acababa de morir, para que le respetaran, era domingo, tenía eucaristía, dice: "yo no puedo, tengo la eucaristía". Le dicen: "El señor Presidente quiere hablar con usted y le llamaron al Palacio Nacional para que saliera al balcón a dar la bendición y rezar un Padre Nuestro con toda la multitud reunida en esa asamblea anticomunista". Mes de junio de 1980. No salió. Dijo que no se movía y no era fácil mover a aquel hombre que aún vive con 200 libras, no era fácil y no se movió y dicen que decían unos soldaditos: "dejen el padrecito ahí, él no quiere". Y al rato llegó a sustituirle y a rezar el Padre Nuestro el Padre José Antonio Márquez, que era también encargado de Cáritas, que estaba en la zona 6, en la Iglesia del Corpus Christi.

A raíz de eso, de esa situación, me tocó que convivir un mes juntamente con Monseñor Gerardi, cuando salió del Quiché un 13 de junio, si no me equivoco, de 1980.

...De julio...

Julio, que es el día de San Antonio. Salió con su maletita, fue a buscar refugio a la Iglesia de Santa Teresa y Monseñor Gerardi estuvo un mes entero en Santa Teresa conviviendo con el Padre Alfonso, llorando, compartiendo la experiencia de Quiché, porque ambos conocían Quiché. Alfonso había estado en Sololá, era muy amigo de los misioneros del Sagrado Corazón, que estaban en Quiché. Más aún, convirtió a Santa Teresa en el espacio de reunión de asambleas de todo el clero, de todos los sacerdotes y religiosas que habían salido de Quiché, que se reunían para discutir qué decisiones tomaban ante la situación que se estaba dando de abandono, persecución, asesinato, represión en Quiché. Y el obispo fuera de la diócesis, sin poder volver allá porque ya lo tenían sentenciado, se había salvado afortunadamente, según uno de los maestros que estaba aquí ante mí, porque hubo algunos catequistas que fueron a decirle, el día a San Antonio, "no vayás a San Antonio Ilotenango" -o Alotenango-...

...Ilotenango

..Ilotenango, porque tienen ya preparada la emboscada para acabar con usted el día de San Antonio. Entonces, a raíz de eso, tomó su maleta y se retiró y estuvo un mes entero retirado, encerrado en Santa Teresa con el Padre Alfonso. Alfonso, al mismo tiempo, entrevistando a los padres misioneros, a

las religiosas. Escribió el memorial que llevó Monseñor Gerardi al Papa Juan Pablo II, el memorial del por qué se había visto obligado a salir, a renunciar del Quiché y por qué, no le permitieron volver a entrar a Guatemala hasta dos o tres años después. Allí fue quizás el momento más fuerte el que yo pude convivir con Monseñor Gerardi. Yo estaba trabajando y seguí trabajando en Izabal, pero venía entre semana, entre mes, algunas veces venía aquí a la capital y me quedaba en Santa Teresa, donde escuché, conocí, disfruté -porque era muy ameno la conversación- y me informé de la experiencia de Quiché. Es donde yo pude conocer un poco más la iglesia mártir de Quiché, perseguida en ese momento; y logré hacer algún paralelismo, pequeño, con la experiencia de persecución, de amenaza y de seguimiento del Vicariato Apostólico de Izabal donde estaba trabajando. También a nosotros, a los delegados de la palabra, los tenían ya señalados, apuntados. A más de uno ya habían matado, con una gran diferencia, era una zona más ladina, la gran diferencia en Izabal no fue persecución masiva ¿cómo lo llamaban entonces?

Una persecución a toda la diócesis...

A toda la diócesis. Y así de tierra arrasada. En Izabal lo que hicieron fue selectivamente, fueron matando, seleccionando, eliminando a distintos delegados de la palabra que tenían un gran liderazgo en el Vicariato, que eran los que verdaderamente sostenían la vida de las comunidades, los que animaban y formaron a las comunidades nuestras.

Yo conocí a varios de ellos, Leonardo, Félix, que fueron asesinados y que les había dado clase y acompañado. Entonces, por eso vino después una persecución más selectiva, hasta acabar con la vida del Padre Tulio Maruso. Es decir, para responder brevemente a la pregunta de cuándo y cómo lo conocí; lo conocí en un momento de persecución, en un momento de represión directa a Monseñor Gerardi, cuando se vio obligado a salir del Quiché, en ese momento lo conocí, antes sólo de referencia en alguna reunión ocasional en Cáritas, en otra reunión que hubo de delegados vicarios de pastoral y obispos, en la casa de retiro de episcopal de Sololá.

Y en este sentido, ¿crees tú que la Casa de los Carmelitas de Santa Teresa fue el lugar donde Gerardi -decías- lloró, reflexionó, celebró, oró, lo que estaba pasando en Guatemala? Porque él, en ese momento, era el Presidente de la Conferencia Episcopal.

Era un momento, para mí, de luz y de información, de conocimiento de la realidad del país. Estar en Izabal no es lo mismo que estar en el interior del país, ni en Quiché. Estar en Izabal... estábamos en la periferia del país, ciertamente la compañía frutera, todo esto, pero era estar en la periferia con

una información muy reducida de lo que pasaba en el país. La información que teníamos, la recogías en algunas reuniones que venías aquí para encontrarte con el grupo de Justicia y Paz, que en aquel momento tuvo un papel significativo de acompañamiento a cristianos, sacerdotes y religiosas, que estaban comprometidos pastoralmente. Si no, no tenías otra información, estabas aislado del resto del país. La represión se daba en el occidente, pero no sólo eso, es curioso que, si bien la represión se vio agitada muy fuertemente en occidente, el tema de la violencia, la insurgencia, crecimiento guerrillero en América Central, estaba generalizándose. Yo recuerdo, estando en Izabal, que los delegados de la palabra me contaban cómo iba dándose el proceso revolucionario en Nicaragua, cómo ellos seguían, desde la montaña de Guatemala frontera con Honduras, el sueño de la insurrección, de un futuro distinto en medio de la represión, en medio del hambre y de la exclusión que vivía el país. Entonces los delegados de la palabra me contaban que iba creciendo, que en Nicaragua habían tomado a otro pueblo, que iba avanzando la represión y que también en El Salvador, a través de las radios clandestinas, iban comunicando esa noticia.

A mí me dijo una vez, un delegado de la palabra, en las reuniones que teníamos de formación: qué era la sagrada escritura, la realidad que estábamos viviendo. Hacíamos pequeños análisis y compartíamos un poco la experiencia social y la experiencia dura que vivían, preguntando: "Y bueno, ante esto, ¿qué hacemos?" Y dice un delegado de la palabra -ya murió, Walter, que lo mataron- decía: "tendré que dar la vida yo para que mi pueblo tenga vida". Un delegado de la palabra, que al poco tiempo lo mataron. Entonces, digamos, la gente vivía aquellos años con mucha esperanza, de despertar social, de despertar político, organizativo y de compromiso social, político y eclesial, de una Iglesia mucho más encarnada, comprometida en la causa de nuestros pueblos, así se vivía.

Entonces me estabas haciendo una pregunta...

El tema es interesante porque tú sacaste el nombre de una persona... y era el aprender de la amistad de Flores con Gerardi, porque creo que fueron dos grandes amigos. Gerardi copió a Flores en lo de los delegados de la palabra y permanecieron toda su vida con una gran amistad. Me imagino que tú fuiste testigo de esta amistad, de estos dos grandes obispos.

Fui testigo. Pero con la diferencia grande -ves de que a Flores lo trasladaron a Cobán, donde había estado antes Monseñor Gerardi- que fue el primero que escribió una carta sobre el mundo indígena, sobre los indígenas, aquí en Guatemala. Gerardi en Cobán y Flores nos dejó solos en Izabal. Al poco

tiempo, después de marchar Flores, tuve que salir de Izabal y estuve aquí un tiempo escondido hasta que salí a México. La relación entre ellos, así directamente, más ocasionalmente, no de una relación de amistad cercana. Sí de líneas pastorales, sí de acción pastoral clara. Flores marcó, con la experiencia de los delegados de la palabra, la presencia de los delegados de la palabra en Izabal y también en Cobán y en otras partes de diócesis del país. Si marcó esa relación más pastoral, pero ya como relación de amistad... cierto cuando te encontrabas con ellos, pero yo tuve que salir del país, yo estuve fuera del país seis años, siete años, cuando fue la época más dura y más dolorosa; Viví más cercanamente la relación del Gerardi y de Flores, a raíz del proyecto REMHI, la recuperación de la memoria histórica.

Pero antes de llegar ahí, tal vez sería bueno e interesante dar un pequeño salto, yo te conocí a ti en el año 88, presentando la Carta pastoral "El Clamor por la Tierra". Sin duda que esa carta nacía de Flores, Gerardi, había documentos que parecía que llevaban el sello de estas personas.

No sólo esa carta, que la estuve presentando y me acuerdo con quién, con Luis Otero, en una reunión de Confregua. Más aún, la misma carta de Unidos en Esperanza tuvo de padres a Gerardi y a Flores. Flores tiene una muy buena pluma y escribe muy bien... ellos fueron los gestores

Gerardi tenía las ideas...

Las ideas, las ideas enredadas, porque era muy engorroso hablando, estaba también Monseñor Manresa en la elaboración de esa carta. Esa carta de Unidos en Esperanza, la primera carta magna de la Conferencia Episcopal de Guatemala, independiente de las que publicó el famoso arzobispo ¿Cómo se llamaba aquel, anterior de Guatemala?

¿Próspero?

No, no...

¿El cardenal?

Anticomunista, las cartas anticomunistas.

¿De Rosell?

Rosell Arellano. Independientemente de las cartas anticomunistas de Rosell Arellano, la primera carta magna, es Unidos en Esperanza. Tuvimos, entre otros, Alfonso y yo que estábamos entonces en Izabal, la oportunidad de leerla. Un primer borrador nos la pasó Monseñor Flores y de empaparnos

en la temática, porque era un análisis de la realidad política, social del país. Tuvimos esa oportunidad. Claro que la del Clamor de la Tierra, en Izabal habíamos sido profetas, porque habíamos elaborado con Carlos Herrera, él lo elaboró en una presentación en Power Point, se llamaba "El Clamor por la Tierra". Así se titulaba y fue la historia de cómo saquearon Izabal, la compañía frutera. Fueron a base de símbolos: los bananos, la Exmibal, los militares y la United Fruit Company, cuatro símbolos de toda la presentación. A partir de allí, era la historia de Izabal, de lo que nos habían contado los delegados de la palabra, cómo habían sido despojados de las tierras que poseían desde hacía muchos años. Entonces esas dos cartas y algunas otras cartas de ese momento histórico, sí tenían como padres a Flores, a Gerardi, a Penados, estaba también Jorge Mario Dávila del Águila sobre la educación, que era otra de las cartas importantes.

En ese sentido me decías que, después, tu relación más cercana fue con el Proyecto Interdiocesano para la Recuperación de la Memoria Histórica, pero ¿tú estabas en Izabal?

Estaba en Petén.

En Petén... y desde Petén ustedes eran parte importante de los aportes a REMHI ¿Cómo recuerdas tú este tiempo?

Yo creo que el Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica fue, y es, el Proyecto teológico pastoral más radical de la Iglesia de Guatemala y de la evangelización en Guatemala. Porque iba a tocar las raíces de un país discriminado, marginado, excluido, de pobres y un país dividido por el racismo. Iba a tocar y tocó las raíces de ese país, que, desde la conquista hasta el día de hoy, fue un país excluido, marginado, etc. Para mí, el proyecto más radical y evangélico, iba a tocar al ser humano, la historia de Guatemala en sus raíces, la historia del pueblo indígena marginado, golpeado y reprimido, que es lo que vivió Gerardi, qué es lo que vivieron los ministros de Petén, los misioneros de Petén, de Quiché. Ellos tocaron ese dolor, ese sufrimiento, esa exclusión, esa discriminación, esa represión; lo tocaron, lo sufrieron y cargaron con ese dolor.

Yo recuerdo lo que me contaron algunos de los compañeros -porque nos conocíamos, si bien estábamos muy lejos unos de otros, yo estaba en Izabal y ellos estaban en el Quiché, ni conocía yo Quiché, sólo cuando iba alguna vez a ver a Chichi, nada más esto-; y fue que cuando una vez a Gerardi le pidió uno de los generales militares del ejército, de Quiché, que les ayudara a ellos para acabar con la guerrilla... Tú conoces mejor que yo esa anécdota, esa

experiencia y donde fue. Entonces ¿cómo Gerardi vivió? Yo puedo deducir que vivió ¡con cuánto dolor!, ¡cuánto sufrimiento!, ¡cuántas lágrimas no echaría a Gerardi por las montañas de Quiché! Por la represión, por la exclusión, por el trabajo forzado, por todos los que llevaban a la costa y él era testigo de eso... y no poder hacer nada. Represión, reprimido, acallado, entonces Gerardi, en ese sentido, para mí, REMHI es la página olvidada de la historia de Guatemala, acallada, reprimida. ¿Saben lo que le dije yo a Gerardi? Las últimas palabras que le dije yo a Gerardi el día veintiséis, día de la presentación del Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica. Estábamos de Petén, dos buses, no sé cuántos estábamos, un ciento de gente. Y entrando en la iglesia, me encuentro a Gerardi y le dije: "Monseñor Gerardi, gracias". "Yo no he hecho nada" dijo, así era él, "yo no he hecho nada". "Usted ha hecho una cosa muy importante, lo que hizo el Vaticano Segundo: abrir las puertas, las ventanas de la Iglesia, abrir la historia de Guatemala y dar a conocer esa historia de Guatemala al mundo entero". Se lo dije en la entrada de la iglesia el día de la presentación de REMHI.

Pero antes de ir a la entrada, que me parece una historia muy bella, sin duda alguna que ustedes, en el vicariato -en aquel momento creo que estaba Rodolfo Bobadilla- asumieron el Proyecto de REMHI con toda su coherencia, siendo así que en la Conferencia Episcopal había habido ciertos pareceres disidentes, digamos así. Sin embargo, ganó la propuesta de entrar todos en un proceso de recuperación de la memoria histórica colectiva de la Iglesia de Guatemala, y ustedes en Petén lo recibieron abiertamente y totalmente, fue una de las diócesis que mejor lo realizó.

La experiencia nuestra, que la recordará también Paty Ogaldes, que está por ahí, la experiencia nuestra fue de una apertura total. Yo recuerdo el día que llegaron Édgar Gutiérrez y Ronalith Ochaeta a hacernos la propuesta. Monseñor Bobadilla les dijo: vayan y hablen con Cirilo. Él estaba en Flores y yo estaba en San Benito. Ese día pues, todavía estaba afuera, pero estaba en San Benito, "hablen con Cirilo". Nos pusimos a hablar y a soñar, en el fondo de esa propuesta, hay una metodología pastoral social, que yo la había aprendido aquí del proyecto mío de la calle, llevado por Pedro Mota, con el Proyecto Abel; había aprendido qué era eso de entrevistas y hacer de entrevistadores a los mismos gestores del proyecto. Entonces cuando llegaron Ronalith Ochaeta y Edgar, estuvimos charlando tanto... es que rara vez tenía yo en San Benito un funeral y ese día había un funeral y se me olvidó, pues bien, entonces recuerdo cómo abiertamente se presentó al Vicariato y unánimemente lo apoyó. Recordamos y han recordado muchas veces por ahí, una frase que era de una hermana de la caridad, ¿cómo se

llamaba esta?... Daniela... no, no, pero bueno, era hermana de la caridad que trabajó después en la ODHAG también...

Ana María

No Ana María, Ana María era la directora... Era una hermana que estaba trabajando en Dolores y que nos dijo en la reunión: "miren compañeros..." -sacerdotes, religiosas, laicos, las 40 personas que éramos los que componíamos un poco el Vicariato, 12 sacerdotes, 14 o 15 religiosas y los demás laicos- y nos dijo esta religiosa: "compañeros, hermanos, pero no olvidemos que estamos trabajando con ceniza caliente, con ceniza ardiente". Esa frase la recuerda aún Edgar Gutiérrez y sin duda porque -yo creo- que la oyó mientras estábamos discutiendo si nos metíamos o no nos metíamos y cómo lo íbamos a hacer, o sea no nos costó nada aceptarlo y organizarnos, organizarnos por sectores, organizarnos por zonas, municipios, teniendo en cuenta la base social, la base teológica cristiana, la base humana que teníamos los delegados de la palabra.

Había un laicado... no creo que haya habido otro laicado tan maduro, consciente, comprometido como hubo en Petén en aquella época y con ese laicado acompañando a los delegados de la palabra en sus comunidades, este laicado llevando de guías de entrevistador a los entrevistadores, hicieron todas las entrevistas que pudieron. Y más en Petén, fue realmente una experiencia privilegiada y Gerardi estaba orgulloso, consciente, aunque era muy humilde, muy sencillo, pero nunca expresó eso, el orgullo del proyecto como tal, sino que iba avanzando y la preocupación más grande de Gerardi era que reprimieran alguno de los entrevistadores, de los animadores de la reconciliación, esa es la preocupación más grande de Gerardi.

Afortunadamente nosotros no tuvimos represión de nadie y se pudo llevar en el Vicariato muy bien, con mucha participación, con mucha comunicación, con búsqueda colectiva, con apoyo de unos a otros, en todas las parroquias del Vicariato.

Tú has calificado a REMHI muy bien, como el proyecto teológico pastoral más radical de la Iglesia en Guatemala, a pesar de que no todas las diócesis lo asumieron y a pesar de que la continuidad fue difícil. La pregunta sería bueno, ¿qué tan cercano estuviste tú a Monseñor Gerardi para dar los retoques finales al proyecto REMHI? Y también al momento de la presentación de REMHI, porque era un momento difícil, o sea, la presentación de REMHI, aunque se dio ya después de los Acuerdos de Paz, había cierto miedo...

Había miedo. Pero el miedo compartido te hace corajudo, da valor. Había miedo en Petén, había miedo, pero había también valor, experiencia, yo diría que es de lo que quiere el Papa suscitar con la sinodalidad, una Iglesia viva, encarnada, una Iglesia comunidad, donde todos y todas tienen su palabra y tenían su palabra y era interesantísimo escuchar a los animadores de la reconciliación y a los que estaban acompañándolos, escucharles en la presentación de sus testimonios, de sus entrevistas, era interesante y riquísimo.

Entonces estuve cerca en muchas de las reuniones que teníamos. Cada dos o tres meses había reunión aquí en la capital de todos los representantes de las diócesis. En varias de ellas hicimos unas reflexiones teológicas que ya no me acuerdo de qué y sobre qué tema pues, del sentido de la cruz, del sentido de la entrega, de la causa, que era la causa de vida, que es la causa de dignificación del país y de las víctimas. Eso lo teníamos muy claro y en varias de esas tuve intervención. Quizá lo que nadie sabe, o saben algunos, aparte del poema que parí el día del funeral, que me salió mucho mejor de lo que yo creía y estaba asustado, temblando; aparte de eso, me pidieron un día Ronalth y Edgar: "Cirilo, por favor, escríbenos un documento de entrega de REMHI, monseñor Gerardi no está para escribir", entre comillas, diremos entre paréntesis, "y antes de escribir tienes que servir los traguitos, entonces sale más fluido", decía Edgar. "Entonces escríbenos unas hojas de entrega del documento de REMHI". Me puse en Petén, es que allí sí... a uno le fluye, aquí no fluye, aquí te secas, me puse a escribir y me salió un documento tan largo que ahí está, que sirvió para la homilía de Monseñor Próspero Penados y para el discurso de Gerardi. Yo leyendo ese discurso digo, esto es mío y esto era de Gerardi, esto es mío y esto es de monseñor Prospero Penados.

Pero ahora todo es de Gerardi

Todo es de Gerardi, aparte de eso, es todo de Gerardi, porque Gerardi nos enseñó a hablar, Gerardi nos enseñó a creer en una Iglesia distinta, más encarnada, más solidaria, más comprometida, más arriesgada.

¿De dónde sacaba monseñor Gerardi esa actitud de creer en sacerdotes como tú, en laicos, en religiosas, para decir: podemos hacer este proyecto? Porque posiblemente, sin Gerardi, el proyecto REMHI no hubiera salido...

Yo creo que uno de los grandes méritos del REMHI es que supo combinar intelectuales, científicos, antropólogos, sociólogos, politólogos. Supo combinar con personas de fe, con creyentes, con sacerdotes. Y el mérito mayor de REMHI fue la constitución de un equipo plural, heterogéneo,

además en una armonía como hermanos, ese sí de sinodalidad, donde todos tenían la palabra y la mayoría había creyentes, no creyentes, amigos de la iglesia, amantes del camino de la iglesia, etc. Y muchos sacerdotes. Pero creo que el mayor mérito que tiene es ese: la constitución, la creación de un equipo de gente, muchos de ellos indiferentes, agnósticos algunos -ateos como tal, no- amigos de la Iglesia, muy amigos de Gerardi y de los sacerdotes que habían estado también trabajando en el país y arriesgando, amigos de alguno de los sacerdotes que se vincularon a la guerrilla. Pero quiero decir, el mérito está ahí, ¿de dónde saco la fuerza? Ahí está. La luz vino -pues no voy a dar nombres, porque los nombres todos los corrompemos- de los que en ese momento trabajaron y aportaron -como Carlos Beristain, que, como extranjero, él no cuenta... él es vasco-.

Había alguien ahí detrás de bambalinas, que a lo mejor era Monseñor Próspero. Próspero, sin decir mayor, daba como un aval de bendición, de amparo, no solamente a la seguridad de Gerardi, sino a la calidad del proyecto. Y había otros obispos que hacían lo mismo, no... aun los que no hablaron

Indiscutiblemente que la presencia de Próspero era una presencia de un calmante vitalizador, o sea, serenando las aguas. Monseñor Flores indiscutiblemente en su campo y en su área, también arriesgó, se comprometió en su campo. Monseñor Cabrera, que estaba en Quiché, también empujó lo mismo. Ramazzini, etc. Como Conferencia Episcopal estaban muy identificados y ellos publicaron un documento, cuando lanzaron REMHI, que no me acuerdo como se llama...

Urge La verdadera paz...

Si, "Urge la verdadera paz". Muy oportuno, muy pensado, muy calculado. O sea, sí, digamos el conjunto de Conferencia Episcopal, era un conjunto positivo pastoral, creyendo en esto que eran las nuevas pautas y los nuevos caminos de la pastoral aquí en Guatemala, para salir de la situación que habíamos estado viviendo, de represión, de hambre, de miseria, de masacres, etc., que era el único camino y eso sí lo tenía claro Gerardi y lo tenían claro también todos los obispos. Por eso yo digo que sí es, fue un momento histórico, sagrado, inspirado, una presencia fuerte del espíritu sin duda.

Acabas de hablar haciendo una referencia ya posterior a la muerte. ¿Qué pasó por el corazón del padre Cirilo esa mañana que te pudiste haber enterado que habían matado a Gerardi? Y después, dices, que de

tu corazón brotó ese canto que nos llenó de esperanza, después de su entierro a las puertas de San Sebastián.

Salí corriendo desde Santa Teresa a la ODHAG. Yo descansaba en Santa Teresa. Salí corriendo desconcertado y allá paralizados, todos paralizados, con mucho dolor auestas y con la rabia de la impotencia. ¿Cómo es posible? a una obra de esa envergadura, que era política, social y eclesialmente, en todos los niveles. Era una obra de futuro para Guatemala y sigue siendo, ahí está, pero es y sigue siendo. Entonces desesperado, ahí es donde me pidieron, no sé si fue Edgar o fue Ronalht, "mira Cirilo, tú tienes que presidir una celebración en el Parque San Sebastián". Pero bueno, yo soy del Peten. "Pues tienes que presidir". Fui a la casa, me encerré en la habitación, agarré un lápiz, me puse a escribir y escribí lo que salió.

Dejé que el corazón hablara, rescatando la memoria de alguien que ciertamente había, ha dado y dio la vida por Guatemala, por el pueblo indígena de Guatemala, de Quiché y de Cobán, donde había sido Obispo de los dos lugares, por los barrios marginales de la ciudad. Yo le conocía a Monseñor Gerardi, muchas veces, varias veces, en los barrancos del Limón siendo Obispo auxiliar de Guatemala capital, en confirmaciones, o sea, me salió un poco... digamos, toda la rabia, el corazón, el amor, la gratitud a Gerardi y llorar y llorar.

Era el grito, porque hubo dos discursos, el de Monseñor Flores y el tuyo, en esa celebración. Y el de Monseñor Flores en los funerales, breves, pero sin perder una línea, eso es un fruto del espíritu...

Yo recuerdo el discurso de Flores. Lo esperaba, yo sabía cómo hablaba Flores. Había escuchado muchas veces, en muchas homilías, sabía que iba a decir eso y mucho más, sabiendo que tenía coraje para eso y que había un amor grande a la causa del reino. A la causa de Gerardi, de la cual había sido continuador en Cobán. El día que a nosotros nos dijeron en Izabal que Flores era trasladado a Cobán, lloramos, estando en Izabal, lloramos. Y decía un delegado de la palabra, Daniel Ruiz, en la despedida de Flores en Puerto Barrios: "Monseñor Flores, un hombre pobre, con caites, pantalones viejos, aquí vengo en nombre de la Parroquia de Quiriguá, Los Amates, a decirle adiós -y entonces levanta la voz, dice- ¡Gracias! porque nos enseñaste a hablar, ¡gracias! porque nos diste la palabra, ¡gracias! porque tantas veces nos defendiste", le decía a Monseñor Flores en la despedida en Puerto Barrios, camino de Cobán. Daniel Ruiz, después lo mataron.

Daniel Ruiz Será pronto, si Dios quiere, beatificado

Lo sé.

Terminamos aquí, Cirilo, con una pregunta que a mí me parece importante, sobre todo que salga de tu corazón, que has vivido todo esto con tanta pasión, esta frase tuya, “el REMHI es el proyecto teológico pastoral más radical que haya podido emprender la Iglesia”, ¿cómo celebrar la vida y el martirio de Monseñor Gerardi que, creo, podemos sacarles jugo alrededor del Sínodo sobre la sinodalidad que se celebrará el próximo año? ¿Podríamos juntar algo de estos acontecimientos?

Debemos encontrarnos. Debemos poder celebrar y recordar que hemos tenido una historia de Iglesia privilegiada. Los que estamos aquí, después del Vaticano II, aún y sobrevivimos, hemos sido privilegiados en el empuje de la creación de una Iglesia participativa y comprometida, que debemos procurar. Sí... ¿Cómo? Yo creo que habrá que seleccionar testimonios de algunos que fueron importantes en todo el proceso de REMHI, tanto de los que tuvieron responsabilidades diocesanas, como responsabilidades de animadores de la reconciliación. Por ahí vive, está aún uno de Quiché ¿cómo se llama?

Tú dices Rigo...

Rigo, no. Además de Rigo, un laico, viejito ya, además de Rigo... habrá que pensar

¿Qué llamadas nos está haciendo hoy a la Iglesia de Guatemala?

Una reflexión teológica pastoral colectiva si se podría hacer. Un encuentro, de un día, de dos días, de agentes de pastoral de todo el país. Ha cambiado mucho, pero a pesar de que ha cambiado tanto, la llama esa no se apaga. Yo le decía ahora a este muchacho ¿cuántos estudiantes de teología conocen la historia de los últimos 50 años de la Iglesia en Guatemala?

Pocos, pocos.

Y la última, Gerardi mártir en una iglesia mártir que es toda Guatemala ¿es para olvidar o es para impulsar?

Es para impulsarla. Yo creo que a pesar de que vivimos en un momento social, político y también cultural, pues si quieren más apático, más neutro... creo que tenemos en función de ese impulso, que rescatar el esfuerzo que ha hecho todo el oriente del país, con los famosos “misiones populares”; que han querido rescatar, revivir, reactivar la iglesia del país y eso no se puede perder. Porque hablar de la Iglesia mártir, parece que es hablar solo del occidente, de Quiché. Yo digo y lo repito, fue para mí -porque estaba más implicado- mucho más bella, la celebración de Izabal, más festiva y más de esperanza, era otro tiempo también, no había pandemia, pero fue muy festiva, muy de esperanza, en la costa.

De Quiché, es más doliente. Fue una celebración más doliente en medio de la pandemia y en medio de un pueblo mucho más sufrido que el pueblo de Izabal-. Pero Izabal, como costa, como ambiente, fue más festiva.

La memoria histórica de él está mediatizada por todos estos años, yo diría de errores, de tropiezos, de un país que pareciera estar sin rumbo a la luz de la memoria de Gerardi. ¿Qué recomendarías tú a los jóvenes de hoy?

Pues un poco lo que ayer me decía Meme. Meme colabora aquí, él es esposo de Paty. Me decía... -tuvimos una reunión con catequistas-... me decía "Cirilo, hay que aprovechar a estos grupos y formarles en las nuevas líneas y las nuevas palabras que está pronunciando el Papa Francisco". Tenemos que rescatarlo desde ahí, no como nostalgia de un pasado -que así me dijo un obispo a mí un día que fui a dar una charla, la primera y última vez que me ha invitado, verdad... pero bueno- él me invitó a comer, me dijo: "Cirilo", -me pidieron ministerial y misterio pascual y terminé diciendo que es bueno también, porque la ministerialidad nace de la pascua, del martirio de Jesús, de la entrega de Jesús- y me dice el obispo: "Cirilo, ya basta de hablar de mártires" y entonces le contesté yo, en una inspiración, lo único que puedo decir yo es que mi fe nace en el Gólgota.

Muy bien, agradecemos al padre Cirilo Santamaría, este rato tan agradable para recordar algunas cosas, posiblemente momentos, encuentros, pero que dan el sentido de una gran experiencia y de un gran compromiso que el Padre Cirilo tuvo con la causa que defendió y llevó adelante Gerardi.

Gracias, hasta el nombre se me olvidó, Otero... Santiago. Gracias, gracias a ustedes que han aguantado un sermón más. Me imagino que, porque los domingos son más aburridos, porque no van. Gracias por este momento tan bonito de verdad, de recordar y que quizá necesito más tiempos de estos para poder actualizar y poder también traducirlo, pues a lo que hemos dicho alguna vez, escribir mis memorias.

Tienes razón, muy bien. Bueno, muchas gracias entonces

Gracias.